

CUENTOS COMPLETOS

Haroldo Conti

© Emecé Editores S.A., 1994
Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina
Segunda edición aumentada
I.S.B.N.: 950-04-1583-6
11.291

Nota del editor

Este volumen contiene los cuentos de Haroldo Conti ordenados cronológicamente, tal como aparecieron en los libros *Todos los veranos* (1964), *Con otra gente* (1967) y *La balada del álamo Carolina* (1975) y en diversas revistas de nuestro país y del exterior. Los cuentos que aparecen en más de un libro han sido publicados aquí de acuerdo con la última edición. Los aparecidos en revistas son los siguientes: "Marcado", *Baires*, verano 1963/64, Buenos Aires; "Con gringo", *Casa de las Américas*, N° 71, 1972, La Habana; "La espera", *Revista Latinoamericana*, N° 1, 1972, Buenos Aires; "A la diestra", publicado en forma póstuma en *Casa de las Américas*, N° 107, 1978, La Habana.

En esta segunda edición se agrega "Rosas de picardía", cuento de juventud, publicado en *Crisis*, N° 50, enero 1987.

Marcado

A Einion Jones, que un día volverá del mar.

Fue en el 58, un poco antes de la Gran Creciente.

El *Clara Donadel* bajaba de los Pozos del Barca Grande y entonces lo vieron en medio del río amarrado a una de las boyas del Canal de las Palmas. A esa misma altura, en el 24, se habían hundido el *Maca* y el 7 *Hermanos*.

El río es memoria.

El Gallo Britos, que es mucho más viejo de lo que aparenta, aunque en realidad no aparenta ninguna edad de hombre y puede ser tan viejo como el mundo, recordaba el día o por lo menos el tiempo. Mayo del 58. La Creciente fue en julio. El 28 de julio, exactamente. La fecha y la marca están en mitad del mostrador del almacén del vasco Ibarгойen, en el Pantanoso, donde todavía queda el surtidor de Energina, medio tumbado, que de lejos parece el propio vasco haciendo señas a la lancha almacenera.

Lo vieron ahí de golpe, como si hubiese brotado del agua, despegándose en un zas del borde neblinoso de la costa que estaba todavía a otro tanto de camino. Porque se encontraban muy cerca cuando verdaderamente repararon en él, blanco y leve, meciéndose sobre el río atardecido como un pájaro contra cielo plomizo de Buenos Aires.

—No conozco ese barco —dijo el viejo Caligari al cabo de un rato, frotándose aquellos grasientos bigotes que le cruzaban la cara como la cruceta de un palo Marconi—. ¿Y vos, Britos?

El Gallo se encogió de hombros. Si no lo conocía el viejo no lo conocía nadie.

El viejo tenía un modo de hablar fuerte y pausado, como si tratara de disipar aquella ancha soledad con esos sonidos tan espaciados que resumían unas cuantas ideas. Eso era cada frase del viejo, un resumen definitivo de algo que había pensado un buen rato en la timonera. Al Gallo le gustaba escucharlo porque era como escuchar al río, sobre todo cuando se sobaba el bigote y hacía buchecitos de ginebra en el bar Los Gallegos, al lado del Puerto de Frutas y el tiempo se confundía con el viejo.

Ahora estaba observando al hombre desde la tapa del tambucho mientras volvía a sobarse los bigotes.

El tipo, de pie en la proa con un cabo guía en la mano, tenía un rostro redondo y enrojecido, salpicado por una barba de dos o tres días. Calzaba una boina negra y una faja de lana y un par de botas de goma, de manera que más bien parecía un lechero.

—No es textual —dijo el viejo, que a veces largaba frases de letrado, un poco incomprensibles.

El Gallo se encogió de hombros. Tampoco lo conocía.

Seguramente hacía un buen rato que los estaba viendo, desde que viraron del Canal Principal y, un poco antes de la boya ciega entraron a los Pozos del Barca. Primero la figura vacilante del *Clara* que asoma como una cresta y se empuja en el horizonte a los empujoncitos. Y después los golpes del motor que rebotan en la distancia, un poco delante o un poco detrás de la figura.

Ahora los seguía mirando sin mover un dedo, recostado contra el palo como un compadrito, con una pierna atravesada delante de la otra mientras el *Clara Donadei* se le aproximaba por la proa y el viejo entraba y sacaba el cambio a las patadas sin quitarle los ojos de encima.

—¿Qué te parece, Britos?

—No me parece nada.

El *Clara* se puso a la par y entonces el hombre se animó de pronto.

— ¡Ahí va ese cabo! —gritó.

Y lo vieron saltar igual que un gato, a pesar de sus cien kilos, por lo menos, y lanzar el cabo guía con un movimiento oscilatorio de abajo hacia arriba, que es como se debe hacer, no

revoleándolo alrededor de la cabeza como un lazo, de manera que vino a caer justamente a los pies del viejo que había dejado la timonera, según su costumbre.

Por unos segundos, menos todavía, ellos vieron la "pina" que perforaba el aire, negra y precisa, siguiendo al parecer un trazo perfectamente concebido, hasta que cayó a los pies del viejo con un golpecito amortiguado. Ninguno de los dos se movió hasta entonces, absortos en ese breve espectáculo, y recién cuando la "pina" golpeó en la cubierta y estuvo a punto de caer al agua, el viejo le puso un pie encima.

—Este hombre sabe lo que hace —dijo el viejo examinando la "pina" como si se tratara de la mano del Polo y sin preocuparse por afirmar el cabo, ni siquiera por recogerlo—. Es una "pina" hecha con un nudo "puño de mono"... un nudo inmemorial.

—¿Agarran o no? —gritó entonces el Polo con una voz áspera, un poco de falsete.

Parecía una orden. El viejo y el Gallo se miraron. El viejo se frotó los bigotes.

—Es como para mandarlo a la mierda —dijo a su manera pausada.

El Gallo se encogió de hombros. El viejo recogió el cabo y lo afirmó a la bita. El barquito se mantuvo unos instantes a la par del *Clara Donadei* y después se escurrió hacia la popa con un cabeceo de resistencia, hundiendo un poco la trompa y afirmándose en el agua como si fuera a despegar.

—¿Qué le pasa? —preguntó el viejo desde lo alto con la cabeza del hombre a la altura de sus pies cuando pasó exactamente frente a ellos y lo tuvieron más cerca que nunca.

—¡El magneto!

—¿Quiere una mano?

—No. No quiero nada. Como no sea que me remolquen —gritó la voz ahora un poco más atrás.

—¿A dónde va?

—Me da lo mismo... A donde vayan ustedes.

El viejo iba a añadir algo pero el hombre desapareció de la cubierta con un movimiento rápido y silencioso, deslizándose a través del tambucho que se abrió y lo tragó como la trampa de un escenario.

—Es mejor que lo tire —dijo el viejo a pesar de todo—. Cuando un magneto empieza así es mejor que lo tire.

Se frotó los bigotes y pateó el cambio.

—¿Te acordás del *Benito*!

El Gallo se encogió de hombros cuando en realidad debió sacudir la cabeza.

—La buceta aquella de Paco Avendaño con una mayor cangreja. ¿Te acordás?

—Me acuerdo.

—Es lo que le dije al Paco... ¿Te acordás del Paco?... Tíralo antes de que te arruine la vida, le dije... No es la plata, dijo él, es que me da rabia... Pero entonces, dije yo, mucho peor... cualquiera sabe que no es la plata, dijo él, como si no me entendiera. El *Benito* vale cincuenta de estos putos magnetos, y eso y todo que es un magneto con disparador... Aunque valiera mucho menos, dije yo, tratando de volver al tema... Cómo menos, gritó entonces hecho una furia, cómo va a valer menos que cincuenta de estas mierdas?... Y en eso me di cuenta de que había perdido la cabeza. Dos días después lo roció con nafta, al *Benito*, y le prendió fuego... Cualquiera pudo pensar que el barco no valía ni siquiera un magneto. ¿No te parece?

El Gallo esta vez sacudió la cabeza.

—Hay esa clase de locos por estos lados.

Por la noche entraron al puerto de San Fernando.

A la mañana, cuando se asomaron por la popa, el barquito había desaparecido.

—Me pareció que traían un remolque —dijo el marinero a la otra noche.

—Eso me pareció —dijo el viejo.

Apenas era una sombra, acurrucada en la popa junto a la cocina económica que despedía un resplandor anaranjado.

—¿Estuvo aquí el marinero de día?

—Sí, por la mañana.

—No lo había visto antes —dijo el marinero.

—Yo tampoco —dijo el viejo.

Por el momento no le dieron importancia. Pero un tiempo después, cuando empezaron a correr aquellas historias, ellos pensaron que aquel había sido un día para recordar.

El Polo reapareció al año siguiente, justamente un poco antes de la otra gran creciente, es decir, en abril del 59, y con aquel otro tipo de tenebrosa memoria, el Faca Sacomano, bajando del Norte, dicen que de la isla Juncal donde mora y gobierna la vieja Julia Lafranconi. Algunos lo habían dado por muerto en el tiroteo del Confitero. Pero reapareció con el Faca ese abril que dejó otra muesca en el mostrador del vasco Ibarгойen con una fecha al lado escrita con pintura de casco, 15-4-59. Verdaderamente, ahí comienza la historia por lo que le toca al Polo, aquí en la costa.

Anduvieron sobre el río tres años desde entonces, unidos al parecer por alguna circunstancia inexplicable. Porque ellos estaban allí, sobre aquel barco de aspecto vagabundo, como dos extraños en la plataforma de una estación, cada uno esperando por su destino. No se habían propuesto nada en particular y a veces se miraban a la cara un poco desconcertados por lo que resultaba a pesar de eso. Les sorprendía sobre todo esa especie de tácito acuerdo y esa unanimidad de fondo con respecto a las cuestiones de verdadero interés.

El barco, que se llamó *Lucía*, no era barco de estas aguas. Tenía arboladura de yawl, esto es, un palo macho de abeto noruego con mastelero, lo cual le daba una vieja prestancia, y un piolo en el tercio de popa, vale decir un mesana, con un fuerte cazaescotas que le alargaban la figura. Buen barco, pero no de estas aguas.

Primero fue el asunto del *Donovan*, que había varado en la boca del Diablo. El Polo conocía al *Donovan*, un cúter construido en Inglaterra en el 92. Ahora estaba ahí, "ese barquito como a mí me gusta", recostado sobre la banda de estribor, manso y resignado como un gran pez que boquea en la playa.

Pasaron frente a él, no muy cerca de la costa, y el Polo dijo:

—Me cago si no es el *Donovan*.

—Es la tercera vez en dos años... Sí, es el *Donovan*.

El Polo saltó sobre la carroza con sus ciento diez kilos auestas como si tal cosa y ahora estaba observando al *Donovan* a través de aquel viejo Carlzeiss Dodekar con el cual, un tiempo después, le partió la cabeza al negro Medina.

—Ahora mismo estoy viendo los dos mil kilos de plomo que tiene en la quilla —dijo al cabo de un rato con una voz muy lenta.

—Mil ochocientos.

Y los dos se miraron con un ligero asomo de sorpresa, casi a su pesar, aunque estaban pensado en la misma cosa.

Ese fue el primer trabajo, la quilla del *Donovan*.

Compraban y vendían, en el mejor de los casos, porque más a menudo robaban y vendían. Claro está que el Polo no lo entendía así ya que el riesgo le parecía un costo razonable. Primero desmantelaron los barcos varados, hundidos o abandonados.

Después cualquier barco. Algunos los llamaban "madrecitas" y otros, con más precisión, "peste del agua". En cualquier caso, ninguno dejaba de reconocer que era la única forma de conseguir ciertas cosas.

—Quiero unos ojos de buey como los del *Magnolia* —decía alguno, por ejemplo.

Y dos o tres días después volvía y decía:

—No pueden ser más iguales.

Así anduvieron, aquí en la costa, esos tres años. La historia del Polo arrastraba por entonces la historia del Faca, que después arrancó sola y creció en desmesura hasta que terminó con gran final en el Brazo de la Tinta. Y una estrella negra parecía presidir esa historia.

No siempre las cosas resultaban bien. Por el contrario, a veces resultaban bastante mal. Es lo que sucedió con el *Compadrito*. Alguien dijo que estaba varado en una punta del Canal Este.

—No creo esa historia —dijo el Polo.

Pero de todas maneras recorrieron el canal y encontraron el *Compadrito* varado efectivamente en uno de los extremos.

El Polo se rascó la cabeza y aunque no dijo nada, era evidente que seguía sin creerlo. Pasaron frente al *Compadrito* con el motor reducido y el Polo lo observó desde la cabina a través del viejo Carlzeiss.

No se veía a nadie.

Sin embargo, cuando al otro día decidieron acercarse comprobó que estaba en lo cierto. Pero entonces era demasiado tarde.

Ellos alcanzaron a ver aquellos dos caños negros y relucientes que de improvisto asomaron por una ventana del *Compadrito* y los enfocaron como dos ojos de muerto. Y casi al mismo tiempo, pero con el suficiente para apreciar cada cosa por separado, escucharon ese rabioso zumbido que pareció brotar del aire, muy cerca de ellos.

—¡Yo lo dije! —rugía el Polo disparando sin pausa el Mannlicher 1895 que tronaba como un cañón y hacía saltar puñaditos de astillas de la carroza del *Compadrito*.

Y el otro, entretanto, queriendo arrancar el motor. Y, por encima de todo ese estrépito la voz enardecida del Negro Medina que les gritaba:

—¡Esperen, hijos de puta!...

El Polo sangraba del brazo izquierdo y tenía otra herida en una pierna pero siguió disparando hasta que lo perdieron de vista.

Ya habían escapado tres veces a la Prefectura. La última embicaron en una zanja, entre el Correntoso y el Lima, y estuvieron toda la noche oyendo los bramidos de la lancha patrullera. Saltaron a tierra y, acurrucados en la maleza, veían los ojos resplandecientes de los reflectores que se revolvían inquietos en la oscuridad. Y el Polo aferraba el Mannlicher con ese aire de fría resolución que le endurecía el rostro, mientras el otro le murmuraba al oído, sin esperanza:

—Es lo peor que podemos hacer.

Un día dijo, también sin esperanza.

—Podríamos dedicarnos a otra cosa. Una verdadera cosa.

El Polo lo miró de esa manera tan especial, ausente o vacía o triste, y no dijo nada. Parecía darse cuenta de que, tarde o temprano, el otro lo iba a abandonar. Y eso más bien lo entristecía, no lo exasperaba.

En cuanto al otro, el Faca, tenía su tristeza también. Pero marchaba detrás de su propia estrella, como el Polo, y no se podía hacer nada para desviarlo.

De manera que un buen día dijo, hablando de varias cosas a la vez, un poco sin sentido porque no venía del todo al caso:

—Creo que esto ya no da para más...

Y el Polo lo miró con esa mirada suya.

—Quiero decir...

—Eso pregunto, ¿qué querés decir?

—Que hemos ido demasiado lejos.

—No me parece... o no te entiendo.

—Yo creo que sí.

—¿Qué cosa?

—Que se entiende.

Y no hablaron más porque estaba todo dicho. El resto del día el Faca trató de evitarlo. Hasta que entró la noche y bajó a tierra y no volvió más.

Todos saben cómo terminó el Polo.

En algún momento reemplazó el viejo Rugby de 4 cilindros, que antes había pertenecido al *Brutietto Latini*, por un Penta marino que tiraba como el diablo. Pero de cualquier forma estaba visto que iban a terminar con él. Un día le salieron al paso en la boca falsa de la Barquita, con el agua alta. Él se irritó ligeramente porque volvía del Barca Grande, donde había estado pescando a la altura del Correntino, de manera que no traía nada. Salvo aquella sorpresa que les tenía reservada para un casa así. Los vio venir desde el río abierto, bordeando los bancos que tenía a cada lado, así que no le quedaba otra alternativa que echarse por el medio. Entonces redujo el motor y se quedó esperándolos con ese gesto de fría resolución que sobrecogía al otro. Ellos, naturalmente, no alcanzaron a ver ese gesto. Y cuando los tuvo cerca y le dieron la voz de alto apenas dijo, rascándose la cabeza:

—Bueno, la verdad es que estoy parado. —Te vamos a remolcar, hijo de una gran puta

—dijeron ellos a su vez apuntándole a la cabeza. —Como ustedes quieran.

Y se agachó y recogió un cabo guía con una de esas hermosas pinas "puño de mono". La retuvo un momento entre las manos y luego la balanceó y la arrojó limpiamente dentro del cockpit de la patrullera, la que se acercó por el sudeste.

Los milicos vieron venir la pina y detrás el cabo, y cuando la pina golpeó contra el piso algo dentro de ella estalló en mil pedazos. Y tal vez en una fracción de segundo sus ojos miraron con desmesura cuando ya estaban volando sus cuerpos desgarrados, y el Polo les gritaba por si acaso:

—¡ Agarren eso, hijos de mil putas!...

Y aceleró el motor y pasó por el lado que había quedado despejado.

Estuvieron en eso todo un día. Hasta que él, por fin, decidió esperarlos en medio del río, a la altura del *Teresa Rosa* que se hundió en él. Ellos lo vieron ahí, completamente quieto contra el cielo plomizo del Este. Un barco de aspecto vagabundo, blanco y leve como un pájaro, cabeceando en la marejada. Y todavía estuvieron otro medio día disparando sobre él desde cierta distancia, sofocados por el calor y por el intenso olor a nafta, hasta que el Polo emergió de la cabina enceguedo por la sangre y el barco se les vino encima con el Penta que bramaba como si fuese a estallar.

Los tomó de través y volaron en pedazos, porque el *Lucía* tenía preparado algo sobre el tanque mismo y el Polo se cuidó de presentarles la proa mientras le estuvieron tirando. El ruido se oyó desde la costa y se vio el fuego hasta bien entrada la noche. El viejo Caligari estaba sobre la cubierta del *Clara Donadei*, en medio del río, y lo vio todavía desde más cerca.

Así terminó el Polo, que en paz descance. Ni siquiera hay una boya verde que lo recuerde.

Todos los veranos

A veces pienso en mi viejo.

O es un barco que parte o esa gente vagabunda que trae el verano o simplemente una luz en el río. Entonces me siento en la costa y pienso en mi viejo.

Para todos, para mí mismo, la historia comienza el día que hizo volar en pedazos al *Raquelita*, en el 28. Era una chata de once metros con un motor Regal. El viejo tenía la maldita costumbre de mojar un papel retorcido en el carburador, luego quitaba el cable de una de las bujías, lo arrojaba al block y con la chispa encendía el papel y con el papel uno de esos cigarros que llevaba desparramados por los bolsillos. Recuerdo aquel olor pestilente y las grandes manchas marrones con dos y hasta tres aureolas en tonos más débiles donde tenía un bolsillo que había sido alcanzado por el agua. Esto sucedía bastante a menudo, de manera que en los viajes largos era común ver algunos cigarros secándose sobre el block. Echaban un humo más parecido al de una estopa empapada en gasoil que al de un auténtico cigarro.

Algunas veces el ruego se había contagiado al carburador pero mi padre no perdía la cabeza por eso. Sin dejar de encender el cigarro depositaba la otra mano sobre el carburador y ahogaba el fuego. Pero un día aquella mano llegó demasiado tarde. Poco a poco se había formado en la sentina un charquito de nafta que con el tiempo se extendió a todo lo largo del *Raquelita*. Eso, naturalmente, fue el fin. Con aquellos cigarros el viejo casi había perdido el olfato. Dos o tres veces, al inclinarse para buscar cualquier cosa, había entrevisto aquel brillo movedizo que se extendía cada vez más, pero como no estaba en condiciones de reparar en el olor de nada debió pensar o prefirió pensar, si es que pensó en algo, que el barco hacía un poco de agua.

Un día, pues, encendió el cigarro de acuerdo con sus procedimientos y fue como si encendiera el mundo entero de una punta a otra. Instintivamente, el viejo alargó una mano hacia el carburador pero ni el carburador, ni él estaban más allá donde debían estar. Sin saber cómo, se encontró en medio del agua con el cigarro todavía en la boca. El *Raquelita*, por su parte, o lo que quedaba de él, aparecía a unos diez metros. Después de todo, nunca había lucido tan bien, ni tan espléndido aquel barco de por sí oscuro. Cada tabla brillaba como una barra de oro. Cuando voló el tanque suplementario, el viejo tuvo más bien un estremecimiento de júbilo, como si se tratara del día del juicio para un justo o algo por el estilo. Fue todo muy breve y muy solemne, según dijo.

Eso ocurrió cuando mi padre tenía cuarenta y cinco años, apenas uno después que apareció en las islas. El recuerdo de los de la costa y mi propio recuerdo arrancan de ahí. Nadie tuvo noticias del viejo hasta el 28 y la verdad es que con lo que hizo o deshizo desde entonces hasta su muerte, en el 37, hubo de sobra. (Y con todo, también a él, tan denso y macizo, tan único, se lo llevó el tiempo. ¿Quién recuerda ahora a mi padre?)

Antes del 28, según parece, estuvo transportando pólvora desde Pernambuco hasta Río Grande do Sul a bordo del *Isla Madre de Deus*, que voló también en su tiempo entre el faro Mostardas y Solidao, sin faro por aquel entonces. Pero éstas son meras conjeturas a través de brumosas y no expresas referencias porque el viejo hablaba poco y en un estilo complicado. Después de lo del *Raquelita* compró uno de los botes salvavidas que habían pertenecido al *Speranza*, que se hundió en el Canal del Norte a la altura de Punta Colorada, en el 23. Era un casco tinglado de siete metros de eslora con dos tanques de aire. El viejo le colocó un *Penta* de 4 cilindros.

Por ese tiempo se instaló al fondo del Desaguadero, cerca de los bancos, en una casilla que armó con tablas de cajones de automóviles un poco apartada de la costa. Una zanja con la entrada disimulada por un sauce tumbado, que el viejo levantaba o bajaba a voluntad con un aparejo, permitía arrimar el barquito hasta la misma casilla. Uno y otra estaban pintados con un color impreciso, entre el verde y el marrón, de manera que pasaban inadvertidos. Al viejo le reventaba un barco de ese color y toda la vida se pasó soñando con uno bien blanco. En realidad mi recuerdo parte de ahí. Lo demás es incierto y fragmentario y parece el recuerdo de otro.

Ahora mismo, a pesar del tiempo, lo veo sentado en el piso de la pequeña galena que daba al frente con el sombrero rumbado sobre los ojos y los pies apoyados en la baranda. Casi toda la semana se la pasaba echado allí fumando aquellos cigarros apestosos, con una botella de caña paraguaya al alcance de la mano.

—Hijo —solía decir con esa voz profunda que le salía desde adentro y medio cigarro entre los labios—, la verdad que Dios hizo seis días para descansar y el séptimo para trabajar, ya que no había más remedio. A veces el sexto y el séptimo, según como vengan las cosas. Pero estos mierdas de ingleses han dado vuelta todo el asunto...

Culpaba a los ingleses de cualquier cosa, aunque el motivo no era muy claro. Con el séptimo día el viejo estaba aludiendo a aquellas misteriosas excursiones que realizaba una vez a la semana en el antiguo bote del *Speranza*, que había bautizado con el nombre de *Arvored*. A veces estaba afuera dos días y dos noches, con lo que también el sexto tenía ocasión de figurar entre los días laborables. A decir verdad el viejo se afanaba más bien durante la noche de manera que eso del día se refería exclusivamente al tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta sobre sí misma, que era lo que tardaba en estar fuera de casa y más precisamente el tiempo que dejaba de estar echado en la galería del frente.

De vez en cuando volvía de aquellos viajes con un regalito. Una vez fue una navaja de Albacete y otra un rifle de un tiro calibre 12 chico, a cerrojo, para cartucho de munición. No recuerdo el fin de la navaja, que hacía un ruido siniestro al abrirse, pero sí el del rifle. Fue cuando el viejo le alargó la recámara para usar cartuchos 36-75, que algunos llaman 12 grande, y el cerrojo, no soportó la presión de la sobrecarga. Felizmente, lo había sujetado a un árbol y lo disparó a distancia.

A menudo el viejo alargaba la mano más allá de la botella de caña paraguaya y arrastraba una achacosa victrola que conservaba de su época anterior a las islas, y cuya bocina utilizaba a veces como embudo. Tenía unos pocos discos en un cajón de Cinzano junto con los dos tomos de *Las batallas de siglo XIX*, desde Marengo a la insurrección de los "boxers", una colección de postales de Río en color sepia, un catálogo de motores Gardner, un *Manual del Capitán de Cabotaje*, una Biblia protestante, el *Digesto marítimo* y un paquete de diarios de hojas amarillentas. Sin embargo, el viejo ponía siempre el mismo disco, *Praga Onze*.
O' Deus en me acho táo cansada Ao vohar da batucada...

Cuando pienso en la letra no recuerdo nada más que el comienzo, pero a veces la música me sale desde adentro, sin proponérmelo, y entonces la recuerdo o la canto simplemente de una punta a otra.

*O' Deus eu me acho táo cansada
Ao voltar da batucada
Que tomei parte lá na praga onze...*

Era una música dulce y atormentada a pesar de su aire bullicioso. El viejo golpeaba las manos hasta el cansancio o bien la lata de aceite que usábamos como balde. Por fin la púa quedaba girando en el centro con una especie de chasquido alternado que terminaba por convertirse en el motivo central de ese ruido que producía mi padre contoneándose y gimiendo.

Al principio aquel alboroto podía parecer divertido, pero debajo había algo distinto, algo como una tristeza tal vez. Comenzaba despacio hasta apoderarse de mi padre por entero. Era capaz de pasarse horas así. Al fin quedaba tumbado sobre el piso, empapado de sudor, y se dormía allí mismo gimiendo y sobresaltándose entre sueños. Entonces le echaba encima una manta y me acurrucaba al lado.

No duró mucho esa vida porque con el viejo no había cosa que durase demasiado. Los viajes siguieron por un tiempo, pero se hicieron cada vez más espaciados. En uno de los últimos volvió con aquel perro taciturno que lo acompañaría hasta el fin de sus días.

Lo recuerdo como si fuera hoy. Oí el ruido del motor de la *Arvored* mucho antes, porque soplaba el pampero, un viento de tierra que trae el olor y los ruidos de la tierra. Me aproximé a la costa y entonces vi al perro sobre la cubierta, a proa, aunque la embarcación todavía estaba lejos, en mitad del Desaguadero.

El viejo sonrió, agitó una mano y saltó a tierra. Era una de las primeras tardes de calor, al comienzo de la primavera. El perro se quedó a bordo, un poco indeciso, y desde allí nos contemplaba con ese aire tan serio que tienen los perros.

El viejo rió un poco y luego se palmeó una pierna al tiempo que decía:

—¡Vamos, Olimpio!... no te quedes ahí mirándonos como un idiota... ésta es tu casa, muchacho.

Era muy dulce la voz del viejo en esa ocasión, aquella tardecita de primavera. Y el perro meneó la cola y saltó a tierra y vino hasta él y le olió una pierna. Recuerdo todo eso.

Aquella noche encendió un fuego frente a la casilla y los tres, incluyendo a Olimpio, nos sentamos alrededor de las llamas. Siempre que volvía de la costa el viejo traía un poco de cordero y lo asaba sobre las brasas.

Yo esperaba que dijese algo sobre el perro. Y efectivamente fue lo que dijo.

—Hace rato que estaba pensando en esto... Un perro es más importante que una mujer por estos lados —reflexionó un instante, pensando que probablemente yo no supiera todo lo importante que es una mujer, y entonces añadió—: un perro es importante sin necesidad de compararlo con nada, así piojoso y todo. No es necesario que te explique los motivos porque son muchos y porque el tiempo te los va a enseñar mejor que yo. En fin, ¿te gusta o no te gusta? Olimpio estaba sentado entre los dos y nos miraba hablar con una especie de dignidad.

Alargué una mano y lo acaricié lentamente.

El viejo tenía ideas muy especiales. Con respecto al nombre de los perros había dicho una vez:

—No es cosa de tomarla a la ligera. Ponerle un nombre a un perro es casi como fabricarlo. Ya uno le da un carácter especial que no lo pierde en la puta vida...

Vaya a saber qué cosa quiso expresar cuando llamó a aquel perro con ese nombre un poco divertido. Olimpio aquí, Olimpio allá... Con el tiempo me acostumbré a él. Al principio el nombre y la cosa están uno frente al otro, resistiéndose. Uno dice el nombre y piensa en la cosa como distinto. Por fin se mezclan y confunden y resultan una sola y misma cosa. Sucede con un barco, cuyo espíritu resiste tan sólo con un nombre: *Gemma*, *Speranza*, *Maca*, *Traverso*, *Recluta*, *Hillstone*, *Baldissera*. El *Baldissera* desapareció en el año 13, mucho antes de que yo naciera... Sucedió con Olimpio.

En el último viaje, en cambio, el viejo apareció con aquel hombre que venía al timón de la *Arvoreda*. Desde entonces, cuando mi padre se refería a él decía "el Oscuro", y la verdad que no había forma de describirlo mejor. Era un tipo flaco, alto y oscuro. Tenía la cara de una anguila, así de lisa, incierta y oscura. Oscuro por fuera y por dentro. Hablaba menos aún que el viejo. Si uno le decía "¿Qué tal?" o "¿Cómo va eso?", por decir algo, él se encogía de hombros, entrecerraba los ojos y echaba la cabeza hacia un lado. No salía de ahí.

Dejó al viejo en tierra y se volvió con la *Arvoreda* hacia el Canal Este. Luego comenzó a aparecer una o dos veces por semana. Se encerraba con el viejo en la casilla y hablaban (mejor dicho, el que hablaba era el viejo) de cosas en las cuales, por lo visto, mi padre ponía mucha atención.

Una noche, apenas hacía medio día que había partido, la *Arvoreda* retornó de improviso con el Penta que golpeaba atropelladamente. El viejo saltó de la galería y corrió en dirección de la costa palpándose la cintura. Cuando estuvo cerca se ocultó detrás de un sauce y esperó a que apareciera alguien sobre la cubierta. El motor se detuvo un poco antes y la embarcación avanzó silenciosamente hacia la entrada de la zanja. Golpeó contra el árbol atravesado allí y quedó inmóvil en las sombras de la orilla. Al cabo de un rato, contra la claridad incierta del cielo vimos asomar trabajosamente aquella alta y delgada figura que permaneció inmóvil un instante, como suspendida de lo alto, y luego se desplomó sobre la cubierta con un murmullo lastimero.

El viejo trepó a bordo, se echó el Oscuro encima y lo trajo hasta la casilla hamacándose en la oscuridad como un borracho. Subió jadeando la escalera y lo tiró sobre el piso de la galería. El cuerpo se aplastó contra las tablas con un ruido sombrío y pareció que la casilla se iba a desplomar.

—No prendas ninguna luz hasta que yo te diga —ordenó el viejo por lo bajo.

Después lo oí revolver en la cocina. Al salir tropezó con el cuerpo del Oscuro, de manera que atravesó la galería de una punta a otra. Quedó un rato en el suelo puteando en ese estilo confuso y bastante licencioso que le venía a la boca cuando estaba fastidiado.

—No prendas ninguna luz... ¿me has oído? —dijo de nuevo su voz desde el otro extremo de la galería.

Yo asentí con la cabeza, pero como el viejo no podía ver lo que hacía volvió a preguntar lo mismo en un tono levemente enardecido.

Quitó el tronco, subió a la *Anoreda* y con un botador la metió lo más adentro posible de la zanja. Luego blandió una barreta y le hizo saltar una de las tablas del fondo. La embarcación tardó un poco en hundirse. El viejo había vuelto a la casilla y todavía estaba a flote como si no hubiera pasado nada, apenas un poco escorada de babor. Podía oírse el gorgoteo del agua que ahora se mezclaba con los lamentos del Oscuro.

Lo alzamos del piso de la galería y lo metimos en el cuarto. Entonces el viejo encendió una de las lámparas de viento y la puso en el suelo, al lado del tipo.

—Se está yendo en sangre —dijo después de echarle un vistazo.

Tenía metidas dos balas del .38, una en el antebrazo y otra en el muslo del lado derecho. Otra bala le había atravesado una pantorrilla, de manera que ya no estaba allí. Pero lo más serio, y hasta cierto punto curioso, era que le faltaban dos dedos de la mano izquierda.

—Vamos a ir por partes —dijo el viejo, de rodillas, mientras se arremangaba.

Se metió de nuevo en la cocina y volvió con el cuchillo de monte, la botella de caña paraguaya y un frasco de bencina.

—Quiero la camisa más vieja —dijo— o cualquier otro trapo decente, si hay.

El Oscuro se había vuelto a desmayar.

El viejo se restregó las manos con un chorlito de bencina y empuñó el cuchillo.

El Oscuro lanzó un grito que se debe haber oído de una punta a otra del río. Pero ya no tenía una de las balas.

—Yo te hacía muerto —dijo el viejo.

Y cuando el otro fue a abrir de nuevo la boca ya tenía afuera la otra bala. Así y todo el Oscuro se sintió en la obligación de gritar. Pero como el viejo, ni bien abrió la boca, le metió el pico de la botella, apenas alcanzó a articular un murmullo burbujeante. Un rato después cantaba y deliraba dándole palmaditas a mi padre que forcejeaba para tenerlo quieto.

—Vamos por partes —decía el viejo—. No hay nada que más me reviente como esto de confundir y mezclar las cosas.

Al fin el Oscuro cayó en una especie de sopor y mi padre pudo terminar de curarlo. Todo lo que hizo fue limpiarle alrededor de las heridas con un trapo empapado en bencina y cubrirle cada una con un emplasto de sebo. Después se las vendó como mejor pudo con los pedazos de la camisa más vieja y lo tendimos sobre una manta, ya dormido o inconsciente.

Cuando salimos afuera la luna estaba muy alta y la *Arvoreda* se había hundido todo lo posible. Aparecía ladeada de babor, con el agua hasta la mitad de la cubierta. Eso era bastante. A primera vista parecía un barquito abandonado allí hacía algún tiempo. Que era exactamente lo que mi padre quería que pareciera.

Recuerdo esa noche con la luna alta y brillante y el Oscuro gimiendo entre sueños y la *Arvoreda* tumbada en la zanja como si acabara de suceder o estuviera sucediendo ahora mismo, mientras anochece sobre el río.

Al otro día cargamos al Oscuro en un bote y nos marchamos a un refugio que tenía el viejo en el Miní, entre el Diablo y el Juncal, cuando todavía no estaba el destacamento en la otra orilla. No había forma de llegar a ese lugar si uno no se guiaba por un palpito. Así decía el viejo. El refugio en cuestión era una carrocería de un ómnibus de La Central (Liniers-Plaza de Mayo), uno de aquellos Brockway de color rojo. Todavía se podía ver el letrero en uno de los costados. La carrocería estaba montada sobre unos durmientes de quebracho y asegurada con unos puntales de sauce florecidos. Desde adentro le parecía a uno estar viajando por la costa.

Antes de entrar el viejo pateó las paredes a uno y otro lado con el propósito de espantar a las ratas, lo que obtuvo a medias. Luego descargamos al Oscuro y las cosas que trajimos del Desaguadero, incluyendo la victrola.

Cada semana el viejo volvía a la casilla para echar una mirada. Aparte de eso, sea para matar el tiempo, sea para matar el hambre, se dedicó a la pesca. Pero como sucedía siempre con cada cosa nueva que comenzaba mi padre, al poco tiempo estaba entregado a ella en cuerpo y alma. Ni dormía casi entretenido como andaba en armar y complicar toda clase de líneas: de

fondo, de flote, de semiflote, una para los bancos, una especial para bagres, una con balancín para bogas y una complicadísima de medio flote, con un cascabel de alarma, de su exclusiva invención.

Al principio fue cosa de él y de Olimpio. Yo los observaba desde la carrocería del Brockway sin tomar parte. Iban y venían por la costa deteniéndose en los sitios donde el viejo había enterrado una estaca para amarrar la línea.

Entretanto, el Oscuro mejoraba de sus heridas. Allí estaba echado en un rincón del Brockway sin decir palabra, hojeando alternativamente el *Digesto Marítimo* y las *Batallas del Siglo XIX*, que el viejo había traído de la casilla para que se entretuviera un poco.

Algún tiempo después andábamos todos metidos en aquel asunto. El Brockway apestaba con el olor a pescado. Y los días maduraban en el corazón del verano.

Estuvimos en eso más de un mes. Hasta el día en que un manguruyú arrastró el bote del viejo más allá de los Pozos del Barca Grande y cuando lo creyó acabado y lo trató de izar, lo cual habría sido para su entera perdición, el pez lo sacó del bote y medio le arruinó un brazo.

El viejo lo puteó y amenazó mientras trataba de alcanzar el bote. Y una vez arriba juró que iba a volver.

—¡Voy a volver! —gritó mi padre.

Y en un impulso agitó el brazo maltrecho, amenazando hacia el río, y lanzó un bramido de dolor.

Efectivamente, iba a volver. Pero con todo esto, sin alcanzarlo, mi padre estaba urdiendo la sustancia de sus últimos días.

Regresamos a la casilla del Desaguadero y reflató la *Arvoreda*. Por el momento había dejado la caña paraguaya y los discos brasileños y daba muestras de un raro entusiasmo.

—He decidido cambiar de vida de punta a punta —anunció una vez sin dirigirse a nadie en particular—. En eso estoy.

Como primera medida cambió el aspecto de la *Arvoreda*, que desde entonces se llamó *Ferrol*, seguramente en memoria de su viejo, es decir, mi abuelo, que era de El Ferrol. Le alzaron la obra muerta, le colocaron un palo para una vela cangreja y la pintaron de blanco. De la botavara colgaban algunos metros de trasmallo y sobre la carroza llevaba tres o cuatro cajones para pescado. En esa forma el antiguo bote del *Speranza* volvió a las andanzas bajo la amable apariencia del *Ferrol*. La verdad que el procedimiento no era absolutamente nuevo. Algunos años atrás, antes de comprar la draga, Pancho Comercio había contrabandeado por el estilo. Mi padre le debía, además de "el sistema", la mejor caña paraguaya que inflamó sus entrañas.

El viejo realizó los dos primeros viajes, que fueron de tanteo. Salía con el Olimpio y una de la veces se quedó a pescar en el Víboras. De todas maneras, como él dijo, era una forma de reforzar "el sistema".

Por fin volvió a salir el Oscuro, que entretanto había llegado hasta la batalla de El Álamo, en el tomo II, y recién entonces mi padre estuvo en condiciones de entregarse a aquella nueva vida que había anunciado.

A primera vista seguía llevando la misma plácida existencia que comenzó en el refugio del Miní.

Pero lo importante fue el cambio espiritual que provocó en mi padre aquella placidez. Nada de lo que hacía parecía notable.

Sin embargo, si alguna vez el viejo fue algo o representó al menos alguna cosa sucedió en esos días. En todos esos largos días del verano que luchó con el agua como para arrancarle un secreto y luego en el rigor y la soledad del invierno, cuando mi padre era tan sólo una quieta llamita que se consumía sobre el río.

En el corazón del verano habita el dorado. De manera que para ese tiempo mi viejo concentró el entusiasmo en este pez, al cual engendra el sol del estío y es intenso y cruel como ese sol que inflama el aire y enardece la sangre. Pero reservó una parte para otro pez, completamente distinto, que habita en el corazón del invierno.

Esa vez la temporada se anunció en marzo con unos fríos prematuros, pero como sucede invariablemente el pejerrey apareció en los primeros días de abril y, entre junio y julio, la temporada alcanzó su plenitud.

Cuando aparecieron las primeras señales en la tierra y en el agua el viejo, que desde hacía un tiempo se sentía inquieto, comenzó a trabajar de firme con miras al asunto. Fue como si estuviera esperando una señal. A principios de marzo dio por terminada la temporada de verano. Le gustaba decidir esas cosas y tomar en cuenta el curso del tiempo.

—Ya falta poco para julio (se refería más bien al invierno en general, no a un tiempo preciso, como alguien que está en marcha y se anuncia)... Está en el aire.

Y se desparramó en la galería y esperó que muriese marzo con los ojos puestos en el cielo, más allá del horizonte, como si aguardase esa señal.

Los días pasaban lentos y todo era triste y alegre a la vez, en marzo. Le estaba creciendo el pelo a Olimpio. El viejo se lo había cortado a comienzos del verano y el aspecto miserable que tuvo desde entonces nos llenó de confusión. Los dos primeros días no quiso aparecer por la casilla y en el tercero y el cuarto se limitó a rondarla.

—¡Vení aquí! —suplicaba mi padre en todos los tonos—. ¿Qué carajo te pasa?... ¡Vení aquí, te digo!

En el quinto día Olimpio aceptó su desgracia y volvió a acompañarlo en sus excursiones, pero de cualquier forma su dignidad se había resentido.

Volvió a crecerle el pelo en marzo y el viejo a fregarlo con aguarrás o con alcohol alcanforado como si se tratara de un perro importante, examinando con detenimiento las patas y las uñas después de cada salida según se hace con los grandes corredores, los *pointers*, los *setters* o los *lebreles*.

Llegó, pues, el frío.

Una tardecita el viejo alzó la cabeza como si hubiese escuchado un ruidito, luego se puso de pie, olió el aire y entró precipitadamente en la cocina.

A la mañana siguiente, con la primera luz, dio comienzo a los grandes preparativos para el pejerrey. Ante todo repasó las líneas que había fabricado especialmente para este pez, que deben ser en extremo sensibles. Examinó en particular la punta de los anzuelos. Los probaba con las yemas de los dedos, mirando hacia otro lado, como si templara las cuerdas de una guitarra. Cuando no estaba satisfecho con alguna la retocaba con un papel de esmeril muy fino. Fabricó dos líneas más, de crin de Florencia, una de la boyas negras para la pesca diurna y otra de boyas blancas para la nocturna. Luego sacó el bote a tierra, le hizo una cajonada a popa, le removió el calafate, lo pintó de color amarillo con una franja de color rojo y lo echó al agua. Parecía nuevo y era visible desde muy lejos.

Fuera de los días en que aparecía el Oscuro con el Ferrol y se encerraban en aquel cuarto repleto de misteriosos cajones y de cachivaches, el viejo se pasaba el resto de la semana metido en el bote. Salían en la madrugada, él y el Olimpio, para regresar un poco antes del mediodía. Después de la siesta repasaba los aparejos y volvía a largarse al atardecer, provisto de un farol. En lo más crudo del invierno, una o dos veces en la semana pasaba la noche afuera subiendo y bajando con el río sobre el cual se consumía su luz, sin despegar los ojos de la imprecisa línea de boyas.

Se ponía el farol de viento entre las piernas para calentarse, o el Primus con una lata desculada sobre el mechero para reparo de la llama.

Unas veces quedaba sobre los bancos, al fondo del Desaguadero. Otras entraban al Patí o al Raya o subía hasta el Víboras o bajaba hasta la punta del Canal Este o salía a los bancos, al fondo del Desaguadero. Pero otras la lucecita se perdía sobre el gran río. Algunas veces iba con él, pero prefería quedarme en tierra y vagabundear por el monte. La pesca es una cosa de viejos. Precisamente yo había visto todo eso sobre el rostro de mi padre: esa serenidad y esa lejanía, esa especie de ausencia que aparece en los rostros de los viejos.

De todas maneras mi padre prefería, por su parte, que me dedicara a pescar mandufias con el mediomundo. El viejo empleaba carnada "blanca" y en especial la que proporcionaba la mandufia, que se saca cerca de la costa.

Por lo general pescaba "a camalote". Es más difícil, pero los piques son más francos y los pejerreyes más grandes. Todo esto lo había aprendido con los años y a su tiempo, yo lo aprendí de él. Solamente un viejo solitario podía saber tantas cosas acerca de un asunto que parecía tan simple:

—Por supuesto, es todo relativo y el río mismo te dirá cada vez lo que tengas que hacer... Hay que poner la proa al viento, como digo, y aguantarse suavemente con los remos. En un día calmo es más o menos fácil, pero el viento complica las cosas... La línea de boyas siempre adelante, es decir, por el lado de popa. Con un palito dibujaba en la tierra la silueta de un bote y luego, a medida que hablaba, una serie de flechas.

—Aquí la corriente... Aquí el viento... Aquí las boyas... o aquí, a la altura del bote. Pero nunca atrás porque el pejerrey pica cuando sube... ¿Está claro?

Recuerdo todo eso, su voz y su rostro de viejo, aunque todavía no lo fuera, y ese aire de ausencia que trajo del río.

Ya había visto una vez, a fines de otoño, aquel barco de aspecto tan singular que apareció lentamente sobre el río emergiendo con dificultad de la cerrazón que cubría el Canal Este. Era enorme y silencioso y parecía a punto de desvanecerse.

Según el viejo, se trataba de una goleta de carga de las que se ven entre Bahía y Río Grande do Norte, las cuales conservan el mismo aspecto que hace trescientos años. El tercio de popa parecía una casa. Se llamaba *Alagoas*. Su nombre, su aspecto y ese tiempo de otoño despertaron en mi padre una gran nostalgia. El barco se desvaneció en medio del Canal, hacia el sudeste, con las tres velas firmemente desplegadas. Y fue como si al viejo le arrebataran el alma.

Por lo que recuerdo, jamás vi un tipo más estafalario que el Cuervo Abelleira, incluyendo a mi viejo. La verdad es que lo vi esa sola vez, ese mismo invierno, pero era un tipo difícil de olvidar con su linda pinta de malevo, sus bigotes aceitosos y aquel raído palmbeach que le otorgaba una melancólica distinción. Debajo de los bigotes asomaba medio Avanti, por lo general apagado y que apuntaba con notable precisión hacia donde se le antojara señalar, ya que por lo común no sacaba las manos de los bolsillos como no fuese para jugar al tute o al mus.

El Cuervo había hecho del *Alagoas* una especie de casa flotante. Colgaban por todas partes trasmallos y mediomundos y ropas puestas a secar y de cada lado de la carroza un par de macetas con culantrillos. La cubierta estaba repleta de cajones para pescado de los que brotaba un olor nauseabundo. El casco, los palos y los costados de la carroza, que parecía una casilla o una serie de casillas, habían sido pintadas de blanco. La espiga de los palos y el botalón, de rojo. Aunque a decir verdad la pintura estaba tan deslucida y mugrienta que no se podía hablar de colores con demasiada propiedad. El Cuervo vivía a bordo con dos tipos silenciosos y una húngara. Decían que era húngara. Recuerdo tan solo un rostro blando y redondo que cambiaba de ventana.

La historia del Cuervo Abelleira arranca mucho antes del *Alagoas*, desde los días del *Flora*. Primero oí hablar de ese barco en el estilo fabuloso de la costa y luego lo vi por espacio de varios años montado sobre tacos en el varadero de la Prefectura. Parecía navegar en el aire con ese porte invencible de las viejas embarcaciones. En realidad, lo habría podido traspasar con un dedo de reseo y podrido que estaba. Pero yo lo veía así, remoto y espléndido como una estrella.

Un buen día desapareció la obra muerta. Así y todo, con el casco pelado, seguía siendo el *Flora* y no había menguado su antiguo esplendor. Pero otro día, al cabo de otros años, desapareció también el casco. Fue un día de tristeza. Algún tiempo después descubría el casco y la obra muerta, apenas separados por unos metros, en el pequeño cementerio de barcos, del otro lado de la Prefectura. Pero no quise reconocerlos, por una especie de piedad.

En aquel entonces el Cuervo Abelleira tenía tres barcos dedicados al contrabando: el *Navarro*, el *Dichosa Madre* y el *Torito*, que pasaban por pesqueros. El Cuervo era un hombre con ideas propias y eso fue, en definitiva, lo que lo arruinó. Mientras los tres pesqueritos estaban en lo suyo, con el *Flora*, que era el más veloz y el mejor equipado, se dedicó a *mexicanear*. Ésa fue una de aquellas ideas, hasta cierto punto feliz, con exactitud hasta que se cruzó con el *Verdi*, de Pancho Comercio, y la cosa terminó en una batalla naval. El *Verdi* se incendió y el *Flora* fue apresado por la Prefectura, mientras las dos tripulaciones ganaban la costa a nado.

Así terminó el *Flora* y en cierto modo toda aquella época.

El Cuervo volvió cinco años después con el *Alagoas*, pero según el viejo para ese tiempo ya había perdido la garra. Aquellos ojos estaban ahora vacíos y todo su rostro respiraba

una profunda tristeza. Detrás de sus palabras y de sus gestos habitaba la misma melancolía que en el corazón de mi padre. No era la vejez, porque ninguno de los dos era realmente viejo, sino ese humor vagabundo que les viene del río y que los penetra como la humedad. Algo que se apodera de uno poco a poco y está en los barcos y las islas y la costa. Sobre todo en ese ancho río que se pierde en el horizonte hacia el sudeste, contra el cielo impreciso del atardecer.

El Alagoas era pesquero, vivienda y barco almacén. Todo eso a la vez. En ocasiones, durante el verano, el barco pensión, como el *Cheroga*. Debajo de todo, naturalmente, su fuerte era el contrabando.

El viejo había oído hablar del Cuervo Abelleiras como de un ser fabuloso (no mucho después se hablaría en la misma forma de mi padre, aunque ahora nadie lo recuerda. Ni siquiera recuerdan al Cuervo), pero no lo conoció hasta aquel invierno. Esa vez el *Alagoas* apareció fondeando en el Canal Este. Se alcanzaba a ver desde el Desaguadero. El viento traía las voces que sonaban extrañamente claras, muy por encima del barco, como si brotasen de otra parte. Una noche escuchamos los resoplidos de un acordeón y estuvimos los dos echados en el fondo del bote con los ojos perdidos en las luces que se mecían sobre el agua, hasta que la oscuridad absorbió la última nota.

Al quinto día el viejo salió al Canal, tiró una línea de flote arriba del *Alagoas* y se dejó llevar por la corriente en dirección del barco. El Cuervo estaba en la cubierta jugando al tute con los tipos silenciosos. "Envidaba" o "quería" con una voz grave y reposada.

Lo debió ver cuando salía del Desaguadero y después cuando remontó el Canal y arrojó la línea y se vino despacito sobre el barco. Pero siguió "envidando" y "queriendo" como si no viese nada realmente.

Hasta que lo tuvo delante mismo de la punta de sus botines y entonces lo miró apenas por encima de las barajas y dijo sin alzar la voz:

—Lo estaba esperando. Estaba esperando un tipo cualquiera para echar un mus como Dios manda. ¿Quiere subir?

Jugaron hasta el fin del día. Al mus simple, al mus francés, al truco, al tute ordinario, al tute americano, al tute arrastrado, al tute de remate. En mitad de la tarde comenzaron con el truco "de gallo", de manera que desapareció uno de los tipos. Primero hicieron el gallo por turno. Pero después el viejo o el Cuervo hacían de "gallo fijo". Al caer la tarde quedaron solos. Entonces siguieron el resto de la noche también, sin cambiar palabra, nada más que "quiero" o "envido" o "flor" o "truco" o "paso" o "envido y yo", bebiendo a traguitos de una jarra de loza que el Cuervo llenaba cada tanto, hasta que se levantó por última vez y trató de llegar a la cabina, pero se desplomó en medio del pasillo y se quedó dormido con la jarra en la mano.

El viejo se descolgó en el bote como pudo y volvió a la casilla. Tardó una eternidad en subir la escalera y otra eternidad en entrar al cuarto. Después volvió a salir a la galería y un poco antes del amanecer oí que cantaba *Praga Onze*.

*O' Deus eu me acho tao cansado
Ao voltar da batucada
Que tomei parte lá na praca onze.
Ganbei no samba, oh! .
Un arlequim de brome
Minha sandalia quebrou o salto
E perdí o meu mulato lá no asfalto.*

Ahora me acuerdo.

El final del invierno estaba en el aire por más frío que hiciera. El viejo vio las señales en el cielo y en la tierra. Y también sucedieron algunas cosas dentro de él porque todavía no estaba muerto. El pejerrey comenzó a alejarse de un día para otro, pero de todas maneras mi padre se había adelantado al tiempo y fijó la última salida justamente para entonces, para fines de agosto. Luego repasó las líneas, las enrolló cuidadosamente y las metió en un cajón, en el cuarto de los trastos.

—Ahora a otra cosa —dijo.

Y se pasó una semana tumbado en la galería observando aquellas señales del tiempo.

La proximidad de la primavera ejercía una influencia especial sobre mi viejo. Parecía rejuvenecer de pronto y lo poseía una extraña inquietud.

De un estado de placidez meditativa saltaba bruscamente a otro de incontrolada actividad, como si dentro de su pecho la vida y la muerte librarán un encarnizado combate.

Al término de la semana comenzó a preparar las líneas para los peces del verano. Pero su cabeza, o mejor dicho su corazón, estaba en otra cosa. Así fue que después de unos días abandonó las artes de pesca y con el mismo entusiasmo se dedicó a cambiar el aspecto de la casa como parte de un plan más vasto destinado a cambiar su propia vida. Siempre que el viejo decidía cambiar de vida comenzaba por cambiar cualquier otra cosa. Generalmente no terminaba de hacerlo con ninguna de las dos. De manera que abandonó la casa por los canastos de mimbre. Subió hasta el Gallito con el *Ferrol* y volvió con varios atados de mimbre "en jugo". Armó un "pelador" y peló los mimbres. Después armó un "burro" debajo de la casilla y fabricó varios fondos de distintos tamaños. Eligió un fondo cualquiera y terminó el primer canasto.

Parecía realmente entusiasmado con el asunto. Pero tampoco en esto estaba su corazón, como no fuera en el cambio mismo, mientras la vida brotaba por todas partes a empellones cercándonos con una muralla verde poblada de extraños rumores.

Al principio todo parecía suceder un poco lejos y hasta en otro tiempo porque el invierno habitaba todavía entre nosotros y nos había penetrado el alma. Entre agosto y septiembre cayeron aquellas lluvias por espacio de cinco días, con algunos intervalos grises colmados de espera en esa rara laxitud que precede a las tormentas. Pero aún en medio de la lluvia el viejo escuchaba aquellas voces de fines de septiembre atravesando los últimos días del invierno.

El tiempo se había adelantado aquel año. La verdad que agosto estaba apenas maduro y ya habían florecido los sauces de la costa. Un día el aire amaneció ligeramente verde. Era una niebla muy tenue que se mantuvo inmóvil entre las ramas de los árboles. Los cinco días grises que siguieron después no pudieron disimular ese alboroto de color que estallaba silenciosamente cada mañana y al quinto día exactamente, en una pausa de la lluvia, oímos a lo lejos, el dulce silbido del zorzal.

La primavera estaba ahí.

Mi padre, que confería a todas las cosas un sentido especial, bebió con el Oscuro una botella de caña paraguaya y escuchó con cierta unción *Praga Onze*. Tendido en la galería, a la altura de las primeras ramas, uno creía flotar en aquella nubecita verde que fue cobrando intensidad con los días, como si brotara más bien de nuestro recuerdo, para fijarse en el tiempo usurpando aquel largo vacío del invierno.

También con los días el silbido del zorzal se hizo más frecuente y se fue aproximando. Nunca nos habíamos detenido a pensar que, por más lejos que sonara, el pájaro debía hallarse en algún lugar del monte. Por el contrario, nos sentíamos inclinados a pensar que se trataba de un presagio, de un anuncio desde otro tiempo de alguna manera situado delante del nuestro y en marcha hacia nosotros. Era muy dulce aquella suerte de anticipo y aquella espera, fluctuando entre el invierno y el verano.

Si bien fueron unas lluvias un poco fuera de lo común (aunque en esto mismo se ve ya una señal del tiempo, ese momento de indecisiones, trastornos y desmesuras que acompaña a la primavera), el viejo no parecía prestarles atención. Veía más allá, detrás de ese velo plomizo que penetraban sus ojos, los días fijos y deslumbrantes del verano que alcanzaba con su mirada de viejo.

Yo mismo, con distintos ojos, alcanzaba a ver una parte. Especialmente los días jubilosos de la primavera animados por esa misma ansiedad que se apoderó de nosotros después del letargo de agosto, cuando la claridad comenzó a demorarse en el umbral de la noche y la luz y las tinieblas parecían indecisas, sin acertar con el paso.

Allí está mi padre, en el recuerdo, apenas desdibujado por los años, chapoteando bajo aquella lluvia al parecer interminable. Lo veo pasar ahora mismo, una y otra vez, cubierto con aquel capote que olía a humedad, atareado en cosas incomprensibles, deteniéndose de tanto en tanto para observar el cielo o escuchar un ruido.

Recuerdo esos días, recuerdo el aire y la luz de esos días, porque fue la primera vez que sentí los mismos síntomas que mi padre, esa oscura ansiedad que me oprimía el pecho. Por primera vez, como mi padre, sentí la alegría y la tristeza de ser un hombre solitario, y ansié metas distantes y aguardé la mañana seguro de grandes acontecimientos, y por la noche me estremecí de imprecisos deseos, percibiendo voces y ruidos remotos suspendidos como esferitas en la laxitud de las sombras, desplazándose según el viento.

A fines de septiembre oímos claramente la voz del zorzal y nos miramos confundidos. ¿Era una señal? Algo nos apremiaba en aquella voz.

Había otra cosa y era esa leve fragancia que en determinados momentos llegaba del monte sin poder precisar su origen porque no era un olor único y reconocible, como el del jazmín del país, por ejemplo, sino un olor vago y general, un olor del tiempo. Y el río trajo sus cosas también. Sobre todo aquel llamado que nos urgía desde todas partes, principalmente desde el río abierto que resplandecía cada vez más. Entonces nuestros pechos se dilataron como si les faltara el aire y se apoderó de nosotros un ansia desmesurada de partir porque la tierra debajo de nuestros pies se había tomado extraña y todos los lugares estaban allí, de alguna manera presentidos, enviándonos sus mensajes a través del río.

En el quinto día alumbró el sol sin que dejara de llover y el viejo terminó los canastos. Fue una de las pocas cosas que terminó esa primavera.

Siguieron a aquellas lluvias unos días frescos y apacibles, durante los cuales fabricó una curiosa serie de plumadas antigiratorias o destorcedoras y dos cucharas de 120 gramos bastante parecidas a la "Gramajo". Era harto dudoso que fuera a emplear alguna vez nada de esto. Más bien toda esa profusa actividad constituía un fin en sí mismo. Después comenzó a preparar una línea para el "dorado", en la cual había meditado largamente. Era una línea formidable. Pero con todo lo formidable que era no la llegó a terminar.

Había llegado octubre.

Y en octubre decidió por fin aquella cosa que lo tuvo ocupado hasta el final de sus días.

—Óiganme bien —dijo—. Mañana a primera hora nos vamos de aquí. Vamos a cargar la *Arvoreda* (él decía siempre *Arvoreda* porque un barco nunca cambia de nombre y el nombre y el barco son la misma cosa) y nos vamos al Honda... Hace tiempo que lo tengo planeado. Hacía tiempo, en efecto. Un día, tres años atrás, me había dicho, señalando la punta del Honda desde el bote:

—Quisiera vivir en un lugar así el resto de mi vida.

Cargamos, pues, la *Arvoreda* y a la mañana siguiente partimos llenos de proyectos hacia lo mejor del verano.

El viejo ya tenía elegido el lugar, después del Hambrientos, en lo que es hoy la isla YCA, con el Paraná y los grandes barcos que parecían venir hacia allí, hacia ese lugar preciso, antes de abrirse y doblar delante de la boya de bifurcación.

Trabajé con el Oscuro en la nueva casilla mientras el viejo echaba las bases de aquel proyecto suyo que nació de su corazón en mitad de la primavera.

La casilla estuvo terminada y octubre, con sus días templados y sus noches frías, también. Pero todavía ignoraba lo que se había propuesto mi padre.

El viejo era, así, sobre todo al comienzo del verano. Daba muchas vueltas antes de orientarse en firme, como si de tanto en tanto extraviara la pista de sus deseos. Pero ahora era evidente que estaba sobre ese rastro y si se demoraba antes de la cuenta era porque el asunto lo requería así.

En dos semanas todo lo que hizo fue un claro cerca de la costa. Y luego se pasó otras dos rondando por allí con las manos en los bolsillos, sin prestarnos ninguna atención. Recorría la isla en todas direcciones como si se tratara de un simple patio o de cualquier otro lugar despejado.

A veces reaparecía desde el monte con las ropas desgarradas y las manos cubiertas de tajitos enrojecidos. Pero él no reparaba en nada de eso. Tenía la cabeza en otra cosa. Olímpio, por su parte, caminaba pegado a él con ese aire sumiso y reconcentrado con que lo siguen a uno, acaso en la creencia de que el viejo partía definitivamente cada vez que se alejaba de la casilla. Cien veces al día.

A menudo el viejo se paraba en medio del claro que había abierto o lo observaba desde lejos deteniéndose bruscamente en plena marcha, como si allí hubiese algo.

Entre tanto el verano progresaba. Una mañana cualquiera advertimos el distinto color de la luz, esas manchas espesas en el monte, ese brillo del aire sobre el río, y recién entonces supe cuan lejos estaba el invierno. Ya no había nada que esperar. Podíamos instalarnos sólidamente en los días placenteros del nuevo tiempo. Aquella dormida ansiedad bajo la luz macilenta de julio había desaparecido. Aunque sólo supe de ella cuando reparé en su ausencia.

El viejo partió una madrugada en la *Arvoreda*.

Se despertó en la oscuridad y partió.

Dos días después estaba de vuelta. No había pasado la boca del Arroyón, no habría pasado siquiera el surtidor, cuando oímos la tosecita pachorriente del Penta.

—Viene cargado —dijo el Oscuro.

Así era, en efecto. Descargamos un rollo de madera y una caja de herramientas y algunas latas de pintura. Por último el viejo metió la mano en uno de los bolsillos y extrajo una brújula seca del tamaño de un reloj. A primera vista parecía efectivamente un reloj. Pero al viejo jamás le habría pasado por la cabeza regalarme un reloj.

—No se me ocurrió otra cosa —dijo encogiéndose de hombros.

Y esa misma tarde comenzó a trabajar en lo suyo.

¿En qué andaba mi padre de una vez por todas?

—Es algo que estaba dentro de mi corazón —dijo al cabo de una semana, cuando aquella cosa cobró forma en el centro del claro que había abierto cerca de la costa—. Hace tiempo que lo tenía ahí.

Lo examinamos en silencio, y la verdad que estaba bien hecho.

Había trabajado en eso día y noche, porque dormía muy poco y además estaba en él hacer las cosas en esa forma, de una vez. Apenas caían las sombras encendía una lámpara de carburo y seguía serruchando y martillando y taladrando con esa concentración que se apoderaba de mi padre siempre que comenzaba algo. No hablaba casi nada. Unas pocas frases, más bien incomprensibles, dirigidas a Olimpio. Prefería silbar o cantar y a veces maldecir.

Al cabo de una semana, pues, aquello salió de su corazón, y parecía satisfecho. Porque dijo:

—Un hombre como yo sin un barco como yo no está completo. He tardado un tiempo en comprenderlo.

De manera que estaba en eso: "un barco como yo". ¿Qué entendía mi padre por semejante cosa? Él mismo lo dijo, o trató de decirlo.

—Un barco así ha de salir completamente de mis manos... No hay ni clavo, ni madera que no tenga un sentido. Ni clavo, ni madera que desde su origen haya sido pensada para otra cosa...

La verdad que sonaba bastante raro.

Según entendí luego, un barco, para su gusto, debía resultar una buena combinación entre un barco de placer y un barco de labor. Líneas esbeltas, pero no rebuscadas. Ni viejo ni nuevo o, en todo caso, más bien un poco viejo. Sencillamente, tenía que ser *marino*. Esto es, pienso ahora, con ese aire errátil que asoma al rostro de un vagabundo, por ejemplo, esos tipos que trae y se lleva el verano... Sí, supongo que el viejo quería decir eso.

Eligió cada madera y cada tornillo y cada cosa de acuerdo a sus deseos. Por eso tardó una semana. Y ahora el casco estaba allí, o mejor dicho, tan sólo el esqueleto, de manera que podía descansar un rato porque había aprisionado a su deseo en aquella jaula de madera y lo podía contemplar cada día sin sobresaltos, como a un pájaro. Ya no era un fantasma. Ya no era una sombra o una nostalgia que le rondaba el alma. Ahora estaba ahí de alguna manera.

Sin embargo mi padre había llegado tarde y su deseo era demasiado viejo. El verano maduró hasta enero y el casco estaba todavía allí, tal cual, con la proa apuntando hacia el río y las costillas un poco grises y reseca flotando blandamente en la penumbra del ocaso como si estuviera a punto de partir.

El viejo descansó unos días tumbado al frente de la casilla con las manos en los bolsillos y los ojos puestos en su obra, todavía canturreando un poco. Pero cuando se puso de pie y pareció que iba a acometer de nuevo se limitó a rondar en torno a la armadura, como al

principio, deteniéndose de tanto en tanto en plena marcha para volverse y observar por encima del hombro al barco de su corazón, que estaba mitad en su cabeza y mitad en el claro que había abierto en la primavera, a pocos metros de la costa. Eso fue todo.

Al terminar enero vimos aparecer al *Alagoas*, desde el Urión. Pasó por el medio del río en la luz de la tarde y oímos sus voces en la cresta del viento. El viejo agitó una mano, pero tal vez no lo alcanzaron a ver. Fue la última vez que vimos al *Alagoas*, con su carroza parecida a una casilla y las macetas de culantrillos y ese aire lejano semejante al del *Flora*, porque desapareció para siempre. El Cuervo Abelleira y la húngara y los dos tipos silenciosos. Nosotros lo ignoramos entonces, yo y el Oscuro, pero mi padre lo presintió de lejos porque entendía a los barcos. Y el de su corazón había partido también, en cierto modo, y para siempre.

Ahora era evidente que evitaba acercarse al casco. Por más que algunas veces se detuviera y lo palmeara como a un viejo caballo y dijera sin quitarse el cigarro de la boca:

—Un día de éstos vamos a salir por ahí.

Fue el tiempo, en mitad del verano, que maduró en su rostro ese aire afable y desesperanzado que más tarde iba a descubrir en el rostro de otros tipos, aquí en la costa.

¿Qué había pasado? Mi padre estaba viejo, viejo por dentro igual que esos grandes sauces que un buen día amanecen en el suelo. ¿No era acaso un síntoma el hecho de que no le hubiese puesto un nombre? En sus buenos tiempos habría empezado por ahí.

Ahora, a la distancia, todo eso es evidente porque en alguna forma el viejo está en mí. Padece y busca su deseo, el nombre, que es lo mismo, a través de mí.

Cuando presintió el fin del verano, que para eso se pintaba solo (lo presintió en la plenitud del tiempo por esos signos sutiles de la madurez, cuando la muerte de tan remota parece imposible), volvió al asunto de la pesca.

Ese año los barcos de placer comenzaron a aparecer en los parajes que frecuentaba. No era gran cosa. Ni siquiera hoy es gran cosa. Si algo sobra en esta parte del mundo es donde estar solo. De cualquier forma el viejo comenzó a alejarse en busca de otros más solitarios.

—He oído decir que hay buena pesca adentro del Diablo.

Y otra vez:

—Voy a rodear por afuera hasta el Miní. Después subo hasta el Correntoso por adentro... Cuatro o cinco días. No más de cinco.

Fueron muchos más. Pero al viejo le resultaba como si se movieran las islas, no él, y el río le trajera esos lugares. De manera que no había más que cargar el bote y salir al medio del río y esperar. Las cosas llegaban solas.

Al poco tiempo olvidó el motivo inicial de aquellos viajes y comenzó a vagar de un lado para otro sin preocuparse demasiado por la pesca. Llevaba siempre consigo dos o tres cartas Neptunia y tomó la costumbre de anotar en los planos cualquier dato que el cartógrafo había pasado por alto. Al final, en lugar de aparejos, salía cargado de planos y hojas de papel y lápices de colores y unos viejos prismáticos Krauss.

Hasta que esto perdió también su interés. Entonces enmudeció del todo y se limitó a vagar sobre el río las horas y los días.

La maleza comenzaba a cubrir el claro que abrió un día cerca de la costa y ocultaba en parte el armazón del casco. Pero él ni siquiera miraba ahora hacia allí y, de todas maneras, no estaba casi nunca en la casilla.

Dos o tres veces salí con él. No habló ni una palabra. Ya no decía "Hijo, esto", "Hijo, aquello", como tenía por costumbre y como a mí, después de todo, me gustaba oírsele decir. Ya no decía nada. Se sentaba en medio del bote y comenzaba a remar con esa pachorra propia de los viejos, sin proponerse llegar a ninguna parte. Por la noche nos acurrucábamos en el fondo del bote y dormíamos cubiertos con una lona, el perro entre los dos. Muchas veces llegué a olvidarlo, pero otras me volvía hacia él impresionado de pronto por esa gran soledad que despedía mi padre, y contemplaba su rostro.

Fue una ilusión eso de olvidarlo. Ya para entonces el viejo había penetrado en mi vida de una manera lenta y obstinada. Ahora, en el recuerdo, revive aquel aire taciturno, ese estar y no estar en medio de las cosas, esa turbadora presencia del cuerpo abandonado al tiempo, esa leve y remotísima ironía.

Pero, después de todo, no sé si eso sale de él o de mí.

Entonces no advertí nada expresamente, o casi nada, porque la vida pugnaba dentro de mí y estaba impaciente por mi estrella. Fue mucho más tarde, el día que me senté en la costa y me comenzaron a rondarlos recuerdos. Una tarde cualquiera de verano.

El último tiempo fue un largo y casi ininterrumpido vagabundeo sobre el río.

En realidad parecía buscar algo. Su corazón nunca estaba allí donde estaba el resto de su cuerpo. Siempre más adelante, o en cualquier otro lugar, pero no allí.

Una confusa ansiedad, apenas una llamita vacilante, lo apremiaba cada mañana con mansa, pero terca insistencia. Conozco ahora esa misma ansiedad. Esa congoja y esa alegría a un mismo tiempo, ese anhelo desasosegado por algo impreciso que le hace a uno erguir la cabeza y aspirar profundamente como si le faltase el aire.

En el caso de mi padre había una meta, sólo que no acertaba con ella. Porque el objeto de su deseo estaba en casa, en el claro junto al río, dormido contra el cielo como un pájaro embalsamado.

De manera que dondequiera que fuese lo seguiría su ansiedad.

Hasta que partió por última vez, una mañana de marzo, cuando ya los signos del tiempo eran completamente claros. Lo vi cargar el bote, cada cosa en su lugar, y los aparejos de pesca en la cajonera de popa. Y partió.

Una semana después no había vuelto. Un mes después no había vuelto.

Alguien oyó los ladridos del perro, desde el río abierto, atropellándose y rebotando en la distancia. Era una cosa bastante curiosa que vinieran desde ahí. Luego languidieron y cesaron en la placidez de marzo y el que los había escuchado pensó que efectivamente se trataba de una ilusión.

Pero el *Maldonado*, que un día se apartó de su rumbo, en la primera crecida de abril, encontró el bote boyando en medio del río, cerca de donde en el 34 se hundió el 1° *Clara Donato*. El viejo y el perro estaban acurrucados en el fondo del bote como si durmieran. Eso parecía, salvo aquel olor que nos alcanzó de lejos cuando el *Maldonado* lo remolcó hasta el Honda.

El Oscuro cubrió el bote con algunas tablas del barco. El viejo había dicho: "Para la tablazón, viraró. Para la cubierta, petiribí, que es la teca americana". De manera que lo cubrió con petiribí, aguantando la respiración mientras clavaba las tablas, y lo enterramos con bote y todo en el claro que había abierto cerca de la costa, al lado del esqueleto de madera.

Los Novios

El tío Hipólito llegó a las cinco, como siempre.

Todavía hacía un poco de calor pero oscurecía más temprano. Además la luz era distinta, como si todas las cosas, aun las sombras, fuesen de la misma sustancia.

María trajo los sillones de mimbre y los arrimó a la pared. Hipólito la saludó con un gesto distraído mientras se hurgaba en los bolsillos.

Hacía tiempo que estaban por asfaltar aquella calle. El Expreso del Oeste se tenía que desviar una punta de cuerdas precisamente por aquella calle. Pero pensándolo bien, ahora, con esa luz, era preferible que quedara así.

Hipólito extrajo un caramelo con forma de bastoncito, se inclinó sobre la cabecita morena que aguardaba en silencio y preguntó: "¿Qué dice mi muñeca?". Luego se sentó en el sillón al lado del zaguán y encendió un Caburito.

Del otro lado de la calle los árboles parecían haber envejecido. Estaban cubiertos de polvo y de una luz melancólica. Hipólito los había contado alguna vez y hasta había comenzado a ponerles nombres porque se parecían a las personas. A veces estaban tristes, a veces estaban alegres. Cambiaban de ropaje, cambiaban de humor, y un día morían como el plátano de la esquina que la primavera anterior no había florecido.

La señorita Adela apareció en la puerta e Hipólito se levantó de un salto, con el Caburito en la mano.

—¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

—Mejor —dijo la señorita Adela con una voz algo frágil pero alegre.

Mientras se sentaban él pensó por qué habría dicho "mejor" y no simplemente "bien", pero se alegró de todas maneras.

Después hablaron del tiempo.

—Parecen las seis, ¿se ha fijado usted?

—Sí, es verdad.

—Sin embargo apenas son las cinco.

—Acabo de verlo. Las cinco.

Seguramente lo había visto en aquel notable reloj embutido en el campanario de un cuadro de la *Chiesa di S. Magno a Legnano*, en el comedor. El viejo era de Legnano, en la Lonibardía, según se lo había oído mil veces.

Para ser exactos eran las cinco y cuarto, pero hablando así del tiempo no debían tomarse en cuenta los cuartos y apenas las medias.

A Hipólito le gustaba hablar del tiempo, lo mismo que a su padre. En realidad, era todo lo que recordaba del viejo. Ahí estaba en su recuerdo hablando las horas enteras en el Círculo Italiano o en el bar Alsina. La verdad que era un tema inmenso. Se recordaban cosas, se auguraban cosas y uno se volvía cosa y tiempo también.

Volvió a encender el Caburito que se había apagado.

Según Hipólito, aquel otoño más que el recuerdo del verano, como sucedía casi siempre, resultaba un verdadero anticipo del invierno. No había sucedido como otros años, ese lento despliegue de signos y anuncios, sino que, de un día para otro, la luz se había empañado y el cielo parecía increíblemente lejano.

A propósito del tiempo se habló luego de las flores de marzo.

La señorita Adela se volvió un poco de costado, cruzó las manos, aquellas largas manos que se movían como mariposas de cera, y mencionó las caléndulas y las siemprevivas.

Hipólito, por su parte, habló con cierta erudición de las azucenas blancas y por supuesto de la violeta, que es emblema de la modestia. Bajo vidrio: tulipanes, espuela de caballero y ciclamen.

—También el ciclamen.

—El ciclamen, eso es. Mi madre decía ciclamino.

— ¿Ciclamino? ¡Qué gracioso! Es la primera vez que lo oigo.

—Ciclamen o ciclamino —dijo Hipólito distraídamente.

Pasó un grupo de muchachos con hondas y tramperas para gorriones. Trotaban por el medio de la calle en dirección de la usina.

Luego pasó la señora Amelia con el tul y el rosario en las manos. A veces se detenía a hablar de enfermedades o de la fiesta de San Isidro. Pero esta vez pasó y saludó simplemente.

Todavía estaban hablando del tiempo cuando apareció el camión de riego en la punta de la calle. Hipólito se removió en el sillón y miró la hora. Pareció que iba a decir algo divertido como lo del ciclamino, pero no dijo nada.

Era un camión rojo con un águila de bronce en la tapa del radiador. Hipólito se sentía bien sólo con verlo. Primero echaba el chorro hacia un lado y después hacia el otro y recién un par de metros más allá echaba dos chorros a la vez, uno para cada lado.

El camión aparecía en la punta de la calle cuando la luz trazaba una especie de visera sobre la vereda de los plátanos y se detenía un rato como para tomar aliento. Luego comenzaba a andar a los tumbos, igual que el viejo Nardi. Tal vez ahí estaba lo gracioso.

Cuando pasó frente a ellos detuvo el chorro de la izquierda y una mano salió y entró por la ventanilla. Entonces la pequeña echó a correr junto al camión y las voces y los ruidos se alejaron hacia el otro extremo de la calle como si aquellos blandos chorros de agua fueran borrando la tarde.

—Está refrescando, ¿lo nota usted?

—Sí —dijo la señorita Adela—, pero todavía queda buen tiempo.

—No sé esta vez —dijo él.

Y trató de pensar en el otoño anterior, aunque no estaba seguro de que fuese el anterior sino un otoño cualquiera.

Algunas tardes después Hipólito habló de la casa. No era un tema nuevo pero siempre que hablaba de la casa la señorita Adela parecía más animada.

Las copas de los árboles ardían en silencio pero la luz en la calle de tierra era cada vez más débil, un polvillo de miel.

Hipólito describió en primer lugar el pequeño jardín frente a la casa con los dos pinos como dos centinelas. La señorita Adela encontraba algo extraño que hubiese justamente dos pinos en un jardín tan pequeño pero con el tiempo le pareció una señal de distinción. Nada de canteros retorcidos, ni calas, ni plantas minúsculas que daban una impresión de desaliño y vejez. Después venía la puerta, que para la señorita se abría y se cerraba por sí misma en silencio, y el pasillo de luz penumbrosa y al fondo la cocina.

Hipólito se demoraba siempre en la cocina. Cada vez había un detalle nuevo que no había mencionado o que, por lo menos, había olvidado. Los dormitorios estaban al costado del pasillo y el hall a la entrada, naturalmente, sólo que Hipólito lo mencionaba en último término, después que había pasado el camión de riego, tal vez para que quedara la impresión de que recién entraban en la casa y no de que estaban a punto de salir.

—No será una casa notable —resumía invariablemente— pero creo que es una casa adecuada. Y la señorita Adela asentía con los ojos entornados, aun antes de que comenzara la frase. Esta vez dijo además, después de un silencio:

—Me gustaría que la viese usted... alguna tarde de estas, por ejemplo.

—¡Oh, sí! —exclamó la señorita con un trino.

Y se volvió y miró al tío Hipólito que se había erguido en el asiento y soplaba la punta del Caburito.

Fueron pues una tarde a ver la casa.

Hipólito vino más temprano, aunque parecían las cinco por lo menos, y esperó en la vereda como de costumbre. Esta vez, en lugar de los caramelos, trajo un cartucho de pororó y una manzanita acaramelada. Era la época.

La señorita Adela apareció por fin en la puerta con una sombrilla en la mano aunque ya no era el tiempo de las sombrillas, es decir, el dulce y querido verano, cuando las cinco de la tarde son efectivamente las cinco.

La casa quedaba del otro lado del pueblo, después del molino. De manera que tuvieron que atravesar el pueblo en aquella luz polvorienta del otoño. La señorita Adela marchaba del

otro lado de la pared, blanca y leve como una paloma, y parecía más divertida que nunca. Hipólito, en cambio, marchaba digno y compuesto como un notario o algo por el estilo. Un verdadero tío.

El gallego Correa los saludó desde el mostrador de la tienda El Mercurio y el señor Ferrer, con el invariable cigarro en la boca y el chaleco abierto, desde la puerta de El Imparcial. Cada uno en su calle y en su puesto parecía distinto, opinó la señorita Adela. Hipólito, aunque no estaba muy seguro, asintió con la cabeza.

En la esquina de El Vencedor, bebidas y comestibles, tendió una mano a la señorita para ayudarla a saltar desde la acera de ladrillos húmedos y desaparejos porque era muy alta. Don Ítalo estaba en la puerta del almacén con el lápiz montado sobre la oreja.

Y había otros vecinos sentados en los sillones de mimbre o en las sillas de paja. Parecían todos contentos pero extrañamente quietos con sus sonrisas en esa hora inmóvil de la tarde.

—¡Vamos! Decídase usted —dijo Hipólito con cautelosa jovialidad.

—¡Qué gracioso! —trinó la señorita.

Y avanzó un pie y saltó.

Desde allí se veían las primeras quintas, el campo pelado y amarillo y al fondo el cielo de un celeste muy pálido. A la derecha, el molino, blanco como un hueso, y a la izquierda, el camino de cemento.

La señorita Adela reconoció la casa por los pinos. Era como ella la había imaginado. No exactamente como Hipólito había dicho, porque con lo que dijo se podían imaginar muchas casas con pinos y todo.

Atravesaron el jardín entre aquellos árboles oscuros y mientras Hipólito buscaba la llave reconoció cada cosa. El tronco firme y ceniciento de los pinos, las copas negras como surtidores de sombras, la cerca de madera y, a través de la cerca, la vereda de ladrillos.

Hipólito dijo a sus espaldas que aquí no era lo mismo porque no pasaba el camión de riego, ni la señora Amelia, ni enfrente estaban los plátanos erguidos como personas. Pero que de todas maneras sería lindo sacar afuera los sillones de mimbre y contemplar el campo pelado que mudaba de color como el mar, aunque nunca había visto el mar, y el camino de cemento y los grandes camiones que iban y venían cargados de ladrillos. Quedaron un rato inmóviles mirando todo aquello y luego entraron.

Flotaba en la casa una luz pegajosa y la voz de la señorita Adela parecía sonar en todos los cuartos a la vez. Hipólito caminaba detrás y decía cosas oportunas un poco inclinado hacia adelante con el sombrero de fieltro en la mano.

En la cocina encontraron todo lo que había dicho y además una claraboya de vidrio armado y una gran mesa de pino. Al fondo había una huertita y la vieja parra de uva chinche que Hipólito había ponderado largamente. Los dormitorios eran recatados y simples y donde más se notaba el silencio, de manera que se justificaba que resultasen imprecisos. El hall, en cambio, parecía lleno de gente, aunque estuviera vacío, y uno pensaba en los amigos y en los días felices. A través de la ventana se veía un pino y una parte de la cerca y el camino de cemento largo y preciso que se juntaba a lo lejos con el cielo. En fin, una casa adecuada, como decía el tío Hipólito. Y posiblemente notable después de un tiempo.

Regresaron en silencio por el mismo camino. Al doblar hacia el molino blanco como un hueso, la señorita Adela se volvió una vez más y miró los pinos. En la esquina de El Vencedor, Hipólito saltó primero y le tendió la mano. Saludaron a la misma gente en los mismos sitios. Cuando llegaron a la calle de tierra apenas quedaba un mechón de tarde en las puntas de los plátanos. El camión de riego ya había pasado y por eso la calle parecía más oscura. La señorita Adela permaneció un rato en la puerta, junto a los sillones vacíos. Los chicos volvían trotando de la usina. Hipólito miró la hora y comparó los días y estuvo a punto de hablar del tiempo. Pero ya eran las siete de la tarde, es decir, la noche.

La señorita Adela murió ese invierno.

Una tarde Hipólito esperó largo rato junto al sillón vacío. Pasó el camión de riego y la señorita no había salido.

Otra vez estuvo de paso, como quien dice, con un ramo de crisantemos, que era la flor del tiempo.

Y otra tarde cualquiera murió la señorita.

Vinieron unos parientes de Buenos Aires y otros de Rosario. Los hombres se abrazaban y se besaban brevemente y se hacían todas las mismas preguntas en voz baja. Cuando se reconocían parecía que iban a decirse grandes e interminables cosas. Pero pronto quedaban en silencio con las manos en los bolsillos y se hamacaban en puntas de pie o miraban el reloj mientras sus mujeres rezaban el rosario.

Después del año se animaron un poco y comenzaron a hablar de cosas que recordaban a medias. Hipólito sonreía gravemente y completaba el recuerdo, nombres y sitios y sucesos de aquel pueblo, un poco sorprendido él mismo de que recordase tanta vieja historia.

Llegó el cura y sirvieron otra copita más. Entonces se animaron por completo y ahora recordaban nada más que cosas alegres. Por último llegó el plomero e Hipólito alejó a las mujeres, entornó la puerta y sostuvo las barritas de plomo.

La luz de los cirios era una luz amarilla como la del otoño y la lámpara de soldar zumbaba como el camión de riego.

Ahora veía el rostro de la señorita Adela a través de un óvalo de vidrio un poco empañado. Parecía realmente de cera y tenía aquel gesto en los labios la vez que hablaron del ciclamen o ciclamino.

La calle nunca había estado tan animada. De este lado las mujeres, negras y llorosas contra la pared de ladrillo. María y la cabecita morena en el rincón de los sillones. La señora Amelia con el rosario al frente. En el medio la negra hilera de coches con los caballos erguidos y brillantes. Del otro lado los vecinos y los curiosos, los chicos de los gorriones y por supuesto los plátanos. Hubo un instante de inmovilidad y luego el cortejo se puso en marcha con un lento girar de ruedas. Hipólito iba en el segundo coche con otros tres señores que en cada cuadra recordaban un nombre o reconocían una casa. Cuando pasaban frente a El Vencedor el señor de la derecha preguntó por el viejo Nardi. Hipólito habló del viejo Nardi mientras pensaba en otra cosa a propósito de aquella esquina. Apareció el molino y hablaron del viejo molino. Después trotaron sobre la ruta de cemento y se cruzaron con los camiones mientras a lo lejos giraban lentamente los dos pinos con la casa en el medio. El señor de la izquierda preguntó a dónde iba ese camino. "A Irala", dijo Hipólito, aunque no estaba seguro si era a Irala o a Inés Indart o a cualquier otra parte porque jamás había pasado del cementerio.

A la izquierda aparecieron los primeros hornos de ladrillo. El humo trepaba derechamente hacia lo alto, señal de buen tiempo.

También por la izquierda, detrás de las columnas de humo, apareció por fin el largo murallón del cementerio y entonces los hombres callaron.

Los parientes se marcharon esa misma tarde. Se despedían de Hipólito como si éste no debiera marcharse también. Todos decían cosas amables pero imprecisas antes de partir.

La señora Amelia ayudó a acomodar las sillas y se fue a la hora de las campanas. Entonces el tío Hipólito salió a la puerta y se quedó un rato mirando los plátanos. La calle estaba otra vez en silencio.

Ahora oscurecía a las seis y media y el verano parecía más lejos que nunca. En realidad, parecía que nunca hubiese existido el verano.

Ad Astra

(A Maruca Cirigliano, que me enseñó el camino del álamo Carolina)

Fue a comienzos de la primavera, cuando cambian los vientos.

El viejo estaba sentado en el patio, frente a la casa, pensando vagamente en lo que iba a hacer ese verano. Tenía que arreglar el molino y después el galpón. Hubiera preferido empezar por el galpón, antes de que apretara el calor, pero el molino no podía esperar más tiempo. A pesar de todo la idea del verano lo alegraba. Posiblemente más la idea que el verano mismo. Ahora era el momento de la idea, cuando el camino estaba todavía húmedo por las últimas lluvias del invierno y ya los sauces comenzaban a verdear.

El viejo recostó la silla contra la pared de barro y encendió un cigarro.

Fue entonces cuando sucedió aquello.

Acababa de encender o estaba encendiendo todavía el cigarro cuando oyó el zumbido sobre la cabeza.

Justamente había dejado de soplar el Este de manera que lo oyó con toda claridad, como si brotara del cielo. Parecía acercarse desde el Oeste, es decir, desde atrás de la casa pero en el primer momento no vio nada. Sin embargo la vieja lo había oído también porque salió a la galería y miró al cielo. El viejo estaba por dar la vuelta a la casa cuando apareció en lo alto aquel gran pájaro que planeaba a siete u ocho metros del suelo en dirección al camino. La vieja gritó algo cuando pasaba sobre el galpón y él vio la sombra en el patio, negra, alada, rígida y a partir de la sombra tuvo como un presentimiento. Primero creyó que era un pájaro y después un barrilete y cuando desaparecía detrás de los pinos una fantasmal combinación de los dos con una cabeza de hombre en la punta.

Los pinos estaban pelados, de manera que siguió el planeo del pájaro a través de las copas como una gran sombra azotada por las ramas. El viejo calculó que iba a caer un poco más allá de la curva. Sin embargo, cuando todavía estaba dentro del campo, se empinó dos o tres metros y pareció que volvía a remontar el vuelo. Trepó en el aire limpiamente y quedó un instante colgado de las alas, más grandes y negras que nunca. Después hizo un volteo a la izquierda y comenzó a planear o más bien a caer, esta vez en dirección a la casa. Fue la segunda vez que entrevio el rostro, intensamente blanco contra las alas, y las manchas de las manos que golpeaban en el aire en el momento que arremetía contra el molino. Un metro antes, o menos todavía, el pájaro o lo que fuera se ladeó un poco, giró sobre sí mismo como un trompo y cayó a plomo sobre la huerta levantando una nubecita de polvo.

Para esto el viejo estaba corriendo hacia allí mientras el Titán ladraba como un condenado, atado a la cadena. En el momento en que saltaba el alambrado el tipo emergió entre las hileras de tomates y el viejo se paró en seco porque nunca en su vida había visto un tipo semejante, si es que era un tipo en definitiva. Parecía muy grande por el casco y las alas y esa especie de coraza que sujetaba el mecanismo pero el viejo, que estaba acostumbrado a apreciar la encarnadura de las aves de un solo vistazo, adivinó el cuerpo magro y pequeño debajo de todo aquel aparejo. Tenía un mameluco pegado al cuerpo, un pía de botines muy livianos, de badana o de lona, un par de rodilleras y un casco con una almohadilla alrededor, posiblemente de corcho.

Usaba unos anteojos redondos y relucientes sujetos a la cabeza por una cinta que unía las patillas. Pero lo más notable era esa especie de coraza con el peto de aluminio y el espaldar de cuero sujetos con hebillas y correas que, pasando entre las piernas y bajo los brazos amarraban al cuerpo aquellas alas de tela encerada, una de las cuales arrastraba por el suelo y la otra tenía la punta quebrada hacia arriba como una navaja a medio abrir.

Cuando vio al viejo el tipo vaciló un instante. Estaba cubierto de polvo y sangre pero trató de sonreír. Parecía preocupado por los tomates. Después echó a andar hacia el alambrado de una manera lenta y complicada. Al caminar producía un ruido como de resortes.

El motivo de que caminara tan lenta y complicadamente era un trozo de tela envarillada que unía las dos piernas y que a cierta altura hacía el efecto de una verdadera cola.

Aparte de eso, el hombre debía de tener algún hueso roto por lo menos. En mitad del alambrado se detuvo, se asió de un poste y volvió a sonreír. El brillo de los anteojos, como dos espejuelos, le daba un aspecto todavía más irreal. Así sonriendo se desprendió del poste y trató de caminar hacia el viejo. Pero apenas pudo alargar los brazos cayó redondo.

El viejo ensilló el ruano y enganchó el charret. Después entre él y la vieja metieron al tipo en la caja, con alas y todo. Y partieron en la última luz de la tarde con el Este que había vuelto a soplar. El tipo se quejaba de tanto en tanto y hacía aquel ruido de resortes al volverse pero en general parecía muerto. El viejo lo espiaba de vez en cuando pero no podía soportar aquellos ojos como dos espejitos. Entraron en el pueblo de noche, de manera que nadie reparó en el par de alas que sobresalían de la caja. El doctor Arce escuchó al viejo cambiando el cigarro de una punta a otra de la boca y después se hizo repetir la historia pero igual no entendió nada. Por fin tomó una linterna y subió al charret resoplando como un toro en celo. Examinó al tipo con detenimiento pero no pareció sorprendido. Se rascó la nuca, lo cual en él no era un signo especial de nada, y dijo simplemente:

—¡Aja! *Homo volans*.

Lo bajaron del charret, lo transportaron entre resoplidos y quejidos a través de un nebuloso pasillo, orientados por una lamparita de neón, y lo acomodaron en una sala con olor a botica. Arce se quitó el saco, se arremangó la camisa con lentitud y sin abandonar el cigarro comenzó a despojar al tipo de aquellos arreos tan novedosos. El viejo lo ayudó con la coraza y las alas. Además de las hebillas y correas había toda una serie de resortes que encajaban en las nervaduras y que no había advertido la primera vez. El ruido provenía de ahí seguramente, aunque no era un ruido exclusivo de resortes sino algo más complicado y misterioso. Por último Arce le quitó el casco y los anteojos. Entonces permaneció un rato pensativo, sobándose la nuca. Después se inclinó sobre el tipo con la linterna en la mano, cambió de punta el cigarro y dijo:

—Argimón.

Era como una mancha de dolor, más y más oscura, más y más densa.

Un plancton.

Una nube.

Pero cuando naufragaba por entero en ella, cuando era nada más que ella y un lejano borde adormecido, irreconocible que invocaba su nombre, Argimón, el nuevo, el desconocido, el unívoco Basilio Argimón brotaba de pronto en medio de aquella mancha y ascendía en espiral hacia su solitaria plenitud. Oía los cuchicheos alrededor de su cama, una voz que erraba por la pieza, los pasos que transportaban esa voz, la sirena del molino muy alta, más bajo, navegando en un aire distinto, el vuelo pautado de las campanas a la hora del Ángelus. Algún rostro se asomaba a sus ojos como a un pozo. Y antes y después ese punzante silencio que lo consumía como un fuego invisible. Pero aquel cuerpo enjuto y maltrecho, piadosamente burlado y condolido, no era el verdadero Basilio Argimón.

Los días y los años lo habían usado para transportar al verdadero y lanzarlo después por los aires, donde planeaba invencible. Así, en ese momento, suspendido entre el cielo y la tierra estaba él. Todo lo demás había sido un tanteo, un errar y vagar por la tierra, entre los hombres, remedando al ángel y al hombre. Hasta que Basilio Argimón tomó el impulso necesario y saltó. Su mísero cuerpo yacía allá abajo, pero Basilio Argimón era ese momento... El Este soplabla profundo, parejo. Él entró en la corriente y hubo un instante de vacilación. Pero después las alas cavaron profundo en el aire y entonces la verdad del Ángel lo golpeó con fuerza. ¡Podía volar! Estaba hecho, armado y creado para volar. Era una verdad solitaria que los hombres tardarían en comprender. Pero era la Verdad.

Lo que sobrevino después carecía de importancia, era la parte del hombre que quedaba en él, la parte terrestre que había que consumir y absorber en el Ángel. Esa parte, nada más que esa fue la que se precipitó desde lo alto. Mientras caía, y al mismo tiempo caía y se hundía en esa mancha de dolor, alcanzaba a ver en una sucesión de imágenes cada vez más borrosas el techo de zinc, el rostro azorado de un viejo, la hilera de pinos descamados, el camino húmedo que a lo lejos penetraba en la noche, el perfil siniestro del molino.

Después las imágenes se quebraban, se ennegrecían... Abandonó la casa del doctor Arce un mes después. La gente parecía haber olvidado el asunto. Sucedió en realidad que como todo asunto, por descabellado que fuese, lo había recortado, absorbido y clasificado de manera que le permitiese sobrevivir. En el primer momento les sorprendió o les turbó el hecho de que Basilio Argimón quisiera volar. Tal vez si hubiese sido otro, el múltiple e ingenioso Plunkett, por ejemplo, que había ideado un telégrafo pantográfico y un Belén mecanizado y que algunos años antes, en pleno apogeo del unto Paoloni, provocó una verdadera revolución con el empleo del colodión en los injertos y la multiplicación de las plantas por gajos, nadie se habría sorprendido en el verdadero y legítimo sentido de la palabra.

En definitiva, lo inesperado no estaba tanto en el hecho de que un tipo cualquiera se hubiese propuesto volar y aun de que volase, sino en que lo hubiese intentado Argimón. Naturalmente, hubo una resuelta aunque confusa discusión del asunto en el Bar Japonés. Plunkett, que en el Belén mecanizado había introducido precisamente un ángel volador, sostenía con algún probable fundamento la imposibilidad del vuelo humano sobre la base de una imitación de las condiciones mecánicas del vuelo animal.

El maestro Marsiletti, director del Conservatorio Pergolese, sostenía en cambio, con alguna exaltación, que aquél era el intento de un visionario, un creador, y que si no fuese por el daño que le producían las corrientes de aire habría saltado desde lo alto del molino provisto de aquel artificio. Remontándose luego a consideraciones más vagas y genéricas aludió a la soledad del creador y al sendero ríscoso y empinado del artista para desembocar por el "margaritas ante porcos" en el previsible tema del "plano superior" y la Aventura del Espíritu. Hablaba por experiencia propia, cosa que no dijo pero que se óóspbreentendía por el tono y contenido del discurso.

El Club de Arte, el coro parroquial, la banda del Patronato y, en pliegues más escondidos del pasado, aquella tiemísima romanza que había compuesto en horas de desvelo para el cincuentenario del Gub Social o el motete para la festividad de San Isidro Labrador, patrono del pueblo, eran otras tantas perlas arrojadas a los cerdos.

Plunkett vociferó que no tenía nada que ver una cosa con otra y que en todo caso el más autorizado para opinar sobre el asunto era un creador de la misma condición y especie que Argimón, concedido que lo fuera. El maestro Marsiletti lo miró desde arriba, porque se había puesto de pie, y con un ligero temblor de los mechones de pelo que le brotaban en la nuca proclamó que una cosa era el genio creador y otra bien distinta el ingenio acumulativo.

Plunkett no entendió muy bien lo que quiso decir pero de todas maneras se consideró ultrajado y abandonó el salón en forma estrepitosa perseguido por la voz tonante del maestro Marsiletti, que recién se calmó cuando tuvo que pagar la consumición. Una nota en *El Imparcial*, en la que se advertía el humor estreñido de Plunkett, ampliaba o más bien complicaba el tema de los vuelos con un pretencioso comentario al "De motu animalium" de Juan Alfonso Borelli, pero aparte del título (Actualidad) no había una referencia precisa al vuelo de Argimón.

El maestro Marsiletti respondió una semana después con otra nota igualmente oblicua sobre *Le triomphe d'Icare* donde en definitiva se desatendía de la música para atender al símbolo, atribuyendo al autor una intención que posiblemente no tuvo, sobre todo si se sugieren las implicancias mecánicas del asunto, y a la intención un aliento profético del que en todo caso estaba desprovista. Y eso fue todo.

Un mes después Argimón abandonaba la casa de Arce cubierto con un impermeable por debajo del cual asomaban las perneras del mameluco y el par de botines de badana. Medina, el cartero, lo saludó con un brazo en alto como todas las veces que lo veía. El turco Palatides, que en realidad era griego pero la gente prefería decirle turco, hizo un movimiento impreciso con la cabeza y tal vez sonrió o comentó algo hacia el interior de la tienda.

Los pinos de la plaza habían florecido y la tribuna de la banda estaba cubierta de glicinas. Un tordo músico, que reconoció a la distancia por su familiaridad con los pájaros, planeó sobre su cabeza entre la pérgola y el "macrocarpus". El corazón le dio un vuelco. Sonrió al pájaro y apresuró el paso.

La vereda del Japonés estaba cubierta de mesas con algunos tipos que leían los diarios y otros, como Plunkett, que charlaban en forma soñolienta. Cuando pasó frente a ellos, por la otra

vereda, Plunkett calló y el grupo lo siguió con la vista. Argimón habría preferido pasar inadvertido pero desde ahora tendría que acostumbrarse a esas miradas recelosas, a aquel silencio repentino.

El pasto frente a la casa había crecido a la altura de la cerca y los racimos azules de la glicina colgaban de los aleros como farolitos venecianos. Posó una mano sobre la cerca y contempló la casa un buen rato antes de decidirse a entrar. ¿Qué habría sido de él sin aquella casa? Todos esos años, esos largos años silenciosos detrás del Ángel probando y tanteando como un ciego, andando y desandando mil veces el mismo camino, unas al borde de la revelación, otras al borde del llanto, todos esos años, ¡Dios!, estaban ahí metidos, detrás de esa puerta que un día traspuso con un par de alas bajo el brazo. Saltó la cerca y cruzó el jardín pateando el pasto con decisión.

Al abrir la puerta halló sobre el piso dos ejemplares del *Amigo de las Ciencias* y uno de *La Razón Católica*. Este último lo había deslizado el maestro Marsiletti con una tarjeta que señalaba la página correspondiente a la sección científica en la que destacaba con un trazo rojo dos notas de actualidad: una sobre la fundación en París de una comisión permanente para la práctica de la navegación aérea y otra sobre un nuevo instrumento músico, el sinfonista, que sobre la base del harmonium u órgano expresivo había logrado construir el abate Guichené, "un simple cura de campo, que lo ideó a fuerza de perseverancia y de trabajo, ayudado sin duda por la Providencia" (doble subrayado).

Seguramente en la feliz coincidencia de una nota aérea y otra musical el maestro Marsiletti creía advertir una coincidencia de índole superior que destacaba con mano segura en la tarjeta que señalaba la página:

"Ad maiora nati sumus. Suyo, Marsiletti."

Argimón leyó todo aquello después de encenderla cocina económica y mientras esperaba que hirviese una pava con agua. Luego con movimientos minuciosos preparó el té, se sirvió una taza y volvió a leer la primera nota, la tarjeta, un artículo del *Amigo de las Ciencias* sobre los meteoros coloreados observados en París durante los últimos quince años y otra vez la tarjeta del maestro. Después de todo no estaba solo.

Aquí y allá, en éste y en otros tiempos, había, hubo siempre algún solitario ejemplar de esa reducida pero inextinguible raza de soñadores que son la sal del mundo y a la cual pertenecen en grado heroico los hombres voladores. Volvió la tarjeta al ejemplar de *La Razón Católica* y con la taza de té en una mano y todos aquellos mensajes y anuncios del mundo exterior en la otra trepó a la buhardilla donde habitaba el verdadero Basilio Argimón. Un rayo de sol penetraba a través de los vidrios polvorientos.

Argimón paseó una mirada cansada pero cariñosa sobre cada uno de los mudos objetos que habían esperado por él todo ese largo mes. La gran mesa de bordes gastados y roídos, la lámpara Miller con la pantalla de opalina que parecía flotar en la penumbra como un globo, los rollos de planos, la caja de compases, el banco de carpintero, la prensa, el barómetro de cubeta, el dirigible Giffard que había construido en escala reducida y que colgaba de un travesano del techo, los múltiples y complicados armazones de alas que crujían al menor soplo de viento, el esqueleto de paloma montado con alambres, el brasero, el caballete, los libros, el higrómetro con el fraile en el antepecho de la ventana, la calandria, el zorzal y el benteveo embalsamados, la mecedora que había heredado de su madre y en la cual leía o pensaba y por último dormitaba cuando el ángel del sueño le daba alcance en la madrugada.

Mientras se quitaba el impermeable examinó con aire crítico el plano cubierto de signos, trazos y borrones desplegados sobre una de las paredes. Correspondía al último par de alas, es decir, a aquellas con las cuales se precipitó desde lo alto y de las que había sido despojado por el doctor Arce. Luego abrió la ventana. El patio del fondo estaba igualmente cubierto de pasto y el aroma de intensos botones amarillos. La dama de noche, por su parte, había cubierto el tapial. Detrás del tapial la tierra se empinaba en una loma de un verde oscuro, metálico. Detrás de la loma el cielo.

Estaba por volverse cuando sintió un golpeteo de alas en lo alto del aroma. Argimón orientó hacia allí los espejuelos que le ocultaban los ojos y silbó tres notas breves, primero en un tono y luego en otro más grave. Hubo un instante de silencio. Después vibró en el aire, desde

la punta del árbol, un trino repetido, acelerado, ubicuo, como salpicaduras de cristal brotadas en la cresta de la tarde.

Argimón buscó entre los libros, entre los rollos de papel, con sus movimientos minuciosos y distraídos, sobre el banco de carpintero, detrás del caballete, intercambiando silbidos con el pájaro invisible, entre los armazones de alas, detrás de la prensa gasta que halló la caja de lata y extrajo un puñado de alpiste que colocó sobre el plato de aluminio, en la ventana...

El trino descendió entonces desde lo alto, balanceándose. ¡Chuc!, aquí, ¡Crik!, allá. Hasta que por fin apareció en la punta de la rama más próxima un mirlo macho.

Argimón sonrió blandamente.

—Plumito, plumito, plum, plunito...

El pájaro ladeó la cabeza y lo miró con uno de sus negros ojos relucientes.

—Olito, plunito, plum, plumito... Luego saltó hacia el borde del plato, cerca de la mano de Argimón.

—Plito, plunito, plum...

La voz se empuñeció.

—¿Y tus amigos? —preguntó en un susurro—. ¿Dónde están tus amigos?, ¿eh, Plumito...?

Y volvió a repetir la cantinela plumito, plunito, plum, mientras observaba otra vez el plano. Se quitó los anteojos, los sopló y los frotó.

Luego tomó una gran hoja de papel y la fijó en la pared, sobre el plano, extrajo un lápiz del cacharro de lápices y lapiceros que tenía sobre la mesa, ejecutó unos trazos en el aire, acarició la hoja y, después de meditar un instante, comenzó a trazar el afilado perfil de una enorme ala.

Argimón trabajó toda esa primavera en el nuevo modelo. Era un diseño enteramente distinto que echaba por tierra todos los moldes y proyectos antiguos. Lo había concebido en el momento mismo que planeaba por el aire en dirección al camino, un poco antes de precipitarse sobre la huerta.

Después había madurado dentro de él todo ese largo mes, no en forma expresa sino por modo velado, en la penumbra del alma. Por eso tal vez cuando aferró el lápiz y vaciló un instante frente a la hoja de papel las ideas se le atrepellaron en la cabeza y a partir de entonces fue como si lo consumiera una fiebre interior.

Trabajó sin descanso y casi sin fatiga, insensible al tiempo, el alma en vilo, los ojos cegados para el mundo, los oídos vueltos para adentro. Unas veces en la madrugada, otras con la primera claridad del día llegaba el ángel del sueño y le velaba los ojos. Pero bien pronto Plumito o la brisa del Este o a más tardar las campanas de la iglesia de San Isidro Labrador lo arrancaban de la mecedora. Se alisaba el cabello, reponía el alpiste, frotaba lenta y minuciosamente los anteojos y, de pronto, se abalanzaba sobre la mesa poseído de nuevo por aquella fiebre.

Había descartado por entero la coraza reduciendo en forma notable las correas, hebillas y resortes. Pero la novedad no estaba en la mera reducción o simplificación sino en el diseño del conjunto, en esencia distinto. Ya no se trataba de un par de alas adheridas o sujetas a un espaldar de cuero. Todo ese pesado y torpe mecanismo había sido reemplazado por uno totalmente unitario, un ala única, mucho más amplia que la anterior, que ceñía al aeronauta como una falda o pantalla de manera que, introduciendo el cuerpo a través de una abertura, emergían el busto y los brazos por el plano superior. La cola quedaba igualmente descartada o, mejor, incorporada a aquella ala única, en forma de bandeja, como dos pequeños bastidores, uno en cada extremo del borde posterior.

Argimón decidió esta vez emplear nervaduras de fresno sometiendo la madera a un proceso previo de elastización mediante el empleo de grasas y resinas hirvientes. El arqueado y secado de la madera le llevó un tiempo considerable, parte del cual debió permanecer inactivo consumido por aquella fiebre. En esos días cortó el pasto, que había alcanzado la altura de un hombre, preparó varias cajas para Plumito y sus compañeros y terminó de restaurar el par de arcángeles de yeso que custodiaban el altar mayor de la iglesia parroquial. El verano anterior había reparado un San Juan Bautista el brazo derecho partido y la nariz tronchada y un ángel

con cítara suspendido en el frontón del altar de Santa Lucía, además del borde del platillo que sostenía los ojos de la santa y dos dedos de la mano derecha, que es siempre la más expuesta porque generalmente se representa en actitud de bendecir.

El trabajo con ángeles y aun con arcángeles le resultaba bastante entretenido, por razones que se comprenden, aunque aquella concepción primaria del asunto ofendía las leyes más elementales del vuelo científico. En una de sus idas y venidas tropezó un buen día con el maestro Marsiletti que, torvo y reconcentrado, trotaba por la plaza San Martín. Fue verlo y abalanzarse sobre él con los brazos en alto y los largos mechones de pelo que flotaban "qual piuma al vento".

Lo estrujó y lo palpó con resuelto entusiasmo aunque, como siempre, parecía algo absorto y perplejo, como si una nube le velara las cosas. Tomóle luego del brazo y hablando de cosas imprecisas pero resonantes pasaron frente al Bar Japonés. No se tocó el tema de los vuelos, ni tema concreto ninguno, pero de todas maneras Argimón sintió esa entrañable corriente que fluía entre él y el viejo, esos lazos y parentescos espirituales, esa santa hermandad "in música atque in aere".

El maestro se despidió frente a la farmacia Marino con la promesa de hacerle llegar un nuevo ejemplar de *La Razón Católica* en el que se exponían los resultados y conclusiones del estudio del padre Secchi sobre los anillos de Saturno y una nota de probable interés sobre galvanoplástica.

Una vez que las maderas estuvieron a punto, Argimón volvió a encerrarse en la buhardilla sin otra compañía que la de Plumito, una pareja de tordos, una calandria, un pechito colorado, una recelosa y mudable urraca y un número variable de pájaros forasteros.

El armado del nuevo modelo, con sus formas elaboradas, suponía ciertos refinamientos técnicos. Aparte de la disposición general, que exigía un ajuste y equilibrio perfectos, había algo más sutil e inadvertido que representaba el verdadero y profundo cambio. En pocas palabras, la idea, la idea que le golpeaba la cabeza (primero un palpito, después una forma confusa, después el sesgo, la perspectiva, por fin el claro golpe de luz), consistía en obtener mediante aquel singular diseño una mayor velocidad de las moléculas de aire en la parte superior de las alas aumentando, en consecuencia, por el principio de la conservación de la energía, la presión sobre la parte inferior. Es decir, la diferencia de presiones tenía que generar por fuerza un impulso hacia arriba, el impulso que elevándolo por los aires lo despojaría por fin de ese último lastre o residuo terrestre que le impedía sostenerse en la altura. Eso en teoría.

En la práctica, Argimón debió construir una serie de plantillas al calibre sobre las que más tarde torció, arqueó y encoló las varas de fresno, midiendo y cotejando cada movimiento de la madera con toda clase de compases: de espesor, de calibre, de corredera, de proporciones.

Estaba en esto una tarde cuando sintió un rumor distinto que provenía del patio del fondo. Plumito brincó de la ventana al aroma. Argimón se asomó al patio pero no advirtió nada en el primer momento.

Sin embargo, algo después se repitió el rumor e inclusive pudo identificarlo. Era en la dama de noche, sobre el tapial. Volvió a asomarse y efectivamente sobre el tapial, entre las oscuras hojas de la dama de noche, emergían dos cabezas de muchachos.

Se miraron, inmóviles. Argimón sonrió por fin aunque tal vez debieron ser ellos los que se mostraron cordiales. Después sopló y frotó los anteojos y volvió a su trabajo.

Cuando se asomó una hora después no sólo las cabezas estaban todavía allí sino el resto del cuerpo. Habían trepado al tapial y, uno sentado y el otro de pie, relojeaban hacia la ventana.

Argimón decidió ignorarlos esta vez. Cargó alpiste en el plato, repasó los anteojos y canturreando por lo bajo se apartó de la ventana.

Sólo una vez, antes del oscurecer, espío desde atrás de un postigo. Se habían ido.

Al día siguiente los vio en la parte de adelante, junto a la cerca, y dos días después aparecieron encaramados en lo alto del aroma.

Esto ya era demasiado. Argimón se armó de valor y asomándose por la ventana preguntó qué diablos hacían allí. Eso en resumen, porque en realidad lo que se dijo fue así:

— ¿Cuál es tu nombre? (al de la derecha).

— José.

— ¡Aja! Pepito... ¿Y el tuyo? (al de la izquierda).

—Marcelo.

—Marcelo... Es un lindo nombre... Marcelo, Marcelino, Marcelito.

—Marcelo.

—Bueno, ¿y qué hacen allí, si se puede saber?

José: —Queremos verte volar.

Pausa.

Argimón (frotando los anteojos, en un tono leve): —¿De dónde sacaron eso?

Marcelo: —Nosotros lo sabemos.

Argimón (tontamente): —¡ Ah! conque ustedes lo saben...

(risa de falsete).

José (señalando el ala): —¿Qué es eso?

Argimón (señalando el caballete): —Pues qué es esto...

José (señalando el ala): —No, eso.

Argimón (sin señalar nada): —Una sinfonista.

José: —No, es un ala. Y no digas más tonterías.

Argimón pensó que tarde o temprano, más bien temprano, iban a terminar por cansarse. Pero dos semanas después, cuando estaba por comenzar con el entelado, seguían sobre el aroma observándolo todo con una expresión seria y reconcentrada. De manera que decidió capitular. Mientras echaba un puñado de alpiste en el plato y a propósito de una observación sobre el tiempo o los pájaros o los aromos, les sugirió que podían subir a la buhardilla, siempre y cuando...

El siempre y cuando cayeron en el vacío porque todavía estaba blandiendo un dedo admonitor cuando los dos muchachos irrumpieron en la buhardilla.

Argimón se volvió lentamente, los examinó en silencio y después de acomodarse los anteojos se puso a encender el farol.

Fue así como a partir de aquella tarde los discípulos Marcelo y José entraron en cierto modo al servicio del maestro de vuelo Basilio *Argimón*, ocupándose desde aquel momento en los menesteres simples y comunes, tales como ordenar el cuarto, servir el té, cargar el alpiste, alcanzar una herramienta, sostener el balde de cola o desplegar alguno de esos raros y manoseados planos que el maestro consultaba a menudo. En noviembre terminaron con el entelado y el día de Todos los Santos *Argimón* efectuó una prueba de viento.

Hubo que reemplazar un bastidor y armar todo el arreo de acoplamiento, pero de cualquier forma el aparato estuvo listo para fines de diciembre. *Argimón* dio a entender que faltaba esto o aquello, pero la verdad que estaba listo y que lo único que quedaba por hacer era echarse a volar.

Una madrugada Basilio *Argimón* cargó el ala sobre un remolque que había construido con las ruedas de una segadora, metió el traje de vuelo en una bolsa y marchó en las penumbras hacia la gran aventura.

Había decidido enfrentar aquella prueba sin complicar a los discípulos, ni al maestro Marsiletti. Solo había emprendido aquel camino, solo debía concluirlo.

Por lo demás, toda compañíaa resultaba aparente en esta clase de empresa solitaria.

Apagó el farol de tormenta, echó una última mirada a la casa y partió.

El campo escogido para la prueba era un terreno elevado, del otro lado del pueblo, con los parapetos y barrancones donde efl otro tiempo funcionaba el polígono de tiro. Atravesando el pueblo quedaba a poco más de media hora, pero *Argimón* prefería dar un rodeo por razones que se comprenden. De manera que al llegar a la esquina vio a un lado y se internó en las sombras.

Hacia el Este la noche se agrietaba en largas hendeduras de una luz blanquecina. Las últimas casas, los primeros árboles parecían flotar a ras del suelo, chatos y desprovistos de sombra.

Aquel momento, la noche de un lado, el día del otro y él, *Argimón*, trotando entre los dos, le producía un extraño regocijo, un plácido y sereno contento. En alas de ese contento trotaba, pues, con largos y resueltos pasos cuando, de pronto, dos sombras harto familiares surgieron ante él al extremo de una calle. *Argimón* se detuvo en seco con un crujido de ruedas y maderas. Maestro y discípulos se miraron en silencio con torvas e inseguras miradas.

Aquello era un atropello, un verdadero abuso —se quitó y frotó los lentes—, en cierto modo un atraco. No dijo nada de esto, naturalmente, pero ya era bastante con que se le ocurriera. Marcelo parecía confuso, aunque tal vez simplemente estaba dormido, pero José tenía un gesto adusto, desafiante. ¡Era el colmo! Esto sí que lo dijo, pero sin signos de admiración.

—Es el colmo...

—Nos has abandonado —dijo entonces José.

Y se produjo un gran silencio.

Permanecieron en aquel silencio hasta que una ráfaga de viento agitó el ala y las tres cabezas a un mismo tiempo se volvieron hacia el Este. Entonces el maestro hizo un ademán invitante, los discípulos empuñaron la vara del remolque y los tres trotaron en dirección a la mañana. Llegaron al polígono cuando ya había amanecido. El viento soplaba ahora parejo desde el Este, golpeando de lleno contra los parapetos.

Ante todo, Argimón clavó una estaca en tierra e izó un pequeño globo. Después sacó de la bolsa el traje de vuelo y procedió a vestirse con segura minuciosidad. Primero se calzó el mameluco ajustando los extremos de mangas y perneras con unas tiras de género. Luego se aseguró los anteojos, reemplazando esta vez las patillas con un par de cordones de zapatos. Esto le llevó su tiempo. Por último, sentándose en tierra, se calzó el par de rodilleras y, nuevamente de pie, el casco de cuero con los protectores de corcho.

Terminado el arreo, flexionó las piernas y los brazos y giró la cabeza a uno y otro lado para asegurarse de que todo se mantenía en su lugar. En ese momento comenzaron a sonar las campanas de la iglesia llamando a la primera misa. Ahora sonaban bajo porque ellos estaban por encima de la torre y además sonaban muy lejos porque el viento empujaba el tañido hacia el Oeste.

Argimón había escogido el segundo parapeto porque tenía el terraplén más parejo y posiblemente más largo. Antes de ajustarse el ala trepó hasta lo alto con el globo y lo izó allí para estudiar el movimiento del aire. Estuvo un buen rato en eso y parecía ver cosas que sólo él era capaz de advertir.

De vuelta abajo, tomó impulso y volvió a trepar la loma, esta vez a la carrera. Corría a grandes saltos, estirando las piernas todo lo posible y con los brazos abiertos como si sostuviera un par de alas invisibles. Esto mismo entusiasmó a los muchachos. Cuando bajó parecía satisfecho. No dijo nada pero sonrió «cada uno de ellos y les zamarreó la cabeza.

Tocábale el turno al ala. Con grandes cuidados la quitaron del remolque y la depositaron en tierra. Entonces Argimón se introdujo en la abertura del medio y los muchachos, tomándola de las puntas, la alzaron hasta que le quedó a la altura del pecho. Siguiendo luego las instrucciones del maestro le ayudaron a sujetar cada una de las hebillas y correas del sistema de acoplamiento.

Cuando terminaron con todo, Argimón, que parecía ahora un verdadero pájaro, ejecutó una serie de saltos y flexiones destinados a probar el ajuste del conjunto. Tras esto, y como prueba final, comenzó a correr en círculos a grandes y flexibles trancos. En una de las vueltas ellos alcanzaron a ver que sonreía. Es que había sentido, todavía en tierra, la suave embestida del aire, el hueco y la caladura del ala, el blando impulso hacia arriba...

Había llegado el momento. Argimón estaba al pie de la loma. Observaba el globo. Se volvió y sonrió a los muchachos. Luego clavó la mirada en lo alto y echó a correr. Ellos corrieron también. Corrían y gritaban trepando la loma. El gran pájaro marchaba adelante, a los saltos, en el viento. Sentían agitarse y vibrar el ala y las pisadas cada vez más espaciadas de Argimón. Por fin, en el último salto, con un temblor arrebatado, se lanzó al vacío. Primero trepó hacia arriba en un medio giro. Luego, después de un instante de inmovilidad, cuando parecía que iba a precipitarse a tierra, calzó en la corriente con un ligero cabeceo de resistencia. Y entonces Argimón se elevó por los aires. Lenta y majestuosamente Basilio Argimón se elevó por los aires, remontándose sobre amplias ondas invisibles hacia el Este.

Ellos manotearon y gritaron desde lo alto del parapeto sin poder seguirlo. Hasta que el gran pájaro ladeó las alas, giró delicadamente y a favor del viento pasó muy alto sobre sus cabezas.

—¡Argimón! ¡Argimón! —gritaron ellos corriendo detrás de su sombra en el suelo.

Pero Basilio Argimón no podía oír nada más que el zumbido del viento. La noticia corrió por el pueblo como un reguero de pólvora. No sólo los dos muchachos habían sido testigos del vuelo. Estaban también un chacarero de Wames y un viajante y, lo que al parecer resultaba más categórico, el propio doctor Arce, que volvía en el sulky de atender a un enfermo y lo siguió desde el camino blandiendo el látigo y mascando el cigarro. Argimón aterrizó en el baldío detrás de su propia casa, de manera que cuando la mitad del pueblo llegó hasta allí ya se había despojado de sus alas y apareció en la puerta con el mismo aspecto de insignificante que tenía siempre.

El maestro Marsiletti casi estalla de entusiasmo. Bastón, galera, chaleco y esclavina encabezó una bulliciosa manifestación desde la tribuna de la banda, en la plaza, hasta la casa de Argimón, pasando naturalmente frente al Bar Japonés detrás de cuyos vidrios flotaron algunos rostros borrosos. En resumen, fue un día de gloria.

Acallado el primer entusiasmo, el grupo Plunkett pasó a la ofensiva una semana después. El chacarero no sólo pretendía haber visto a un hombre volando sino almas en pena, gente aparecida y luces malas. Para más datos, se trataba del loco Seretti, que se pasaba el día sobre el techo de chapas de su rancho y que, por llamativa coincidencia, había sido el único del pueblo de Wames que pretendía haber visto al maestro de vuelo cuando planeaba sobre el camino entre Bragado y Chacabuco, a la altura del puente del Salado, lugar reconocidamente propicio para toda clase de visiones y apariciones.

El viajante había desaparecido. Los muchachos, aparte de ser unos mocosos, estaban influidos por el propio Argimón. Quedaba en pie el doctor Arce, metafóricamente hablando desde luego, porque en la vida real más de una vez no podía sostenerse sobre sus extremidades.

Las inferiores, se entiende, ironía en la que se advierte el estilo amañado de Plunkett. El maestro Marsiletti contraatacó en forma breve y concisa. Proponía que el 12 de enero, aniversario de la Sociedad Unión y Benevolencia, el vecino Basilio Argimón ejecutará un vuelo de prueba lanzándose desde lo alto del molino Río de la Bata en presencia del cura, el intendente y el comisario, como así del resto de las personas de Chacabuco que merecían plena y debida fe.

Hubo dudas, vacilaciones, y por fin apuestas. El señor Atibo Maroni se comprometió a impresionar una placa fotográfica que documentara el episodio utilizando al efecto un aparato provisto con el moderno obturador de cortina. Argimón, que a todo esto no había abierto la boca ni abandonado la buhardilla, ocupado como estaba en introducir ciertas mejoras al sistema de timones, observó que no podía fijarse un día preciso de manera tan categórica por cuanto había que tomar en cuenta las condiciones del tiempo y en especial las del viento.

Estaba muy flaco y amarillo y mientras hablaba efectuaba apretadas anotaciones sobre un plano colgado en la pared. Plunkett se frotó las manos y exclamó, atragantándose de furia, que aquello no era más que una excusa. Después de una serie de idas y venidas el maestro Marsiletti, que volvía a quedarse solo, anunció con menos entusiasmo que, antes o después del 12 de enero, no hacía caso de fechas, Basilio Argimón treparía a lo alto del molino y desde allí se lanzaría al espacio. Podía jurarlo si eso ayudaba en algo. No sólo pasó el 12 de enero. Inclusive pasó el verano y Basilio Argimón no daba señales de vida.

La mitad de la gente lo había olvidado cuando un buen día, el tercer domingo de abril, festividad de San Benito Labre, para ser precisos, el grupito de charlatanes del Bar Japonés sintió un rumor al fondo de la calle y algo después vio aparecer a aquel fantástico personaje con un mameluco negro, un par de rodilleras y un casco de cuero. Plunkett se levantó de un salto, pálido de ira.

—¡Argimón!

Efectivamente, era Argimón, aunque costase un poco reconocerlo. Detrás, sobre un remolque, venía aquella especie de ala o barrilete que la mayor parte conocía por referencias.

Uno de los muchachos tiraba de la vara y el otro traía un globo sujeto con un piolín.

¡Había llegado el día!

El señor Atilio Maroni corrió por la máquina y el maestro Marsiletti alcanzó al grupo cuando llegaba al molino, cerca del hotel Unión. Primero subieron el ala. Después treparon los muchachos y por último ascendió Argimón. El maestro Marsiletti insistió en subir también pero entre Argimón y el cura lograron que abandonara la idea.

Una vez arriba Argimón izó el globo y estudió el movimiento del aire. El viento soplaba con algo de fuerza pero en forma arrachada. Habría preferido un viento más parejo y constante aunque fuera menos intenso. Argimón hizo luego una corrida de prueba hasta el borde del paramento.

Entretanto la gente se había ido apiñando abajo, sobre la vereda del molino, y seguía todos aquellos movimientos con una curiosidad maliciosa. Argimón, a su vez, contempló a la gente cuando después de la primera corrida se detuvo en el borde. En realidad, recién ahora reparaba en ella, un montoncito de hormigas.

No creían en él. Creían en Plunkett, por ejemplo. En el fondo, había soñado más de una vez con ese momento. El ascenso final, la multitud, el vuelo. Pero ahora, a punto de conseguirlo, en cierto modo ya conseguido, ¿qué había logrado con eso? Nada más que la absoluta certeza de su total soledad. Arriba, más arriba, mucho más arriba, muchísimo más arriba... Ese era el camino, la senda estrecha y solitaria.

Se ajustó otro poco los anteojos y probó una segunda corrida pues aquí el espacio era más reducido y quería calcular el momento preciso del salto.

Cuando se asomó esta segunda vez, en el filo mismo de la cornisa, la gente prorrumpió en un largo y tembloroso grito, una especie de balido, que llegó a lo alto cuando se había vuelto de espaldas. Argimón asomó y agitó una mano.

Mientras hacía todo esto, Marcelo y José aguntaban el ala, que se sacudía a cada racha de viento. Argimón se introdujo por fin en la abertura del medio y ellos lo alzaron y ajustaron hebillas y correas. Luego el maestro ejecutó las flexiones y saltos de práctica. Una corta carrera hasta la mitad de la plataforma sustituyó, por razones de espacio, el trote circular. De cualquier forma, estaba todo en orden y el maestro se situó en el borde posterior, listo para el vuelo. José agitó un pañuelo de acuerdo a lo convenido, el señor Maroni aprontó la máquina y el señor Pelice disparó una bomba de estruendo.

Silencio.

Un salto y otro salto y otro. Antes del borde Argimón ya estaba en el aire.

Hubo un cabeceo inicial, como siempre, y después ese instante de vacilación, casi de inmovilidad. Pero en el momento mismo que el grito llegaba desde el fondo de la calle, Argimón cobró repentina altura embestido por una racha de viento. La gente alcanzó a ver el jirón de tela y el pedaleo alocado de las piernas. Luego, con un giro en barrena, el hombre pájaro se precipitó a tierra y se estrelló contra el techo del hotel Unión.

Muerte de un hermano

A mi madre

El viejo ni siquiera sintió el golpe. Solamente un blando adormecimiento que le subía desde los pies. Algunas voces crecieron hacia el medio de la calle y después regularon suavemente.

El hombre se aproximó desde la niebla que lo rodeaba y se inclinó sobre él.

—Juan...

El hombre sonrió.

— ¡Juan!

— ¿Qué tal, hermano?

— ¿De dónde sales, Juan?

Le apuntó con un dedo sin dejar de sonreír.

— ¿No te dije que algún día iba a volver?

— Sí... eso dijiste... ¡claro que sí!

La niebla se agitó detrás de la figura. Varas de sombras avanzaban hacia él pero cuando trató de reconocerlas se comprimieron y juntaron en una franja circular.

—Juan, hermanito...

Movió la cabeza para uno y otro lado.

—Ha pasado tanto tiempo... No tienes idea.

—Lo sé.

— ¡Oh, no!... el tiempo para ti es otra cosa. Me refiero al mío, muchacho... Te esperé, claro que te esperé... Yo le decía a esta gente —trató de señalar—, esta gente...

Entrecerró los ojos y lo miró con fijeza. Era él, no había duda. El mismo rostro duro y franco.

—Yo también llegué a dudar, ¿sabes? —reconoció entonces por lo bajo.

Y la voz se le quebró en la garganta. —Bueno, se comprende.

—Supongo que sí...

—Pero en el fondo sabías que iba a volver, ¿no es así, hermanito?

Le apuntó otra vez con el dedo y una vieja llama brotó dentro de él.

— ¡Claro! ¡Claro que sí!

Trató de incorporarse y abrazar a aquel hermano que había vuelto por fin, pero le fallaron las piernas. La verdad que ni siquiera las sentía. Entonces se abandonó sobre el pavimento aguantándose apenas con las manos, nada más que para no perder de vista ese rostro querido.

— ¿Y cómo te ha ido por ahí, muchacho? —preguntó con una voz complacida.

Trataba de parecer natural. En realidad se sentía mejor que nunca en mucho tiempo y el viejo cuerpo no pesaba ahora absolutamente nada.

—Bien, bien...

— ¡Este Juan!... ¿Eso es todo?

—Nunca hablé demasiado.

—No, es verdad... Apenas un poco más que el viejo... dos o tres palabras más.

Y sonrió recordando al viejo y al Juan de aquel tiempo, casi igual a este Juan. O tal vez igual del todo.

—Pero cantabas muy bien, eso sí ¿Todavía conservas esa linda voz?

—Creo que sí.

— ¿Y cantas también?

—Todavía. El que anda solo como yo, siempre canta alguna cosa.

—Aquí hay mucha gente sola, si te refieres a eso, pero no canta casi nunca...

Hizo una pausa porque sentía un gran cansancio.

—A veces me acordaba de ti y cantaba. A decir verdad, últimamente era la única forma de acordarme.

Inclinó la cabeza hacia el pavimento y añadió por lo bajo:

—Nadie ve con buenos ojos que un viejo cante porque sí... Yo les decía... trataba de explicarles. Pero tú sabes cómo es esta gente. Va y viene todo el día... Creo que el cabo me entendió una vez. Por lo menos sonrió y me dijo: "Siga, viejo. Cante de nuevo esa cosa."

Volvió a levantar la cabeza.

—Juan, hermanito, yo también he caminado mucho.

Y una gruesa lágrima rodó por su mejilla.

Juan extendió una mano en silencio y lo palmeó suavemente a pesar de que era una mano ancha y poderosa.

—Creí que ya no vendrías. Ésa era la verdad. Perdóname, pero lo llegué a creer.

—¿Qué importa eso ahora? El hecho es que he venido y te voy a llevar.

—¡Es lo que yo decía! ¡Repítelo, Juan, quiero que lo oigan todos!

—Eso es...

—Vendrá Juan, decía yo, vendrá mi gran hermano y nos iremos un día... ¿Qué pasa? ¡Juan! ¡Juan!

—Aquí estoy, muchacho. No te preocupes.

—Creí que te habías ido.

—No te preocupes.

Volvió a ponerle la mano sobre el hombro.

Ése era Juan. No había que explicarle nada. Lo comprendía y lo abarcaba todo. De una vez. Y su gran mano sobre el hombro despedía una corriente, algo que lo traspasaba a uno. Era como un árbol con la firme raíz y los sonidos de la tierra por un lado y los pájaros y los cielos por el otro.

Años atrás, la mano también sobre el hombro, le había dicho casi lo mismo. "No te preocupes. Volveré por ti un día." Estaban sobre el camino de tierra, en el límite del campo, una mañana de otoño. Juan no había querido que lo acompañase nadie más que él. Atravesaron el campo en silencio y no se volvió una sola vez. Después salieron al camino, ya de mañana, y cuando apareció el coche le puso la mano sobre el hombro y le dijo aquellas palabras. Después desapareció en un recodo.

Él se preguntó más de una vez de dónde le había nacido la idea. Era un hombre de la tierra, como el viejo. Tal vez la proximidad del camino, aquella franja pardusca que salía y entraba en el horizonte y sobre la que de vez en cuando veían deslizarse algún carro soñoliento o la figura más pequeña y más lenta de algún vagabundo que los saludaba con la mano en alto y después desaparecía en el recodo y tenía todo el camino para él, de una punta a otra, y además lo que no se veía del camino, es decir, el resto del mundo.

De cualquier forma, había en él, en ese rostro duro y confiado, algo que no había en los otros, una marca o señal que se iluminaba por dentro cuando miraba el camino o cuando simplemente hablaba de él. De manera que un día cualquiera Juan se marchó.

Algo después el camino se llevó a su madre en un carruaje de tristeza. Y después vinieron los años difíciles. La tierra se hizo dura y esquiva y el viejo un ser taciturno. Partió en la misma carroza que su madre el invierno del 37.

Hasta que una mañana de agosto salió al camino él también y esperó el coche y se marchó por fin. La casa desapareció detrás del recodo, para siempre. La mayor parte de su vida venía después, pero eran años desprovistos de recuerdos, apenas un poco más miserable uno que otro. Diez años de pobreza, miseria. Pobreza, miseria y vejez de ciudad.

En realidad quizá fue un poco feliz cuando aceptó toda esa miseria. La gente no puede entender esto. Pero al cabo del tiempo él era feliz, o casi feliz, a su manera. Toda su preocupación consistía en estar a las seis de la tarde en la puerta del asilo y cuidar que ningún vago le birlara la cama junto a la ventana. A esa hora y desde ese lugar los enormes y blancos edificios parecían boyar en la luz amable de la tarde. Después se oscurecían lentamente. Después las luces erraban en la noche a confusas alturas y en cierto modo la ciudad desaparecía y .pensaba en la casa lejana, el campo joven y abundoso.

Entonces volvía a ver el camino y recordaba las palabras de Juan. No siempre lograba recordar al Juan entero porque tenía que ayudarse con canciones y vislumbres más propios del día. Pero de todas maneras su hermano había crecido dentro de él y era una cosa mucho más viva que él, a pesar de la ausencia.

Había una hora y un lugar, precisamente cuando los viejos y los vagos se reunían frente al asilo y esperaban a que se abriesen las puertas. Entonces, vaya a saber por qué, Juan reaparecía entero o casi entero en medio de toda aquella miseria. Y eso, por lo menos, le daba impulso para alcanzar la cama al lado de la ventana.

Sólo que últimamente la imagen había empalidecido y algunos días no aparecía siquiera. Y si conseguía la cama no era por el Juan sino porque ya nadie quería disputársela. Para decir la verdad, hacía un tiempo que había perdido interés en el asunto. Ni más ni menos. Los años habían terminado por doblegarlo. Estaba seco por dentro y se dejaba llevar y traer como un casco viejo.

Miró a Juan y trató de sonreír.

—Las cosas lo llevan y lo traen a uno como un casco viejo. Es eso...

—¿De qué estás hablando?

—Me pregunto cómo sucedió todo esto.

—¿Qué importancia tiene, muchacho?

—Ninguna, por supuesto. Quise decir simplemente que las cosas sucedieron sin que yo me propusiera nada.

Hablaba con una voz mansa y dolorida.

—Bueno, es lo que pasa por lo general.

—No a ti, no a ti, muchacho... Tú saltaste sobre la vida y la domaste como a un potro.

¿Eh, Juan?

—No fue así. Bueno, yo sé cómo fue realmente. Lo que pasa es que nunca me pregunto esas cosas... La tomaba como venía.

—Eso es, muchacho. Eso es. ¡Cerrabas el puño y te la metías en el bolsillo! Juan, ¿estás ahí?

La figura parecía oscilar y alejarse.

—Aquí estoy.

—¿Quisieras darme la mano?

—Claro que sí.

Ahora casi no veía su rostro. Pero sintió la mano áspera y dura.

No tenía idea de la hora pero de cualquier manera le resultaba extraño aquel silencio en esa calle de la ciudad.

— ¿Qué se habrá hecho de la gente? —se preguntó sin verdadera curiosidad mientras trataba de sostener la cabeza que parecía querer escapársele—. Debe ser muy tarde.

La figura osciló hacia adelante y entonces con el último hilo de voz preguntó todavía:

—¿Vamos, Juan?

Sintió la voz muy cerca de él.

—Cuando quieras, muchacho.

—Vamos ya...

La causa

1

Pedro Romita entró a Rinconcito al caer la noche.

Venía del sur.

Mucho antes, un poco más allá del almacén del turco Absi, es decir, dos leguas antes, divisó sobre la llanura chata y desolada, hacia el noroeste, la torre de la iglesia de Rinconcito. El ruido del breque lo había adormecido. Hacía dos horas que venía andando, desde la última parada. Al principio, pensaba en esto o aquello. Pero después de la primera hora, terminaba por adormecerse, hamacado por aquel ruido.

Ahora estaba viendo la torre, que emergía sobre el horizonte como un bonete gigantesco y penetraba en el cielo a los empujoncitos. El caballo no la había visto todavía, porque marchaba mucho más abajo, con la cabeza apuntando al suelo. Los breques tienen el pescante muy alto, de manera que, desde aquella altura, él veía mucho más lejos. Se alegró cuando vio la torre.

Dentro de un rato aparecerían los cuatro silos del molino Victoria y, un poco después, la vieja cúpula de la Intendencia. Todo eso y algunas cosas más era Rinconcito. Cuando uno estaba en el "centro", sobre todo en una tarde de domingo, no podía imaginarse lo insignificante que era. Pero ahora, viniendo desde el sur, a través de aquel largo silencio, uno se daba cuenta. A la derecha de la torre, entre la torre y los silos, estaba su casa.

Sí; en medio de aquella soledad, había una casa, y una cocina encendida, y un grupito tan insignificante como Rinconcito, que esperaban por él.

De manera que se alegró cuando vio la torre.

Él se preguntaba cómo uno podía sentirse importante en medio de aquel pueblo de mala muerte, extraviado en la llanura. Sin embargo, Rinconcito era su mundo.

Tenía dos diarios, *La Voz de Rinconcito* y *El Imparcial*; una parada de ferrocarril; un monumento a la Independencia que, según decían, era el segundo de la República (6 metros contra 6,85, incluyendo el basamento); un Club Social; un Círculo Italiano; el Sport Club; agua corriente; y aquella vieja torre que se veía desde tan lejos. En 1934 tuvieron una peste, y en 1945 un diputado. En 1948 se inauguró una red de altoparlantes. En 1951 estuvieron a punto de conseguir una sucursal del Banco Nacional. Ahora estaban tratando de que la *Anual* de la Cycles incluyera en su itinerario a Rinconcito.

Todo un pueblo.

Él maldecía con frecuencia a Rinconcito. En 1932 decidió marcharse a la capital. Hizo las maletas y fue en sulky hasta Piedrabuena, que queda doce leguas antes de Rinconcito, porque entonces el tren no paraba ahí.

Sin embargo, después de esas doce leguas, cuando vio aparecer a lo lejos la torre de Rinconcito, el corazón le dio un vuelco. A la altura del pueblo, se tiró del tren. Primero tiró las valijas, después cerró los ojos, aguantó la respiración y se tiró él. *La Voz de Rinconcito* le dedicó una nota, en la sección viajeros.

Desde entonces, siguió maldiciendo a Rinconcito, pero ya muy en serio.

En 1936 se casó con Juana Ardolino. Ese año, Juanita había sido elegida reina del carnaval. Fue un suceso. Tal vez si Juanita no hubiese salido reina, no le habría reprochado tan a menudo su mala suerte. Pero, así y todo, recordaba con nostalgia aquel carnaval del 36, y a Juanita con su reluciente corona de cartón y papel de estaño. El baile en la Intendencia hizo época. El tiempo podría borrar muchas cosas, pero jamás aquel baile. Vino una orquesta de la capital y, sobre un tablado que armaron en el jardín, la Asociación Pro Arte presentó unos cuadros vivos de notable inspiración. El párroco había cedido el armonio y el profesor Venturi, entonces joven, ejecutó, oculto por un biombo, la música apropiada a cada cuadro, "en forma elegante y esmerada", según *La Voz de Rinconcito*.

Muy a menudo, hamacándose sobre el breque, sin otra compañía que aquel caballo patizambo, había recordado aquella noche. En aquel tiempo trabajaba como dependiente en la tienda El Mercurio, frente a la plaza. Después tuvo su propia tienda.

Al principio las cosas fueron bien. Pero en las elecciones del 43 perdió hasta la camisa. Rinconcito se dividía en blancos y amarillos. Los blancos gobernaban en Rinconcito y en el resto de la República. Habían gobernado siempre y no se les ocurría que pudieran hacer otra cosa. Los amarillos, en cambio, hacía medio siglo que estaban esperando hacerlo en lugar de los blancos. No eran partidos de principios. Simplemente, uno gobernaba y otro no gobernaba.

Romita era amarillo, es decir, un agrio y un resentido, y también un pobre.

Los blancos hacían una sola cosa: gobernar. Los amarillos, en cambio, desplegaban una actividad increíble, alternando los infinitos matices que van desde la crítica constructiva a la conspiración descabellada.

Los blancos habían dado al país gobernantes. Buenos y malos gobernantes. Los amarillos le habían dado tribunales, mártires, conspiradores, maestros, arquetipos y una buena cantidad de muertos de hambre. En 1931 se dividieron. En 1935 se subdividieron. En 1943, cuando ya no se reconocían, volvieron a unirse en un Frente Único. Fue una alianza conmovedora. "Amarillos, sobre todo."

Aquel fervor alcanzó a Rinconcito. Se iba a librar la gran batalla. Lema de los amarillos: ¡Pueblo! Lema de los blancos: ¡Pueblo!

Los amarillos habían organizado un gran acto para el último día de la campaña. Los blancos, en cambio, hicieron lo de siempre: un kilo de asado, un litro de vino y diez pesos. Había un palco, y un enorme letrero amarillo, y un camión con altoparlantes. Y mucha esperanza.

Entonces llegaron unos desconocidos de Piedrabuena, doce leguas antes de Rinconcito.

Romita estaba sobre el palco, casi a la misma altura del pescante del breque, y decía todas esas cosas que entusiasman tanto a los pobres. Cuando las ensayó en la cocina, delante de Juana, no le habían salido tan bien. Pero ahora, delante de esos rostros, no parecía el mismo. Estaba en lo mejor, cuando el palco salió disparado, como si efectivamente se tratara de un breque. Fue algo cómico, dentro de todo. Aquellos desconocidos de Piedrabuena habían asegurado un cable a una pata del palco. Pusieron en marcha un camión, al otro extremo del cable, y se llevaron a Romita con palco y todo.

Sí, fue más bien algo cómico.

Romita comprendió entonces una cosa. Estaban los de arriba y estaban los de abajo. Él era de abajo. No porque fuera amarillo. Fuera lo que fuere, blanco o amarillo, estaba condenado a ser de abajo. Eso sucedía en Rinconcito, sucedía en la República y posiblemente, aunque él no alcanzaba a ver tan lejos, sucedía en el resto del mundo.

La campaña le costó la tienda.

Juanita había dicho:

—No te metas en la política.

Se metió y perdió.

Juana no comprendía que, de todas maneras, estaba condenado a perder.

Fue una buena ocasión, de parte de Juana, para recordar aquel carnaval del 36.

Con lo poco que le quedaba, Pedro Romita compró el breque y se dedicó a la solitaria profesión de tendero ambulante.

Un día salía hacia el sur, otro hacia el norte, otro hacia el este, otro hacia el oeste.

Eso le dio mucho tiempo para pensar.

Con un Ford o un Chevrolet hubiera sido distinto. Pero con un Ford o un Chevrolet habría hecho cualquier otra cosa.

Romita no les guardaba rencor a los blancos. En todo caso, se lo guardaba a los amarillos.

Volviendo a Rinconcito, desde tantas partes, a través del silencio, comprendió esta otra cosa: Rinconcito no era el mundo. Rinconcito era una parte de una parte del mundo. Y la sustancia de la tierra era una semilla dispersa en aquella inmensidad.

Había algo en la gente, por debajo de blancos y amarillos. En esa pobre y callada gente dispersa sobre la tierra.

Con eso se iban a poder hacer mejorar las cosas.

Y eso esperaba.

Entró a Rinconcito con la noche. Las luces del pueblo estaban encendidas. En lo alto del campanario, brillaba el enorme reloj de la iglesia, como una vieja luna amarilla. La cúpula de la Intendencia, el Círculo Italiano, el Colegio de las monjas, el Club Social, las vidrieras de El Mercurio y, al fondo, el demasiado imponente monumento a la Independencia...

Juanita abrió el portón.

Desensilló el caballo y lo palmeó en el anca. La enorme sombra se deslizó resignada hacia el baldío del fondo.

Era una fría noche de fines de otoño. El cielo estaba despejado y sobre la tierra endurecida resonaban claramente los pasos.

Se restregó las manos y marchó hacia la casa. La luz del hogar, las voces del hogar le salieron al encuentro. Sobre la mesa de la cocina había una carta del corredor del Fondo de Cultura Económica, un ejemplar enfajado de *Los Principios*, una ficha de inscripción para el Segundo Congreso Regional de JJSS, y un folleto de la Editorial Latinoamericana de Educación Fundamental.

El mundo se acordaba de él. ¿No era formidable?

2

Este era el mundito de Pablo: Ante todo, el propio Pablo.

Había egresado de la Facultad de Humanidades en 1946. En ese momento se creyó dueño del mundo.

Yo soy Pablo Grieben...

Un cosmos. ¡Miradme!

Luego el mundo se había reducido notablemente. Cuatro años después era un discreto fracaso. No era como cualquiera, pero vivía como cualquiera.

En un principio, sus sueños alimentaron sus esperanzas. Luego sus sueños alimentaron su rencor. En 1950 todavía estaba a punto de conseguir un puesto en el Ministerio de Educación. En 1951 no sólo consiguió ese puesto, sino que se casó con Ana y tuvo una hija. Desde entonces se preguntaba cómo pudo sucederle todo eso a él. Todavía sus gestos y sus ademanes eran los de 1946. Pero ahora era un hombre cualquiera, domesticado y uncido a la noria. Hablaba de grandes cosas, naturalmente. Siempre se agüe hablando. Pero, en el fondo, estaba terriblemente preocupado por un crédito del Banco Hipotecario y por las cinco cuotas que debía adelantar para una heladera de 9 pies.

Marcelo: estudiante crónico y dirigente de la FU. Estaba por la Reforma. Se había batido con la policía en un mitin de las JJSS. Eso le daba cierto prestigio. Mientras hubiese un mitin de las JJSS, cada año, tenía asegurada la supervivencia. El día que verdaderamente triunfase la Reforma, iba a tener que pensar en otra cosa.

Ciro: era director de un teatro vocacional, el Teatro íntimo, una salita coqueta en el subsuelo de una confitería elegante.

En una pared del hall (blanco mate) había una reproducción (negro delirante) de *Mecánica de un sector urbano*, de Klee. En otra pared, las descomunales fotografías del elenco estable, que más bien era inestable como el carácter de Ciro.

El plato fuerte era *Ondina*, de Giraudoux. Ciro decía "Ondine", por supuesto, y con más frecuencia, "Ondina de giraudoux".

Era el momento de las conferencias de prensa, de las intrigas, del "lanzamiento". Linda Parker, es decir, Julia Rochstein, había llegado a algo por eso del "lanzamiento". Fue la Ondina del 53.

Ciro era maravilloso, y probablemente invertido. El Teatro íntimo, por su parte, era el refugio, o tal vez la jaula, de aquel grupito de desencantados. Pablo había vivido ahí un tiempo, antes de casarse. Dormía sobre el escenario, en una cama turca que utilizaban para la II escena

del II acto de *Ligados*. Antes de acostarse, corría el telón porque le parecía que lo estaban observando desde la platea.

Generalmente, se reunían allí después de las seis de la tarde.

Se discutía, se conspiraba...

Ciro decía algo increíble. Hernán decía algo interminable. Nita decía: "No lo puedo evitar". Siempre estaba diciendo o haciendo algo que no podía evitar. Pablo, por lo regular, no decía nada.

A las nueve cruzaban hasta el Gambrinus, un bar al estilo Munich. La mitad pedía "pesceto al horno" y la otra mitad "busseca a la lombarda". Y seguían discutiendo, seguían conspirando...

Hernán: era "una joven promesa" desde 1949. Ese año había publicado una novela de ciento cincuenta páginas, con seis ilustraciones, una presentación, una dedicatoria y doble margen. Con todo, había sido una hazaña. En un país de inéditos, donde lo último que se le puede ocurrir a cualquiera es escribir cualquier cosa, donde ser escritor consiste en desear haberlo sido en alguna otra parte.

Ese mismo año recibió el Gran Premio del Círculo de Escritores y el Segundo Premio Municipal (era amarillo). Tuvo la gran ocurrencia de imitar a Faulkner en el preciso momento en que Kafka dejaba de ser una novedad.

Sin embargo, tenía talento. Es decir, estaba condenado a la desesperación.

Nita: tenía un coche sport y un "sabueso de Artois", que se llamaba Dasein. Chocaba regularmente una vez por mes y, aparte de eso, no hacía otra cosa. Su abuelo había sido ministro de relaciones exteriores y su padre embajador en Francia.

Lo del Teatro íntimo era una de las tantas chifladuras de Nita. Le resultaba excitante compartir la pequeña desesperación de aquella gente. Pegar carteles, comer "busseca a la lombarda", recitar a Vallejo, escuchar los conciertos de la Ópera desde el "*paraiso*", invocar a Heidegger, o por lo menos a Sartre, hacer el Rentable papel de Florence, en *Esperando al zurdo*... se enternecía realmente cuando le tocaba gritar: "¿No ves que yo quiero algo de la vida? ¿No ves que yo quiero un romance, un amor, chicos...?"

Nita era uno de los trofeos de Marcelo. Jugaban a la reina y el plebeyo desde el penúltimo mitin de las uss. Tarde o temprano se produciría el gran renunciamiento y Nita volvería a su mundo. Espíritu de clase.

Ella iba a decir: "No lo puedo evitar". ...

Realmente, no lo iba a poder evitar.

Femando: editor de una revista literaria y promotor de minúsculas celebridades.

Ana: Primero había sido la amante de Pablo. Luego su mujer. Desde entonces, Pablo le tenía cierto respeto, o por lo menos cierta aprensión. Cuando Pablo la conoció, trabajaba en una casa de modas. Luego se instaló por su cuenta.

En general era un poco ingenua. Tal vez no le diera importancia a lo que Pablo creía importante. Eso lo enfurecía. Pero es lo cierto que en algunos casos, cuando él extraviaba estúpidamente su pretendida seguridad, ella demostraba un sereno y profundo sentido de la vida.

Pablo estaba convencido de que no debería haberse casado. Pero también, a esta altura, estaba convencido de que amaba a Ana. Por lo menos, no podía pasárselo sin ella. Eso lo enfurecía también. Pero de otra manera. Era una furia principalmente dirigida contra sí mismo. Uno es dueño de sus actos hasta cierto punto. La mitad de uno lo fabrican las circunstancias. Suceden cosas que lo complican a su pesar.

Por lo que toca a él, había sido víctima de un prolongado "ablandamiento". Ahora aceptaba ciertas cosas. Mañana aceptaría otras. ¿Qué papel le tocaba a Ana en todo esto?

Ana era también una hija de las circunstancias y tenía tanto derecho a rebelarse como él. Con la notable diferencia de que tal vez fuese ella la que, llegado el caso, pudiera pasárselo sin él. Era evidente que ahora le bastaba con su hija para seguir viviendo, a pesar de las circunstancias.

Los del TI se turbaban un poco con la presencia de Ana. Estaba con ellos porque Pablo era uno de ellos. Sin embargo, Ana los comprendía y, en parte, los justificaba. A pesar de la irremediable distancia que los separaba de su seguridad. Había otros, naturalmente. Un estudiante exiliado, un poeta de la nueva sensibilidad, una actriz de TV, un editor, un señor

liberal, un marica, un pintor no figurativo, un comunista, un director de jazz, un promotor de publicidad...

El TI era una isla perdida en aquella triste e interminable ciudad. La ciudad, a su vez, era una isla perdida en aquel triste e interminable país. Desde su mundo, extraviados en sus cositas, ellos apenas tenían una idea de aquella ciudad y de aquel país. Sin embargo, de vez en cuando, presentían su amarga y prolongada soledad, y los invadía un oscuro temor.

3

El viejo se asomó a la puerta del rancho y miró a lo lejos.

El sol caía a plomo sobre la inmensa llanura. El trigo ocultaba los límites del campo, de manera que todo aquello, hasta el horizonte, parecía suyo. Las cosas venían bien ese año. Tal vez había llegado el momento de comprar ese tractor Ferguson. Estaba en eso desde el 32, o tal vez antes. Más de veinte años. Trabajaba fuerte, a su tiempo, con esa esperanza tirando para adelante, pero cuando llegaba el momento, nunca le alcanzaba el dinero. El dinero de ayer no alcanza para hoy. El de hoy no alcanza para mañana. Y así uno y otro año.

Pero la cosas venían muy bien esta vez.

4

El coronel se miró al espejo.

Estaba envejeciendo.

¡Estaba envejeciendo y era coronel!

Había tenido una mala suerte única. Uno comienza a envejecer de general de brigada en adelante.

Se frotó el mentón y se estiró la mejilla derecha.

En 1932, con sus botas relucientes y su 1,85 de estatura, prometía mucho. Sin embargo, comenzaba a embromarlo la próstata y todavía era coronel. Frunció y arqueó las cejas.

En cambio, ese imbécil de Palomeque, que ni siquiera sabía montar, no sólo había llegado a general de división, sino que estuvo a punto de ser ministro de guerra. ¿Qué había hecho de notable, aparte de caerse del caballo durante un desfile del día de la Independencia? ¡Y ahí lo tenía encima! ¡Dándole órdenes como un padrecito!

Apretó los dientes y examinó unas manchas en los incisivos, que le recordaron a una perra vieja que tenía su mujer.

¿En qué había quedado su brillante foja de servicios? Su actuación en las maniobras generales de 1938, el informe sobre la penetración comunista en la División Pólvoras y Explosivos, las mejoras al blindaje del obús de 152, la reorganización del Departamento de Estadísticas y, al año siguiente, de la Sastrería Militar, el operativo táctico del 41, cuando, al frente del bando colorado se impuso indiscutiblemente al bando azul, mejor situado...

¡Medallas! ¡Nada más que medallas! Medallas al valor, al mérito, al arrojo. Estúpidas medallas que su descreída mujer iba almacenando en una caja de habanos de media corona. ¿No había una medalla al fracaso? Pues debían crearla y otorgársela a él.

Ni siquiera había conseguido un puesto de agregado militar en una embajada cualquiera. Trató de hacer una flexión y quedó a mitad de camino, en lo que parecía el primer movimiento de un "contretemps".

¿Cuál era la razón de su fracaso? Después de todo, debía existir alguna razón.

Posiblemente, su falta de sentido de la oportunidad.

En 1935 se plegó demasiado tarde a la revolución. En 1937, demasiado temprano. La del 35 triunfó. La del 37 fracasó. La del 42 lo sorprendió en uso de licencia y la del 46 en un refugio en la montaña, con Rosita.

Era el destino. ¿Qué se podía contra el destino? Si hubiese roto con Rosita tres días antes, ahora sería general de brigada o, tal vez, de división.

Ese suertudo de Palomeque, en cambio, sí que había llegado lejos. No sólo estaba en camino del Ministerio de Guerra, sino que controlaba la mayor parte de las acciones de la Indiana Trading Co., importación, exportación, representaciones.

¡Un cretino! Había que oírle hablar del deber, la abnegación, el sacrificio.
Se cuadró ante el espejo.
Un poco más de hombreras, un poco menos de barriga...
Tal vez debía retirarse. Un coronel retirado es un personaje de novela. En fin; iba a pensarlo hasta el próximo aumento. Sonó el teléfono.
¡Diablos! ¡Era Rosita!... ¿Alguna nueva revolución?

5

El oficial se destacó del grupo y atravesó la calle vacía.
Ellos lo vieron acercarse al portón con su paso lento pero seguro. Se detuvo junto al portón y observó el reloj.
Tenía un rostro blanco y endurecido, y una mirada vacía. El grueso capote de campaña lo hacía aparecer bastante más corpulento.
—Tienen veinte minutos para desalojar—dijo con calma; No había violencia en su voz, pero sí una tranquila decisión.
El "negro" Salamanca se encogió de hombros, detrás de la reja. El oficial lo miró un instante, antes de volverse. Se miraron los dos, en silencio.
El oficial dio media vuelta y volvió a cruzar la calle desierta. Con el mismo paso lento pero seguro.
Aquellos veinte minutos transcurrieron en una calma absoluta.
De un lado estaba la oscura y prolija línea de soldados, flanqueando un Sherman de treinta y cinco toneladas.
Del otro lado, apostados detrás de los muros con el negro portón al medio, estaban los obreros.
El cielo aparecía despejado. Un cielo demasiado lejano.
Pasaron los veinte minutos.
El oficial se volvió a medias y dijo algo. El Sherman dio un brinco, y luego escucharon el golpeteo sombrío de las orugas sobre el cemento.
El tanque estaba en mitad de la calle, cuando algo silbó sobre sus cabezas y sintieron rebotar sobre las baldosas del patio algo parecido a un trozo de caño.
Salamanca alcanzó a ver el tubo de metal, un segundo inmóvil y, al parecer, inofensivo.
Luego estalló por el medio y una espesa nube de humo brotó desde el suelo.
Despedía un olor acre, insoportable, y los que estaban más cerca sintieron que les ardía la piel. No podían mirar. No podían siquiera abrir los ojos. Gemían y se topaban con la cabeza gacha, como animales.
El tanque seguía avanzando. La primera fila de hombres comenzó a moverse detrás de él. Empuñaban metralletas 9 mm, negras y cortas. El tanque parecía algo impersonal, pero éstos eran hombres como ellos. Los que estaban asomados al borde del muro comenzaron a gritar y a enarbolar los puños. Un grupo agitó una bandera. Otro grupo desplegó un cartel. Salamanca seguía inmóvil detrás del portón, asido a los barrotes.
Cayeron otras granadas. Disparaban desde los flancos de la fila. Entonces otro grupo, algunos de otro grupo, dispararon sus revólveres sobre la fila que avanzaba. Cayó un soldado. Eso precipitó las cosas. Ellos apuntaron con calma las metralletas y dispararon dos ráfagas sobre los bordes de los muros.
Algunas balas puntaron el revoque. Pero hubo otros gritos y desaparecieron algunas cabezas. Salamanca seguía aferrado a los barrotes. Parecía tranquilo. El tanque era todo un espectáculo. Llegó junto al portón y se detuvo un momento, como indeciso.
Si estiraba el brazo a través de los barrotes, lo alcanzaba a tocar. Era una mole oscura y tibia, con un definido olor a aceite lubricante.
Parecía estar pensando lo que tenía que hacer.
Se decidió, por fin, y arremetió contra el portón con un movimiento torpe.
Había durado escasamente diez minutos. Más los veinte de espera, treinta.
El oficial alzó la vista del reloj y contempló el cielo. Seguía igual.

El Sherman estaba en medio del patio, y algunos soldados recorrían los pisos de la fábrica. Un grupo de obreros, con las manos en los bolsillos y una bandera enrollada, permanecían quietos contra una pared. Dos soldados se paseaban frente a ellos con aire aburrido. Se oyó el disparo y luego la explosión de una granada de gas.

Los camilleros estaban retirando a alguien que había caído en medio del patio.

Una nubecita de humo brotó perezosamente de una ventana del segundo piso. Hacía frío. El oficial golpeó los pies contra el suelo y se acomodó la gruesa ropa de campaña con un movimiento de los hombros. Iba a seguir el frío mientras durase el buen tiempo. El Sherman había arrancado una de las hojas del portón. La mitad del cuerpo del "negro" Salamanca asomaba por debajo. El oficial se acercó lentamente, con las manos tomadas por detrás, y lo sacudió con la punta de la bota.

Parecía dormido. Pero, en realidad, estaba muerto.

Dieron dos vueltas. No se atrevían a dar una tercera. Cuando pasaron la segunda vez frente a la reja, les pareció que uno de los hombres se volvía y los observaba.

Detuvieron el coche un poco más allá y esperaron en silencio.

Llovía a ratos. Habían detenido el coche detrás de un puesto de flores, que lo ocultaba en parte.

Vega convidó cigarrillos. Fumaron en silencio. Había tres hombres en la entrada. Aunque no vestían uniformes, era seguro que se trataba de policías. Carlos Salamanca estaba sentado al lado del que manejaba. Se había puesto el único traje que tenía y una corbata negra. De vez en cuando frotaba el vidrio del parabrisas, que se empañaba rápidamente. Por fin apareció el coche fúnebre, seguido de un automóvil. Bajaron el cajón.

Estaba la vieja y Clarita. No conocía a los hombres que sostenían el cajón. Seguramente eran policías. Bajó del coche y se descubrió.

Aquellos desconocidos iban a enterrar a su hermano. Parecían muy respetuosos y tal vez fuesen sinceros, ahora que estaba muerto. Pero no habrían vacilado en arrestarlo, si se acercaba.

Los tres hombres de la entrada se descubrieron cuando el cajón traspuso la reja. Permaneció un rato junto al coche en marcha, con el sombrero en la mano. Vega lo tocó en un brazo y entró. Uno de los hombres estaba cruzando la calle. Partieron.

—Mañana voy a ir hasta el pueblo —dijo el viejo.

Pedro lo miró en silencio.

—Ayer estuvo Requena y dijo que ahora se consiguen a crédito.

—¿Qué clase de crédito?

—Una prenda agraria.

—No sé lo qué es eso.

—Uno hace una entrega y el resto lo paga en cuotas... la máquina es del Banco hasta que se cubra la deuda.

—¿Cuánto es la entrega?

—Creo que el treinta.

Permanecieron un rato en silencio.

—Estuve haciendo cálculos —dijo por fin el viejo—; creo que esta vez lo conseguimos.

Las cosas sucedieron así:

Martes: Suena el teléfono. El coronel piensa: "Es Rosita". E involuntariamente se alisa la chaqueta. Pero no era Rosita. Estaba oyendo la voz levemente fastidiada del general K. Se cuadró y se irguió, también involuntariamente.

Cuando colgó el auricular, el panorama de sus próximas veinticuatro horas había cambiado fundamentalmente.

Miércoles: El primer grupo de hombres traspuso la puerta norte del Campo de Marte a las cuatro de la mañana. El coronel venía un poco más atrás, en un jeep descubierto. Vestía ropa

de campaña y llevaba pendiente del cuello un par de prismáticos. Al transponer la puerta y virar en sentido opuesto a El Dorado, dedicó un breve y nostálgico pensamiento a Rosita.

Jueves: El diputado oficialista R.P. acusó al Ejército de traicionar sus compromisos con el pueblo. "¿Qué otra cosa significan —manifestó en tono airado— estas inoportunas maniobras mientras el gobierno soporta el fuego cruzado de sus enemigos?"

Viernes (por la mañana): Esta vez las circunstancias favorecían a los "azules".

El coronel apretó los dientes y se afirmó los prismáticos.

Sí; la situación era insostenible...

Se rascó la barba y pensó qué hubiera hecho si la cosa hubiese ido en serio.

"Morir cubierto de gloria, naturalmente."

La idea lo reconfortó un poco. Le hubiera gustado que lo viese Rosita. La mugre, el hambre y el cansancio le conferían una extraña dignidad.

Viernes (por la tarde): Quedaba una esperanza. El grupo "Cinabrio", con el cual habían perdido contacto hacía un par de horas, daba señales de vida.

Los vio reaparecer sobre la colina del noroeste, en la última luz de la tarde, como si brotaran de la tierra...

(una hora después): Hacía una hora que estaba tratando de comunicarse con el grupo "Cinabrio", pero tenían dificultades...

(otra hora después): Suena el teléfono. ¡Por fin!

"¡Aquí el grupo 'Pérgola Dorada!'..."

¡Maldición! No era el grupo "Cinabrio". Era su mujer.

Oyó clara y distinta, a través del cansancio y la incertidumbre y el acecho, aquella voz nasal que le preguntaba si ese fin de semana podrían contar con él para una partida de bridge.

—Técnicamente, para mañana estaré muerto —dijo él con amarga ironía.

Y colgó.

Viernes (por la noche): Un corresponsal de guerra logra filtrarse a través de las líneas enemigas. El coronel lo recibe conmovido. Aquel hombre teóricamente ha arriesgado su vida para mantener informada a la Opinión pública. Al tiempo que retumba el cañón enemigo, el coronel abraza al corresponsal de guerra y le ratifica su permanente adhesión a la prensa libre. El corresponsal agradece torpemente y extrae de su mugrienta chaqueta un mugriento ejemplar de *El Progreso*.

El coronel lee a la luz de las explosiones la declaración del diputado R.P.

Luego medita un instante.

"Debí sospecharlo cuando reapareció Rosita", piensa.

Luego aulla:

—¡Ésta es la mía!

Y se precipita sobre el teléfono.

Sábado (2 de la mañana): Es imposible comunicarse con el general K. El ataque se ha suspendido momentáneamente, mientras se esperan instrucciones.

¿Qué estarán tramando en la capital?

(5 de la mañana): El primer grupo de hombres se pone en marcha.

El corresponsal pregunta hacia dónde.

— ¡En apoyo de la Constitución! —responde el coronel. Y el jeep se precipita con un largo bramido hacia la incierta claridad del alba.

El coronel no llegó a El Dorado.

Estaba escrito.

Ni siquiera llegó a mitad de camino.

El grupo Bisonte (azul) había entendido mal las cosas.

Ese imbécil del Teniente J., que pretendía adelantarse a todo, cuando vio moverse al grupo Pérgola Dorada en dirección a la carretera, pensó: "¡Aja!; el muy cretino simula una retirada!"

Y ordenó cortarles el paso.

El grupo Bisonte y el grupo Oropéndola ejecutaron un amplio movimiento de pinzas, mientras el esforzado grupo Margarita (todos azules) golpeaba certeramente por el medio.

Al principio, el coronel no supo muy bien de qué se trataba. Cuando, por fin, se logró establecer los contactos, el coronel se enteró simultáneamente de que la revolución había triunfado en Indiana y de que el grupo Cinabrio, recuperado de la sorpresa, estaba listo para atacar.

El coronel, en un arranque de humor negro, concibió entonces uno de sus golpes magistrales. Mientras Pérgola Dorada reculaba velozmente, Cinabrio le cayó por detrás a Margarita. Bisonte y Oropéndola, por su parte, arremetieron entre sí. Cuando advirtieron su error. Pérgola Dorada, que había vuelto sobre sus pasos, los aplastó.

¡Formidable!

Una semana después, el coronel, todavía coronel, siempre coronel, recibía la medalla al Mérito Estratégico.

8

El viejo regresó del pueblo al caer la tarde. Comieron en silencio, separados por la lámpara de kerosene que zumbaba entre los dos. Cuando terminó, el viejo encendió un Avanti con ademanes lentos y se recostó contra la pared.

—Lo del crédito es todo un embrollo —dijo.

—Me figuro.

Estuvieron otro rato en silencio.

—Lo único que saqué en claro es que para tener cualquier cosa hay que empezar por ser rico... hasta para tener un crédito.

—¿Eso te dijeron?

—Bueno, es lo que tal vez quisieron decirme.

Silencio.

—Por empezar, el tractor está bastante más caro de lo que yo pensaba.

—Uno siempre se queda atrás.

—Sí, es eso.

La lámpara boqueó y pareció que iba a apagarse.

—Voy a probar de otra forma —dijo el viejo.

—¿De qué forma?

—No sé... de cualquier forma... Primero vamos a levantar la cosecha y después voy a probar de otra forma.

—Eso es.

—Sí, eso es...

9

Llegaron del Norte, del Sur, del Este y del Oeste.

Traían su viejo rencor y su más vieja esperanza.

Llegaban ahora, en este momento, pero no estaban en marcha desde hoy o desde ayer, sino desde el fondo del tiempo.

En realidad, la mayor parte había sucumbido en esta marcha —no quedaba el más leve rastro de su dolor, de su humillación, de su fracaso— y los que llegaban ahora, llegaban para ser burlados nuevamente.

Irrumpieron en la plaza como una ola gigantesca, una ola de rostros oscuros, sin nombres, que se hamacaba con sombría pesadez. Alguien, de nuevo, les iba a decir: Pueblo.

°El general K. apareció en el balcón y dijo:

—¡Pueblo!...

La ola se agitó, se encrespó y estalló en un rugido que ascendió y rodeó y empapó al general.

—¡Hemos aplastado a un gobierno de vergüenza!...

Rugido.

—¡corrupción!...

Rugido.

—¡entrega!...

Rugido.

—¡De manera que ésta es la hora del pueblo!...

Rugido colosal.

—Venimos a restaurar el orden, la legalidad, el respeto...

Murmullo.

—y la justicia social...

Crescendo.

—porque somos del pueblo...

Rugido.

—¡por el p...

RRugido.

—¡y para el p...

RRRugido frenético, enloquecido, atronador.

La ola alcanzó a Rinconcito...

La multitud se puso en marcha desde el Sport Club. Había rostros desconocidos que estuvieron inclinados sobre la tierra durante todos aquellos años. Traían un letrero y una cometa y una escopeta de dos caños. La corneta, la misma que se usaba para los remates de los domingos, dio la señal de partida.

Cantaron dos veces el Himno Nacional y una vez *Los cielos, la tierra*, porque no sabían otra cosa. Desde los balcones del Círculo Italiano les arrojaron flores. Las persianas del Club Social, en cambio, se cerraron con discreta y amortiguada resignación.

Al frente marchaban Romita y el farmacéutico y el director de *El Imparcial* y Domingo Parisi, el de la Unión Socialista Libertaria. Eran los hombres nuevos.

Sobre el breque de Romita habían instalado el viejo armonio de la parroquia, y el maestro Venturi, ahora también viejo, tocó *La Marsellesa*, una parte de la obertura de los *Maestros Cantores* y otra parte de la *Sinfonía n.º 1* (Primavera) de Schumann.

Cuando llegaron a la Intendencia, Romita trepó al breque y habló al pueblo de Rinconcito. Entendieron la mitad de lo que dijo, pero de todas maneras era una voz distinta y hablaba por ellos. Al término del discurso, o cuando calculó que había terminado, Lalo Speciale disparó una bomba de estruendo de las que usaba para la festividad de San Isidro Labrador, patrono de Rinconcito, y el caballo partió como una exhalación, arrastrando al breque y a Romita con una mano todavía en alto y el pálido maestro Venturi cuando atacaba por segunda vez *La Marsellesa*.

Fue un día inolvidable en todo sentido.

K. dijo:

"Nuestra política es la política de la tierra."

Gritos.

"Vamos a arrojar a los mercaderes del templo." *Crescendo*.

"Vamos a terminar con las pandillas de renegados que obedecen a intereses foráneos."

Aullido. "¡Indiana para los indianos!"

AULLIDO.

¡Buenas noticias!

El FFA (Fondo de Fomento Agrario), consecuente con la nueva política de gobierno en materia agraria, acababa de poner en marcha un plan de vastas proporciones destinado a mejorar la explotación del campo. Entre otras cosas, contemplaba el otorgamiento de muy liberales créditos para la adquisición de maquinaria agrícola, incluyendo, por supuesto, tractores y repuestos de tractores de fabricación nacional.

¿Fabricación nacional?

Sí, fabricación nacional. Los modernos tractores K., tan buenos como cualquiera, porque nada tienen que envidiar a una marca extranjera, como no sea el hecho de ser extranjera. Eso fue, más o menos, lo que dijo aquel señor de anteojos ahumados que llegó con un coche rugiente y saltó de su interior agitando un montón de papeles.

—Llene esto y esto. K. piensa en usted, amigo. ¡Estamos aquí para ayudarlo!

Después de todo, era conmovedor. Había luchado tanto tiempo solo y ahora, de pronto, aparecía aquel arcángel de anteojos ahumados que lo abrazó y lo palmeó y se alejó entre hurras y vítores a una persona que no conocía pero que se preocupaba por él. Estaba encaprichado con un Ferguson, pero, después de o, quizá no fuesen tan buenos.

Hubiera querido discutir un poco más el asunto, sobre todo lo referente al motor, que conocía tan bien, aunque nunca le hubiese tenido un Ferguson, pero aquel señor parecía muy atareado. No era un torpe y solitario campesino entretenido con sus cositas, sino un arcángel que tenía que pensar en todos.

El coche se alejó con un nuevo y colosal rugido. Y el viejo quedó otra vez solo, con un montón de papeles en la mano y una perpleja esperanza.

Labiche tenía pasta. No era uno de esos muertos de hambre, como Salamanca, que ni siquiera sabía hablar.

¡Lo hubieran visto en la Asamblea de Delegados! Después de eso, quedó claro que lo que necesitaban era hombres como Labiche. Hombres nuevos. Eso era.

Cuando se puso de pie, de un salto, todos callaron. ¡Qué tipo!

—Los muchachos están con la Causa —dijo.

Y los muchachos respondieron como un solo hombre.

¡Labiche!

—¡Porque es la causa del Pueblo!...

¡LABICHE!

Seguro que no paraba hasta el Consejo Central.

—Hay un grupito insignificante que no está de acuerdo... ¡pero vamos a terminar con ellos!...

¡Abajo!

Se refería a los hombres de Salamanca, naturalmente. No tenían nada que hacer con Labiche.

—Es hora de que comprendan que aquí están de más... Todo lo que se les ocurre es fabricar una huelga cada año para que a los muchachos los muelan a palos... ¡Estamos hartos de eso!... ¡NO SON OBREROS! ... ¡son vulgares agitadores!...

La verdad que se parecía a K. ¿Dónde había estado hasta ahora?...

¡Los caciques le habían cerrado el paso! ¡Eso era! Y había sido necesario que apareciera K. para que estos muchachos pasaran al frente.

—Yo les pregunto a estos señores qué han hecho hasta ahora por ustedes...

Efectivamente, no habían hecho nada.

El propio Salamanca tenía que reconocerlo. No habían hecho nada. No habían podido hacer nada. Eran nada. Tanto es así, que ahora ni siquiera eran obreros.

15

Ellos no habían hecho nada para cambiar. Pero, de todas maneras, las cosas los cambiaron a ellos.

Ciro estaba preparando la décima, o tal vez la undécima reposición de "Ondinadegiraudoux".

Hernán escribía en un rincón del Gambrinus otra novela: *Edi*. Hasta ahora tenía aseguradas trescientas cincuenta páginas. El asunto estaba tomado del *Edipo rey*, pero la acción transcurría en una agreste ciudad de Centroamérica, sobre el telón de fondo de una refinería de petróleo. Edi era director de un pequeño conjunto de jazz en gira por el interior...

Fernando había encabezado una revuelta de escritores jóvenes contra los carcamanes del CDE. En eso estaba.

Marcelo había tenido una gran satisfacción con el último mitin de las JJSS. La policía no sólo los había molido a palos, sino que los había hecho tragarse los volantes y borrar las leyendas de las paredes con las yemas de los dedos. Hubo un muerto. Un estudiante, naturalmente. De manera que entre entierro, marcha del silencio, actos de desagravio y funerales cívicos había obtenido una valiosa colección de magulladuras. En particular aquella cicatriz sobre el arco superciliar izquierdo que le sentaba tan bien.

Nita había dejado los coches sport, después de embestir con su último Porsche super sport 1500 a un perro vagabundo, por la poesía hermética. La poesía hermética incluía a un poeta hermético, que desplazó a Marcelo.

Pablo: Pablo Grieben, treinta y cuatro años. Amante esposo, padre ejemplar... ¿Qué le quedaba por hacer? Nada. Seguir en el juego.

Soñaba desde la butaca de un cine mugriento, soñaba frente a la vidriera de una agencia de turismo, soñaba manoseando una pequeña brújula que le había regalado su padre... Tal vez, efectivamente, el mundo fuera tan grande, tan espléndido. Pero no era para él... Había decidido presentar la tesis de licenciatura. Un trabajo sobre Pierre De La Ramee. "Influencia del pensamiento ramista en la filosofía de la Nueva Inglaterra". Sonaba bien, ¿verdad?... ¿Quién era Pierre De La Ramee? ¿Qué le importaba Pierre De La Ramee?

La ola los alcanzó por fin. También a ellos.

Una rama de la JK (Juventud Kaísta), el MPC (Movimiento Pueblo y Cultura), había fundado, en combinación con el GAN (Grupo Acción Nacional) del CDE, la FDI (Federación de Teatros Independientes).

El TI recibió una solicitud de inscripción. Ciro, que no entendía nada de política y que, en otros tiempos, habría sido, sin lugar a dudas, el favorito de algún déspota ilustrado, respondió que el Ti estaba por el NO (No).

El día de la "reprise" ("Ondinadegiraudoux"), la MC (Milicia Cívica), grupo de choque de la JK, irrumpió en mitad del segundo acto, moho a palos a los espectadores, destrozó las ciento cuarenta y seis prolijas butacas del Ti y prendió fuego al escenario, mientras los "muchachos" cantaban a voz en cuello "La J de K".

Cuando terminaron, cayó un pelotón del CRAA (Comando Represión Actividades Antinacionales) y los metió en un camión celular, con excepción del caballero Hans von Wittenstein zu Wittenstein, que atinó a escapar por una claraboya del toilette para damas.

El CRAA era un invento del teniente coronel J. El propio teniente coronel J les explicó, horas después, que, en adelante, no iba a tolerar ningún género de provocaciones.

Al día siguiente, *La Opinión* reproducía una foto ambigua del elenco estable del Ti, con este pie de grabado. "Un grupo de degenerados provoca un escándalo de proporciones".

Un mes después, en el lugar del Ti funcionaba la uc n° 6 (Unidad Cívica n° 6).

Pablo recibió el siguiente cuestionario de la Comisión Depuradora de Empleados Públicos: "10) Detalles de su cooperación al actual Gobierno: a) Actos a los cuales asiste; b) Actos a los cuales no asiste; c) Propaganda que ha efectuado en favor del Gobierno; d) ¿Qué labor especial de carácter político ha realizado Ud. este año?; e) ¿Asiste Ud. puntualmente a Te Deums en las fiestas patrias, actos políticos-culturales, mitines, revistas agrícolas, juntas y subjuntas del Partido Kaísta?; f) ¿Ha sostenido Ud. conversaciones con personas enemigas, desafectas o indiferentes al Gobierno?; g) ¿Qué esfuerzos ha realizado para atraerlas al seno del Partido?..."

En términos generales, Pablo respondió: "no, ninguno, nada". Una semana después, quedaba cesante "por motivo de un reajuste del personal administrativo".

J. decidió terminar con el deporte de las JJSS. J. era práctico. Abominaba los métodos espectaculares de la MC. Algún día, cuando le dieran la oportunidad, iba a terminar con la propia MC.

Marcelo fue arrestado con otros seis JS tres días antes del Día de la Independencia. Este día, en el momento que la MC desfilaba a "paso de ganso" frente al Altar de la Patria, voló un palco con veintitrés funcionarios de dudosa adhesión al régimen.

Al día siguiente, el CRAA anunció el arresto de siete terroristas, "activos militares de las JJSS", sindicados como autores del atentado.

Ocho días después, uno antes de la gran manifestación de desagravio organizada por la Rama Femenina del PK, en combinación con la Comisión Pro Premio Nobel de la Paz, soldados del Panóptico dieron muerte a siete reclusos que intentaron evadirse aprovechando un cambio de guardia.

En realidad, la "fuga" tuvo lugar en el polígono del CRAA, por razones de comodidad. Hernán tropezaba con dificultades para seguir adelante. Había perdido su interés en *Edi*. Maduraba demasiado las cosas.

Según él, lo había descorazonado el asunto de la Esfinge. Había pintado un *Edi* incapaz de descifrar nada y ahora el asunto de la Esfinge complicaba las cosas. Había que dar marcha atrás. Hernán atribuía la mayor parte de su fracaso a la esterilidad del medio. Faulkner tenía la mitad hecha por la sola circunstancia de vivir en el sur de los Estados Unidos. Hemingway había recorrido el mundo y, por empezar, disponía a discreción de las dos guerras mundiales, de la Revolución Española y de las corridas de toros. ¿Qué le brindaba a él, por el contrario, este chato y desolado país? Pablo le preguntó una vez si no le parecía poco todo lo que estaba sucediendo alrededor de él.

¿Qué sucedía? Estupidez. ¿Se puede escribir sobre la estupidez? Bueno, es lo que hacían los carcamanes del CDE, por ejemplo.

Pablo hablaba así, de un tiempo a esta parte, porque le habían tocado la barriga. Desde que era un desafortunado corredor de seguros, se había vuelto patriota. Declamaba en todas las esquinas. Lo tenía frito.

—Me parece deshonesto escribir sobre lo que no entiendo, sobre lo que no siento... pero, ante todo, no veo que se pueda escribir nada sobre tu minúscula mala suerte...

Decididamente, estaba lejos eso. ¡Oh, los grandes temas!...

Sin embargo, las cosas lo complicaron a su pesar.

Fue a propósito de la muerte de Marcelo.

Después de los inflamados discursos de la JS, que trató de explotar al máximo la oportunidad (lo logró en un sentido bastante literal, porque la JK, ni lerda ni perezosa, hizo volar un mausoleo como demostración de fuerza), y de la FU y de la LJD (Liga de Jóvenes Democráticos), habló Hernán para despedir los restos en nombre de los amigos.

Hernán tenía un sentido literario de la vida. La rabia de la JS y de la FU y de la LJD le parecía cosa de bastardos. Concebía la muerte de Marcelo como un supremo triunfo de la fórmula

dionisíaca. El socialismo, que después de todo era manifestación de una virtud decadente, había sido una mera excusa para "vivir en peligro". El espíritu trágico, la desmesura...

Dijo todo esto con una voz ligeramente engolada, como si recitara su próximo libro de poemas ante el auditorio de un salón literario. Los de la JS tardaron en reaccionar. Tal vez, como J., se debían sentir halagados. Pero como S. indiscutiblemente debían tomarlo por una ofensa.

De cualquier forma, Hernán no llegó a terminar su discurso. La tardía y fragmentaria reacción de la JS coincidió con la explosión del mausoleo y, cuando todavía humeaban los escombros, irrumpió espectacularmente el CRAA.

Fue un escándalo fenomenal.

Sobre los gritos e imprecaciones, los altoparlantes seguían .vertiendo la voz medulosa de Hernán.

"Una última, una primordial adhesión a la vida, una juvenil recusación de la axiología decadente...". Un rostro chato y sombrío emergió, por fin, de aquel mar encrespado que se agitaba a sus pies y sintió que lo golpeaban y ,lo arrastraban con una precisión, una minuciosidad y una rapidez que, por el momento, embotaron su capacidad de reacción.

El coronel J. leyó detenidamente, sin mirarlo una sola vez, las seis hojas, doble espacio, del accidentado discurso de Hernán.

—No es un discurso, es una monografía —dijo por fin, acomodándose en el sillón.

Extrajo una cigarrera de plata y convidó a Hernán.

—Veamos, ¿con quién está usted en definitiva?

—Con la vida —dijo Hernán, por decir.

—Por supuesto. Pero, aparte de eso, ¿está usted con la JS, la FU, la LD, o la JK?

—Con ninguna de las tres.

—Cuatro...

—Con ninguna de las cuatro.

El coronel J. estudió brevemente la nubecita de humo que disparó a través de sus labios en punta.

—En este caso, JK significa la vida.

Hernán lo miró con fijeza.

—No lo entiendo así.

—Piénselo.

—No necesito pensarlo.

—Piénselo, de todas maneras. Voy a darle la oportunidad de que lo piense.

La oportunidad consistía en el "método". "El método" era un invento para intelectuales. Hernán fue introducido en una celda limpia y espaciosa. Era tratado con consideración. Podía leer, podía escribir. Buena comida, buena cama.

Pero de pronto, sin plazo fijo, a hora inesperada, irrumpían en la celda unos hombres increíbles que lo molían a palos. La escena era breve e intensa. Entraban y salían.

El resto del día, el resto de la gente parecía ignorar esa escena. El guardián se mostraba extrañado. El oficial inspector (no siempre era el mismo) bajaba apresuradamente, hacía preguntas, daba excusas, impartía órdenes. Alguna confusión... era lamentable... iba a investigar... insisto en mis excusas...

Y de pronto, otra vez.

Hernán abandonó el Panóptico un mes después. Tal vez dos. Había perdido la noción del tiempo.

— ¿Y?... ¿lo pensó? —preguntó J. con aire jovial.

—No, en realidad no tuve tiempo.

—Tal vez lo pueda hacer ahora.

—Sí... creo que lo voy a hacer...

Alguna vez se había preguntado: ¿Qué tengo que ver yo con toda esa gente, con su estúpida lata, con sus ideales de vitrina? Parecen muy contentos de que los muelan a palos. Bueno, que se maten, si quieren... No eran auténticos. La especialidad de Hernán era ser auténtico. No eran auténticos. Declamaban cosas insoportables.

Pero, llegado el caso, morían como perros. Morían por ideales confusos, por rostros desconocidos, para que un imbécil pudiera escribir una monografía sobre Pierre De La Ramee, o sobre la Voluntad de Poderío, o una novela cursi, si le venía en ganas. Ellos, los inauténticos, morían auténticamente para que un cretino se diera el lujo de ser auténtico ciento por ciento. A Fernando lo liquidó la nueva ley de imprenta. El CDID (Comité de Defensa de las Instituciones Democráticas) había confeccionado una lista de publicaciones "de inspiración extraña al sentimiento nacional". En realidad, el sentimiento nacional, si es que lo había, era algo bastante incierto.

Concretamente, el delito de Fernando fue omitir su adhesión a la campaña pro Premio Anual de Literatura al Benefactor de las Artes y las Letras. K. había escrito un *Manual del Artillero*, cuando era mayor. Ese año apareció una segunda edición que bien podía pasar por la primera, toda vez que aquélla no alcanzó a los doscientos ejemplares en mimeógrafo.

El CDID elevó la lista al CRAA.

El general J. decidió que a Fernando le iba a sentar muy bien una dosis masiva de "el método". Era el tipo.

El día que arrestaron a Fernando coincidió con una redada en el Sindicato Autónomo de Trabajadores Gastronómicos. Algunos "infiltrados" estaban tratando de arrastrar a los muchachos a la huelga. El CRAA les ganó de mano. J. decidió que le aplicaran la "ley de fugas". Era un remedio heroico.

Fernando fue sacado de la celda en la madrugada. Eran cinco, en total. Abrieron una hoja del portón y les dijeron que se fueran. Cuando estaban en mitad de la calle, los barrieron con una ráfaga de ametralladora. J. se enteró de la confusión una semana después, cuando preguntó "cómo iba eso".

La muerte de Marcelo inspiró a Nita un "Canto Epilogar.

Gusanos absolutos frecuentan tus pupilas y acuña en su anverso enigmas bifocales, etc.

Algunos años después, algunas muertes después, cuando otros usufructuaran la sangre de otros, figuraría en una insobornable *Antología Poética de la Resistencia*.

16

Bueno, ¿qué había pasado con el FFA?

Estuvo una vez en el Banco y preguntó por eso del crédito.

El empleado extrajo un manojo de papeles del grueso de un poste de alambrado y le explicó minuciosamente que el FFA había sido refundido en el IAR (Instituto de Activación Rural) con el objeto de hacer mejor las cosas y que el nuevo plan no tenía punto de comparación con el viejo y limitado plan del FFA.

El viejo quedó maravillado con el plan. Había un montón de cosas que no se le hubieran ocurrido en toda la vida. No había un capítulo especial dedicado a tractores pero, de todas maneras, el capítulo sobre implementos era muy minucioso. Por lo menos, ahora tenía una idea más completa de cómo iba a conseguir ese tractor. Tal vez lo que le faltó siempre fue eso, un plan. Había que empezar por ahí.

17

El coronel se palpó el abdomen cuidadosamente. Seguía igual o tal vez peor.

Días atrás, había concebido algunas esperanzas después de leer *El régimen lo hace todo*, del doctor Gayelord Hauser. A partir del capítulo IX, con aquella aterradora referencia a las estadísticas, había comenzado a practicar el Ritual de Vitalidad: diez mil unidades de vitamina A y mil unidades de vitamina D, después del desayuno. Pero las cosas seguían igual. A esa altura, estaba harto de yogurt y de levadura de cerveza y más desesperado que nunca. Cada vez que examinaba su imagen en el espejo, terminaba por enfurecerse. Realmente era una imagen lastimosa. El delantal graso abdominal avanzaba tumultuosamente sobre dos blancas y tímidas piernas incapaces de soportar tanta miseria. Más arriba, la grasa mamaria asumía perfiles desconcertantes. Y todo eso coronado por un rostro sombrío alargado por la papada.

Pero, después de todo, ¿qué podían hacer las proteínas contra su mala suerte en general? El mal tenía raíces más profundas. Ninguna proteína de primera clase o de segunda clase podía nada contra la fatalidad. Y esto de la fatalidad era un hecho. ¿Qué otra cosa, si no, podía explicar esa precipitada sucesión de adversidades que habían culminado con el reciente y tal vez definitivo abandono de Rosita, sobre todo si se toma en cuenta que lo había hecho por un miserable capitán de corbeta?

Las confusas maniobras del año anterior, jubilosamente presididas por esa Fatalidad, le habían asegurado el odio nutricional del repentino y desvelado general J. Un inofensivo artículo suyo en la *Gaceta Militar* sobre los problemas que surgieron, a causa de la introducción de la artillería, entre la línea de tiro, campo de fuego y zona batida fue interpretado, aunque parezca increíble, como una malévolamente referencial (lo que sería un tiro por elevación) al Instituto de Cartografía Militar.

En cuanto a las últimas maniobras, planeadas cuidadosamente para contrarrestar esas funestas coincidencias, una intoxicación general puso fuera de combate al grueso del ejército, incluyendo al propio coronel...

Sin embargo, quedaba una última esperanza. El coronel sacó fuerzas de flaqueza (o más bien de todo lo contrario) y con una espectacular convulsión de sus noventa y ocho kilos, acompañada por un espasmódico aleteo de sus brazos, ejecutó un estertoroso ejercicio respiratorio del tipo "torácico superior", según la clasificación del manual de Wronski y Vitone sobre "voce, mímica e truccatura".

Esa última esperanza era un amplio y ambicioso proyecto sobre renovación del material de guerra que, de acuerdo con los planes de modernización enunciados por el ministro Palome que, le había sido encomendado por el cuartelmaestre general del Ejército, "en orden a la actualización de las provisiones en materia de seguridad y defensa de la Nación".

18

Había que luchar por la Causa. Ahí estaba la tierra, cercando a Rinconcito como un mar, y los hombres de la tierra, duros y solitarios. Había que ir hasta ellos y predicar la buena nueva. Romita cambió el viejo breque por una pick-up Chevrolet de 6 cilindros, con un altoparlante sobre el techo de la cabina. La Unidad Cívica de Rinconcito había gestionado el crédito ante la sucursal del Banco Agrícola, en Piedrabuena. No hubiera podido de otra forma.

Romita recorrió la tierra vendiendo y predicando.

Ellos lo veían llegar desde muy lejos, escoltado por una espesa nube de polvo, y cuando detenía el motor ya habían tenido tiempo para reunirse. Romita saltaba del coche con un montón de papeles y se enjugaba el rostro sumido por el cansancio y les decía cosas como ésta:

—Se ha manejado la tierra como una mercancía... pero nosotros vamos a reemplazar el régimen agrícola de carácter comercial por un régimen que consagre el concepto social de la tierra. O bien:

—Es menester garantizar al labriego la estabilidad en el suelo... Entregaremos la tierra al que la trabaje, sin negociarla, y se la quitaremos al que la abandone o no le haga cumplir su función...

Ellos lo miraban en silencio, un poco encorvados, y en ocasiones aprobaban con un cabeceo circunspecto.

Pero la tierra seguía igual.

A veces, pasaba uno o dos días fuera de Rinconcito, durmiendo donde lo sorprendía la noche, muerto de cansancio y de hambre, pero lleno de la Causa, que lo iluminaba por dentro. Había leído mucho (desde Saint-Simón en adelante), había meditado mucho, había sufrido mucho y ahora, por fin, maduro, podía sembrar aquella semilla en una tierra bien dispuesta.

"De mi garganta salen voces largo tiempo calladas, voces de largas generaciones de prisioneros y de esclavos, voces de ciclos de preparación y crecimiento..."

Del norte al sur, del este al oeste.

Había mucho que hacer. Las cosas no iban tan rápido como él hubiera deseado y, en apariencia, aparte de la Unidad Cívica, los cambios no eran notables. Pero en todo esto hay que esperar. Los labriegos lo sabían muy bien. Hoy se siembra la tierra y permanece igual por un

largo tiempo, bajo el sol y la lluvia y la muda espera, hasta que el fruto aparece después de los días.

Había hombres lejanos que velaban por ellos. Las cosas se ponían en marcha allá lejos, y Romita y la Unidad Cívica eran una avanzada que preparaba la tierra. Eso era la Causa. Primero la Revolución, después los proyectos, después las leyes y, de un momento a otro, los hechos.

Entretanto, había que fecundar el suelo.

19

Pablo le había dicho en la calle 5, frente a la lechería, entre un quiosco de cigarrillos y un baldío. Estaba claro.

Entró en el taller y preguntó por Di Salvo.

Di Salvo apareció un rato después, limpiándose las manos con un trapo. Era un tipo bajito, con un overol azul ennegrecido por el aceite.

— ¿Usted es Di Salvo?

— Sí.

— Vengo por un Mercury 57, dos puertas.

— ¿Uno azul?

— No. Uno rojo, con el capó y los guardabarros negros.

El hombre lo miró con fijeza.

Mientras atravesaban el taller, pensó que, después de todo, era bastante divertido.

Di Salvo abrió una puerta, en el fondo.

Los tipos se volvieron y lo miraron con curiosidad. Hernán conocía a la mayor parte, por referencias.

Pablo se destacó del grupo.

— Éste es Hernán —dijo, empujándolo suavemente hacia el centro del grupo.

Saludó con breves cabeceos hacia uno y otro lado.

Había salido de las penumbras de la entrada y estaba de pie, en medio del cuarto, debajo de una lámpara de contrapeso, de manera que lo podían observar mejor. Ahí dentro había el mismo olor a aceite lubricante. Debía de ser el escritorio de Di Salvo. Vio una mesa cubierta de boletas, con un cenicero hecho con un pistón. Sobre una pared, un letrero de Goodyear. "¡Llantas de Nylon 3-T", un letrero de Mobiloil... Todo eso parecía flotar en el aire, más allá del borde de luz.

Un hombre joven, con campera de cuero, se puso de pie y le tendió la mano.

Había oído hablar de él en particular.

— Bienvenido, amigo.

Sonrió y cabeceó.

Era un rostro duro e intenso, cuyos rasgos acentuaba la luz de la lámpara.

Había sido estudiante de derecho, pero abandonó en segundo año para explotar un camión en sociedad. En aquel momento, era un gran negocio. No se propuso abandonar los estudios definitivamente pero, como sucede siempre, de hecho los abandonó.

Hacía cuatro años que vivía en la ruta, comiendo en restaurantes de mala muerte y durmiendo en la cabina de aquel Mack con acoplado que era como una prolongación de su persona.

Dos años atrás, había sido elegido secretario de la Federación de Camioneros, pero la Confederación del Trabajo impugnó la elección y el sindicato fue intervenido. Allende escapó con vida por un error del CRAA. Confundieron el Mack con un White que hacía la misma ruta. El White en cuestión chocó y se incendió en la ruta 9, y perecieron sus dos ocupantes. Versión oficial.

Allende era el tipo. El hombre-cause. Una estrella solitaria que marcha con precisión hacia su destino. Llegado el caso, no habría vacilado en matarlo con esa misma mano que ahora le tendía.

Después venían los otros. Un flaco y extenuado profesor de matemáticas, con signos evidentes de úlcera al estómago, un estudiante, un mecánico dentista, un agente de publicidad,

otro estudiante, un niño bien, un periodista, un oficial albañil, un ferroviario, una muchacha del Liceo, una muchacha de Bellas Artes, otro estudiante... Allí estaban con su ideal. Habían leído a Icaza, a Neruda, a Ciro Alegría, a Jorge Amado. Estaban empapados de ese estilo altivo, ardiente, humillado.

Di Salvo le había abierto la puerta de ese mundo que se revolvía en las sombras. Había que agradecerle a Di Salvo. Por fin un tema que valía la pena... Esa era la oscura sangre de América. Candidatos a mártires para el santoral amarillo de la crónica policial, héroes inoportunos con destino a una fosa común, cadáveres mutilados esperando a ser identificados en la Morgue Judicial...

Bueno; después de todo, lo importante era que no estaba solo. En estos casos, uno cree que está solo, que es el único que aprieta los puños en los bolsillos y se traga su rabia. Pero había otros que hacían exactamente lo mismo. Que canturreaban cosas obscenas con la "J de K", y escribían en las paredes de los mingitorios, y se les revolvían las tripas cuando escuchaban la voz del Primer Cualquier Cosa.

Sí, había otros como él. Pero, en realidad, lo que verdaderamente importaba era que había otros mucho mejores que él.

20

Dos meses después volvió por el Banco y preguntó cómo iba el plan.

—¿Cuál de ellos?

—El del IAR.

—Es que dentro del IAR hay varios.

—Bueno, no sé qué decirle. Yo creía que había uno solo.

—Con un solo plan no se va a ninguna parte. Primero está el Programa. Luego los distintos planes generales y, dentro de cada plan general, varios planes particulares.

El viejo se rascó la cabeza.

—Es un lío.

—Nada de eso. Usted se hace un lío precisamente porque no tiene un plan.

—Lo que no tengo es un tractor.

—No entiendo.

—Digo que, después de todo, eso es lo que quiero, con plan o sin plan.

—Un tractor...

—Un tractor.

—Usted se refiere posiblemente al capítulo 24 del plan No 6.

—Tal vez.

—Implementos agrícolas.

—Eso es.

—Bueno, es algo importante.

—Ya lo creo.

—Algo en lo cual no se puede improvisar.

—Supongo que no.

El empleado examinó un montón de papeles del grueso de dos postes de alambrado y, luego de consultar el capítulo 24 del plan No 6, declaró:

—Está a estudio.

El viejo se rascó la cabeza.

—¿Otro plan?

—Sí. Uno enteramente particular.

21

El asunto de la renovación del material de guerra se complicó de tan inesperada manera que terminó en un escándalo de proporciones. El proyecto en cuestión salió a luz el mismo día que la Subcomisión de Asuntos Interamericanos de la Cámara de Representantes de los EEUU formulaba un despacho destinado a los miembros de la Comisión de Asuntos Extranjeros, en el

cual recomendaba la revisión del programa de asistencia militar y la gradual suspensión de las entregas de armamentos a América Latina "en razón del uso del material facilitado por los Estados Unidos para mantener regímenes reñidos con las prácticas democráticas".

Una semana después, la Comisión de Asignaciones reveló que, desde que estaba en vigor el programa interamericano de seguridad mutua, las naciones de la América Central y del Sur habían adquirido y pagado armas por valor de 37.897.216 dólares, sin incluir las armas suministradas de acuerdo con el programa de ayuda y, en la mayoría de los casos, las impagas al momento del informe. A renglón seguido, se consignaba el monto de las adquisiciones por país, destacándose, en el caso de Indiana, "un reciente proyecto sobre renovación del material de guerra" que suponía una suma adicional siete veces mayor a la contenida en el memorándum.

A todo esto, el senador George Forwood, presidente del Subcomité de Comercio Interestatal e Internacional del Senado, declaraba al corresponsal de *Visión* que algunos países de Latinoamérica, Indiana, por ejemplo, estaban gastando el cuarenta por ciento de su presupuesto en proyectos militares y que los Estados Unidos, desde la II Guerra Mundial, habían invertido doscientos cincuenta millones de dólares en fondos de ayuda militar para América Latina. Un caso típico de mala suerte.

La ira de K., a través del hilo conductor de J., atravesó rauda y fulgurante la profusa escala jerárquica e hizo impacto en el perplejo coronel, que pasó decorosamente a situación de retiro.

Juana había dicho:

—Un blanco es un blanco y, sobre todo, un amarillo es siempre un amarillo, por más que cambie de nombre. Pero Juanita estaba llena de rencor.

Sin embargo, el viejo Parisi comenzaba a decir lo mismo.

Romita solía responder que sin fe no se va a ninguna parte. O bien callaba. Estaba muy cansado para intentar convencer a alguien que no quiere ser convencido.

—La Causa comienza por nosotros —decía sin entusiasmo, pero con terquedad, todavía aturdido por el ruido del motor y separado de ellos por ese largo silencio del camino—. ¿Qué podemos esperar de los otros, si nos falta la fe que les exigimos?

—Hablas como un predicador —decía Juanita.

—Lo soy, a mi manera —decía él.

Y se sentaba frente al plato de comida recalentada, con el diario desplegado sobre la mesa.

A veces, alcanzaba a añadir, en un tono de conciliación, o tal vez de súplica:

—No lo tomes a mal.

Y le palmeaba la cadera, como al caballo, cuando tenía breque y había terminado de desensillar. Y, de cualquier forma, se extraviaba inmediatamente en la lectura.

Sin embargo, un buen día comenzó a sentir que se quedaba solo. No era la soledad de antes, con un hogar que espera. Era una soledad amarga de uno a otro extremo, donde quiera que fuese. ¿Qué se había hecho de la gente que marchó con él desde el Sport Club hasta el palacio de la Intendencia? ¿Qué se había hecho, sobre todo, de los hombres nuevos que esperaron ese día tanto como él?... Ahí estaban, metidos en el viejo local de la Unión Socialista Libertaria, declamando cosas imposibles que habían leído en alguna parte, invocando sin discriminación de ninguna especie a Proudhon y a Marx, a Kropotkin y a Sorel, cuando en realidad, su "élan révolutionnaire" no pasaba de cierto empaque en el gesto y esa sombría dignidad de la "minoría consciente" en un pueblo del interior, sin otra perspectiva que languidecer y morir.

*¡Empujaremos al matungo de la historia
con la
izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!"*

Una vez al año hacían un homenaje a Guernica, o a la República Española, o a la "Conspiración des Égaux", y el resto del pueblo los miraba como a visitantes de otro planeta, un poco apesadumbrado por su pequeña e incomprensible indignación.

En cuanto a los de la Unidad, eran un grupito de insignificantes que se pasaban el día tramando algún acto popular que llamase la atención de los de arriba. Ahora, por ejemplo, estaban organizando uno monstruo para el aniversario de la Revolución. Iba a haber un desfile de campesinos precedidos por veinte tractores K., que había cedido el IAR, y la colocación de la piedra fundamental de un pequeño obelisco conmemorativo, a la entrada del pueblo.

Los hombres de la tierra, por su parte, esos hombres silenciosos que, de vez en cuando, meneaban la cabeza, le escuchaban ahora con un mismo aire impenetrable, mirándolo fijamente al rostro como para advertirle que tenía una mancha, o mirando tercamente a la tierra, que seguía igual.

Y aquellos hombres que manejaban la Causa, los únicos que, tal vez, hubieran podido comprenderlo, estaban cada vez más lejos.

23

Pablo decidió que era mejor no volver. También decidió que, desde ahora, era mejor guiarse por impulsos, sin reflexionar sobre el asunto.

Volvió al café, pidió cambio y llamó por el automático.

—¿Ana?...

—(Dónde estás?...

—Aquí, en el bar... ¿qué tal la nena?

—Estaba por acostarla.

Era la última vez que oía su voz.

Observó su rostro, mortalmente serio, reflejado en el espejo con una calcomanía de Cinzano.

(Ana, querida mía...)

Un hombre con un portafolio se situó detrás de él y comenzó a hojear una libretita de direcciones.

—Ana...

(¿Le había dicho alguna vez querida... nada más que eso: querida mía... en ese tono unívoco?...)

Un grupo de empleados entró ruidosamente, arrastró sillas y pidió CocaCola, a gritos.

—¡Ana!...

—Sí... ¿qué pasa?

—No sé... no te oigo bien.

—¿Dónde estás?

—En el bar, ¿no te dije?

El hombre detrás de él comenzó a buscar una moneda.

—Te, estaba esperando —dijo su voz, enarbolada en la distancia como una luz solitaria.

Alguien esperaba por él, a esa hora, en esa ciudad. No estaba solo. Si hubiese estado realmente solo, no habría muerto tantas veces por anticipado.

El hombre encontró la moneda.

Ahí, en ese momento, en un rincón de la noche, había una luz encendida para él, una mesa puesta para él, una voz diciendo ¡Hola! para él, una amada sonrisa... En realidad, es cuanto tengo, cuanto voy a perder. Ésa es mi causa. Ese pequeño departamento de dos ambientes, con una hipoteca de primer grado, la heladera de nueve pies, que no hemos terminado de pagar, aquellos cuadros que compramos en un remate, mis libros, mis sabios y queridos libros, el tocadiscos con cambiador automático, la voz de mis amigos en torno de la mesa, la noche del sábado, los preparativos de viaje, el diario por la mañana, la ruidosa y ubicua presencia de la pequeña Susana (ahora me inclino sobre su cuna y siento su tibia fragancia y beso su frente y comparo mi tremenda mano con su pequeña mano), las riñas y las reconciliaciones con Ana, la punzante, la repentina excitación (¡Dios mío, qué tipo!... ahora, por favor... no, estás loco... ¡qué oportuno!), nuestras quietas y silenciosas presencias en un mismo cuarto, esa corriente sutil que

fluye entre nuestros cuerpos (me miras con leve extrañeza porque, de pronto, te miro)... y todas mis esperanzas dilatándose y comprimiéndose entre esas cuatro paredes... Más allá de esa puerta, era un rostro, una sombra, un engranaje. Un tipo cualquiera con su minúscula historia a cuestas... ¿Recuerdas, Ana? Nos conocimos en la Cristal. Entonces yo era una promesa, naturalmente. Hablaba por los codos, de esto y de aquello y de lo de más allá, y tú me escuchabas con admiración. Siempre fui algo para ti, ¿no es verdad? A pesar de todo. Gracias. Yo sé que para ustedes soy un gran tipo... Te invité a un concierto de la Orquesta Nacional: Brahms, *Sinfonía n.º 1*... ¡Dios mío, qué comienzo! ¿Hay algo que haga levantar la cabeza y suspender el corazón como ese comienzo?... Al cruzar la plaza de la Ópera, torpe y nervioso, te besé por primera vez... lo había ensayado mil veces mentalmente y, a pesar de todo, salió bien... recuerdo tu olor, recuerdo tus cabellos, tus manos, recuerdo tus ojos extrañamente quietos y húmedos... después aquella tarde desesperada en la costa (¿puedes caminar?... no llores, vida)... el último año, el último examen: metafísica, café, benzedrina... tú soportabas mi pobreza y mi mal humor... nuestro disco favorito: *Celestia*, de Tristano, en aquella vieja grabación del 47, nuestro actor favorito: Gérard Philippe... nos casamos el 9 de abril, un día cualquiera para el resto del mundo... el departamento (rosa para el dormitorio, habano para el hall)... después Susana (señores, suspendan ese nuevo pedido de CocaCola y déjenme gritar ese nombre: ¡Susana!, es mi hija, un puñadito de ternura)... después... hay muchos pequeños después (señores, sigan con su CocaCola)... y mañana un último después... mientras alguien espera por mí...

El señor del portafolio lo estaba mirando a través del espejo.

—Ana, no voy a ir esta noche —dijo entonces, apresuradamente—. Tengo que estar mañana en San José. Un cliente.

La voz tardó unos segundos.

—Bueno, paciencia.

—Sí, paciencia.

—¿Quieres hablar con la nena?

Su rostro lo miró desde el espejo. No parecía tener nada que ver con él.

—No, no la molestes. Hay gente esperando.

La voz tardó un poco más.

—Bueno, cuídate.

Siempre decía lo mismo.

—Sí, sí...

Él también siempre decía lo mismo.

—¡Chau, Ana!

Y colgó apresuradamente, sin esperar a la voz.

"Bueno, no dije lo que tenía pensado... nunca pude decirlo."

Atravesó el salón y salió a la calle.

Era la misma ciudad. Era la misma noche.

El plan había sido elaborado con minuciosidad, pero las perspectivas de éxito eran demasiado remotas. Ellos lo sabían muy bien.

Lo que en realidad se buscaba era un golpe de efecto. El resultado inmediato iba a ser diez o doce tipos acribillados a balazos. Pero ellos calculaban más lejos. En estos casos, los tipos no cuentan. Daba gusto pensar en el plan. Estaba en marcha desde marzo, hacía seis meses. Funcionaba como una máquina de precisión. Ya se había tragado a cuatro tipos. Pero resultaba un costo reducido, si se compara con el costo calculado.

El grupo de Allende era un engranaje. Había otros. Grandes y pequeños engranajes. No conocía a la mayor parte de ellos. Un señor Farkas, por ejemplo, al que había entrevistado una sola vez y que parecía más bien un industrial o un banquero, hacía de enlace con el exterior, con hombres superiores, lejanos, remotos. Esos hombres mañana especularían con la sangre de ellos. No tenían que morir. Tenían que hacer cosas mucho más complicadas. Garrido, otro engranaje, pasaba armas a través de la frontera. Ávila, Catalano, el "Chico"... A Lalo Marchesi lo mataron en un bar. Ignoraba lo que hacía exactamente. Debía haber otros de los cuales ni siquiera sabía el nombre. Otros que habían muerto para que él tuviese su oportunidad mañana.

Ahora todos esos engranajes estaban quietos. Les había llegado el turno a ellos. La orden parecía de Allende, pero seguramente salió de otro.

Mañana.

Hacía cuatro meses que estaban en los preparativos. Un poco antes que ellos, comenzó a operar el grupo de Roca (no lo conocía). Roca, al parecer, tenía acceso al Palacio. Hizo un buen trabajo. Les proporcionó planos, fotografías, horarios, etcétera. Recién entonces comenzaron a moverse ellos. Garrido trajo las armas. Allende las distribuyó y les explicó el manejo. A él le había tocado una Pam 9 mm. Era la primera vez que empuñaba un arma. Pequeña y negra, parecía un juguete. Sin embargo, cuando sintió su contacto, tembló y se contrajo. Parecía también algo vivo.

"Se hace así, así y así. ..."

La armó y desarmó unas cuantas veces. A esta altura, era algo de él, como un pie o una mano. En dos oportunidades salieron al campo, a una estancia de otro engranaje que tampoco conocía, y practicó con ella. Blanco fijo, blanco móvil, blanco a la carrera.

"Se sostiene así, se dispara así..."

De pronto llegó la cita: Mañana.

"Hoy es mañana", pensó."

La gente estaba vaciando los cines, después de la última función. Medianoche. Enormes figuras se besaban o se golpeaban en lo alto de las marquesinas. Vio una descomunal efigie de John Wayne brincando hacia el vacío con un Winchester en una mano.

Allende les había dicho: "No se descuiden. No tienen derecho. Coman bien, duerman bien. Piensen lo indispensable". ¿Podía resultarle todo tan fácil? Él, por su parte, con derecho o sin derecho, tenía ganas de echarse al suelo y ponerse a llorar. "Señores, compadézcanme. Compadézcanme lo indecible. Soy una llaga viva, de la cabeza a los pies."

Allende, el indestructible, dijo después: "Piénsenlo bien, muchachos. Todavía, hasta mañana, tienen tiempo. Si alguno no está seguro, no venga. No podemos pretender que todos estén seguros. Hay otras cosas que hacer por la Causa. Los que crean que deben hacer esto, que lo hagan. Pero solamente ellos.

Él se rió por dentro. Después de todo, tal vez no debiera ir. "Señores, no es que tenga miedo. Es que no entiendo. Acabo de despertar. Esto no tiene ni pies ni cabeza... además, tengo miedo... un miedo elemental... y ese miedo mío es un agua oscura que me revuelve el estómago, que me afloja los pies... otro además: hay dos argumentos definitivos, de carne y hueso... pero entonces ya no tengo miedo... es solamente una inmensa compasión"...

Se había detenido frente a la vidriera de un restaurante y examinaba estúpidamente los precios de los platos.

"Descabellado o no, sé muy bien que ya es demasiado tarde para echarme atrás... ¿cómo llegué hasta aquí?... tendría que reconstruir mi vida entera para descifrarlo. Uno ya está andando cuando cree que se va a poner en marcha. En el 46 era todo posibilidades. Ahí estaban los caminos, aquí estaba yo. ¿En qué momento comencé a andar?... ¿qué circunstancia desaproveché?, ¿qué gesto no hice?, ¿qué palabra no dije?... Recuerdo a Carlitos Avendaño. Era un mediocre. Pero un día, algún día, acertó con el paso y comenzó a alejarse... Cuando se entere, mañana, va a decir: Grieben, me suena... pero ¡claro! Pablo. ¿Quién lo iba a pensar..."

Allende había dicho entre ocho y ocho y media. Pero es el caso que para las ocho estaban todos allí. Todos.

Ahora había que esperar.

Parecían muy seguros de sí mismos. "Supongo que yo he de parecerlo también", pensó mientras examinaba el rostro de Hernán.

Nunca había sentido aprecio por Hernán. Era un cretino. Pero ahora lo veía distinto. Ya no se burlaba de sus pequeños contratiempos.

Estaba hablando con Allende. Parecía muy hombre con aquella Thompson bajo el brazo y esa voz reposada y ese rostro empalidecido por una terca decisión.

El ataque había sido planeado, en principio, para las últimas horas de la tarde. Se trataba de favorecer la huida de los que sobrevivieran. Con todo, Allende había decidido que se encontrarán a primera hora de la mañana. Cualquier circunstancia podía obligarlos a adelantarse.

Podía suceder también que cualquier otra circunstancia los obligase a postergarlo. ¿Era una esperanza? No; tal vez fuese mejor ahora mismo.

Cada vez que sonaba el teléfono, enmudecían.

A mediodía, Di Salvo les trajo algo para comer. Él sentía un vacío horrible en el estómago, pero no era hambre. Era algo parecido a las preliminares de un examen. Probó un bocado y sintió ganas de vomitar.

El plan era el siguiente. Un grupo de diez hombres iba a ir en el camión de Allende. Ese grupo se ocuparía de la puerta norte. El otro grupo, seis hombres, ocuparían un furgón de reparto y tenía por objetivo la puerta sur, menos vigilada. Él estaba entre estos últimos. El grupo de Roca, otros diez hombres, les iba a prestar apoyo. Decidieron esto casi al final. Su misión consistía en protegerlos, sin entrar al Palacio. Este grupo ya se había puesto en marcha desde otro punto de la ciudad. Por último, cuatro coches iban a estar esperando en el paseo situado al este del Palacio. Todo lo que tenían que hacer era sacarlos de allí, una vez terminado el asunto.

Era una esperanza.

Una semana antes, habían ido en los cuatro coches hasta ese lugar del parque. Era lindo pensar en esa parte del plan.

El teléfono llamó por última vez. Algo les dijo que era la última vez.

Di Salvo atravesó el cuarto y descolgó el auricular.

—Sí... Di Salvo.

Mientras escuchaba, hizo un gesto a Allende.

Allende tomó el teléfono y se limitó a escuchar.

Los ruidos de la calle llegaban amortiguados por la pared de chapas y el taller penumbroso. Una radio parloteaba en la distancia. Una mujer gritó algo...

Allende colgó el auricular y los miró un instante, en silencio, con el teléfono todavía en las manos.

Parecía estar pensando lo que les iba a decir.

Sin embargo, dejó el teléfono sobre la mesa y dijo simplemente:

—¡Vamos!

El grupo de Allende se acomodó en el camión. Hernán iba con ellos. Cuando terminaron de subir, Allende levantó la puerta y colocó los pasadores.

Hernán estaba inmóvil, con la Thompson debajo del brazo, pensando vaya a saber en qué cosa. Parecía muy lejano y solitario.

Cuando Allende cerró la puerta, se asomó brevemente y lo miró a él. Sonrió un instante. ¿Qué habría querido expresarle?

El camión se puso en marcha y salió a la luz de la calle.

Él agitó una mano hacia Hernán, pero ya no podía verlo.

Los demás estaban subiendo al furgón. El profesor se había puesto un mameluco y quedaba muy cómico. Era el más tranquilo de todos. Hablaba y sonreía y fumaba como si se tratara de la reunión de una peña literaria, mejor todavía, de una excursión de estudiantes. Antes de subir, se acercó a Di Salvo, el oscuro y silencioso Di Salvo, que vigilaba junto al portón. No iba con ellos. Ya había hecho bastante.

El profesor lo palmeó y le estrechó la mano y posiblemente les dijo gracias. No pudo oír.

Luego trepó al furgón, cerraron la puerta y, sumido en la oscuridad, sintió que partían.

El camión iba adelante, a unos cincuenta metros. Los hombres estaban cubiertos por el toldo de lona.

Al llegar al centro, los del furgón lo perdieron de vista. Reapareció dos cuadras antes del Palacio.

El profesor fumaba lenta y continuamente, y preguntó una vez la hora. Fue todo lo que se dijo.

Cerca del Palacio, el conductor golpeó en la ventanilla.

Pablo era nada más que un enorme vacío en el estómago. Había perdido el resto del cuerpo.

Sintieron que el furgón se detenía y uno de los hombres entreabrió la puerta.

Debían saltar afuera al primer disparo de los del camión y arremeter contra la puerta, a la izquierda. El furgón se había situado en la acera opuesta.

El camión, entretanto, rodeó la plaza y se detuvo frente a la puerta norte. Allende puso punto muerto y aceleró repetidas veces.

Varios coches comenzaron a tocar las bocinas, detrás de ellos. Allende saltó del camión y levantó el capó. Tenía una pistola .45 debajo de la campera entreabierta y dos granadas pendientes del cinto. Había abierto el capó y parecía estar levisando el motor.

El ruido de las bocinas era infernal. Fue el primer aviso.

Había dos guardias en la puerta y se asomó un tercero, un oficial. En el momento que comenzaba a descender la escalinata, hacia el camión, los hombres dispararon a través de la baranda.

El oficial abrió los brazos y se precipitó por la escalinata, como un muñeco. Los otros dos guardias se desplomaron en sus puestos, sin haber adelantado un pie.

Los hombres del furgón sintieron los disparos y echaron pie a tierra. Pero en ese momento un enorme autobús repleto de pasajeros les bloqueó el paso.

En el instante que Pablo saltaba a tierra, los guardias abrieron el fuego. Vio caer al profesor delante de él, en medio de la calle. Se irguió un momento sobre los codos y luego golpeó con la cabeza sobre el pavimento. Él todavía no había dado un paso. Estaba junto al furgón con la Palm entre las manos, mirando todo aquello como si terminara de despertar.

Un hombre de Roca comenzó a disparar sobre los guardias, al tiempo que le gritaba algo. Pero él siguió inmóvil, hecho de humo.

Un soldado apareció en un balcón del segundo piso, le apuntó con calma y le atravesó la cabeza.

Allende y Hernán penetraron a la carrera por la puerta norte. Los otros venían detrás.

Un hombre, con unos papeles en la mano, se les atravesó en el camino. Se volvió y los miró con sorpresa, en el momento que Allende le disparaba a quemarropa.

Los papeles flotaron un segundo en el aire, como pájaros desbandados. Allende cayó al pie de la escalera, pero volvió a levantarse.

Sin embargo, cayó nuevamente en el primer rellano.

Hernán siguió adelante.

Abajo, el ruido era infernal.

Él debía seguir adelante y disparar contra el primero que apareciera.

Hubo una explosión que estremeció el Palacio. Allende.

Llegó al extremo de la escalera, quitó rápidamente el seguro de las granadas y sacando nada más que la mano, arrojó una a cada lado, a ras del suelo.

Las sintió rebotar y resbalar sobre las baldosas.

Explotaron casi al mismo tiempo.

Saltó al pasillo, detrás del ruido, y disparó hacia cada extremo. Hacia el humo y el polvo que avanzaron pesadamente sobre él.

El despacho quedaba en el extremo derecho. Corrió hacia allí, disparando la Thompson.

Ahí estaba la puerta. Esa puerta delante de la cual se había imaginado tantas veces.

Pero, contra lo que había esperado, apareció abierta de par en par.

Se zambulló en la claridad, enorme y victorioso. Pero aquello estaba vacío.

Permaneció un instante inmóvil.

En el momento que se volvía, lo abatió una ráfaga de ametralladora.

Lo debió haber visto algún repartidor de diarios, o el genero.

Abrió los ojos y vio unas cuantas personas que lo miraban con curiosidad.

Estaba sentado en la vereda, recostado contra la pared. Oculto en parte por el ángulo de la casa vecina, que sobresalía un poco. Sin embargo, la mitad de sus piernas quedaba afuera, en la luz.

Trató de erguir la cabeza, pero ni siquiera podía hacer eso.

Fue de los pocos que pudieron abandonar el Palacio. Lo habían herido al pie de la escalera y trató de cubrir a Hernán, por lo menos.

Cuando salió a la calle, le pareció que estaba bastante bien. Algunos de los muchachos corrían a los coches, pero un patrullero advirtió la maniobra y les cerró el paso. Dos de ellos cayeron en medio de la calle. El tercero siguió corriendo, pero el patrullero lo embistió por la espalda cuando llegaba al parque.

Desistió de la idea de los coches y se mezcló con la gente *que* abandonaba uno de los autobuses embotellados por la interrupción del tránsito.

Los que reparaban en él se apartaban apresuradamente. Un chico lo siguió tres cuerdas, hasta que se metió en un bar. Pensó hablarle a Di Salvo, pero no valía la pena. Estaba frito. El mozo lo miraba alarmado. Entró en el baño para caballeros y se sentó un minuto sobre la tapa del inodoro. ¡Qué bien se estaba allí! Pero en ese momento el mozo estaría hablando al Cuartel de policía. Volvió al salón. Efectivamente, estaba hablando.

Comenzaba a oscurecer. Tenía razón el plan. Eso lo iba a «ayudar. Pero, de cualquier forma, estaba frito.

Caminó algún tiempo, en dirección al puerto. Hasta que no pudo más y se desplomó en aquella calle desierta.

Poco después del amanecer, apareció la gente. Venían a verlo y lo miraban con recelo, desde cierta distancia.

En mitad de la mañana, oyó la sirena de los patrulleros. Los curiosos se apartaron apresuradamente. Oyó los portazos de los coches. Luego hubo un largo silencio.

Apareció un policía.

Primero asomó la cabeza, protegida con el casco de acero. Luego, de un salto, se plantó delante de él.

Estaba agazapado en medio de la calle, inmóvil y tenso, y lo examinaba con curiosidad, como a un animal.

Por fin, le apuntó al pecho y lo remató.

24

Los muchachos fueron a la huelga, de todas maneras.

Lo habían echado a patadas y, a la vuelta del tiempo, terminaron por darle la razón. Pero siempre que él tenía razón no les valía de nada. Ahora estaban como al principio.

Él se preguntaba quién los iba a usar después de eso.

Sin embargo, cuando se habló de la huelga. Salamanca se puso de pie y dijo lo que esperaban de él.

—Nuestra lucha es la lucha de toda la clase obrera. No estamos solos. Detrás de nosotros está el pueblo. ¡De manera que los vamos a aplastar!

Pero él mismo ya no creía en nada de eso. Era lo mismo que había oído decir a otros, con el mismo gesto, con la misma voz y, tal vez, con el mismo rencor. Literatura de asamblea y de plenarios. Literatura de muertos de hambre.

Fueron a la huelga.

25

Lenta y laboriosamente, con la constancia de un cazador o, mejor dicho, de un pescador que presiente la presa, a través de largas e interminables y estúpidas y costosas charlas en el Club Naval, o en la ventosa terraza del Yacht Club Indiano, o en el grill del Regidor y, más a menudo, en el blasonado comedor del Gub Militar, el coronel (R.) había logrado que lo incluyeran en una de las dos listas de candidatos para las próximas elecciones de la comisión directiva de este último.

La campaña electoral, a base de cuerpo presente, milimetrada discreción, millones de sonrisas, miles de reverencias, centenares de charlas y aquellos abominables cócteles del CM con nombres de héroes, o de batallas, o de regimientos (él estaba casi obligado a ingerir por lo

menos un 7 de artillería diario), casi le cuesta la vida, pero la visión del triunfo lo sostuvo en pie.

La cosa era bastante complicada. Había que estar adentro para darse cuenta de todo lo complicada que era. La verdad que el coronel no estaba para esos trotes. Pero su aguerrida, su indomable mujer, una walkiria auténtica, lo había sometido a un proceso de ablandamiento que, tras largas y cloqueantes reflexiones en el baño, o en la cama de dos plazas estilo Imperio, logró sus objetivos.

Habría resultado más fácil, o tan siquiera menos complicado, estrangularla o envenenarla pero, a esta altura, esos proyectos eran tan sólo brumosas ideas que lo ayudaban a provocar el sueño.

Es el caso que el coronel dio el "sí" y ahora estaba en eso. Primero, y siempre asesorado por su mujer, debió realizar un cuidadoso examen de las dos listas y sopesar sus posibilidades, antes de decidirse por una de ellas.

La lista "rosa" estaba encabezada por Palomeque.

Palomeque tenía sus "pro" y sus "contra". Y aquí comenzaba la complicación. "Pro" y "contra" generales. Luego, "pro" y "contra" personales. Entre los "contra" personales estaba su viejo rencor hacia Palomeque y aquel proyecto sobre renovación del material de guerra que, después de todo, había partido del general, y que, a la postre, resultó como si fuera cosa suya.

La lista "verde" ofrecía menos complicaciones. O, mejor dicho, todo se resolvía en una única y neblinosa complicación. La encabezaba el general Nuevas. Ya el nombre mismo era un enigma. Los únicos datos más o menos concretos que poseía el coronel eran su discutible proximidad a J., ciertos repugnantes favores al régimen y la circunstancia de que había sido amante de una primera bailarina de la Ópera, fulminada por un síncope en el "Pas d'action" de *Las bodas de Aurora*. Este último dato le confería un halo especial.

Si era cierto lo de su proximidad a J., estaba frito "a priori" por lo que toca a la lista "verde". Pero, por otra parte, contrariar a J., aunque casi no tuviera más remedio, podía resultar, en este caso, mucho más comprometedor que contrariar a K. Oficialmente, Palomeque era el pupilo de K., pero K., por su lejanía, no podía tomarse tan a pecho estas cosas como J., quien en realidad se ocupaba, y se preocupaba, de los asuntos domésticos.

Sea lo que fuere, Nuevas, desde el principio, resultó un gran enigma, sobrecargado de imprecisiones, confusiones, premoniciones... ¡Malditajmujer!

Dado que de todas maneras había que decidirse, y dado también la sospechada proximidad a J. (de cualquier forma convenía tomarla como punto de referencia) lo descartaba de antemano en esa dirección, el coronel se plegó a la lista "rosa", la cual, después de todo, ofrecía externamente mayores garantías.

Esta decisión en sí misma agotó todas las reservas del coronel. Pero ahí estaba su mujer.

El proceso de captación e introducción fue algo sencillamente diabólico, capaz de enloquecer al más sinuoso y complicado agente del servicio de inteligencia. Y cuando, por fin, vio su nombre en la lista, comprendió que sólo entonces comenzaba la lucha.

Siempre asesorado por su mujer, estableció el cuartel general en el Salón de la Princesa, una dudosa reproducción del Salón de la Princesa del hotel Soubise, con una enorme reproducción de *L'escarpolette*, de Fragonard, donde, en realidad, debió ir un espejo.

Desde allí, su mujer (él más bien era un espectador que asentía a cualquier cosa, con un vaso de 7 de artillería en la mano), empeñosamente secundada por cuatro o cinco walkirias de menor graduación, tramaba incontables citas, reuniones, conciertos, "teas", partidas, cócteles, ferias, quermeses, actos patrióticos, actos cívicos, actos a secas...

Inesperadamente, tres días antes de las elecciones, el panorama se aclaró de una manera espectacular.

El impenetrable coronel Nuevas, implicado, al parecer, en un fabuloso y, sobre todo, indisimulable negociado con repuestos de automóviles, había caído en desgracia.

Sea lo que fuere, su incuestionable falta de habilidad para cualquier cosa quedó en claro dos días después, uno antes de las elecciones, cuando, en el anacrónico estilo del general Boulanger, se pegó un tiro sobre la tumba de su amante. J. (si es que era adicto a J., y aunque no lo fuera, el hecho de que apareciese como tal lo complicaba a su pesar) no tenía más remedio que aguantársela.

Palomeque, la lista "rosa", y por lo tanto el postergado, el humillado y, por último, casi postumamente, el reivindicado coronel (R.) tenían asegurado el triunfo.

¡Al fin!

Un mes después, el coronel (R.), disfrazado de clérigo, solicitaba asilo en la embajada de Venezuela. La octogésima quinta revolución había triunfado en Indiana. En términos personales: para entonces, J. había liquidado a K.

26

Aquellos desconocidos de Piedrabuena volvieron a Rinconcito. Probablemente, no eran los mismos. Pero, para el caso, resultó como si lo fuesen.

Llegaron en la madrugada, en un Ford negro con las luces apagadas. Algunos sintieron el ruido del motor cuando atravesaba las calles desiertas y se detuvo frente a *La Voz de Rinconcito*.

Forzaron la cortina metálica, rociaron los muebles, las máquinas y las paredes con la nafta de los bidones que traían y les prendieron fuego.

Algunos sintieron el golpe de las cuatro puertas, como cuatro disparos amortiguados por la distancia, y el bramido del motor lanzado hacia la noche. Mucho después los desveló la claridad del fuego, que se divisaba desde muy lejos. *La Voz de Rinconcito* era contrario a la Causa. Pero Romita dijo que aquello no era obra de la Causa.

—Son rufianes que creen que nos están haciendo un favor.

Naturalmente, le dolía mucho porque destruía de un puntapié todo lo que él había levantado con tanto sacrificio. Pero no dijo más que eso, porque estaba harto de discutir con las paredes, y se encerró en un amargo silencio.

Había que esperar.

Sin embargo, lo que llegó, después de la espera, fue la más negra desilusión.

La ley de tierras resultó una estafa. Acordaba al arrendatario el derecho de comprar hasta la mitad de la tierra arrendada, lo cual, en principio, suena bastante bien; pero es el caso que la mayor parte de la tierra estaba en manos de simulados arrendatarios que la habían acaparado favorecidos por una ley de colonización. En todo caso, los arrendatarios auténticos debían pagar la tierra con intereses del seis por ciento al año sobre el valor venal y el diez por ciento de amortización.

Juanita tenía razón. Siempre iba a haber blancos y amarillos. Siempre se iba a ser una u otra cosa. Y los que estaban abajo cambiaban de nombre para volver a encumbrar a los que estaban arriba.

27

El oficial se acercó al portón con su paso lento y un poco envarado y las manos enguantadas tomadas por detrás, sin prestar atención a aquellos rostros encaramados sobre las paredes.

—Tienen veinte minutos para desalojar —dijo con su voz fría y calmada, mirando el reloj pulsera y luego, allá en lo alto, la fila de chimeneas como cañones apuntados al cielo.

El hombre no dijo nada.

El oficial dio media vuelta y se volvió.

Veinte minutos después, la oscura línea de soldados se animó sombríamente.

Los rostros sobre las paredes comenzaron a gritar.

Pero los soldados siguieron avanzando detrás de aquel cómico carro de asalto, que cabeceaba como un barco.

Salamanca oyó, por encima de su cabeza, primero los gritos, y después las explosiones, y en seguida otros gritos distintos.

Desde el portón, alcanzaba a ver al oficial, inmóvil detrás de la línea de soldados, con las manos todavía tomadas por detrás. Parecía ajeno.

El carro se detuvo a unos metros de la pared, se acomodó pesadamente y apuntó el cañón de 75 en dirección al portón.

Salamanca se aferró a los barrotes y cerró los ojos y trató de no pensar.

Romita devolvió la pick-up, ensilló el breque y volvió al campo más solo que nunca.

Pero no estaba vencido.

Iba a empezar de nuevo, desde el principio, sin nadie por detrás que lo justificara y luego lo traicionara. No iba a hablar en nombre de nadie lejano. Iba a hablar en su propio nombre, que era la voz de la tierra.

Los hombres estaban ahí. Ellos eran la Causa. No iban a renegar de él porque, en definitiva, era uno de ellos. Al contrario, se alegrarían porque había abierto los ojos, y porque su fe era más grande que su orgullo.

El camino era largo y difícil. Más largo y más difícil que nunca. Pero lo poco que se hiciera, se haría bien y para siempre, porque iba a comenzar por donde tenía que comenzar. Por la tierra misma.

Volvía al sur, adormecido por el cabeceo del breque. El caballo cambió el paso y despertó.

Rinconcito estaba a la vista.

Pero mucho antes, sobre el camino, había atravesado un Ford negro con el motor en marcha.

Era el atardecer.

Uno de los hombres quedó al volante y los otros tres se adelantaron con sus chambergos y sus impermeables oscuros y le hicieron seña de que se detuviera. De cualquier forma, el caballo no podía seguir adelante.

Cuando estuvieron cerca, los miró al rostro.

Venían por él.

Uno de ellos tomó las riendas del caballo y otro le hizo seña de que bajara.

Él se puso de pie, sobre el breque, y desde allí miró a Rinconcito. A la derecha de la torre, entre la torre y los silos, estaba su casa.

Cuando bajó, le dijeron que caminara hacia el coche.

Fue lo que hizo.

Los hombres venían un poco detrás.

El que estaba al volante abrió una puerta. Él se agachó para entrar y, en ese momento, lo golpearon en la cabeza.

Cayó redondo.

Cuando trataba de incorporarse, lo volvieron a golpear.

Los hombres no decían nada. Golpeaban simplemente. Y él se quejaba apenas, cayendo y levantándose. Por fin lo remataron con un golpe que tardó en llegar porque buscaban el lugar preciso.

Subieron al coche y partieron en dirección a Piedrabuena.

Detrás, tendido sobre la tierra y a mitad de camino de todo, quedaba Romita.

Llegaron del Norte, del Sur, del Este y del Oeste.

Venían con sus banderas, y sus letreros, y sus gritos.

Marcharon a través del día y de la noche.

En carros quejumbrosos, en camiones desvencijados, en trenes de carga.

A pie.

Acampaban en los caminos y luego proseguían la marcha, alentados por el hambre y la esperanza. Con sus banderas y sus letreros y sus gritos multiplicados por diez, por cien, por mil.

El general J. apareció en el balcón, pequeño y solitario. Las banderas y los letreros se animaron salvajemente. Luego llegó aquella voz colosal, parecida al ronco bramido de un trueno.

La figura lejana se inclinó levemente, miró por un instante las banderas y los letreros, que batían allá abajo como alas despavoridas, y en seguida se irguió sobre la punta de los pies, aferró el micrófono y pronunció la vieja fórmula:

¡PUEBLO!...

El viejo dijo, mirando hacia la lejanía con sus pequeños ojos vacíos:

—Bueno, hijo, creo que, después de todo, vamos a tener que arreglarnos solos.

—Eso creo.

—Tal vez después de esta cosecha...

—Tal vez.

El viejo calló un instante.

Luego preguntó, mirando a ese ser silencioso que tenía al lado, como si lo viera por primera vez:

—Me gustana saber qué es lo que piensas de todo esto, si es que alguna vez piensas en algo.

—Eso, padre. Que tenemos que arreglarnos solos.

Como un león

Todas las mañanas me despierta la sirena de la ítalo. Ahí empieza mi día. El sonido atraviesa la villa envuelta en las sombras, rebota en los galpones del ferrocarril y por fin se pierde en la ciudad. Es un sonido grave y quejumbroso y suena como la trompeta de un ángel sobre un montón de ruinas. Entonces abro los ojos en la oscuridad y me digo, cuando todavía dura el sonido, "Levántate y camina como un león". No sé dónde escuché eso, porque a mí no se me hubiera ocurrido, tal vez en la tele, tal vez a un pastor de la escuela del Ejército de Salvación, pero eso es lo que me digo cada mañana y para mí tiene su sentido. "Levántate y camina como un león."

La vieja me pregunta siempre en qué diablos estoy pensando. La pobre vieja lo pregunta porque en realidad cree que no pienso en nada. Sin embargo siempre tengo la cabeza tan Uena de cosas que no me sorprendería si un día de estos salta en pedazos. Estoy seguro de que si la vieja supiera lo que pienso realmente se caería de espaldas. Digo esto, justamente cuando oigo el sonido que pasa sobre mi cabeza, porque a nadie que me mire se le puede ocurrir que me anden tantas cosas por la mollera. Sin embargo, somos una familia de pensadores. Mi padre, con todo lo pelagatos que era, pensaba y decía cosas por el estilo y tal vez fue a él a quien escuché algo semejante.

A veces, como ahora, me despierto un poco antes de que suene la sirena. Tendido en la cama, con la cabeza metida en la oscuridad, me parece como que estuviera sobre una balsa abandonado hace tiempo en medio del mar. Entonces pienso en todas las cosas de la vida. Como si estuviera muerto o bien a punto de nacer. Aunque en cualquiera de estos casos no pensaría nada, se entiende, pero quiero decir como si estuviera a un lado del camino, no en el camino mismo, y desde allí viera mejor las cosas. O por lo menos lo que vale la pena que uno vea.

Mi madre se acaba de levantar y se mueve en la penumbra de la cocina. Desde aquí veo su rostro flaco y descolorido iluminado por la llanita zumbadora del calentador. Parece el único ser vivo en toda la Tierra. Yo también estoy vivo pero yo no soy nada más que una cabeza loca que cuelga en la oscuridad.

Pienso en mi hermano, por ejemplo. Hace un par de meses que lo mataron. El botón vino y dijo con esa cara de hijo de puta que ponen en todos los casos, que había tenido un accidente. El accidente fue que lo molieron a palos. Fuimos en el patrullero mi madre y yo hasta la 46^a y allí estaba mi hermano tendido sobre una mesa con una sábana que lo cubría de la cabeza a los pies. El botón levantó la sábana y vimos su cara, nada más que su cara, debajo de una lámpara cubierta con una hoja de diario. No solté una lágrima para no darles el gusto y además no se parecía a mi hermano. En realidad, no creo que haya muerto.

Mi hermano estaba tan lleno de vida que no creo que un par de botones hayan podido terminar con él. No me sorprendería que aparezca un día de estos y de cualquier forma, aunque no aparezca nunca más, lo cual no me sorprendería tampoco, para mí sigue tan vivo como siempre. Acaso más. Cuando digo que pienso en él en realidad quiero decir que lo siento y hasta lo veo y las más de las veces no es otro que mi hermano el que me dice eso de que me levante y camine como un león. Desde las sombras. Las palabras suenan dentro de mi cabeza pero es mi hermano el que las dice.

También pienso en el viejo pero con menos frecuencia. También él está muerto. Mejor dicho, él sí que está muerto. Si lo veo alguna vez apenas es un rostro borroso y melancólico que se inclina sobre mi cama o, de pronto, se vuelve entre la gente y me pregunta, como la vieja, en qué diablos estoy pensando. Él me lo preguntaba de otra forma, con una sonrisa blanda y cariñosa como si viera más allá del tiempo. Mi padre fue un vago, no cabe duda, pero sabía tomar las cosas y creo que éstas andarían mucho mejor si la gente las entendiera a su manera. Claro que mi madre se tuvo que romper el lomo pero yo creo que de cualquier modo esos tipos tienen un lugar en la vida y hay bastante que aprender de ellos por más que mi padre jamás se

propusiera enseñarnos nada. Además mi madre nunca se quejó de él y por mucho tiempo fue la única que pareció comprenderlo.

Si me olvido de mi padre, es decir, si nunca alcanzo a verlo de cuerpo entero y menos vivo e intenso como a mi hermano, sin embargo hay algo de él en cada cosa que me rodea, en toda esa roñosa vida, como la llaman, y si veo algo que los otros no alcanzan a ver es justamente porque allí está mi padre. Yo no sé qué pensarán los otros, digo los miles de tipos que viven en la villa, que sudan y tiemblan, que ríen y maldicen en medio de todo este polvoriento montón de latas, pero lo que es yo no lo cambio por ninguno de esos malditos gallineros que se apretujan a lo lejos y trepan hasta los cielos del otro lado de las vías. Aquí está la vida, la mía por lo menos. Ésta es una tierra de hombres, con la sangre que empuja debajo de su piel. No hay lugar para los muertos, ni siquiera para los botones. Y cuando a veces me trepo al techo de algún vagón abandonado y desde allí contemplo toda esa vida que se mueve entre las paredes abolladas de las casillas o los potreros pelados o las calles reseca me parece que contemplo una fiesta. Los trenes zumban a un lado con toda esa gente borrosa pegada a las ventanillas, los coches y los barcos corren y resoplan del otro, los aviones del aeroparque barrenan el cielo con sus motores a pleno, la vela de un barquito cabecea sobre el río, un chico remonta un barrilete, una bandada de pájaros planea en el filo del viento y en medio del polvo y la miseria un árbol se yergue solitario. Ahí está mi padre. En todo eso.

La vieja se vuelve y mira hacia la oscuridad donde estoy acurrucado. Entonces veo sólo su sombra como si mi madre se borrara y quedase nada más que un hueco. Ella piensa que estoy dormido y trata de que aproveche todo el tiempo.

Hay veces que no pienso en nada y la miro a ella simplemente porque es la única manera de ver a mi madre. Está sola en el mundo. Mi padre se fue primero, luego mi hermano y un día u otro me tocará a mí. Ella lo sabe.

Otras veces pienso en los muchachos. Tulio, el Negro, Pascualito. Caminan delante de mí, sobre las vías. Gritan y se empujan, aunque no escucho nada. Sus caras mugrientas brillan debajo de la luz pero yo estoy en las sombras y cuando quiero hablarles se alejan velozmente. Flotan en el aire como globos y se alejan. Trato de pensar en cada uno por separado y entonces parecen otros tipos.

El hermano de Tulio era amigo de mi hermano y aquella noche se salvó por un pelo. Mejor dicho, por un montón de ellos porque estaba con la Beba en una casilla del barrio Inmigrantes. Así y todo, atareado como estaba, los sintió venir, los olió más bien, saltó por la ventana y se perdió en la noche. Después que se fueron, lo buscamos con el Tulio. Estaba metido en la caldera de una vieja Caprotti arrumbada en un desvío del San Martín. El Tulio le llevó un paquete con comida y los pantalones que había dejado en la casilla. Él preguntó por mi hermano y dijo un par de cosas sobre la puta vida que retumbaron en el vientre de la Caprotti. Después desapareció de la villa. Hace unos meses de esto.

Bueno, es así como se marchan todos. Un día u otro. De cualquier manera, por uno que se va hay otro que llega. Las villas cambian y se renuevan continuamente. Son algo más que un montón de latas. Son algo vivo, quiero decir. Como un animal, como un árbol, como el río, ese viejo y taciturno león. Como el león, justamente. Lo siento en mi cuerpo que crece y se dilata en las sombras y de pronto es toda la gente de las villas, toda esa gente que empieza a moverse en este mismo momento y no se pregunta qué será de ella el resto del día y menos el día de mañana sino que simplemente comienza a tirar para adelante.

Mi madre abre las puertas. Mi madre y las cosas aparecen cubiertas de ceniza. La propia llama del calentador se opaca y destiñe. Es el día.

—¡Lito!... ¡Arriba, Lito!

Me levanto a los tumbos, no precisamente como un león, sino como un perro vagabundo al que le acaban de dar un puntapié en el trasero. Parado en medio del cuarto, con el pelo revuelto y la vejiga a punto de estallar, tiemblo y me sacudo hasta el último hueso. La vieja me mira y antes de que abra la boca me empiezo a vestir. Cuando se le da por hablar no termina nunca. Yo sé cuándo está por hablar y además sé lo que va a decir. Por lo general, es inútil tratar de atajarla y creo que, después de todo, eso le hace bien. En realidad no me habla a mí ni a nadie en particular sino que simplemente habla y habla. Y así parece más sola. Cuando vivía el viejo era toda una música.

Un buen jarro de café de malta y un pedazo de galleta me devuelven la vida y la cabeza se me llena otra vez de ideas. Afuera los trenes pasan con más frecuencia y la casilla tiembla toda entera. Eso me alegra también. Me parece que en cualquier momento vamos a saltar por el aire y no sé por qué eso me alegra. Después me pongo el maldito guardapolvo, meto otro pedazo de galleta en la maldita cartera y me largo para la maldita escuela.

Las villas todavía están envueltas en la niebla y aquello parece el comienzo del mundo, cuando las cosas estaban por tomar su forma. Las casillas oscilan como globos, las luces brotan por los agujeros de las chapas como ramas encendidas, las ventanillas de los trenes puntean velozmente la penumbra, se estiran como goma de mascar y más allá se reducen a un punto sanguinolento, después de montarla curva. La cabina de señales del Mitre, algo más arriba, cabecea igual que una chata arenosa y si uno no conociera el lugar la tomaría justamente por eso. Un chorro de chispas y, un poco más abajo, una llama anaranjada que rebota en un tramo de vías se desplazan lentamente siguiendo el perfil oscuro de una "catanguera".

Una luz roja cambia a verde y un número de color salta en el aire. Hay luces por todas partes pero sólo sirven para confundirlo a uno. Al fondo, el lívido resplandor de Retiro se desvanece con el día y, más atrás aún, tiemblan y se encogen las luces de la ciudad. Del lado de la costa, la espiral encendida del edificio de Telecomunicaciones, los focos empañados de los automóviles que bailotean como un tropel de antorchas, los mástiles y las grúas de la dársena y, por encima de todo, las chimeneas de la usina que se empinan sobre la mugrienta claridad del amanecer.

Levanto la cabeza y respiro hondo el áspero aliento del río. Entonces todo eso se me mete en la sangre y me siento vivo de la cabeza a los pies, como un fuego prendido en la noche. El viejo del Tulio camina unos pasos más adelante con un paquete debajo del brazo. Trabaja en la dársena B con una grúa móvil de cinco toneladas. Sale al amanecer y vuelve casi de noche. El domingo, como no puede estar sin hacer nada, la muele a palos a la vieja. El Tulio se mantiene a distancia y si duerme pone un montón de tarros entre la puerta y la cama. Cuando el viejo se calma se sienta en la puerta de la casilla y toma mate hasta que la cara se le pone verde. Nunca le oí hablar una palabra, ni siquiera cuando se enfurece.

Hay otros tipos que caminan en la misma dirección. Salen de las calles laterales y se juntan a la fila que marcha en silencio hacia el portón de entrada. Mientras tanto los grandes tipos duermen allá lejos en su lecho de rosas. ¿Dónde oí eso? Si un día se decidieran a quedarse en la villa así suenan todas las sirenas, del mundo a un mismo tiempo no sé qué sería de esos tipos. Tendrían que limpiar, acarrear, perforar, construir, destruir, armar, desarmar, o tirar la manga y por fin robar con sus tiernas ¡Bianitos de maricas. Pero la pobre gente no lo entiende. Todo lo que piden de la vida es un pedazo de pan, una botella de vino y; que no se les cruce un botón en el camino.

Otra fila de chicos y mujeres hace cola frente a una de las canillas. Veo al Pascualito con un par de tachos en las manos.

Lo saludo.

El Pascualito lustra zapatos en Retiro, el Tulio vende diarios en una parada de Alem y el Negro junta trapos y botellas en las quemas y cuando llega el verano vende melones y sandías en la Costanera. A veces lo acompaño a las quemas y me gano unos pesos. Al Negro le gusta lo que hace. Tira como un condenado del carrito y al mismo tiempo grita o canta sin parar. Hay que verlo. También me gano unos pesos abriendo las puertas de los coches en Retiro hasta que aparece un botón.

Hay muchas formas de ir tirando hasta que llegue el día pero a la vieja no le gusta que haga nada de eso. A cada rato me da una lata bárbara sobre el asunto. Quiere que termine la escuela, lo mismo que mi hermano, y aunque no entiendo muy bien el Hiotivo no tengo más remedio que darles el gusto. La pobre vieja entretanto se rompe el lomo limpiando casas por hora. Eso me envenena las tripas porque mientras ella deja el alma yo estoy en la escuela calentando un banco.

El Negro pasa tirando del carrito con el gordo Lujan que es ,el cerebro del asunto, como se dice, y por lo tanto no tira del ;Carrito sino que fuma y piensa en grandes cosas. Agacho la cabeza y me pego a las casillas porque me revienta que me vean con el guardapolvo y la cartera como un nene de mamá.

La avenida está llena de camiones que esperan hace días para descargar en los silos. Las colas llegan hasta la villa y si no se meten adentro es porque no están seguros de salir enteros. El Beto tiró más de un año con un par de gomas Firestone 12.00-20, catorce telas de nylon, si bien se pasó cerca de un mes en la caldera de la Caprotti mientras los botones daban vuelta la villa de arriba abajo. Siempre que veo los camiones me acuerdo del Beto, es decir, que me acuerdo de él todos los días. No por las gomas, aunque me acuerdo de eso también, sino porque desapareció de la villa en un Skania Vabis hace dos años. Se escondió en el acoplado cuando salía del puerto y vaya uno a saber dónde mierda fue a parar. La verdad que no es mala idea. Si no fuera por mi hermano ya lo hubiera hecho hace rato.

Las chimeneas de la usina giran lentamente y cambian de lugar mientras uno camina. Son cinco en total pero nunca estoy seguro porque es difícil ver las cinco de una vez. La gente se desparrama al llegar a la avenida Antártida y yo doblo hacia la escuela cuyas casillas asoman un par de cuadras más adelante entre un grupo de árboles cubiertos de cenizas. Apenas las veo se me hace un nudo en la barriga. No dudo, o por lo menos no discuto, lo cual además sería perfectamente inútil con la vieja, de que la escuela sea algo tan bueno como ella dice pero todavía dudo mucho menos de que yo sirva para eso. Es cosa mía y de ninguna manera generalizo. A esta altura creo que ni la misma gorda lo pone en duda y estoy seguro de que se sacaría un peso de encima, de los pocos que puede quitarse entre los muchos que le sobran, si alguna de estas mañanas no apareciera por allí. La gorda es la maestra. El primero o segundo día puso su manito sonrosada sobre mi cabeza de estopa y dijo que haría de mí un hombre de bien. Parecía estar convencida y a la vieja se le saltaron las lágrimas. Al mes ya no estaba tan segura y a la vieja se le volvieron a saltar las lágrimas, claro que por otro motivo. Esta vez le dijo, con otras preciosas palabras, se entiende, que yo era un degenerado. Eso quiso decir, en resumen.

La cosa saltó algún tiempo después, el día que la gorda me encontró espiando por el ventilador del baño de las maestras.

Por suerte no era yo el que estaba espiando en ese momento sino el Cabezón que, parado sobre mis hombros, estiraba el cogote todo lo que le daba. Al Cabezón lo echaron sin más trámites y ahora pienso si no le tocó la mejor parte. Desde entonces el tipo se da la gran vida y en cierta forma yo lo sigo teniendo sobre los hombros, sobre la misma cabeza diría yo. Ya estuvo en la 46 por hurto y daño intencional.

Esa vuelta vino mi hermano. A él no se le saltaron las lágrimas, por supuesto, sino que escuchó en silencio y con palabras corteses dijo que se iba a ocupar del asunto. Estaba vestido como para impresionar, con el anillazo ese en el dedo y el pelo brillante como la carrocería de un coche.

Era para verlo.

Después que la maestra terminó de hablar (creí que no paraba nunca) mi hermano saludó como un señor y luego, siempre con los mismos ademanes discretos, me llevó a un lado, tinte los árboles. Allí me tomó por el cuello y me rompió los huesos con un dedo atravesado sobre los labios cada vez que yo iba a gritar. No sé cómo lo hizo, porque no podía poner mucha atención, pero cuando terminó no se le había movido un pelo.

Después que me sacudí el polvo me puso un brazo sobre los hombros y caminando juntos me empezó a hablar sobre la vida. o ni siquiera respiraba y le decía a todo que sí. Hablaba a un pastor o por lo menos como el viejo en sus mejores momentos. Su voz sonaba áspera y contenida, pero había cierta tristeza en su expresión. Es lo que más recuerdo. Esperó a que me soplara los mocos y entonces me hizo prometer que iba a terminar la escuela así tardase mil años.

Yo lo miré brevemente en los ojos y dije que sí. No tenía más remedio, pero de cualquier forma lo dije de corazón y es eso lo que cada mañana me trae hasta aquí. Cuando tengo ganas de pegar la vuelta, lo cual es un decir porque las tingo siempre, veo su rostro por delante y hasta escucho su voz.

— ¿Quedamos, Lito?

Yo vuelvo a decir que sí con la cabeza y entro en la escuela.

Desde que lo mataron, porque eso fue, la gorda me trata algo mejor. En realidad no sabe qué hacer. Ella quena sacar de mí un hombre, pero aquí el hombre viene solo y en todo caso con un hermano así no necesito de más nadie. Por otra parte no sé qué diablos entiende ella por un

hombre, sea de bien o de cualquier otra cosa, y no creo que haya conocido a ninguno hasta que apareció mi hermano.

Trato de aprender lo que puedo pero la mayor parte del tiempo la cabeza se me vuela como un pájaro. Vuela y vuela, cada vez más alto, cada vez más lejos. No es para menos. La vida zumba y se sacude ahí afuera y yo estoy metido aquí dentro esperando el día que salga y salte sobre ella como mi hermano, es decir, como un león. Cada vez lo entiendo mejor.

En este momento veo a través de la ventana la trompa de la vieja Caprotti dormida sobre las vías y allá va mi cabeza.

Mi padre sintió siempre una gran admiración por esas moles de fierro. Vivía aquí mucho antes de que aparecieran las villas y creo que trabajó un tiempo en el ferrocarril. Nunca entendí esa manía del viejo, pero de cualquier manera terminé por cobrarle aprecio a toda esa chatarra. Supongo que él no las veía inútiles y ruinosas como yo las veo. En su cabeza soplaban y tiraban como en sus mejores tiempos. Muchas veces, sentados sobre una pila de durmientes, me habló de ellas así como yo pienso o hablo de mi hermano, del Baldo, de todos los que se fueron. Tal vez por ahí lo entienda. Así conocí la Caprotti, no este montón de fierro sino aquella soberbia máquina que competía con las famosas 2.000 del Central Argentino. La Garrat, con doble tender y la caldera al centro, la Mikado, que no conocí y por lo tanto me parece más fabulosa todavía y de la que mi padre hablaba con verdadera emoción temblando todo entero como si la locomotora pasara en ese momento delante de él a cien por hora aventando trapos y papeles. Las 1.500, las "capuchinas", las 100. A medida que hablaba el viejo iba levantando presión y estoy convencido de que al último veía las máquinas verdaderamente.

Yo no veía nada por más que forzara la vista, pero me contagiaba esa loca alegría y trataba por lo menos de imaginarme todo el ruido y la vida de aquellas viejas locomotoras que corrían por su cabeza.

La maestra golpea con el puntero en el pizarrón y vuelvo a la jaula. Pero al rato estoy pensando en otra cosa. Cuando llega el verano me parece que voy a estallar.

Nos largan a las cinco, que en este tiempo es casi de noche. Yo sigo al final de todos porque soy de los más altos, así que me la tengo que aguantar hasta lo último.

Paciencia. Apenas dejo la puerta entro a correr como un loco y antes de la cuadra los paso a todos. Los camiones siguen esperando en la cola y tal parece que no se hubieran movido en todo el día. Yo sé que se han movido, algunos se han ido, pero no creo que los demás les presten la misma atención.

Los coches van y vienen entre los camiones. Algunos pasan que se los lleva el diablo y así fue como lo reventaron al Tito. Recuerdo al Tito porque era mi amigo y además lo vi cuando lo levantaba por el aire un Fiat 1500, pero revientan uno por mes, cuanto menos. Los tipos se ponen nerviosos y hasta lloriquean, los que paran, pero entretanto los coches siguen corriendo como si tal cosa y al rato nadie se acuerda. Otros pasan tan despacio que uno puede seguirlos al paso. Llevan la radio encendida y generalmente alguna fulana con las polleras arremangadas. Supongo que esto es saludable, pero de cualquier forma todos los tipos parecen enfermos. Algunos nos miran con curiosidad y otros sonríen con tristeza. Nos tienen lástima, se ve, pero los que merecen toda la lástima del mundo son ellos y no creo que les alcance. No les envidio nada. Mal o bien nosotros estamos vivos. Eso es algo que ellos no saben y mejor así porque si no se nos echarían encima.

Creo que el tipo aquel se dio cuenta. Precisamente fue por el tiempo que atropellaron al Tito. Había detenido el coche a un costado, no muy lejos del portón, y parecía dormido. Era un Peugeot nuevito con un par de retrovisores sobre el guardabarros que debían valer sus buenos pesos.

Estaba mirando el coche cuando el tipo pareció despertar y me sonrió tristemente, un poco más que los otros. También daba lástima un poco más que los otros. Era un tipo viejo y refinado. Abrió la puerta y dejó que mirara dentro. Luego me preguntó si quena subir y yo, naturalmente, le dije que sí. Digo naturalmente porque los coches me entusiasman tanto como las locomotoras a mi viejo y si tuviera uno me llevaría todo por delante.

Mi hermano apareció un día con un bote impresionante y nos llevó a dar una vuelta. Al Tulio, al Negro, al Tito, que vivía en esa época, al Beto. Fue un gran gesto. Yo iba al lado de mi hermano, con la radio a todo lo que daba. En la Costanera lo puso a cien y después no quise

mirar más. Los tipos de los coches nos amenazaban con los puños y gritaban cosas que no alcanzábamos a oír, aunque no hacía falta. Mi hermano no los miraba siquiera. Parecía más tranquilo que nunca y como si en realidad no estuviera con nosotros, con nadie en el mundo sino completamente solo sobre el camino a ciento veinte por hora. Me prometí entonces tener algún día un bote como ese. Es lo único que les envidio a esos tipos, pero ni con eso me cambiaría por ellos.

El tipo dio una vuelta por la Costanera y al rato yo me había olvidado de él. No veía nada más que aquel paisaje en llamas que corría y saltaba hacia atrás, corría y saltaba y mi corazón saltaba y corría también.

El tipo paró entre los árboles, frente al río, puso la radio muy bajo y después de suspirar un rato comenzó a hablar en un tono relamido sobre cosas que yo no entendí muy bien. Según parece era muy desdichado y la verdad que no tenía necesidad de decírmelo. Se había dado vuelta y me susurraba al oído toda esa desdicha, una desdicha muy particular porque a mí nunca se me hubiera ocurrido que un tipo podía ser desgraciado por todas esas tonterías. Se veía que nunca había pateado la calle con las tripas vacías, ni había tenido que saltar entre los vagones con un par de botones a remolque. El tipo me miraba a los ojos con su cara flaca y descolorida tan cerca de la mía que tenía que torcer la vista para mirarlo.

Yo trataba de mostrarme cortés porque, si he de decir la verdad, el pobre coso me daba lástima. Bueno, primero me apoyó sobre la pierna una de sus manos secas y chatas como espátulas. No vi nada de particular en eso aunque no estoy acostumbrado a tales tratos. Luego, sin dejar de quejarse ni de suspirar, deslizó la mano hacia la bragueta y comenzó a frotarme delicadamente. Daba la impresión de que lo hiciera otro, en el sentido de que ni el propio tipo demostraba estar enterado de lo que hacía su mano.

Yo me quedé duro, lo cual es algo más que una frase porque al rato, y contra mi voluntad, tenía el pajarito firme y tirante como un resorte. Siempre hablando y suspirando el tipo me desabrochó la bragueta y el pajarito asomó la cabeza alegremente. A esa altura yo no sentía disgusto propiamente dicho, pero de repente me acordé de mi hermano.

Cuando estoy confundido pienso en él porque si no me pierdo del todo y a partir de ahí se me ordenan las ideas. Me acordé de mi hermano, pues, y entonces vi aquel rostro en toda su mísera y desdichada soledad. Aparté al tipo de un empujón y salté del coche con el pajarito todavía afuera. Me volví del otro lado de la calle y le hice un corte de manga. El pobre tipo me miraba tristemente desde la ventanilla del Peugeot y me sonrió todavía, con la sonrisa más desgraciada del mundo. Entonces sentí una lástima negra. Hubiera querido sonreírle yo también, pero tal vez no lo habría entendido. Di media vuelta y me fui abrochándome la bragueta.

Son las cinco y media. La gente comienza a volver a casa. Las villas están envueltas en una luz somnolienta. Las chimeneas de la usina cuelgan en medio de una nube de humo que se aplana sobre el río. Los vidrios del edificio de Telecomunicaciones brillan con un resplandor polvoriento. Del otro lado, los trenes se evaporan en una mancha anaranjada que borra el paisaje de casillas y galpones hacia el oeste. Grupos de mocosos chillan y corren en los baldíos junto a las vías.

A esta hora las villas lucen mejor que en cualquier otra. No sé cuánto duraré aquí, pero de quedarme quieto no cambiaría esto por nada del mundo. Ni la vieja ni los muchachos han vuelto todavía. Dejo la cartera y el guardapolvo que traigo arrollado debajo del brazo, agarro un pedazo de pan y doy una vuelta antes de que regresen.

El viejo del Tulio está sentado a la puerta de la casilla con los pantalones arremangados y el mate en la mano. Un avión del aeroparque pasa tronando sobre nuestras cabezas. Cruzo las vías y después de vagar un rato entre los galpones y las locomotoras abandonadas me siento sobre una pila de durmientes como lo hacía cuando estaba el viejo. Naturalmente, me acuerdo de él, y después del Tito o de cualquier otro y, por supuesto, de mi hermano. De todos los que se fueron. Es como si estuvieran aquí, a esta hora. Algunos me miran, otros me dicen cosas. Yo les sonrío y a veces les respondo. Sé que tarde o temprano iré tras ellos. Tarde o temprano la vida se me pondrá por delante y saltaré al camino. Como un león.

Otra gente

El abuelo está sentado frente a la casa en medio de una gran mancha de luz. El sol le golpea desde arriba y a ratos la cabeza desaparece en una llamarada que le baja por el cuerpo. Tiene los pantalones recogidos hasta las rodillas para que el calor se le meta en los huesos, pero por lo visto ya no le cabe ni siquiera eso dentro del pellejo. Está flaco y sumido como una urraca y las piernas son dos estacas peladas de esas que escupe el río. No se le mueve un pelo y a ratos simplemente parece un muñeco. Sin embargo el hueco negro de los ojos se le vacía de repente y los anteojos relumbran como fogonazos que le vuelan la cara.

Detrás de él la casa se empina contra el cielo, un poco ladeada hacia el molino. Las sombras se le marcan negras e intensas, a contragolpe de la luz, de manera que parece más hueca y vacía y, por supuesto, más grande. A esa hora. A mediodía se achata y llamea. Por la tarde se empequeñece. Al oscurecer se anima y hasta se mueve.

Su madre aparece un momento en la puerta, mira hacia donde está y después se la traga el hueco de sombras.

La Tere se mueve en los corrales. Entra y sale de una mancha de sombra a una mancha de luz. En este momento reaparece sobre el piso blanco y movedizo del corral de patos. Está un poco más alta y un poco más gruesa y el pecho se le hincha debajo de la blusa. Tiene la cara arbolada y la piel lustrosa a punto de reventón como los caquis que su madre pone a madurar sobre la campana de la cocina.

Más lejos, a través de las acacias, sobre un reverbero que palpita, el Román raja la tierra. Los surcos nuevos son más negros. Los pájaros revolotean sobre el Román a veces tan cerca que con alzar una mano podría tocarlos. De vez en cuando se para, se pasa la mano por la cara y mira hacia la casa. Eso acaba de hacer, justamente. Levanta la mano y le sonrío. Él responde con un gesto desde la sombra de la acacia. Luego levanta el barrilete y se lo muestra al peón, pero éste ha vuelto a inclinarse sobre la tierra.

El Román le estuvo ayudando a preparar el barrilete todos esos días, después del trabajo. Se sentaban en la galería a la caída de la tarde y, con la Tere que canturreaba a sus espaldas, primero armaron el esqueleto, luego pegaron los papeles con aquellos lindos flecos roncadores y la tarde anterior el Román, después de sopesar el juguete con aire crítico, dispuso las riendas y le amarró una cola. Sosteniéndolo en alto, contra el viento, se estremecía como un pájaro. Primero lo hizo el Román. Después él. Entonces sintió aquel frágil temblor que le bajaba por el brazo y se le metía en el cuerpo.

El perro bayo, que estaba echado junto al pozo, cruza lentamente la gran mancha de luz y va a tirarse al otro lado, debajo de la sembradora. Casi tropieza con el viejo porque está cegatón. Antes lo seguía a todas partes y hasta jugaba con él, pero ahora parece sumido en muchas y graves cavilaciones. La Tere se ha puesto a cantar. Oye su voz, retazos de su voz, detrás de los corrales. El vastago del molino golpea en lo alto cada vez más rápido. Lo ha oído golpear toda la noche. Empezó al atardecer, cuando se sentó con el Román en la galería. Se miraron y sonrieron. Llegaba el viento. A Alejo le gusta ese ruido. Suena en lo alto y se escucha desde cualquier parte. A veces se mete debajo del molino y arrima una oreja a la armadura de fierro. El ruido baja entonces desde arriba como un trueno y le hace temblar el cuerpo. Mientras dure habrá viento.

Alejo termina de ovillar los cincuenta metros de piola, levanta el barrilete con cuidado y él mismo sale a la luz. El viento viene desde el bañado, pasa sobre el galpón y se pierde por encima de los pinos. Entre el galpón y los pinos hay suficiente trecho como para remontar el barrilete.

El viejo sigue quieto como un muñeco. La Tere canta *Cabeza de melón*. Es la única que canta, aparte del molino. Nunca oyó cantar a su madre y sin embargo tiene una boca dulce.

Alejo se para frente a los pinos, que siente zumbiar a sus espaldas. El vastago golpea y golpea. Levanta el barrilete, que tiembla y se sacude en la mano. Traga aire y echa a correr. El

barrilete se sacude más fuerte y comienza a tirar de su mano. Por el rabillo del ojo ve la figura inmóvil del abuelo, la mancha de luz que cabecea, la punta de la casa que gira y se recuesta contra el cielo y el galpón que crece rápidamente. Los flecos chasquean sobre su cabeza como si transportara una rama encendida. Entonces suelta el barrilete y cuando vuelve la cabeza lo ve colgado del aire contra el brillo oscuro de los pinos.

Tira de la piola y corre y el barrilete golpea en el aire y sube más alto. La cola roza la cresta amarilla de los árboles y el pino más alto lo oculta por un momento, pero él siente en la mano su aleteo. Tira y corre otra vez y el barrilete se empina sorbido por aquella gran luz que le golpea en los ojos. Alejo oye allá abajo el ruido de sus pasos sobre el lomo áspero de la tierra, pero su cabeza está muy lejos, metida en el viento.

El vastago golpea alegremente y la yoz de la Tere rueda de un lado a otro. Tan pronto le brota en la oreja como golpea al fondo del camino, débil y entrecortada. Ahora ve nada más que la cresta encendida de los pinos y la punta ladeada de la casa que saltan en el borde de sus ojos. Por encima, el barrilete trepa y se zambulle en el aire como un pez de papel. En realidad no ve otra cosa.

De pronto los golpes del vastago suenan más espaciados. El barrilete vacila un momento y comienza a caer a los cabezazos. Alejo, ya cerca del galpón, cobra rápidamente la piola y el barrilete se remonta unos metros, sin fuerza. Cuelga flojamente del cielo un instante y luego se hunde en dirección de la casa. Alejo ya no tiene lugar para correr, de manera que recorre algunos metros de piola mientras los pinos y la casa suben por sus ojos. El barrilete cabecea bruscamente y tira de su mano. Luego corre de lado rozando el borde oscuro de los pinos y por fin se precipita de punta sobre el techo de la casa.

El molino se ha parado por completo. No hay una gota de viento. La casa, por su parte, ha comenzado a llamear. Dentro de un rato aparecerá su padre en la punta del camino. Apenas ve al abuelo, en medio de la luz, como una mancha de bordes encendidos.

Alejo recoge el hilo hasta que queda tenso. Tampoco ve el hilo, sólo unos pocos metros que suben y se pierden en el aire. Tira con cuidado y siente que el barrilete se arrastra sobre el techo. Tira otro poco y el hilo se resiste. Ha quedado enredado en el borde oxidado de alguna chapa o en un clavo. Si sigue tirando terminará por cortarse o, lo más probable, los filos y los clavos desgarrarán el papel. Siente los desgarrones en la propia piel, las chapas y los clavos con cabeza de plomo que le brotan en las piernas y los brazos. Al mismo tiempo siente el olor y el calor de las chapas recalentadas por el sol. Hace tiempo que no sube al techo. La última vez fue con el Román, el verano anterior.

Llovió un día seguido y la casa goteaba por todas partes. Su padre le previno que no subiera porque una vez arriba no se estaba quieto y aflojaba los clavos, pero apenas se marchó el viejo el Román lo dejó subir con él. Desde allí las cosas se veían distintas, tal vez como debían ser realmente. Abajo veía tan sólo unas pocas y el resto era un montón de ideas. Sabía todo el tiempo que más allá de los pinos estaba el camino y en mitad del camino el puente, la laguna detrás de la loma y al fondo del campo el montecito de mimbre, pero salvo un trozo polvoriento del camino, en realidad un trozo de tierra pelada y reseca que podía ser cualquier otra cosa, no veía nada de eso.

Había que ir hasta allí en cada caso y entonces dejaba de ver todo lo otro, como si se borrara y perdiera una cosa a cambio de otra.

El abuelo empuja las ruedas y hace correr la silla unos metros. Los bujes están gastados y resecos de manera que a cada vuelta producen un golpeteo áspero y estrangulado que se mete en los oídos como una lezna. Su madre asoma la cabeza. El ruido en cierta forma se parece al abuelo, como si saliera de sus huesos. A medida que se sume se vuelve más áspero y dañino. No habla, pero si lo hiciera, pues lo haría justamente en esa forma. Nunca fue un tipo alegre como el Román, por ejemplo, pero de todos modos cuando estaba sano se comportaba como el resto de la gente. Después enfermó y comenzó a secarse como un higo.

Ahora no queda de él más que la piel y los huesos y esa cabeza de urraca con el pellejo agrietado de la que no puede salir nada bueno. Últimamente le ha dado por hacerse encima y parece sentir cierto placer en ello. Su madre lo para en medio del patio, le baja los pantalones, a veces lo desnuda entero, y lo baldea. El abuelo chilla y voltea los brazos como aspas y si su

madre se descuida le descarga un golpe en la espalda. Si uno le mira a la cara descubre por debajo una expresión contenta, sólo que nadie le presta atención y cree más bien que sufre.

Alejo cruza el patio en dirección de la casa. El perro bayo levanta hacia él sus ojos legañosos desde abajo de la sembradora, aunque no lo ve. Tiene los ojos mellados como un par de bolones. El mundo para él es un mundo de manchas que flotan a distintas alturas, se comprimen y se dilatan como nubes de vapor. Alejo es una sombra esfumada que se estira hacia los ruidos de la casa sobre un resplandor amarillo.

Primero hay que subirse al excusado. Sobre el excusado asoma una escalera con las maderas rajadas por la lluvia y el sol. Está allí hace tiempo porque siempre hay que emparchar alguna chapa. Alejo trepa al excusado metiendo las manos y los pies en los huecos carcomidos por la humedad. La pared huele a barro podrido. El techo del excusado está cargado de ladrillos, tarros picados, una cubierta y un elástico de cama. Aguanta bien porque es angosto. Una vez arriba se quita los zapatos para no hacer ruido. El Román camina sobre la línea de clavos porque debajo de los clavos están los tirantes que sostienen las chapas. Esa es la forma. Todavía mejor deslizarse acostado, siempre sobre los tirantes. El techo de la casa es bastante empinado y cuando uno está en la cresta conviene montarla para no terminar en el suelo.

Desde el frente llega el ruido plañidero de los bujes. Tiene que repechar toda la casa, de manera que suena muy alto.

A medida que asciende por la escalera, que cimbra y se comba así pise en las uniones, la luz crece alrededor de su cabeza. Los ruidos se alargan y se recuestan sobre el suelo. El cuerpo le tiembla un poco pero al mismo tiempo se le ha puesto liviano.

El techo aparece por fin al ras de sus ojos. Trepa otro poco y una vez en la punta de la escalera se recuesta sobre el borde de las chapas y voltea las piernas. A la derecha, el cañón de la chimenea escupe un chorro de humo. Alejo se arrastra hasta ahí con la cara pegada a las chapas, que hierven de calor. Se sienta contra el cañón y afirmando la espalda se pone de pie. Los ladrillos están tibios y pringosos con grandes costras de humo negras como el alquitrán. Los borbollones de humo sacuden la chimenea como un tazón vacío y si uno arrima la oreja siente que la casa tiembla toda entera.

El barrilete está bastante más arriba, cerca de la cumbre, y al tirar de la piola se ha metido debajo de una chapa desclavada con los bordes negros y mellados. La cabeza de un clavo asoma a través del papel.

Alejo permanece un rato apoyado contra la chimenea para acostumbrarse a la altura. Desde allí se ve la cresta de los pinos un poco por debajo de sus pies, detrás del camino, hasta el fondo, como el cauce seco de un río, la línea inmóvil del alambrado que lo corta por el medio, el montecito de mimbre, una mancha oscura claramente recortada contra el verde escuálido y polvoriento de la tierra. Por el otro costado asoma parte del tanque y la cabeza del molino. Nunca ha subido al molino, pero está seguro de que podría hacerlo si el viejo lo dejara. Por ahora ni quiere oír hablar de eso. Alejo levanta un pie porque el Calor de la chapa le cocina el pellejo.

No ve al Román, oculto por los árboles, pero oye su voz que grita algo en dirección de la casa. Hay unos cuantos clavos que asoman la cabeza y una punta de la cumbre está levantada.

El Román silba ahora.

Alejo se encoge muy despacio y luego se recuesta de panza contra las chapas. Están que pelan. En ese momento siente el golpeteo del vastago e inclusive el zumbido de las aspas, como si un gran pájaro removiera las alas por encima de su cabeza. El viento sacude el barrilete y si alarga un poco el brazo alcanza la cola. Tendido en medio del techo siente crujir la casa y el chisporroteo interior de las chapas. Tira de la cola y el barrilete se desprende con un desgarrón. Podría volver ahora, pero en realidad ya no le interesa tanto el barrilete y quisiera llegar hasta la cumbre.

El molino se detiene en seco, pero al rato vuelve a empezar con más fuerza de manera que cuando asoma la cabeza por encima de la cumbre el viento le golpea de lleno en la cara y los ruidos se pierden por completo. Ahora ve todo lo que se puede ver de una manera clara y precisa, pero curiosamente no oye nada, como no sea el viento. Alcanza a ver inclusive el trazo tembloroso de las vías que reverbera en la mañana. Es algo que ha visto pocas veces aunque

desde abajo y según el viento oye el golpe oscuro de los vagones o el silbato de la locomotora que describe un largo círculo en el borde de ese mundo imaginado. Abajo, chato y como suspendido a ras del suelo, ve al abuelo. Se ha corrido en dirección de la acacia, pero sigue bajo el sol. El molino gira cada vez con más fuerza si bien el golpe no es tan intenso como abajo.

En ese momento brota una nubecita de polvo en la punta del camino, que se alarga lentamente en dirección de la casa. Es su padre que vuelve. Tardará un rato en llegar, pero de todas maneras conviene que baje.

Alejo levanta el barrilete y lo deja caer por encima de la cumbrera hacia el patio. Luego comienza a gatear hacia atrás siguiendo la línea de clavos. En realidad se hace más difícil bajar. De pronto uno se resbala y si no acierta con la chimenea puede seguir hasta el suelo.

En la mitad, lejos de todo asidero, se pega bien a las chapas y recula muy despacio tanteando los clavos con la punta de los pies. Las chapas huelen a orín y se agitan por dentro. Clic, clic, tracc, clic... Un borde áspero lo retiene de la camisa. Vuelve un poco hacia arriba y trata de desprenderse.

Entonces descubre aquel agujero casi pegado a un ojo. Se ha corrido de la línea de clavos y está sencillamente en el aire. Es apenas más grueso que un clavo de seis pulgadas aunque brilla de pronto como una gota de acero fundido. Alejo pega la cara a la chapa pero no ve nada más que una mancha de bordes carcomidos y borrosos.

Luego, como a través de un lente, la imagen se ajusta, los trazos se endurecen y las sombras calzan en sus huecos. La mancha de luz es la franja de sol que penetra por la puerta de la cocina. Al principio no ve más que eso y el gato tieso en medio de la franja. Lentamente, a medida que la cocina se ahueca con aquel resplandor amarillento, brotan de la penumbra la mesa de pino, el aparador, la máquina de coser, la caja del carbón y, más cerca, los tirantes de la armadura.

La cocina queda oculta por la campana pero el resplandor del fogón rebota brevemente en el piso. Las cosas están quietas, naturalmente. Con todo, desde esa perspectiva no sólo parecen distintas sino vivas, no en la medida de un árbol, por ejemplo, sino casi de una persona. De cualquier forma es la primera vez que las ve bajo esa luz. Su madre aparece en ese momento junto a la mesa.

No alcanza a ver su rostro, ya es difícil vérselo cuando uno está abajo porque vive inclinada y además no mira o mira muy poco y si uno no ve los ojos pues realmente no ve la cara, pero le basta con verla comba mansa de su espalda y el perfil resignado de sus hombros para sentir a su madre toda entera. Acaba de apoyar algo sobre la mesa y sus manos se mueven afanosamente. Sin embargo, antes de volver a la cocina, levanta la cabeza y se abandona un momento.

Parece muy frágil y muy sola en ese instante y Alejo siente en la garganta un pujo de vieja ternura. Recuerda o tal vez siente al mismo tiempo el cálido olor de sus ropas y el roce blando de su piel.

Su madre desaparece debajo de la campana.

El bayo ladra plañideramente. "El viejo", piensa. Se había olvidado de él. Ha ido al pueblo muy temprano, con la jardinera. Va una vez por semana y a veces dos. Cada tanto lo lleva a él pero es inútil que se lo pida. Su madre lo lava, lo peina, le pone el traje de franela, que ya le queda chico y además le pica, le calza la gorra y lo besa. (Es raro, está pensando en su madre como si estuviera lejos.)

Durante el camino su padre casi no habla o, mejor dicho, no habla nada porque no puede decirse que hable porque le grite al caballo o patee por lo bajo a los Amaga cuando pasa frente a su campo. Los Arriaga son unos lindos tipos y los saludan alegremente pero tienen los ojos espesos y algo les da vuelta en la cabeza. El hecho es que su padre no habla más que eso durante las cuatro leguas de polvo que los separa del pueblo. Sin embargo, apenas asoman las primeras casas a Alejo le golpea la cabeza y las cosas se agrandan y se abrillantan. Pues ese mismo brillo tiene a veces su viejo a pesar de todo. Cuando piensa en el pueblo no tiene más remedio que pensarlo a través de él, esto es con el viejo por delante, y el pueblo tiene tanto brillo que al fin se lo pega.

Una sombra corta por el medio la franja de sol que entra por la puerta, y el gato se hace a un lado. Su padre aparece debajo, en el extremo de la franja. El sombrero le oculta la cara y la

luz le brota debajo de las botas. Arroja el sombrero sobre la mesa y se sienta. Permanece un rato inmóvil con la cabeza volteada sobre el pecho.

De pronto, en ese momento de inmovilidad teñido por aquella floja luz de otoño, su padre tiene el mismo aire desdichado del abuelo. Sí, es eso lo que ha visto últimamente sólo que desde abajo no lo podía ver tal como ahora porque su padre, alto y cejijunto, le infundía una especie de temor. Ahora, en cambio, aparece realmente viejo y como abandonado en medio de un desierto. Su madre está igualmente sola pero la alumbraba una llama interior, a pesar del aspecto débil y encogido que tiene. El viejo, por el contrario, ha comenzado a secarse como el abuelo.

Alejo levanta la vista y contempla un instante la rueda del molino que zumba alegremente. Piensa en su padre tal como ha sido hasta ahora, un árbol firme, alto y silencioso. La voz áspera de su padre rebota en el hueco de la casa. Habla con su madre, por lo visto, aunque más bien parece que no se dirigiera a nadie en particular, o en todo caso al aparador que tiene justo adelante. No entiende lo que dice, por supuesto, pero es su voz. Suena monótona y exasperada y luego de golpear la mesa con el puño termina en un grito.

Ahora mira hacia su madre, con el rostro contraído. Solamente ve las manos de su madre, firmemente entrelazadas. Luego alarga un brazo hacia su padre, que lo aparta con brusquedad y vuelve a golpear la mesa con el puño. Sobre la voz de su padre que resuena oscuramente en la casa, oye una palabra que otra de su madre. Oye el sonido, mejor dicho, porque sigue sin entender nada. Alejo apoya la oreja contra la chapa y lo que oye realmente es casi un llanto.

Su padre ha callado, por fin, y comprende que no volverá a hablar. Arma nerviosamente un cigarrillo, lo enciende y fuma con la mirada clavada en el aparador, que ahora parece todavía más grande y más vivo. Sobre el techo del aparador está el fusil de madera que le talló el Román y que creía perdido hace tiempo. Su padre se pone de pie, aplasta el cigarrillo con la bota sale con la cabeza gacha sobre la franja de luz, que lo enciende todo entero antes de desaparecer.

El molino ha dejado de zumbear. Oye la voz del Román que azuza a los caballos.

¡Va, va!...

La voz del Román es fuerte y llena, como un tazón de leche caliente. Ésa es la imagen, aunque no tenga nada que ver una cosa con otra.

La casa, abajo, está ahora vacía y silenciosa y parece que respirara igual que un animal dormido. La luz se ha corrido hasta la mesa y enciende las patas del aparador. > Alejo aplasta el ojo contra la chapa y trata de ver debajo de la campana. Su madre está sentada en la punta oscura de la mesa, quieta o dormida ella también. Alejo siente deseos de meter el brazo por el agujero y apoyar la mano en su espalda, sólo que el agujero es muy pequeño aunque de pronto quepa tanto dentro de él.

El sol cae a plomo sobre la casa y las chapas vibran ligeramente. A Alejo le arde el cuello y le zumban los oídos. Se vuelve un rato de espaldas y contempla el cielo que es simplemente una gran mancha de luz con un boquete de fuego en el atedío. Al principio sólo ve puntos de luz que saltan de un lado a otro y luego la silueta furtiva de un chimango que planea en lo alto. Los ojos le arden y la piel se le estira alrededor de ellos pero sin embargo ve cada vez mejor. En cierta forma la luz está ahora dentro de él, la luz y el pájaro solitario. Por momentos se ve a sí mismo tendido en cruz sobre las chapas calcinadas y el campo inmenso y las cosas inmóviles sumergidas en aquella espesa claridad.

—¡Va, va!... —grita el Román.

El pájaro se borra al pasar frente al sol.

Alguien golpea las manos en el patio. Es el abuelo que llama a su madre para que lo saque de allí. Algo después se oye el chirrido de las ruedas que se mete debajo de la casa.

El pájaro reaparece en el borde de sus ojos.

Alejo se vuelve y trata de mirar a través del agujero pero no ve absolutamente nada, tan sólo esponjosas manchas de luz que se derraman en el hueco de sus ojos y cambian lentamente de forma y color. Se cubre la cara con las manos y al rato vuelve a mirar.

El abuelo está allá abajo en su silla, entre el aparador y la mesa. Alejo se sentó una vez en ella y la echó a andar, pero no pudo aguantar mucho tiempo el olor del abuelo. Además, aunque el viejo no esté metido en ella, se le parece demasiado. Es una vulgar silla de madera a la que su

padre le adaptó el par de ruedas de una segadora y un par de rulemanes detrás. Por eso mete tanto ruido cuando se mueve.

Alejo oye la voz de su madre en el patio y, algo después, la voz de la Tere que le responde desde la huerta, detrás del galpón.

El abuelo se pone trabajosamente de pie y permanece un momento junto a la silla hamacándose sobre sus piernas. Alejo lo mira con sorpresa porque creía que no era capaz de hacerlo por sí solo. Luego comienza a moverse, es decir, a caminar, aunque no parezca exactamente eso. Se bambolea sobre las piernas, tíasas como dos estacas, girando un poco de lado cada vez que adelanta una de ellas. Como de todas maneras avanza, se puede decir igualmente que camina. Por fin llega junto al aparador, abre una de las puertas de arriba y mirando de lado, hacia la entrada, hurga dentro con mano ávida. Saca una botella, la descorcha con los dientes y bebe un buen trago. Luego se recuesta contra el aparador, tose y se sacude todo entero y bebe otro trago. Alejo no ve bien pero cree reconocer una botella que ha visto a menudo en manos de su padre.

Generalmente después de las comidas se sirve un vasito. Un vasito él y otro el Román. Su padre chasquea la lengua, se anima un poco y recién entonces se le suelta la lengua. El Román no necesita de eso porque es charlatán y animoso de por sí pero los ojos se le encienden como " dos brasas y se le arrebatan la cara. Su madre le ha dicho una vez que se trata de cierta medicina y en ese caso él no comprende qué le puede estar pasando al Román, por lo menos. Tampoco comprende por qué no la bebe el abuelo, que es el que más la necesita, y al mismo tiempo comprende por qué la bebe ahora, sólo que le haría falta un frasco cada día.

El abuelo vuelve la botella al aparador y voleando siempre las piernas da toda una vuelta alrededor de la mesa. Tarda mucho en hacerlo y se detiene cada tanto, tosiendo y golpeándose el pecho con un puño. De pronto levanta la cabeza y aquellos dos espejuelos ciegos y relucientes le apuntan directamente. No sabe si el abuelo tan sólo mira el techo o acaso lo mira a él. Aguanta la respiración y tapa el agujero con una mano.

Oye la voz de su madre que lo llama desde el patio.

—¡Alejo! ¡Alejo!

Quita la mano. El abuelo está de nuevo en la silla como si nunca se hubiera movido de allí.

—¡Aleeejo!

La voz de su madre rebota en la casa y se pierde hacia arriba, en el viento, pero él no puede responderle.

—Sí, ma..., dice de todas maneras, por lo bajo.

Pero es como si la voz de su madre sonara muy lejos, en otro tiempo, y él fuera ahora grande y solitario como su padre.

El Román canturrea en el patio mientras se lava debajo de la bomba. Su padre está sentado en la punta de la mesa con la expresión de siempre. Por más que lo mire Alejo no descubre en él ningún rastro del hombre que viera hace apenas un rato desde arriba. En realidad, todo, no sólo su padre está igual que antes. Es como si las cosas se hubieran cerrado, por así decir. Su madre se mueve junto a la cocina, la Tere aguarda a un lado con la sopera en las manos y el abuelo golpea con la cuchara sobre el brazo de la silla.

La voz del Román se interrumpe.

Alejo mira hacia el techo pero apenas distingue el trazo oscuro de los primeros tirantes.

La voz del Román se aproxima hacia la puerta. Su sombra se derrama velozmente sobre la mesa, se vuelca sobre el piso y se quiebra contra la cocina. Le zamarrea el pelo al pasar y se sienta a la derecha de su padre. El aire parece animarse cuando él entra en la cocina.

Alejo recuerda todavía el día en que apareció en la punta del camino, un año atrás. Había comenzado el otoño, justamente. Los árboles se estaban pelando y dejaban ver el camino hasta la primera vuelta, detrás del montecito de mimbre. Para Alejo era como si empezara ahí realmente.

El Román apareció empujado por una nubecita de polvo. En el primer momento creyó que iba a pasar de largo, mejor dicho, pasó de largo y al rato volvió hacia atrás, miró la casa y cruzó el alambrado. En aquel tiempo el perro bayo estaba sano, igual que el abuelo, y apenas lo

vio se le fue encima pero él siguió caminando. Cuando pasó junto al primer corral el perro le trotaba al lado.

El Román habló con su padre y mientras hablaba lo miró y le sonrió. Tenía la ropa cubierta de polvo y la tierra se le pegaba a la cara.

Así llegó el Román. Brotó una tarde del camino como si el polvo y la tierra lo hubieran amasado y estuviera hecho con la misma sustancia del camino. No es sólo una imagen sino que verdaderamente se le parecía. Era seguro, alegre y solitario como él.

Alejo se sentaba a veces a la orilla del camino y al rato sentía toda la gente y los pueblos que estaban sobre él. Algo por el estilo le sucedía con el Román. Su padre, en cambio, terminaba en la espalda, igual que los otros, si se entiende esto. Pensándolo mejor, ahora que lo tenía al lado, el Román era el tónico de ellos que no había cambiado mirándolo desde arriba.

El patio brilla intensamente a través de la puerta. Alcanza a ver las copas borrosas de los árboles pero más abajo desaparecen en la luz que brota del suelo. No hay una gota de viento y la claridad se inflama y termina de borrar los árboles. Cuando se vuelve, la cocina se ahueca con un resplandor amarillento. Su padre se aleja hacia el extremo de la mesa pero reaparece al cabo de un rato en el mismo lugar.

Los platos de sopa humean sobre la mesa. El abuelo corta trocitos de galleta y los echa dentro del plato. Cuando estaba J»en le agregaba un chorrito de vino y si por él fuera lo seguiría haciendo. Inclina la cabeza sobre el plato y come con avidez soplando después de cada sorbo. Su madre le espanta las moscas con el repasador y él a su vez espanta a su madre alargando un brazo, sin dejar de comer y soplar.

Su padre golpea el vaso con el canto del cuchillo y la Tere, que estaba por sentarse, va hasta el aparador y trae la botella de vino.

—Alejo, no te llenes de pan —dice la voz de su madre desde el rincón del abuelo.

Alejo deja la galleta, mira a su madre y empuña la cuchara.

El Román lo mira divertido y le arroja una miga.

—¿Qué tal te fue con el barrilete?

Piensa un rato y dice:

—Se ensartó en una rama.

El Román menea la cabeza.

—Hay que esperar que el viento se afirme.

Su padre, que ha terminado con la sopa, chasquea la lengua y llena los vasos de vino.

Bebe la mitad del suyo de un trago y al rato se le afloja la cara.

Comienza a hablar con el Román sobre la siembra de forrajeras, que es lo que tienen entre manos. Hace días que está con eso pero todavía sigue dudando entre el sudan grass dulce y di pasto llorón. En realidad no duda nada porque su padre decide las cosas de una vez, pero de cualquier forma le gusta darle vueltas al asunto. El Román mueve la cabeza, arquea las cejas y de vez en cuando suelta una palabra.

Alejo alarga el brazo hacia la jarra de agua y mira hacia el techo. Tampoco así alcanza a ver el boquetito. Está entre las dos primeras viguetas, casi sobre su padre. Piensa cómo se verá aquello desde arriba pero sencillamente ve a otra gente. Están quietos y silenciosos y como apartados en medio de esa claridad cenagosa que brota del suelo. Su padre, con la cabeza volteada sobre el pecho, parece el más solo de todos.

La Tere canta algo que no alcanza a oír. Solamente ve el movimiento de su boca y por la expresión debe ser un canto más bien triste. Su madre escucha de pie al borde de la franja de luz que entra por la puerta. Alejo siente sobre su pecho el peso leve de aquella espalda pero su madre está lejos y él no puede hacer nada para llamar su atención.

El Román está igualmente inmóvil y desde arriba no alcanza a ver la expresión de su rostro, pero a esa imagen quieta y doblegada se superpone aquel rostro polvoriento que le sonrío como el primer día y de pronto ve el camino que se alarga en la distancia sobre un reverbero de luz. Y siente el viento que se enrosca alrededor de su cabeza y el golpeteo del molino y desde la mancha que palpita muy alto en el cielo se descuelga lentamente aquel pájaro solitario. El sol lo deslumbra, pero luego no es el sol sino los ojos crueles y vacíos del abuelo que le apuntan brevemente.

El repique del tren sobre las vías brota muy lejos, en un punto impreciso a sus espaldas, y crece rápidamente hacia el centro de su cabeza. Llena el vaso de agua. Cuando levanta la vista tropieza con la mirada de su padre que lo observa con alguna atención.

El ruido describe un gran semicírculo. Los hombres han dejado de hablar. Su padre saca el reloj del bolsillo y observa la hora. El ruido se ahueca bruscamente. El tren está atravesando el puente.

Alejo ha ido un par de veces hasta las vías, una legua al norte. Cuando el viento sopla de ahí el tren se oye mucho más cerca, naturalmente. Ninguna de las veces vio pasar el tren. Sin embargo, apoyando una oreja sobre las vías se siente un ruido parecido. Zumban y se agitan por dentro y hasta le parece oír un montón de voces que se atropellan a lo lejos.

El ruido se pierde con un último rebote en dirección al pueblo. Cuando pasa de largo por la estación vuelve a oírse un breve y lejano repiqueteo.

Terminan de comer y la Tere trae la medicina que su padre guarda en el aparador. El viejo llena dos copitas hasta el borde, bebe un trago, entrecierra los ojos y se queda como esperando que le suceda algo.

Los anteojos del abuelo brillan furtivamente en el rincón.

El viejo bebe otro trago y estirándose en la silla vuelve a hablar sobre el asunto de las forrajeras.

El sol está exactamente sobre la casa. Alejo ha tratado de mirarlo una vez pero ha sido como si saltara disparado por el aire. Los ojos se le ahuecaron como dos cavernas por las que ambulaban opacas antorchas que cambiaban de formas. El sol es lo único vivo en este momento porque lo demás aparece seco y desolado, sin bordes ni sombras.

Su padre está echado debajo del aramo con el sombrero volteado sobre la frente. El aramo ha perdido las flores y el brillo. Parece el plumaje hinchado y polvoriento de un pavo. Una mancha de luz resbala lentamente por el cuerpo de su padre.

"Detrás de los pinos el campo se borra en el aire encendido. El montecito de mimbre llamea un instante y por fin desaparece consumido por ese fuego que baja del cielo. Muy lejos brotan como disparos unos destellos que cambian de lugar.

Alejo levanta un brazo y un breve chorro de sombra se descuelga sobre las chapas. Luego el brazo se abrillanta y comienza a borrarse él también. Alejo cierra los ojos y apoya la frente sobre las manos cruzadas, de espaldas al sol.

La silla del abuelo se mueve debajo. El ruido se detiene un momento y luego se hace más áspero y continuo. Está atravesando el patio. Atraviesa el patio en dirección del galpón. El viejo se mete allí hasta que pasa la resolana. El galpón es caliente pero si se abren los portones de cada lado el poco viento que anda suelto se cuela por ahí. El viejo dormita entre los aperos y fardos de pasto.

La voz de la Tere rebota en la cavidad de la casa. Canta la misma canción de siempre. Alejo no entiende qué gusto puede encontrar en eso. Es simplemente un ruido, aunque hay ruidos, como el del molino, que se parecen a un canto.

Ahora que recuerda, su padre, en otro tiempo, también tenía un canto. Algo muy simple, sobre la guardia civil. Lo había olvidado. Mejor dicho, recién ahora lo recuerda. Antes, de alguna manera no había olvidado porque no había pasado. Ahora, de pronto, su padre tiene una historia, y las cosas también. Su padre cantaba en otro tiempo, eso es. "Yo me voy, yo me voy... a la guardia civil". No tan seguido ni por cualquier cosa como la Tere, es decir, por nada, sino cuando se sentaba en la galería al caer la tarde o cuando se poma a sobar las botas con aceite castor, debajo del mismo aramo donde está echado ahora. ¿Qué sería eso de la guardia civil?

A medida que recuerda ese tiempo, sin levantar la cabeza ni abrir los ojos, Alejo vuelve a ver la misma casa y el mismo campo sólo que bajo otra luz. El molino voltea la tarde, la cerca luce recién encalada, el perro bayo arrastra una bolsa vacía de una punta a otra del patio, su madre está sentada en el sillón de mimbre con la costura en la mano, la Tere pela un manojito de arvejas junto a la bomba. Ellos están en medio de esa luz que no ciega, ni adormece, mientras a lo lejos, exactamente sobre las vías, el cielo comienza a oscurecerse. Un pájaro tardío vuela; muy alto, por encima de los pinos. Su madre levanta la cabeza y le sonrío. ¿Cómo pudo olvidar todo eso?...

El molino se sacude sobre su cabeza, el montecito de mimbre reaparece brevemente, una nubecita de polvo se desprende del camino y, mucho más lejos, siguiendo el trazo del viento, se sacuden esos reverberos que flotan en el horizonte.

Su madre atraviesa el patio con el pañuelo atado a la cabeza y el balde con los restos de la comida. La figura, neta y sin relieve, desaparece detrás del galpón.

Hacia el este, casi sobre la tierra, hay un par de nubes.

El canturreo de la Tere se interrumpe y al rato Alejo oye una risa sofocada que viene desde abajo.

Esta vez tarda un poco en acomodar el ojo a la penumbra de la cocina. Al principio distingue nada más que los trazos oscuros de los tirantes y unas roscas de luz que se inflaman hasta cambiar de color. Cuelgan blandamente entre los tirantes como guirnaldas de niebla. Se comprimen, se superponen y por último se funden en un tremendo ojo grumoso con los bordes agrietados. Al rato, la mancha se disuelve y las cosas aparecen claras y precisas. La mesa, una pila de platos sobre la mesa, el aparador, algo más oscuro y corpulento, el rifle de madera, la máquina de coser con el gato tendido a un costado, la caja de carbón, el farol de viento que cuelga de un clavo en la pared. La franja de sol ha desaparecido pero en cambio envuelve a todas las cosas una Opaca y difusa claridad.

El cuerpo de la Tere asoma por el borde, en una perspectiva confusa. Tan sólo la nuca y la espalda, aunque él sabe muy bien que es la Tere. Se apoya en la mesa, apretando el canto con las manos. Luego el cuerpo se inclina otro poco y el rostro arrebolado de la Tere se vuelve hacia arriba, con los ojos entrecerrados.

Alejo no entiende al principio. Hay una mano que le acaricia el cuerpo y una cabeza que se encima a aquel rostro y por último una espalda ancha y dura que la oculta. No entiende, de cualquier forma.

La cabeza se aparta bruscamente y permanece un segundo vuelta hacia la puerta.

Ahora no hay nadie en el boquete, nada más que las cosas y al rato una mano breve que entra por el borde y posa un plato encima de la pila. La voz de la Tere canturrea otra vez.

Alejo alza la vista y ve a su madre que se aproxima a la casa por el medio del patio.

Las nubes están sobre las vías. La mancha de sol trepa por el pecho de su padre. Un borde de sombras cuelga ahora de las cosas, que comienzan a crecer y a animarse.

Alejo alcanza a ver la figura del Román que desaparece detrás de los árboles, por el lado del galpón.

Otro golpe de viento sacude el molino, al segundo se agita el montecito de mimbre y algo después se remonta una nube de polvo en la punta del camino. El montecito es ahora un vellón amarillento con los bordes encendidos. La sombra de una nube atraviesa el campo velozmente, entre el montecito y las vías.

Acaba de ver a la Tere en la misma dirección.

El molino se afirma y una nube de polvo más grande que las otras borra el camino.

El hombre vino en mitad de la tarde y se metió en la casa con su padre. El hombre se sentó a la mesa y su padre sacó la botella del aparador. Alejo no podía verle el rostro porque estaba casi debajo suyo y tenía el chambergo puesto. Ni siquiera se lo quitó para saludar a su madre.

Su padre habló casi todo el tiempo y el tipo escuchaba. Su padre tenía una expresión ansiosa y de vez en cuando se fregaba la cara, lo cual es una mala señal.

El tipo levantó el rostro una vez. Alejo se había puesto a escarbar el boquete y un chorrillo de basura cayó sobre la mesa. Entonces el tipo miró hacia arriba.

Su padre seguía hablando.

El tipo habló a su vez, por fin. Se inclinó sobre la mesa y dijo poca cosa porque en seguida se levantó y salió de la casa. Su padre lo siguió fregándose la cara.

El tipo se ha ido ahora. El sulky trota sobre el camino, en dirección al pueblo. En realidad, no ve el sulky sino el montón de polvo que levanta. La luz del camino es todavía firme pero la tierra se desvanece hacia el este.

Su padre sigue apoyado en la tranquera. Hace un rato que está ahí.

Del otro lado, al oeste, la punta de los árboles relumbran como un cacharro de bronce. De pronto los árboles se inflaman y desaparecen. Un molino solitario se agranda de golpe y se recuesta a lo largo del campo. Los postes y los alambrados cambian de lugar.

Su padre vuelve lentamente hacia la casa.

Para ese lado hay otro pueblo, que no conoce. Y luego otro y otro. Así debe ser. Ahora el día está sobre ellos mientras aquí entra la noche. ¿Qué tal serán esos pueblos? Él trata de imaginarlos pero simplemente cambia de lugar las casas del único que conoce.

Arriba, justo sobre su cabeza, el cielo es muy claro, leve y profundo. Más abajo se oscurece y se comba. Hay un gran silencio. Mejor dicho, de la tierra brotan toda clase de rumores, como si respirara, pero de cualquier forma se parece a un gran silencio.

Todavía hay polvo sobre el camino pero el sulky ha desaparecido por el lado de los Amaga.

Su padre ha desaparecido también.

Ahora no hay viento. Solamente el aliento húmedo de la noche que llega desde el este.

Alejo se sienta en la cumbre. La casa, desde abajo, es un bulto de sombras de manera que nadie alcanza a ver lo que hay allá arriba. Él mismo ya no ve las cosas con claridad.

La voz de la Tere suena en alguna parte, muy débil.

Más allá del patio tiene que imaginarse el resto. En ese momento el patio aparece iluminado por esa misma quieta y melancólica claridad que tiene en su recuerdo.

Por un instante la cerca se endereza y se blanquea, su padre se instala bajo el aroma, su madre aparece sentada en el sillón de mimbre con la costura en la mano y la Tere limpia la verdura junto a la bomba. Su padre soba las botas de cuero y silba.

Alejo se quita los zapatos, se para con cuidado y echando un pie delante del otro comienza a caminar a lo largo de la cumbre con los brazos en cruz. Cerca de la punta se detiene y observa a su padre. Su madre y la Tere levantan los ojos y le sonríen animosamente. Su padre lo ha visto también pero sigue silbando como si tal cosa.

Alejo se siente liviano como un pájaro. Sonríe a su vez y agita una mano. Entonces resbala y cae. Cierra los ojos y se pega a las chapas y cuando termina de resbalar se queda quieto un buen rato. Después vuelve a trepar hasta la cumbre y se calza los zapatos.

En realidad, el patio está vacío. Gastado y vacío.

La luz en lo alto se reduce cada vez más. Abajo simplemente es de noche. Todavía queda una nube morada sobre el horizonte pero el resto es oscuridad y silencio.

Una vara de luz brota repentinamente del boquete y un trazo amarillento asoma por debajo de la casa, sobre el patio oscurecido. Alguien acaba de encender el sol de noche.

Alejo arrima un ojo a la chapa.

Su padre y el Román están sentados a la mesa. El abuelo espera en el rincón con la cuchara en la mano. Los tres aguardan en silencio blanqueados por la luz que derrama sobre ellos el sol de noche.

Entonces oye la voz de su madre en el patio.

— ¡Alejo!

Una sombra borra en parte el rectángulo de luz que atraviesa el patio hasta el pie de la bomba.

— ¡Aleejo!

— Sí, má —dice Alejo por lo bajo.

Su madre no lo puede oír, naturalmente. Su madre camina en las sombras y lo llama y él dice, o lo piensa, "sí, ma" pero es inútil. Nunca más podrá oírlo.

La sombra desaparece del patio. Los platos de sopa humean sobre la mesa. Hay un plato frente a la silla vacía de Alejo.

La Tere coloca la botella de vino al alcance de su padre, que sigue sin moverse. Ahora están todos sentados a la mesa, debajo de la luz que los cubre y los aparta.

Su padre llena los vasos y bebe un trago.

Parecen haberlo olvidado. Más bien parece que nunca hubiese vivido entre ellos.

Perdido

El tren salía a las ocho o tal vez a las ocho y media. Recién diez minutos antes enganchaban la locomotora pero de cualquier forma el tío se ponía nervioso una hora antes. Todos los del pueblo eran así. Apenas llegaban y ya estaban pensando en la vuelta. Su padre había hecho lo mismo. La mitad del tiempo pensaba en las gallinas, que comían a su hora, o en el perro, que había dejado en lo del vecino. Para él Buenos Aires era la Torre de los Ingleses, Alem, la Avenida de Mayo y, por excepción, el monumento a Garibaldi, en Plaza Italia, porque la primera vez que vino, con la vieja, se extraviaron y fueron a parar allí. Se sacaron una foto y el tipo de la máquina los puso en un tranvía fue los llevó a Retiro. De cualquier forma llegaron una hora gritos y con todo estaban tan excitados que casi se meten en otro tren.

Mientras cruzaba la Plaza Británica con aquella torre que de alguna manera presidía su vida, vista o entrevista a cualquier hora del día en que pisó Buenos Aires, y luego los años y toda la perra vida, y ahora esa vieja tristeza que le nacía de adentro, bueno y la torre siempre allí como el primer día, mientras cruzaba la plaza, pues, vio al tío por anticipado en un rincón del hall del Pacífico (ellos todavía decían Pacífico) encogido dentro del sobretodo que olía a tabaco, con la valija de cartón imitación cuero a un lado y un montón de paquetes sobre las rodillas, manoseando el boleto de segunda dentro del bolsillo para asegurarse de que todavía seguía allí.

Lo había llamado dos o tres veces desde el hotel Universo pero él estaba fuera y la muchacha entendió las cosas a medias. Después trató de llegar hasta la casa, a pie, por supuesto, pues los troles y los colectivos lo espantaban. Se había extraviado en algún punto de Leandro Alem y antes de perder de vista la Plaza Británica prefirió volver a Retiro y esperar el tren.

Hacía un par de años que Oreste no veía al tío pero estaba seguro de encontrarlo igual. La misma cara blanca y esponjosa salpicada de barritos y de pelos con aquellos ojos deslumbrados que se empequeñecían cuando miraba algo fijo, el moñito a lunares marchito y grasiento, el mismo sobretodo negro con el cuello de terciopelo, el chambergo alto y aludo que se calzaba con las dos manos y el par de botines con elásticos.

La estación Pacífico se había empequeñecido con los años. Eso parecía, al menos. En realidad era un mísero galpón con un par de andenes mal iluminados. En otro tiempo, sin embargo, veía todo aquello coloreado por una luz misteriosa. La propia gente estaba impregnada de esa luz. Era espléndida, leve y gentil, como si no fuera a cambiar ni a morir nunca y la estación lucía como un circo. Pero la gente había cambiado de cualquier forma y la vieja estación Pacífico lucía ahora como lo que era, un mísero galpón de chapas lleno de ruidos y olor a frito.

Vio al tío en un banco, debajo del horario de trenes. Parecía muy pequeño e insignificante. Tenía las manos metidas en los bolsillos, las piernas bien juntas, un paraguas sobre las rodillas y la mirada perdida en el aire.

Miraba en su dirección pero no lo veía. No veía nada.

Reaccionó cuando lo tuvo delante.

—¡Oreste!

Se abrazaron y se besaron, de acuerdo a la vieja costumbre. Oreste dejó que el tío lo palmeara un buen rato. Tenía ese olor familiar, un olor masculino que evocaba a aquellos hombres reservados de su infancia que le sonreían con breve indulgencia, como el tío Ernesto, grande como un ropero y delante del cual tragaba saliva invariablemente, o el gran tío Agustín, la única vez que lo vio el día que vino de Bragado en aquel Ford A con cadenas que echaba una nube de vapor por el gollete del radiador, o al propio tío Bautista cuando era el mismo por entero y no apenas esta sombra.

Se apartaron y el tío preguntó sin soltarle los brazos:

—¿Cómo va?

—Bien, bien.

Se miraron y sonrieron un rato y después se volvieron a abrazar.

—¿Y usted, qué tal?

—Bien, bien.

—¿La tía?

—Y, bien...

Le puso una mano sobre un hombro y lo miró largamente.

Oreste sonrió despacio. Estaba acostumbrado a aquel estilo.

—¿A qué hora sale el tren?

—A las ocho y media.

—Son las siete y cuarto. Vamos a tomar algo.

—No... mejor nos quedamos aquí. ¿A dónde vamos a ir? Entre que arriman el tren y enganchan la locomotora se va el tiempo.

—Sí, pero nosotros no tenemos nada que ver en todo eso. Vamos.

—¿Y a dónde? No hagas cumplidos conmigo, hijo.

Estuvieron forcejeando un rato hasta que por fin lo convenció y se metieron en el bar de la estación. Consiguieron un lugar desde el cual, a través de una perspectiva complicada, veían un pedazo del andén número 4.

Oreste pidió Hesperidina y el tío, a fuerza de insistir, un Cinzano con biter.

—¿Cómo se largó hasta aquí?

—¡Eh!... hacía tiempo que lo tem'a pensado.

El tío miró el reloj del bar y puso cara de espanto.

—Está parado —dijo Oreste sujetándolo por un brazo.

No parecía convencido. Sacó y examinó el viejo Tissot con agujas orientales.

—¿Qué te decía?... ¡Ah, sí! Vine a ver a mi primo, Vicente. Hacía seis años que no lo veía. Somos del mismo pueblo, Baigorrita. Le estaba prometiendo siempre. Que hoy, que mañana.

Sorbió un traguito de Cinzano.

—Está viejo. Casi no lo conozco.

Permaneció un rato en silencio con el mismo gesto abstraído que tenía cuando esperaba en el hall.

—¿Qué tal? ¿Cómo va eso? —volvió a preguntar con desgano.

—Bien, bien.

—¿Se progresa?

—Se progresa.

Se miraron con afecto, sonrieron y callaron.

El tío había sido siempre así. El tío y todos ellos.

—Traje una punta de encargues. La tía me pidió unas latas de Sal de Hunt. Hace más de un año que anda detrás de eso. Fui a buscarlas a Junín hace dos meses. No... en noviembre. Hace cuatro meses.

—¿Para qué sirve?

—Para el estómago. Es una gran cosa. La gente toma ahora toda clase de porquerías, pero esto es realmente bueno.

Silbó una locomotora y el tío se alarmó.

—Falta todavía.

Volvió a mirar el reloj y sorbió otro poco de Cinzano.

—Bueno, fui a la FrancoInglesa y conseguí todo lo que quise. Le mostré el tarrito al tipo y me dijo: "¿Cuántos quiere?". Apenas lo miró. ¿Te das cuenta?

Dentro de un rato iba a desaparecer en la ventanilla de un vagón de segunda y no lo vería hasta dentro de cuatro o cinco años. Había otros cinco antes de ahora. Su viejo desapareció así un día y no lo vio más.

—¿Qué tal todo aquello? —preguntó Oreste después de un rato.

Todo aquello. Era un roce lastimero, un crepitar de años envejecidos, una pregunta hecha a sí mismo, a un negro hoyo de sombras.

—Igual.

—¿Los muchachos?

—Siempre igual.

Callaron otra vez.

El tío hizo girar la copa y sorbió el último trago.

—¿Qué hora es?

—Las ocho menos cuarto.

El tío sacó el reloj y lo observó inquieto.

—Casi menos diez. ¿Vamos?

Oreste dudó un rato.

—Vamos.

Estaban enganchando la locomotora. El tío recogió los paquetes y la valija y comenzó a caminar apresuradamente hacia el andén número 4. Parecía haberlo olvidado.

Oreste trató de tomarle la valija y el tío lo miró con extrañeza.

—Está bien, muchacho. No te molestes.

—Déle saludos a la tía. A todos.

—Gracias, querido. Gracias.

Corrieron a lo largo del tren tropezando con los tipos de segunda que corrían a su vez como si la estación se les fuera a caer encima y metían por las ventanillas los chicos o las valijas para conseguir asiento. El tío trepó a uno de los vagones cerca de la locomotora y al rato sacó la cabeza por una ventanilla.

—¿Cuándo vas a ir por allá? —preguntó mirando más bien a la gente que se apiñaba sobre el andén.

—Apenas pueda.

—Tenes que ir, eso es. ¿Cuándo dijiste?

—Cuando pueda.

El tío se apartó un momento para acomodar la valija. Después se sentó en la punta del banco y permaneció en silencio.

Se miraron una vez y el tío sonrió y dijo:

—¡Oreste!...

Él sonrió también, desde muy lejos, al borde del andén.

Sonó la campana y el tío asomó apresuradamente medio cuerpo por la ventanilla.

—¡Chau, querido, chau! —dijo y lo besó en la mejilla como pudo.

Trató de besarlo a su vez pero ya se había sentado.

El tren se sacudió de punta a punta. El tío agitó una mano y sonrió seguro.

Oreste corrió un trecho a la par del tren. Corría y miraba al tío que sonreía satisfecho, como aquellos hombres de la infancia.

Luego el tren se embolsó y Oreste levantó una mano que no encontró respuesta.

Cinegética

Apartó la chapa con cuidado y metió la cabeza a través de la abertura.

Al principio vio solamente la claridad mugrienta de la ventana que flotaba a una distancia imprecisa pero después de un rato comenzaron a brillar los agujeritos de las chapas. Había un millón por lo menos y parecían llenos de vida. No tenía por qué compararlo con nada, pero en todo caso sentía la misma impresión que si metiera la cabeza en medio de la noche. Cuando era chico se paraba a veces en el baldío lleno de sombras, de espaldas a la casilla, y miraba todo el montón de estrellas que tenía por encima hasta que empezaban a saltar de un lado a otro del cielo y le entraba miedo.

Los agujeritos temblaban o cambiaban de posición a cada movimiento de su cabeza. Entretanto, el olor a humedad y a orina se le iba metiendo hasta los sesos. Sacó la cabeza y tragó aire.

El auto había quedado detrás de la última joroba de tierra. Era una tierra de color de cartón, dura y pelada. Entre el auto y el galpón, es decir, entre el galpón y la calle había una punta de aquellas jorobas que brotaban en medio de las latas vacías, las cubiertas podridas y los recortes de hojalata de la fábrica de menaje que emergía a la izquierda. A la derecha estaba el pozo que habían abierto durante la guerra para sacar la greda con la que hacían los caños de desagüe en lugar de cemento. Tenía las paredes cubiertas de yuyos y el fondo de agua y en verano se llenaba de pibes que corrían de un lado a otro con el culito al aire.

A veces se sentaba en una de las jorobas y mientras fumaba un cigarrillo echaba un vistazo a todo aquello. En otra forma, se entiende, como si estuviera al principio de las cosas. Entonces el tiempo se volvía lento y perezoso y le parecía oír a la vieja que lo llamaba a los gritos mientras él estaba echado en el fondo del pozo con el barro seco sobre la piel chupando un pucho, tres pitadas por vez, con el Beto y el Gordo y el Andresito, al que lo reventó un 403 cuando cruzaba la calle precisamente por hacerle caso a la vieja.

Maldonado le hizo una seña desde el coche y él movió la cabeza con fastidio. Después la volvió a meter por el boquete y llamó por lo bajo, apuntando la voz hacia el rincón de la izquierda.

—¡Pichón!

La voz se alargó en el galpón y se perdió un poco por encima de su cabeza.

—Pichón, ¿estás ahí? Soy yo, Rivera.

Esperó un rato y aunque sólo alcanzaba a oír los crujidos y reventones de las chapas sintió que el tipo estaba ahí.

Entonces apartó la chapa del todo y pasó el resto del cuerpo.

Avanzó a tientas hasta el medio del galpón con los agujeritos que subían y bajaban a cada paso suyo. La luz de la ventana, en cambio, seguía inmóvil y si uno la miraba con demasiada fijeza parecía nada más que un brillo en el aire.

Dio una vuelta sobre sí mismo en la oscuridad y los agujeritos giraron todos a un mismo tiempo. El olor lo cubría de pies a cabeza y el rumor de las chapas semejava el de un fuego invisible o el de un gran mecanismo que rodaba lenta y delicadamente.

El tipo estaba en algún rincón de aquella oscuridad. Podía sentirlo. Sentía la forma agazapada de su cuerpo y el olor ácido de su miedo. Tenía un olfato especial para esas cosas.

—Pichón... soy yo, Rivera. No tengas miedo.

Maldonado no servía para eso. Todos los malditos ascensos no servían para nada. Se ponía nervioso y echaba a perder las cosas. Maldonado también tenía un olor especial en estos casos. Le comenzaba a temblar la nariz, se ponía duro y entonces olía de esa forma.

Dejó de pensar en Maldonado porque su cara de negro colgada del aire le hacía perder la noción de las cosas. Dio otra vuelta sobre sí mismo y en mitad de la vuelta supo exactamente dónde estaba el tipo.

Se acercó unos pasos sin forzar la vista, dejándose llevar nada más que por la piel.

Ahora lo tenía justo delante.

Sacó la cajita de fósforos y la sacudió. Entonces oyó la voz de Pichón que venía desde abajo.

—¡No prendas, por favor!

—No tengas miedo. No hay nadie.

Encendió un fósforo. Los agujeritos desaparecieron de golpe.

Cuando reventó el chispazo alcanzó a ver las chapas de la pared. Después el círculo amarillento se redujo.

El tipo estaba recostado contra un cajón de embalar con el pelo revuelto y la cara desencajada. Apuntaba el fósforo con la Browning 9mm con cachas de nogal francés segriñadas. Maldonado le iba a poner los ojos encima. Era un negro codicioso y en eso justamente mostraba su alma de grasa.

El fósforo boqueó, pero antes de tirarlo levantó un pedazo de vela y alcanzó a encenderlo.

—¿Cómo estás?

—¿Qué te parece?

Sacó de debajo de la campera un pañuelo empapado en sangre. El sudor le brotaba a chorros como si tuviera fiebre.

Bajó la Browning, cerró los ojos y pareció a punto de desmayarse.

—No van a tardar —dijo casi en un sollozo.

—No te apures.

Pichón abrió los ojos y trató de mirarlo a través del resplandor de la vela. Las pupilas se le hincharon silenciosamente y un vórtice de estrías amarillas apuntaron hacia él. Tenía la cabeza metida en el miedo de manera que necesitaba hacer un verdadero esfuerzo para ver otra cosa. Apretó la frente y se quedó pensando en algo.

Él conocía todo eso. Había tenido oportunidad de observarlos una punta de veces, sin pasión y con calma, que es como se aprende. Primero el miedo que les hincha las venas y les corta el aire. Después la desesperación. Por último un frío abandono. Entonces no hay más que tomarlos de los pelos y descargar el golpe.

—¿Cómo estás aquí? —preguntó al fin, sin cambiar de expresión.

—Salté del camión y corrí todo lo que pude.

El rostro se le animó un poco.

—¿Se salvó algún otro?

—Vera. Escapó, por lo menos.

Efectivamente, Vera había saltado detrás de él pero corrió unos pasos y lo reventaron.

Cerró los ojos y volvió a desinflarse.

—¿Te das cuenta que estamos listos? —gimoteó por lo bajo.

—No te apures. ¿Te duele?

—Claro que sí.

—Déjame ver.

—¿De qué sirve?

Sacó el pañuelo y lo miró estúpidamente, sin comprender.

—Parecía otra cosa... ¿Qué fue lo que pasó?

—Algún tira —dijo él con naturalidad.

—¿Quién se te ocurre?

—No sé, pero hay que contar con eso.

Al tipo no le entraba. Quería pensar pero no le entraba.

Crujió una chapa y se encogió entero.

Él no dijo nada, adrede. Se lo quedó mirando.

Casi daba lástima. Casi le había tomado aprecio o por lo menos se había acostumbrado a él en todos esos meses que estuvieron preparando el golpe. Maldonado o cualquiera de los otros negros no tenía nada que hacer al lado del tipo.

Pero ése era el peligro, encariñarse con los tipos. Por dentro eran distintos. No era la apariencia lo que contaba sino las ideas podridas que tenían. En ningún momento había que perder de vista la figura interior, por así decir, esa especie de forma oscura y escamosa que ocultaban debajo de la piel. Maldonado con todo lo hijo de puta que resultaba cuando se lo

proponía, y a veces aunque no se lo propusiera, era de su misma madera. Tenía esa forma aceitosa de hablar y todos esos prolijos ademanes de negro encumbrado, pero en el fondo funcionaba igual que él. Sucedió lo mismo que con el Gordo o el Andresito que cuando pensaban demasiado fuerte en una cosa se les torcían los ojos. Pero eran de la misma madera.

—Son las chapas —alargó la mano y lo palmeó—. Las chapas, no te asustes.

El contacto de la mano pareció devolverle la vida.

—Rivera... ¿te parece que podemos salir de ésta?

—Claro que sí.

—¿Estás seguro?

Iba a desarmarse otra vez pero volvió a tocarlo con la mano.

—¿Querés fumar?

Le pasó un cigarrillo que agarró con avidez y casi rompió entre los dedos.

—Vamos a salir, por supuesto —dijo arrimándole la vela, nada más que por decir.

—No se puede con ellos.

—Es grupo.

—Una vez que te marcan no se puede.

Había un boquetito más grande que los otros justo sobre su cabeza. Se movió apenas dos dedos y desapareció.

—Termino el cigarrillo y me voy.

Pichón volvió a encogerse. Abrió muy grandes los ojos y tragó saliva.

—¿No es mejor que te quedes?

El cigarrillo colgaba delante de su cara sostenido por una mano blanca y afilada que temblaba ligeramente.

—Tengo que moverme si quiero sacarte de aquí.

Se corrió y reapareció el boquetito.

—No te pongas nervioso, no se gana nada.

Maldonado se estaría preguntando qué pasaba ahí adentro. Era un grasa, no hay caso. No tenía estilo.

—Apago la vela.

Alargó la mano y antes de apagarla lo miró fijamente. Estaba a punto.

Apagó.

Terminó el cigarrillo en la oscuridad.

—¿Estás mejor?

—Sí...

Era curioso ver cómo la brasa se hinchaba a cada chupada y después empalidecía suavemente. Igual que las pupilas de Pichón.

Aplastó el cigarrillo contra la tierra y se alejó unos pasos.

—Pichón...

—No tardes.

Caminó hacia la abertura entre el bailoteo de los agujeritos. Antes de salir se volvió y miró hacia la oscuridad. Allí debía estar con los ojos bien abiertos y la Browning apretada a la altura del pecho.

Se agachó y salió.

La luz lo encogió por un momento. Luego aparecieron las jorobas de tierra, las latas y las cubiertas.

Los negros esperaban al lado del coche revolviéndose dentro de los uniformes. El sudor les brotaba a chorros por debajo de la gorra. Maldonado agitó un brazo con impaciencia. Pasó junto al pozo y volvió a acordarse del Gordo y del Andresito y hasta le pareció que los veía echados en el fondo con la panza al sol.

La porra de Maldonado brillaba como si fuera de lata. Después de todo resultaba un tipo gracioso.

—¿Por qué tardaste?

Le temblaba la nariz y había comenzado a echar aquel olor.

—¿Qué apuro hay?

Maldonado estiró el pescuezo y se acomodó la corbata, cosa bien de grasa.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Está ahí adentro.

Maldonado hizo sonar los dedos y los negros echaron a andar hacia el galpón. Luego con un movimiento rápido calzó la primera bala en la recámara y los siguió a los saltitos.

El último

Un buen día me hice un vago. Así como lo oyen. No sé cuándo empezó pero aquí me tienen, tumbado a un costado del camino esperando que pase un camión y me lleve a cualquier parte. Ustedes deben haber visto un tipo de esos desde la ventanilla de un ómnibus o del tren. Pues yo soy uno de esos exactamente y puedo asegurarles que me siento muy a gusto. Cualquiera de ustedes dirían que solamente al último de los hombres se le puede ocurrir tal cosa. Soy el último de los hombres. También eso. Lo que posiblemente a nadie se le pase por la cabeza es que alguien pueda ser feliz justamente siendo el último de los hombres. Ni siquiera a mí mismo se me hubiera ocurrido hace un tiempo, cuando, dentro de mis alcances, luchaba con todas mis fuerzas para estar entre los primeros. Pero no es eso lo que quiero decir, al menos por ahora.

Me preguntaba sencillamente cuándo empezó. Éste es un hábito que me queda de la otra vida, es decir, la vida de ustedes porque qué puede importarle a un verdadero vago cómo y cuándo empezó cualquier cosa. El día que se me quite esta costumbre habré alcanzado la perfección pero comprenderán ustedes que no puedo proponérmelo porque, ante todo, un vago no se propone nada, de manera que lo mejor es dejar así las cosas.

Mezclando un asunto y otro, lo mismo me pregunté el día que, del brazo de Margarita, mis manoseos en Parque Lezama, que entonces no tenía esas malditas luces de mercurio que le alumbran a uno hasta el pensamiento, me encontré frente a un cura. Tal vez la cosa empezó ahí. No quiero decir que me tomara desprevenido pero de cualquier forma con el tiempo pareció que había sido así. Entonces me estaba preguntando cómo y cuándo fue que empezó aquella vida de perro. No es que hubiese dejado de querer a Margarita.

Supongo que tampoco ella había dejado de quererme, a su manera. Pero justamente era esa podrida manera lo que me tenía desconcertado. Bastara que yo dijera blanco para que ella dijera negro. De saberlo un poco antes yo también habría dicho negro aunque estoy seguro de que eso tampoco habría servido para nada porque lo más probable es que entonces ella hubiese dicho blanco. Así era Margarita y no le guardo rencor.

Quiero que comprendan esto. No le guardo rencor a Margarita ni a toda esa puta vida, como se dice vulgarmente y para abreviar. En ese caso no sería un verdadero vago, si bien tampoco lo soy del todo, aunque por otro motivo, como queda dicho.

¿Me creerán ustedes si les digo que, a pesar de todo, conservo muy buenos recuerdos de aquel tiempo? Yo era feliz, también a mi manera, y si aquello terminó es porque no podía pasar otra cosa. Quiero decir que mis pies apuntaban en una dirección y los de ella en otra y la tristeza habría sido seguir juntos cuando cada uno tenía su camino por delante. En cuanto a ella, es posible que a estas horas esté maldiciendo al tipo aquel que se le cruzó un día en el camino, lo cual es muy propio de Margarita. Si dejara de hacerlo pues simplemente dejaría de ser Margarita. Eso es lo que trato de decir. Cada uno es una flecha lanzada en una dirección y no hay como dejarse llevar para acertar en el blanco, cualquiera sea.

Hablando con estricta justicia más bien fue Margarita la que se me cruzó en mi camino y no yo en el de ella. Sin embargo, estoy dispuesto a reconocer que fue una simple coincidencia. Por coincidencia tomábamos el 48 a la misma hora, por coincidencia bajábamos en la misma esquina y, supongo que por coincidencia, un día me atravesó una de sus piernas entre las mías. En fin, otro día la acompañé hasta la casa y por coincidencia estaba el viejo en la puerta. Cuando quise acordarme estaba adentro tomando una copita de anís y hablando de la decadencia de las costumbres, un tema, como se ve, que puede terminar en cualquier cosa. En aquel tiempo yo era hinchado furioso de Estudiantes de La Plata, cosa que todavía hoy no me explico. Los domingos iba a la cancha con toda la bosta en el camioncito de los hermanos Antonelli. La bosta fue lo que dijo Margarita el primer domingo después de casados que traté de ir a la cancha. Jugaban Estudiantes y Chacarita, lo recuerdo aunque no viene al caso. Hasta entonces la bosta habían sido "los muchachos", cariñosamente. Inclusive llegó a tejerme una bufanda con

los colores de Estudiantes. Esto es lo que se dice astucia femenina pero yo digo simplemente la vida.

Dije adiós a la bosta y me puse a trabajar como un condenado a trabajos forzados. Soy un tipo optimista por naturaleza, como ustedes habrán visto, de manera que con el tiempo hasta a eso le encontré el gusto. Los demás tipos, es decir, la verdadera bosta, gemían y crujían a mi alrededor. Yo en cambio pateaba alegremente la calle primero vendiendo seguros de La Agrícola y después caminos, esteras y carpetas de formio, coco y sisal. Los sábados me la pasaba cambiando los muebles de lugar, tapando las manchas de humedad y escuchando en todo momento los reproches y maldiciones de Margarita. Yo no escuchaba las palabras sino simplemente la voz y por inexplicable que les parezca esto me ponía más bien contento porque Margarita era algo vivo e intenso que me obligaba a tirar para adelante cuando los demás hacía tiempo que estaban muertos.

Los domingos íbamos a comer a lo de los viejos y por la tarde veíamos la tele hasta que se nos saltaban los ojos. He oído muchas cosas contra la tele pero yo digo que es el mejor invento de la bosta. Por de pronto era la única manera de callar a Margarita. Entonces la sentía más viva e intensa, sólo que en otro sentido. Si no había manera de entendernos el resto de la semana en aquel momento nuestros cuerpos se acercaban misteriosamente y éramos una sola y misma cosa pendientes de aquel agujero en la pared. El agujero que digo era la tele, como se comprende, y convendrán ustedes en que es una imagen bastante feliz. De cualquier forma, ésa era la impresión. Bastaba con girar la perilla y entonces se abría aquel boquete en el mísero departamento de la calle México, 5 piso "C", al lado del ascensor, que no funcionaba la mitad de las veces, y el mundo se derramaba alegremente por allí.

Ahora que lo pienso, tal vez la cosa empezó recién entonces. Yo me quitaba los zapatos en la penumbra, me aflojaba el cinturón y al rato estaba en las islas Marquesas, por ejemplo. Como dije las Marquesas pude haber dicho Hong Kong o Miami o el fondo del mar. En un par de horas saltaba de un lado a otro e inclusive de un tiempo a otro. Randall, Peter Gunn, Kentucky Jones, Maverick y hasta Gorila Maguila me resultaban tan familiares como mi viejo o mi vieja, por así decir, porque en realidad nunca entendí a mi vieja y apenas si conocí a mi padre. Hablábamos de ellos con Margarita como si vivieran en la misma cuadra y algunas veces les hablaba a ellos mismos, como si pudieran oírme. Opino que son todos unos grandes tipos, los verdaderos grandes tipos que se necesitan y no esos pelmas que salen en los diarios todos los días, y sinceramente me felicito de que los domingos se asomaran por aquel agujero para hacernos ver las cosas tal cual son.

En cuanto a los avisos, que para muchos resultan la cosa más estúpida del mundo, nos divertían como locos. No sé qué sentido tiene pretender que nos echen un discurso con citas de algún gran tipo para vendemos una pasta de afeitar o un frasco de café instantáneo. Las cosas hay que tomarlas como son. Eso es lo que siempre he dicho. Para nosotros, en cambio, aquello fue una verdadera revelación. Yo, por lo menos, aprendí a apreciar las cosa recién entonces y hoy me parece perfectamente natural que una lata de tomates le hable a una cacerola a presión y que un reloj con voz de pito nos avise el momento de tomar tal o cual pastilla para la digestión.

Quiero decir que las cosas están llenas de vida, o por lo menos muertas o vivas en la medida que nosotros estamos muertos o vivos, y que mis zapatos tienen algo que decirme con sólo que les preste un poco de atención. Que es lo que hago, justamente, cuando no sé para dónde tirar el primer paso.

A Margarita le gustaba acompañar los jingles, mientras yo le hacía una especie de contracanto, y por lo que recuerdo fue la única ocasión en que oí cantar a Margarita. Por lo que a mí toca, muchas veces pateando la calle con las muestras de aquellas benditas esteras y carpetas y el mundo que se ponía realmente negro me bastaba con silbar una de esas musiquitas y el cielo se abría en alguna parte.

En fin, que todo eso también terminó. Margarita le tomó fastidio a Mike Hammer que, según ella, en el fondo era un fascista hijo de puta y a mí que se me dio por defender al tipo como si fuera mi hermano. Total que un día, mientras volaban los tiros de un lado a otro detrás del agujero, Margarita le zampó la plancha justo en el medio. El televisor, es decir, el mundo saltó en mil pedazos y al principio creí que uno de los tiros me había volado la cabeza. Herido como estaba, tomé lo primero que encontré a mano, creo que uno de esos ceniceros hechos con

un pistón recortado, y se lo tiré a la cabeza con tan buena puntería que cayó al suelo como si la hubiera tumbado un rayo. Todavía humeaba el televisor y ya estaban allí los viejos, el administrador y un cabo de policía con cara de patíbulo que parecía salido de la propia televisión.

Cuando volví de la 2ª el administrador todavía estaba allí, o simplemente estaba de nuevo allí. Es un detalle. Lo que me interesa señalar es que había llegado la hora de que cada uno echara a andar para su lado, sólo que en ese momento no me di cuenta. De todas maneras fue lo que pasó. La vida decide por uno las más de las veces y todo lo que queda por hacer es preguntarse un tiempo después cómo y cuándo empezó, lo que sea.

Por esos días, y ésta es otra señal, quebró el tipo de las esteras y quedé en la calle, lo cual es un decir porque nunca había salido de ella. Las cosas iban tan mal entonces que en lugar de amargarme más bien me alegré. Sea lo que fuere que me reservara la vida nunca iba a ser peor de lo que había sido hasta entonces. Cuando uno siente deseos de darse la cabeza contra la pared ése es el momento preciso para las grandes cosas porque uno en realidad está tan limpio y vacío como si acabara de nacer.

Claro que yo no pensé en eso. Eché mano de un par de diarios y en una página de los clasificados topé con el siguiente aviso: "Joven emprendedor con experiencia comercial para importante negocio". Allí estaba el destino. Me corté el pelo a la americana, me puse un saco sport con cueritos y al rato estaba golpeando en la puerta de una oficina en el segundo patio de una especie de gallinero en la calle Lima y que a primera vista no tenía el aspecto de un negocio ni de otra cosa importante sino más bien de una pocilga.

Me atendió un tipo parecido al de "Patrulla de caminos" que sin mirarme siquiera dijo: "Usted es el hombre!" y se puso a hablar sobre el futuro, un futuro que no sé muy bien a quién correspondía, en todo caso a la humanidad en general y como tal proporcionalmente a mí también. Cualquiera otro se habría dado cuenta de que el tipo estaba medio chiflado, por no decir del todo.

En realidad eso me pareció a mí también pero en lugar de largarme como hubiera hecho cualquiera de ustedes en su sano juicio ya que nada bueno podía salir de allí, en el sentido de la bosta, me quedé escuchando al tipo tal vez por eso mismo. Quiero decir que esta clase de chiflados son justamente la sal del mundo sólo que la bosta se da cuenta demasiado tarde.

El tipo hablaba como un profeta. Nunca he oído hablar a un profeta, por supuesto, pero me figuro que deben hacerlo así.

Según me pareció se trataba de fundar una sociedad nueva a partir de la venta de lotes en mensualidades. Digo que me pareció porque, como siempre, yo más bien le prestaba atención al sonido de la voz y al aspecto general del fulano. Tal vez las cosas que decía no tuvieran mucho sentido pero igual era hermoso oír las porque en medio de toda la roña sencillamente había un tipo que creía en algo distinto de lo que cree el resto de la bosta.

Cuando terminó el discurso sacó un plano que extendió sobre el piso y comenzó a explicarme el aspecto más vulgar del asunto. Se trataba de unos lotes en San Vicente con el pomposo título de Barrio Parque "La Esperanza". Según el tipo aquélla era la tierra del futuro y estoy seguro de que estaba en lo cierto porque, como decía mi viejo, si hay algo que tiene futuro es la tierra, cualquiera sea. Solamente se trata de esperar el tiempo necesario. Lo digo aun de esta tierra en la que estoy echado y que, por ahora, no es más que polvo y silencio. Día vendrá. ..

¿Pero para qué hablar del día que vendrá? Es el estilo que me contagió el tipo. Lo arreglaba todo con el día que vendrá.

Cuando le pregunté cuánto me tocaba en todo eso, no del futuro, se entiende, sino de lo que pagarían por él me echó otro discurso. Yo lo miré a la cara y comprendí en el acto que era el destino el que me hablaba a través de aquel chiflado. De manera que tomé los planos, boletas y folletos que me dio y salí a patear la calle como si esta vez tirara de mí una fuerza desconocida y cada paso que diera de ahora en adelante fuese a abrir un camino entre la gente.

Al domingo siguiente fuimos a San Vicente en una "banadera" que cargamos con los candidatos que habíamos juntado entre Requena y yo. Requena se llamaba el tipo. La mitad de los candidatos iban porque no tenían nada que hacer y seguramente habrían ido al mismo culo del mundo con tal de viajar de arriba. Antes de partir, desde la plaza Congreso, Requena enarboló una especie de estandarte e improvisó un breve discurso sobre el futuro, el día que

vendrá y todas esas cosas. Los tipos quedaron desconcertados y uno preguntó si detrás de eso no estaban los comunistas. De cualquier forma subieron a la "banadera", Requena colgó el estandarte de un costado y zarpamos alegremente hacia esa tierra de promisión.

Aquello era un desierto. Me refiero a los terrenos. Sólo faltaba un par de camellos y no me hubiera sorprendido que aparecieran en cualquier momento. La mitad de los tipos ni siquiera quiso bajar a cambiar el agua. Yo vi tan pronto como los otros que era un verdadero desierto y que lo seguiría siendo aún por mucho tiempo pero el sur me tiró siempre y la tierra pelada y vacía me llena de ansiedad, aunque no está bien dicho ansiedad, ni entusiasmo, ni ninguna otra cosa de las que ustedes dicen en tales casos.

Es algo distinto. Yo sé que entre ustedes hay muchos que esperan el día, que quisieran sacudirle un puntapié a la vieja o al jefe o al primer botón que se les cruce en el camino y por eso me permito un consejo. No hagan nada de eso. No lo van a hacer de todas maneras. Vengan y miren la tierra vacía, así como la veo yo ahora, y tal vez las cosas les dejen de dar vueltas dentro de la cabeza y echen a andar por su camino.

En ese sentido Requena tenía razón. Aquélla era la tierra del futuro, por lo menos para mí. De manera que eché a andar detrás del estandarte sin importarme un pito los tipos que quedaban en la "banadera". No tenían ni ojos, ni oídos.

Requena plantó el estandarte en medio del campo y se puso a hablar. El viento traía y llevaba su voz y al rato nos pareció que hablaba la misma tierra. Así era aquel tipo. Yo sé que estaba solo y que en el fondo le importaba muy poco de nosotros porque sencillamente no necesitaba de nosotros ni de nadie y veía con claridad dónde ponía los pies. Mientras hablaba empezamos a ver que brotaban de la tierra casas, torres, fábricas, negocios, una estación del Roca, un supermercado, dos escuelas, cuatro edificios en torre y un lago artificial.

Cuando terminó, los tipos siguieron haciendo cálculos y suposiciones por su cuenta y al rato había una usina, un cuartel, dos hospitales, un matadero, un frigorífico, un canal de televisión, un monumento a San Martín y por lo menos cuatro Bancos. Vendimos 15 lotes en total. Tres mil quinientos en la mano y 24 cuotas de mil. En los meses que siguieron vendimos otros 30 pero llegó el invierno y con las primeras lluvias un arroyito de esos que nunca faltan se salió de madre y de la noche a la mañana el desierto se transformó en un lago, casi en un mar interior. La policía tuvo que sacar en un bote a un tipo que había levantado una casilla.

De la calle Lima nos mudamos a la calle Piedras. De Piedras a Bolívar. De Bolívar a Golfarini, que en realidad es una calle que no existe. Su verdadero nombre es Giuffra pero todo el mundo la conoce por Golfarini. Para Requena era una cosa u otra según los casos. Golfarini cuando tenía que cobrar y Giuffra en todos los demás. Les digo, de paso, que si quieren conocer una calle de la vida vayan alguna vez por ahí.

A todo esto yo apenas si pisaba el departamento de México. Estaba todo el día en la calle o en uno de esos desiertos que loteaba Requena, marcando calles o clavando banderitas o plantando un letrero y atendiendo al mismo tiempo a los tipos. Era una vida vagabunda. Sólo que yo no era un vago propiamente dicho sino como un tipo perdido, hasta que tomara la medida justa de la tierra. Dormía en cualquier parte y comía salteado. Eso puede desmoralizar a cualquiera, para mí, en cambio, fue un gran aprendizaje. Uno duerme y come más de la cuenta.

No me voy a poner en moralista ahora. Precisamente estoy echado sobre la tierra hace un par de horas sin hacer nada, como no sea pensar en esto que les digo. Además aunque no estuviera tirado aquí tampoco haría nada. En el sentido de la bosta, se entiende. De manera que soy el menos indicado para echarles un sermón, aparte de que me importa un queso. Pero quiero poner las cosas en su lugar. Hay que dejar que el cuerpo se maneje solo y no estarle todo el día encima. En ese caso se vuelve un estorbo y nos planta cuando todavía nos quedan un par de cosas por hacer. Eso fue lo que aprendí entonces. Cuando menos atención le prestaba más liviano y alegre se volvía. Es justo el cuerpo que necesita un vago.

Las pocas veces que aparecía por mi casa (para llamarla de algún modo) entraba o salía el administrador. Sigue siendo un detalle. Margarita había dado vuelta el televisor contra la pared y no se habló más del asunto. En realidad tampoco hablábamos de otra cosa. No parecía guardarme rencor sino que se mostraba más bien solícita. Tal vez yo hubiera preferido que me regañara porque así me resultaba casi una desconocida, pero no tiene importancia. Cenamos una vez en casa del administrador y otra el tipo cenó en la nuestra. Ambos se interesaron

juiciosamente en mi nueva vida y, supongo que por casualidad, también ellos hablaron del futuro. A cada rato nos mirábamos y sonreíamos. Dimos vuelta el asunto de todos lados pero la verdad que no daba para mucho.

Lo de Requena tenía que terminar tarde o temprano, si es que iba a seguir mi camino. Fue por la venta de unos lotes en Garín. Trescientos veinte fabulosos lotes, 2ª serie, barrio Los Tilos, sobre ruta pavimentada, 3 cuotas de anticipo y posesión 3 cuotas más. Los tilos brillaban por su ausencia y la ruta pavimentada era sólo un proyecto del año 34, pero de cualquier forma los lotes eran muy buenos. En una sola tarde vendimos 54 lotes. Yo mismo compré uno de tan entusiasmado que estaba con lo que decía. Y eso fue lo que me salvó. Los lotes eran buenos, como dije, pero resulta que ya habían sido vendidos en un loteo anterior. Cuando cayó la taquería estaba solo en la oficina y me salvé por un pelo porque, perdido por perdido, les mostré la boleta y les dije que era uno de los candidatos.

No sé qué se habrá hecho de Requena pero donde quiera que esté allá va la vida. Era un gran tipo, a pesar de todo, y estaba vivo de la cabeza a los pies. Al principio, después que me largué solo, si alguna vez me sentía descorazonado pensaba en Requena y las cosas volvían a sonreír. Yo sé que debe estar en alguna parte sobre esta misma tierra hablando sobre el futuro y el día que vendrá y espero toparme con él un día de éstos, en la primera vuelta del camino. Había llegado mi momento. Con la poca plata que pude arañar en los bolsillos me compré una bicicleta de paseo. Ustedes se preguntarán qué tiene que ver en esto una bicicleta. Si quena largarme todo lo que debía hacer era tomar el primer camino que se me pusiera por delante.

Tienen razón. Sin embargo todavía estaba lleno de dudas y vacilaciones, es decir, en el fondo aún tomaba en cuenta a la bosta. De manera que me compré una bicicleta, como digo, le reforcé el cuadro, le alargué el portaequipaje, me conseguí un equipo de boy scout, me saqué una foto e hice imprimir un centenar de hojas en las cuales anunciaba mis propósitos, daba una serie de detalles sobre la bicicleta, fijaba metas y objetivos, recomendaba el uso de gomas Pirelli, por lo cual me habían pagado unos pesos, y terminaba con un par de consejos que saqué de un libro titulado *La mansedumbre de las flores* que me había regalado Margarita cuando andábamos de novios, seguramente para impresionarme.

Cuando estuve listo le anuncié mis proyectos a Margarita para ver la cara que ponía.

Contra lo que esperaba, le pareció la mejor idea que había tenido en toda mi vida. Entre ella y el administrador me ayudaron a terminar lo que faltaba, me proveyeron de vituallas y dinero, me sugirieron rutas prolongadas y desconocidas y, por fin, una neblinosa mañana de abril me despidieron junto con un grupito de curiosos que se había reunido en la vereda. Di una vuelta a la manzana seguido por un par de chicos y cuando pasé frente a la casa Margarita ya había desaparecido. Levanté una mano de cualquier forma y dije adiós a aquella vida.

No voy a contarles los pormenores del viaje pero, en general, la pasé bien y todavía le estaría dando a los pedales si no fuese que estaba hecho para otra cosa. Es necesario que entiendan esto. Tengo en un gran concepto a los andarines, exploradores, raidistas y demás gente por el estilo, pero un vago es otra cosa. No establezco comparaciones. Son algo distinto, simplemente. Desde afuera parece todo lo contrario. Por eso comencé yo en esa forma, porque veía las cosas desde afuera.

Por un tiempo me encontré a gusto con aquella vida. La gente me trataba bien. No me tomaba muy en serio pero estoy seguro de que más de uno habría cambiado su maldita jaula por mi bicicleta Alpina. A ése le digo que todavía está a tiempo.

Allá iba yo silbando y pedaleando y el mundo tiraba de mí alegremente. Hasta que un día la verdad me golpeó en la cabeza, así de rápido y simple. Y fue el día que vi un verdadero vago tumbado al costado del camino. Estaba echado así como yo en este momento y aunque seguramente era la única persona que veía en mucho tiempo no se le movió un pelo cuando pasé junto a él arrastrando una nube de polvo. Sin embargo me bastó mirarlo a los ojos y comprendí en el acto. Yo iba de un punto a otro, él sencillamente estaba tumbado en el centro del mundo. Quiero decir que para mí las cosas se resolvían en distancias, estaban más o menos lejos y yo más o menos cerca, pero por mucho que me moviera no iban a cambiar demasiado.

No pretendo que me comprendan, pero con sólo que hagan un esfuerzo sabrán lo que digo. Algunos, por supuesto. Los que todavía están vivos pero con el agua al cuello.

Vendí la bicicleta en el primer pueblo que me salió al paso y volví al camino nada más que con lo que tenía puesto. Desde ahí arranca mi verdadera historia porque en cierta forma acababa de nacer. No les voy a contar esa historia porque sólo tiene sentido para un vago.

Veo una nube de polvo en la punta del camino. Debe ser un camión.

Solamente les digo esto. No tengo nada, de manera que tampoco tengo de qué preocuparme, lo poco que recuerdo, en los términos de ustedes, lo recuerdo como si fuera de otro y si miro para adelante pues sencillamente no espero nada, lo cual es la mejor manera de estar preparado para lo que sea. Debiera explicar lo que entiendo por estar preparado porque es un término más bien de ustedes pero no vale la pena y además el camión está cerca.

Es un camión, efectivamente.

Mi cuerpo se pone de pie liviano y contento. Es la ventaja que les decía. Eso me tiene constantemente de buen humor o a lo sumo de un humor melancólico, lo cual me ayuda a pensar en todas estas cosas que me enseña el camino. Estoy limpio y vacío en medio de él, de manera que siento la tierra como nadie podría hacerlo en este momento, excepto otro vago.

El tipo me debe haber visto y tal vez se alegre porque viene solo. Extiendo mi admiración por los raidistas a los camioneros también. Por lo menos cuando están en el camino se parecen más a nosotros que a ustedes. Lo digo sin rencor.

No sé a dónde me llevará ese camión ni qué será de mí el día de mañana. La verdad que el día de mañana no existe para mí y creo que por eso me siento vivo.

Levanto la mano y el camión se detiene.

Hace un rato era una mancha borrosa al extremo del camino. Sé que en este punto mi vida se cruza con la del tipo que trae encima y que a partir de ahora me nace otra vida, por así decir. Sé también que como estoy limpio y vacío le sacaré todo el gusto posible.

Así una vez y otra vez.

El tipo abre la puerta y agita una mano.

¡Allá voy, donde sea!

Con gringo

Los vi cuando salieron del monte, apenas hace un rato. Vi al grupito de batidores con el capitán al frente. Después desaparecieron porque el camino baja y lo tapan los árboles, pero acabo de ver ahora mismo la nube de polvo que levantan a la entrada del pueblo. El capitán sobresale de la gente y la polvareda.

El coronel atraviesa la calle abrochándose la bragueta seguido por el resto de los milicos que dormían la siesta. Alguien pegó un grito y la gente abre paso a los soldados que vienen pateando el polvo por el medio de la calle con aquel pálido y ojeroso capitán montado en una muía.

Recién ahora que están más cerca veo al otro jinete. No se parece a nadie, quiero decir a toda esa gente que no se parece a nosotros, por más que los parió la misma tierra. Cabalga como dormido. Tiene las piernas envueltas en unos trapos y una melena aceitosa que le cae hasta los hombros. Por los andrajos más bien es igual a nosotros.

Detrás del hombre viene el gringo con el pañuelo debajo de la gorra. Tropieza una vez y levanta la cabeza y se acomoda los anteojos que brillan como dos fogonazos.

Cuando pasan frente a la iglesia, el sol, que cae a plomo, los borra de golpe. Sólo queda en el aire la cabeza del capitán, blanca de polvo, con un par de huecos que le hundan la cara. Después viene la cabeza del hombre que se bambolea a un lado y otro, como el Cristo de Lagunillas la vez que lo sacan para la Cuaresma y lo pasean de una punta a otra del pueblo. Tiene la misma cara de muerto de hambre, la misma barba silvestre.

La gente los sigue de lejos porque el gringo se vuelve a cada rato y los espanta con el puño. Un perro se le cruza en el camino y le larga un puntapié. El perro rueda entre las patas de las muías con un alarido y el jinete se tumba a un lado. El gringo levanta los brazos pero no llega a tocarlo porque el capitán, sin volverse, alarga la mano y lo acomoda en la montura.

El hombre ha abierto los ojos, o ya los traía abiertos y recién me doy cuenta porque lo tengo enfrente. Mira adelante, es decir, no mira un carajo, como si cabalgara solo en medio del polvoriento camino que viene de Valle Grande y atraviesa Higueras, que casi no es un pueblo, que casi no es nada, y se pierde a lo lejos en dirección a otra nada más grande.

Pasa el gringo, pequeño y taciturno y antes pasaron los milicos pateando el polvo con un quejoso zangoloteo de trapos empapados y correaes sudorosos y ahora pasa la gente que se apretuja y cuchichea al final de la cola. Delante cabalga el capitán, flaco y pálido como la muerte, y al lado cabalga a los tumbos aquel jinete zaparrastroso. Las piernas le cuelgan de la muía como si fueran enteramente de trapo.

Ahora que ha pasado me pregunto a quién se parece. En todo caso se parece al Cristo macilento de Lagunillas, que en esto del hambre se parece a todos nosotros. Se han parado frente a la escuela. El coronel hace un ademán y los milicos se vuelven contra la gente que reula al otro lado de la calle.

El gringo, de atropellado, pecha al coronel, que se frota la cara y dice carajo. Los demás se han quedado quietos, hasta la gente. Miran al hombre mientras el sol les recalienta los sesos. Entonces grita algo en cocoliche, el gringo, y sus ojos líquidos saltan hasta el medio de la calle. El capitán ladea apenas la cabeza, desmonta y se sacude el polvo.

En esto el hombre se vuelve y el sol le agranda la cara y aunque está del otro lado de la calle veo el relumbrón de sus ojos, espesos y húmedos por la calentura. La boca se le enrosca en el hueco de la barba pegoteada de sudor y de polvo. Es que sonrío, aunque nadie lo entienda.

El capitán suelta una orden por lo bajo. Un par de milicos lo bajan de la muía, aguantándolo con el hombro, y se lo llevan hasta la escuela. El gringo los sigue y alarga la mano cuando los milicos se paran, pero no se anima a tocarlo.

El coronel empuja la puerta con un pie y lo meten adentro. Los milicos lo meten porque el coronel apenas asoma la cabeza y, no bien salen, vuelve a cerrarla.

Ahora, el sol está justo en lo alto y los milicos se adormecen con el resplandor que brota del aire. El gringo se ladea la gorra y mira por uno de los boquetes que hay en la pared.

El sol me embroma la vista. Tal vez es por eso que veo aquellos ojos colgados del aire. Después veo toda la cara con esa sonrisa inmóvil no sé si de burla o tristeza. Es una cara grande como esta tierra a la que nadie entiende tampoco.

Por la tarde llegó el Toyota cargado de oficiales. Entró a los pedos levantando una nube de polvo que borró la mitad del pueblo y paró de golpe frente a la escuela. Entonces la nube le dio alcance y sonaron ruidos y gritos como si detrás hubiera otro pueblo, un verdadero pueblo. El coronel salió de la nube y se puso a gritar más fuerte que todos. Saludaba para un lado, gritaba para el otro.

Ahora que la nube se ha ido, se ha ido el ruido también porque el sol le pone a uno la sangre pesada. Los oficiales están parados al lado del Toyota, se sacuden el polvo y miran con curiosidad al gringo, que habla en lugar del coronel. Supongo que es así porque el coronel dejó de hablar cuando apareció el gringo y lo mira con cara de aburrido mientras el otro manotea el aire.

Uno de los oficiales se apoya contra la pared como si fuera a mear. En realidad está mirando por uno de los agujeros. Miran uno tras otro.

Yo no necesito mirar, ni siquiera necesito abrir los ojos pero veo mejor que ellos porque los deslumbrala luz. El hombre está sentado en el suelo con la espalda contra la pared y la penumbra le agranda las pupilas como puños. Hay algo que ahueca sus ojos y enciende una llama al final, algo que está en el aire que lo rodea, que brota de su cabeza de león, la cual no cabe en aquel agujero, no cabe ni siquiera en Higueras.

Uno de los oficiales entra en la escuela, tras otra patada del coronel en la puerta, pero no tarda en salir con la cara alborotada. Entran y salen y el coronel dice otra vez carajo.

Por el lado de la quebrada se siente el abejorreo de la avioneta. Lo he oído a ratos durante la mañana, antes que trajeran al hombre, ya que es evidente que no salió de él venir hasta Higueras. En general no sale de nadie, hay que decirlo.

Acaba de llegar un camión cargado de milicos.

Hace un rato los oficiales se marcharon al almacén y la calle se ha vuelto a quedar vacía. Hay más soldados que otras veces pero acaso el calor y esta luz que vela las figuras dan esa impresión.

Sale un milico del almacén y un poco antes he oído la voz apretada del gringo pero aquí el polvo y el silencio son demasiado viejos, de manera que no sé si lo he oído o más bien se me hace porque estoy acostumbrado a ponerles voces y palabras a las cosas justamente de mudas que están.

Los oficiales acaban de irse. Montaron en el Toyota rápidamente y cuando pasaron frente a la escuela la nube de polvo ya los había tapado. Después se fueron los soldados. No es que se fueran. El coronel pegó un grito y ellos se pusieron en fila, tomaron distancia como para que calzaran sus sombras entre uno y otro, de modo que parecía un verdadero ejército, y después de otro grito se marcharon para Masicuri. No es que se marcharan para Masicuri tampoco. Porque doblaron detrás de la última casa y si fueran para Masicuri los estaría viendo todavía sobre el camino, un hombre, una sombra, otro hombre, otra sombra.

El coronel se ha vuelto a meter en el almacén y ahora no se ve a nadie realmente. Es decir, veo tan sólo el rostro del hombre que sonrío cortito desde un tapial, desde el polvo de la calle, desde una punta y otra del camino.

Esto es Higueras, este silencio. Acaso esa cara tan grande como la tierra.

El capitán aparece en la puerta del almacén, blanco y ojeroso y casi transparente por la luz que lo enciende de la cabeza a los pies. Se vuelve lentamente y camina en dirección a la escuela con la metralleta pegada a una pierna. Los botines claveteados levantan una nubecita de polvo pero no hacen ruido. Antes de entrar suelta el seguro y apoya una mano en la puerta. Sin embargo, no se mueve de ahí, como si hubiera perdido la memoria, que es lo que tarde o temprano se pierde en esta soledad.

De pronto comienza a repicarla campana de la iglesia y el capitán empuja la puerta. Los campanazos ruedan por la calle desierta como piedras y recién al tiempo me pregunto qué mierda estarán celebrando y en el mismo momento, mientras ruedan y golpean contra los

tapiales y yo me pregunto y miro el negro hueco de la puerta, siento como un ruido de ramas que se quiebran en medio de los campanazos, un rebote áspero y entrecortado, mientras ruedan y golpean celebrando tal vez una fiesta nueva.

La espera

La pista es un trazo preciso entre el cielo y la tierra. Una nube negra y afilada corta el cielo algunos metros más arriba. Hace una hora estaba mucho más alto y era mucho más fina pero ha ido descendiendo poco a poco y sus bordes se esfuman a medida que declina la luz. Una racha sacude el pasto cada tanto y entonces la pista se fija y endurece. Queda un resplandor a la derecha que se evapora rápidamente.

Son las 17:35. El avión trae algunos minutos de retraso.

Hay dos hombres inmóviles al borde de la plataforma. El viento hincha sus mamelucos azules. Uno de los hombres se corre hacia los canteros de la izquierda. Ahora la calle de rodaje aparece claramente porque la mitad del hombre la ocultaba casi por entero. Breve y oscura desemboca en una punta de la plataforma surcada por gruesas venas de alquitrán.

Los canteros conservan algunos parches verdes pero el resto del césped está seco igual que el pasto que parece sencillamente muerto. El césped ha desaparecido de los bordes que dan sobre la plataforma. En su lugar hay unos cantos de tierra raída con algunas manchas de petróleo. Hay también un par de extinguidores rojos.

Otro hombre traspone la puerta vidriera y trepa al montacarga pintado a barras amarillas y negras, igual que el grupo electrógeno, ubicado a la izquierda. La puerta al abrirse deja penetrar una bocanada de aire helado. El húmedo corazón de junio.

El hombre del montacarga habla y gesticula aunque no se escucha nada porque la puerta ha vuelto a cerrarse. Luego mira el reloj y queda en silencio.

En el centro de cada cantero hay un arbusto cubierto de polvo que se sacude elásticamente a cada golpe de viento. Los dos se sacuden al mismo tiempo, por supuesto, y en la misma forma, lo cual provoca una repentina animación. El cantero de la derecha tiene un cartel de letras esmaltadas que dice Bienvenido.

17:40

El montacarga se desplaza de derecha a izquierda y junto con el hombre cambia de forma al pasar detrás de uno de los vidrios.

Una calzada de baldosas conduce desde las puertas hasta la plataforma. Por allí pasó el hombre del montacarga. Junto a las puertas, apenas detrás de los vidrios y a cada lado de la calzada, hay dos macetones de cemento recién terminados y vacíos. Con todo uno de ellos tiene una punta saltada.

Una voz sobresale del plumoso murmullo que flota en el hall, lo cruza de un lado a otro y se interrumpe bruscamente.

En el fondo del macetón de la izquierda, en el ángulo detrás del cual comienza la calzada, hay un grillo de campo que ha caído con la idea de que saltaba a un lugar más seguro, posiblemente una verdadera maceta. Está de espaldas y trata de volverse pero tan sólo consigue girar en redondo. Agita las patas, que brillan como delgadas llamas negras. Las agita rápidamente y entonces gira el cuerpo. Luego descansa y las patas se elevan y se separan muy despacio y por fin se queda quieto. Se oye un chasquido en los parlantes y la línea permanece abierta unos segundos pero no hay anuncios. Acaba de entrar un hombre que se dirige hasta el mostrador de despacho.

El maletero pesa unas valijas y abrocha las etiquetas con calma.

Algunos pasajeros están sentados en el inmenso y lustroso sofá que penetra como un espigón en la vacía claridad del hall, otros beben y charlan en la penumbra del bar, unos pocos aguardan de pie frente a las vidrieras.

Dos monjas sentadas en un extremo del sofá cuchichean inclinándose la una sobre la otra. Están muy juntas y no apoyan las espaldas en el respaldo. Sus afilados rostros asoman de la mancha oscura que forman sus hábitos y miran el mundo con recelo. Hay un maletín a cada

lado de ellas, sobre el suelo. Sus combados zapatos con el cuero rugoso y gastado salen y entran por debajo de sus hábitos.

El cielo se ha oscurecido otro poco y el viento sopla ahora en forma constante. La nube negra está justo encima de la pista pero no parece la misma nube. Se ha hinchado y ha empalidecido y antes de que alcance la pista se habrá borrado por completo.

El grillo que ha permanecido rígido y en apariencia muerto comienza a mover las patas. Las mueve y sacude el cuerpo con nueva resolución. Casi consigue darse vuelta. De todas maneras si lo consigue todavía le queda por delante alcanzar el borde de la maceta.

El murmullo adormecido del hall crece de golpe y los pasajeros se animan a un mismo tiempo. El montacarga arranca hacia el centro de la plataforma y los otros dos hombres caminan detrás de él.

El avión acaba de aparecer sobre la cabecera de la pista. De golpe está allí, suspendido del aire, casi inmóvil, sin transición ninguna, leve y gris como el resto del paisaje.

Un agudo chisporroteo estalla en lo alto de las paredes y la voz nasal de una mujer anuncia la llegada de la máquina en vuelo desde Buenos Aires. Es todo de una blanda y absoluta precisión.

El avión se posa sobre la pista en mitad del anuncio. Sólo algo después cuando la voz se interrumpe se escucha la inversión del escape.

17:45

Algunos pasajeros se encaminan hacia las puertas. Las monjas se han puesto de pie y avanzan en una misma línea sin despegarse.

El avión se mueve como un gran pez en la suave cavidad de la tarde. Trae encendido el faro anticolidión que cada tres segundos tiñe de rojo un sector de fuselaje. La luz se derrama por la combada superficie y enciende los perfiles del ala con un resplandor que resbala hasta la punta. Sin detener la marcha gira sobre sí mismo y emboca la calle de rodaje. La roja luz crispada salta ahora a un lado y otro. Una ala roja, una ala blanca. Un sucio resplandor brota del suelo pero la cinta de cemento lo borra en el acto.

Recién en mitad del rodaje se siente el ronquido de la turbina y los vidrios de las puertas se animan con un temblor escamoso.

El rumor de la sala se retrae a cada nuevo ruido pero vuelve a crecer, fluye rítmicamente como una gran respiración. Desde que apareció el avión ha ido subiendo de tono aunque la gente es la misma y salvo unos pocos no ha cambiado de lugar, ni siquiera de actitud.

El grillo está inmóvil. Sus afiladas patitas apuntan a su pequeño cielo. El fondo de la maceta es un recuadro gris, impreciso. De hecho dentro de la maceta es de noche.

El avión ingresa a la plataforma con otro giro, de pronto enorme y vivo. Ya no es una silueta silenciosa que se desliza sobre el filo de la pista. El ruido de la turbina borra el resto de los sonidos.

Una de las monjas habla a la otra en la oreja. Un alegre espanto contrae sus rostros blandos y cerosos.

La turbina se corta y solamente queda en el aire el zumbido del grupo electrógeno del avión. Los demás ruidos recobran su lugar.

El avión ha quedado inmóvil en medio de la plataforma.

Los hombres de mameluco corren hacia él empujando una escalera, pero a medida que se alejan sus figuras se borran y se emparejan con la penumbra que hay a ras del suelo. Queda un poco de claridad muy en lo alto pero si uno mira el avión fijamente nota un borde de sombras.

La suave y bruñida mole comienza a opacarse. Han apagado la luz del faro anticolidión y por arriba despiden un brillo empañado que oprime el borde de sombras. El tren de aterrizaje desaparece en la oscuridad que sube del suelo de manera que parece colgado del aire. Incluso parece que volara resbalando sobre sus propias líneas, pura sustancia.

Repentinamente se encienden las luces de la plataforma y el paisaje se encoge y se vira al amarillo. El avión se despega de las sombras y se brota de resplandores. La luz viene de arriba, pareja. Los límites con la oscuridad son precisos. En lo alto hay una zona negra que va

de un lado a otro con una veladura en el medio. La noche. Debajo el aire es distinto. Ni día ni noche. El avión está exactamente en el centro de esa neblina amarilla.

Los bordes de la maceta se recortan ahora con firmeza. La luz no llega adentro en forma discreta. Una claridad inanimada suaviza los ángulos y borra el fondo de manera que el grillo, un punto negro con dos agudos puntitos blancos a cada lado de la cabeza, flota en el aire. Ha logrado darse vuelta en algún momento. Salta. Un poco más alto. Un poco más alto, un poco más bajo.

Se abre una puerta al costado del avión y pasa un rato antes de que aparezca alguien. Lo que aparece en primer lugar brotando del negro boquete es una escalera automática. Recién cuando se posa sobre el piso resulta definitivamente una escalera automática.

Una camarera asoma la cabeza pero baja en primer lugar un hombre de uniforme que se dirige hacia las puertas a paso rápido. La gente se aparta cuando alarga el brazo hacia los vidrios y una bocanada de aire nocturno penetra en la sala. Aparece un pasajero en lo alto de la escalera. Permanece allí un instante deslumbrado por la luz, aturdido por el aire y la altura. Aguanta el sombrero con una mano y baja arrastrando a los demás. Algunos se adelantan sin mirar a nadie. Otros charlan entre sí y aun se detienen en medio del viento. Una muchacha saluda con un brazo en alto hacia las puertas. La gente se aparta otro poco y las puertas se abren y cierran con un ruido aspirado y un gran brillo que se dispara hacia afuera.

Algunos de los tipos pasan cerca de la maceta. Uno de ellos se detiene apenas a unos centímetros y todavía se acerca otro poco y roza la maceta con un pie cuando lo alcanza otro pasajero que venía detrás y charlan un momento allí pero nadie repara en el grillo ni el grillo ve nada de esto porque salta y salta pero jamás alcanza el borde. Cada tanto para de saltar y mira tozudamente la pared y da la impresión de que piensa. Después vuelve a saltar. Más alto. Más bajo.

El último pasajero atraviesa la playa a la carrera cargado de paquetes. El montacarga cruza el espacio iluminado con el equipaje de los pasajeros que embarcan en el próximo vuelo.

El murmullo del hall se ha ido expandiendo como un resorte pero ha llegado a su punto más alto porque no pasa de ahí. Pequeños centros nerviosos reverberan aquí y allá.

Afuera una hilera de balizas corta la oscuridad a una profundidad imprecisa. El avión está solo. Es una imagen fosforescente que ahonda la noche, mera luz, impulso, aire inflamado.

Ocurre que el borde de sombras que rodea la luz es más espeso y más negro y ésa es la noche, ese negro espacio donde yacen personas y sucesos.

El grillo está quieto en el fondo de la maceta y mira la pared.

Hay todavía un avión a las 10 y 30.

Ahora el resorte comienza a descender y una parte del murmullo se alarga en dirección a las puertas de salida.

Vuelven a sonar unos golpecitos en los parlantes y el murmullo desciende otro poco. Se detiene de hecho. Algo después la misma voz de antes anuncia la salida del avión con destino a Buenos Aires.

El grupo de pasajeros que aguarda junto a las puertas se alinea trabajosamente, levanta la voz después que enmudecen los parlantes pero aun así es más notable el silencio que los rodea y los aparta y ha ido invadiendo el resto del hall. Las monjas observan a un costado de la fila. Un señor les hace lugar con una inclinación de cabeza y ellas se introducen a un mismo tiempo, mirando de reojo a cada lado.

El grillo se rasca la cabeza con sus patas delanteras y mira la pared. Pega un gran salto pero vuelve a quedarse quieto.

Los pasajeros entran en la luz amarilla y se dirigen en fila hacia el avión. El hombre del uniforme sube en último lugar.

La escalera automática se despegas del suelo y se pliega sin ruido. Desaparece en el hueco de la puerta con la misma exactitud con que salió de allí empujando sus quebradas líneas por el aire. La puerta se cierra con igual precisión apenas termina de entrar la escalera.

Hay un instante de total inmovilidad y el tiempo se suelda allí, se concentra en un solo punto.

Bruscamente se dispara la turbina de la derecha y las cosas se dilatan y comprimen con una gigantesca palpación amarilla.

Los vidrios de las puertas tiemblan y crepitan como un fuego. Cuando se dispara la segunda turbina el temblor se aprecia a simple vista.

El grillo palpa el aire con sus antenas sorprendido tal vez por el ruido que crece aún más y casi borra las cosas que se vuelven trazos y líneas y ondulantes colores.

Las manos del señalero se alzan en el aire y el avión arranca con un simple impulso, vira frente a la calle de rodaje y se interna en la oscuridad entre la doble hilera de luces azuladas. El ruido se aleja con él. Vira nuevamente y resbala a lo largo sobre la primera fila de balizas blancas. El destello del faro anti colisión puntea la oscuridad más encarnado a medida que la silueta del avión se desvanece y por fin se borra. La luz se detiene en un extremo, a la derecha, y permanece allí un tiempo, una gruesa gota de fuego. Luego la luz se embala con un rumor sordo que crece desde las sombras y en mitad de la pista la silueta del avión se recorta por un instante a algunos metros de altura.

El ruido se dilata como una mancha y abarca toda la noche y rodando y golpeando se prolonga en una oscura vibración.

El aeropuerto ha quedado en silencio. Parece algo definitivo. Las cosas están ahí mudas y fijas bajo esa luz amarilla que marca sus bordes con precisión.

Se escucha una voz. El sonido rebota en las paredes del hall y se sofoca detrás de una puerta.

Afuera se apagan algunas luces. Detrás de los vidrios y a lo largo de las puertas se extiende una franja de sombra.

La maceta es un hueco de cenizas.

Recién al rato se advierte un punto negro que se agita y revuelve en el fondo.

El puntito negro salta en la oscuridad. Salta en la oscuridad. Salta en la oscuridad.

La balada del álamo Carolina

*A mi madre, doña Petrolina Lombardi de Conti,
y a la ciudad de Chacabuco, mi pueblo.*

Ciruelo de mi puerta, si no volviese yo,
la primavera siempre volverá.
Tú, florece. (*Anónimo japonés*)

Uno piensa que los días de un árbol son todos iguales. Sobre todo si es un árbol viejo. No. Un día de un viejo árbol es un día del mundo.

Este álamo Carolina nació aquí mismo, exactamente, aunque el álamo Carolina, por lo que se sabe, viene mediante estaca y éste creció solo, asomó un día sobre esta tierra entre los pastos duros que la cubren como una pelambre, un pastito más, un miserable pastito expuesto a los vientos y al sol y a los bichos.

Y él creyó, por un tiempo, que no iba a ser más que eso hasta que un día notó que sobrepasaba los pastos y cuando el sol vino más fuerte y templó la tierra se hinchó por dentro y se puso rígido y sentía una gran atracción por las alturas, por trepar en dirección al cielo, y hasta sintió que había dentro de él como un camino, aunque todavía no supiese lo que era eso, lo supo recién al año siguiente cuando los pastos quedaron todavía más abajo y detrás de los pastos vio un alambrado y detrás del alambrado vio el camino, que es una especie de árbol recostado sobre la tierra con una rama aquí y otra allá, igual de secas y rugosas en el invierno y que florecen en las puntas para el verano, pues todas rematan en un mechoncito de árboles verdaderos.

Por ahí andan los hombres y el loco viento empujando nubes de polvo. También ya sabía para entonces lo que era una rama porque, después de las lluvias de agosto, sintió que su cuerpo se hinchaba en efecto aquí y allá y una parte de él se quedó ahí, no siguió más arriba, torció a un lado y creció sobre la tierra de costado igual que el camino.

Ahora es un viejo álamo Carolina porque han pasado doce veranos, por lo menos, si no lleva mal la cuenta. Ahora crece más despacio, casi no crece. En primavera echa las hojas en el mismo sitio que estuvieron el otro verano y por arriba brotan unas crestitas de un verde más encarnado que al caer el sol se encienden como por dentro, pero él ahora no pretende más que eso, esa dulce luz del verano que lo recubre como un velo. Y dentro de esa luz está él, el viejo álamo, todo recuerdo. De alguna manera ya estaba así hace doce veranos cuando asomó sobre la tierra y crecer no fue nada más que como pensarse. Sólo que ahora recuerda todo eso, se piensa para atrás, y no nace otro árbol. En eso consiste la vejez. Verde memoria.

Ahora es el comienzo del verano justamente y acaba de revestirse otra vez con todas sus hojas, de manera que como recién están echando el verde más fuerte (son como pequeños árboles cada una) por la tarde, cuando el sol declina y se mete entre las ramas el álamo se enciende como una lámpara verde, y entonces llegan los pájaros que se remueven bulliciosamente entre las hojas buscando dónde pasar la noche y es el momento en que el viejo álamo Carolina recuerda.

A propósito de la noche, los pájaros y el verano. Recuerda, por ejemplo, a propósito de los pájaros, el primero de ellos que se posó sobre la primera rama, que ha quedado allá abajo pero entonces era el punto más alto, ya casi no da hojas y es tan gruesa como un pequeño árbol. En aquel tiempo era su parte más viva y sintió el pájaro sobre su piel, un agitado montoncito de plumas. Descansó un rato y luego reemprendió el vuelo. Recién dos veranos después, cuando divisó la primera casa de un hombre y detrás de ella la relampagueante línea del ferrocarril, una montera armó un nido en la horqueta de la última rama. Cortó y anudó ramitas pacientemente y así el álamo se convirtió en una casa, supo lo que era ser una casa, el alma que tiene una casa,

como antes supo del camino y del alma del camino, ese ancho árbol florecido de sueños. El nido se columpiaba al extremo de la rama y él, aunque gustaba del loco viento de la tarde, procuraba no agitarse mucho por ese lado, le dio todo el cobijo que pudo, echó para allí más hojas que otras veces.

Al final del verano los pichones saltaron del nido y los sintió desplazarse temblorosos sobre la rama con sus delgadas patitas, tomar impulso una y otra vez y por fin lanzarse y caer en el aire como una hoja. Un árbol en verano es casi un pájaro. Se recubre de crocantes plumas que agita con el viento y sube, con sólo desearlo, desde el fondo de la tierra hasta la punta más alta, salta de una rama a otra todo pajarito, ave de madera en su verde jaula de fronda.

Ese verano fue el mismo del ferrocarril. Antes viene la casa. No vio la casa por completo, ni siquiera cuando, años después, trepó mucho más alto, sino lo que ve ahora mismo desde el brote más empinado, un techo de chapas que se inflama con el sol y una chimenea blanca que al atardecer lanza un penacho de humo. A veces el viento trae algunas voces.

Con todo él ha llegado hasta la casa en alguna forma, a través de las hojas de otoño que arrastra el viento. Con sus viejos ojos amarillos ha visto la casa aun por dentro, ha visto al hombre, flaco y duro con la piel resquebrajada como la corteza de las primeras ramas, la mujer que huele a humo de madera, un par de chicos silenciosos con el pelo alborotado como los plumones de un pichón de montera.

Con sus viejas manos amarillas ha golpeado la puerta de tablas quebradas, ha acariciado las descascaradas paredes de adobe encalado, y mano y ojo y amarillas alas de otoño ha corrido delante de la escoba de maíz de Guinea y trepado nuevamente al cielo en el humo oloroso de una fogata que anuncia el frío, el tiempo dormido del árbol y la tierra.

El ferrocarril pasa por detrás de la casa pero hubo de trepar hasta el otro verano, cuando volvieron las hojas y los pájaros, para entrever el brillo furtivo de las vías cortando a trechos la tierra. Ya había sentido el ruido, ese oscuro tumulto que agitaba el suelo porque el árbol crecía tanto por arriba como por debajo. Por debajo era un árbol húmedo de largas y húmedas ramas nacaradas que penetraban en la tibia noche de la tierra.

Por ahí vivía y sentía el árbol principalmente, por ahí su día era un día del mundo, así de ancho y profundo, porque la tierra que palpitaba debajo de él le enviaba toda clase de señales, era un fresco cuerpo lleno de vida que respiraba dulcemente bajo las hojas y el pasto y sostenía cuanto hay en este mundo, incluso a otros árboles con los cuales el viejo álamo Carolina se comunicaba a través de aquel húmedo corazón.

Al este, por donde nace el sol, había un bosque. Lo divisó una mañana con sus ojos verdes más altos y todas sus hojas temblaron con un brillo de escamas. Era un árbol más grande, el más grande y formidable de todos. Al caer la tarde, con el sol cruzado barriendo oblicuamente los pastos que parecían mansas llamitas, los árboles aquellos ardieron como un gran fuego. Por la noche, el álamo apuntó una de sus delgadas ramas subterráneas en aquella dirección y recibió la respuesta. No era un árbol más grande, era un bosque, es decir, un montón de ellos, tierra emplumada, alta y rumorosa hermandad.

¿Por qué no estaba él allí? ¿Por qué había nacido solitario? ¿Acaso él no era como un resumen del bosque, cada rama un árbol? Todas estas preguntas le respondió el bosque, sus hermanos, noche a noche. Esta y muchas otras porque a medida que se ponía viejo, en medio de aquella soledad, se llenaba de tantas preguntas como de pájaros a la tardecita. Los árboles no duermen propiamente, se adormecen, sobre todo en invierno cuando las altas estrellas se deslizan por sus ramas peladas como frías gotas de rocío. Es entonces cuando sienten con más fuerza todas aquellas voces y señales de la tierra.

Los animales de la noche salen de sus madrigueras y roen la oscuridad, un pájaro desvelado vuela hacia la luz de una casa, un bulto negro trota por el camino, los grillos vibran entre los pastos como cuerdas de cristal, un perro aulla en la lejanía, el hombre se da vuelta en la cama y piensa cuántas fanegas dará el cuadro de trigo.

En este mismo momento, en esta noche tan quieta, la semilla está trabajando ahí abajo, el árbol la siente germinar, siente su pequeño esfuerzo, cómo se hincha y se despliega y recorre, pulgada por pulgada, el mismo camino que ha trazado el deseo del hombre, que ha vuelto a dormirse y sueña con una suave marea de espigas amarillas.

Y fue por ahí, por la tierra, que el árbol tuvo noticias del ferrocarril cuando un día sintió ese tumulto que subió por sus raíces. Tiempo después, luego de divisar la morada del hombre, vio por fin aquella alocada y ruidosa casa que con chimenea y todo corría sobre la tierra, y supo por ella que además de los pájaros gran parte de cuanto vive se mueve de un lado a otro y el viejo álamo, que entonces no era tan viejo pero sí árbol completo, sintió por primera vez el dolor de su fijeza.

Él sólo podía ir hacia arriba trazando un corto camino en el cielo y al comienzo del otoño volar en figura según el viento en la trama de sus hojas. En cierto momento, después de la casa, el tren se transportaba entre sus ramas y a veces el penacho de humo llegaba hasta el mismo álamo. Esto dependía del viento, del cual, por instrucción de los pájaros, el viejo álamo había aprendido a extraer otros muchos sucesos. Según soplase, él agitaba sus hojas como verdes plumas y simulaba temblorosos vuelos.

El viento subía y bajaba en frescas turbonadas por dentro de aquella jaula vegetal provocando, de acuerdo a la disposición del follaje, murmullos y silbidos que complacían al árbol músico.

Todo esto se aprende con los años, un verano tras otro, y luego para el árbol son materia de recuerdo en el invierno. El invierno comienza para él con la caída de la primera hoja. Un poco antes nota que se le adormecen las ramas más viejas y después el sueño avanza hacia adentro aunque nunca llega al corazón del árbol. En eso siente un tironcito y la primera hoja planea sobre el suelo. Así empieza.

Después cae el resto y el viento las revuelve, las dispersa, corren y se entremezclan con las hojas de otros árboles, cuando el viejo álamo Carolina ya se ha adormecido y piensa quietamente en el luminoso verano que, de algún modo, ya está en camino a través de la tierra, por el tibio surco de su savia. La lluvia oscurece sus ramas y la escarcha las abrillanta como si fuesen de almendra. Algunas se quiebran con los vientos y el árbol se despabila por un momento, siente en todo su cuerpo esa pequeña muerte aunque él todavía se sostiene, sabe que perdurará otros veranos.

Hasta que allá por septiembre memoria y suceso se juntan en el tiempo y un dulce cosquilleo sube desde la oscuridad de la tierra, reanima su piel, desentumece las ramas y el viejo álamo Carolina se brota nuevamente de verdes ampollas. El aire ahora es más tibio y el hombre, al que observa desde el brote más alto, recorre el campo y espía las crestitas verdes que acaban de aparecer sobre la tierra.

Para mediados de octubre el viejo álamo está otra vez recubierto de firmes y oscuras hojas que brillan con el sol cuando la brisa las agita a la caída de la tarde. El sol para este tiempo es más firme y proyecta sobre el suelo la enorme sombra del árbol.

Fue en este verano, cuando el sol estaba bien alto y la sombra era más negra, que el hombre se acercó por fin hasta el árbol. Él lo vio venir a través del campo, negro y preciso sobre el caballo sudoroso. El hombre bajó del caballo y penetró en la sombra. Se quitó el sombrero cubierto de tierra, después de mirar hacia arriba y aspirar el fresco que se descolgaba de las ramas, y se quitó el sudor de la frente con la manga de la camisa.

Después el hombre, que parecía tan viejo como el viejo álamo Carolina, se sentó al pie del árbol y se recostó contra el tronco. Al rato el hombre se durmió y soñó que era un árbol.

Las doce a Bragado

(A mi tío Agustín, por si algún día para de andar y alcanza a leerlo)

Bien, ahora mismo, desde este invierno que empapa el pavimento y las paredes y las ropas y el alma, si tenemos, lo que sea, esa finita tristeza que se enrosca por dentro como una madre selva y en días así, justo, asoma sus floridas puntas por las orejas y la nariz y los ojos, en días así, digo, cierro los ojos y veo ese largo camino polvoriento del verano que se extiende hasta el horizonte como un río seco bajo el sol.

Es el camino de tierra entre Chacabuco y Bragado, ese mismo semejante a una áspera corteza de árbol viejo con tantos y tantos surcos, el almacén de don Luis Stéfano en una esquina de acacias hasta el año 33 y después para siempre en la memoria, y la de Iglesias a la derecha, más adelante, ya por el camino de Sastre, después esa loma que trepa brevemente hacia el cielo y después el puente sobre el río Salado, que es el mismo límite entre los dos partidos, según dicen los carteles de chapa en una y otra punta, y uno imagina que hay en el aire una línea invisible y que el aire es sutilmente distinto a cada lado de esa línea.

Y ahora, es lo que veo desde este húmedo y triste invierno, el tío Agustín aparece saliendo de la curva, un poco antes del almacén de Iglesias, a la altura del mojón de hierro fundido que casi tapan los pastos, del lado de Chacabuco todavía. Viene corriendo con sus largas piernas huesudas perseguido por una nubecita de polvo y por un perro escuálido que ladra a sus zapatillas de badana.

La gente del almacén lo aplaude hasta que trepa a la loma y se pierde tras ella, plaf, plaf, el tío Agustín, y el viejo Iglesias le grita a sus espaldas: "¡Dale, flaco!". Porque el tío es puro hueso, y una llama bien encendida que alumbra por debajo de su piel. Los ladridos del perro se sofocan detrás de la loma y el tío debe estar cruzando el puente. Hace seis horas que largó punteando desde la plaza San Martín, en Chacabuco, frente a la iglesia de San Isidro Labrador. Hoy es justamente la festividad de San Isidro, 15 de mayo, y se corre la Vuelta del Salado o La Fondo de las 12, es decir. La Carrera de Fondo de las 12 leguas a Bragado.

El tío estuvo haciendo trote en la largada una hora antes de la partida. Tenía puesta una camiseta de frisa con el número 14 pintado en la espalda y unos pantaloncitos negros y las zapatillas de badana y cuando el viejo Pelice disparó la bomba de estruendo el tío pegó un tremendo salto y un grito y salió a los trancos, plaf, plaf, plaf, perseguido en la mañana neblinosa por una hilera de hombres semidesnudos, entre ellos el loco Garbarino que no pasaba del cementerio y se cansaba tanto de agitar los brazos y saludar hasta a los perros, dio una vuelta a la plaza y cuando comenzaba a encendérsese aquella blanca llama enfiló por la Avenida Alsina, pasó punteando frente al bar Japonés y rumbeó serenamente hacia las quintas. El tío corre con la huesuda cabeza echada hacia atrás como un pájaro y a medida que entra en combustión sus trancos son más largos y más altos.

La gente resbala como una mancha oscura por el costado de sus ojos y, después del hospital municipal, se corta, se disuelve y cuando no hay más gente y sólo queda por delante el camino pelado, el campo húmedo y la mañana olorosa, la llama le brota por los ojos y corre todavía más fuerte, más liviano. Los pasos de badana resuenan suavemente cuando golpean sobre las tablas del puente y cuando el tío se embala por la pendiente de la loma, al otro lado, ya en el partido de Bragado, la llama le brota a chorros a través de la piel, los ojos se le borran con tanto brillo y corre, corre locamente bebiendo el aire perfumado de la mañana, los campos verdes inundados de esa blanda luz de mayo, loco caballo desbocado, loco.

En tres horas más, a ese paso, puede estar en Bragado, por lo menos en la laguna, pero un poco antes de Warnes, cuando ya asoman los palos del alumbrado entre los altos y oscuros árboles de la entrada, esto es antes de las vías del ferrocarril Sarmiento, tuerce el tío hacia la

izquierda y se lanza sin cambiar la marcha por el estrecho camino que bordea el monte de eucaliptos del campo de Cirigliano cuyos negros árboles saltan desde hace un rato en el hueco encendido de sus ojos. El tío es ahora el tibio camino de tierra cruzado por frescas sombras que atraviesan sus largas piernas.

Corre y corre saltando las sombras húmedas, blandos terrones de tierra, solo y alado, sobre este recuerdo, sobre puntos y líneas, sobre el raído invierno de mi tristeza, sobre años y tiempos, siempre volante, eterno, perenne corredor de las 12 a Bragado, el bravo tío Agustín empujando su intensa llama por aquel solitario camino recruzado por espantados cuises y liebres y pájaros que arrancan veloces un poco antes de sus pasos.

Salta un alambrado y sigue la carrera a campo traviesa, llama y llama, fuego y fuego. Sólo una vez llegó hasta el Bragado porque el taño Cersosimo, esto es, el Gringo del Pito como se lo conocía por aquellos años, lo siguió con un sulky y cuando se quería desviar le cerraba el paso y lo golpeaba con el látigo y llegó con dos leguas de ventaja sobre el Chino Motta, nada menos, pero cuando la gente lo aclamaba ya y el intendente se paró en el palco con un banderín en la mano no lo pudieron atajar porque saltó sobre la meta con un grito profundo y siguió de carrera hacia 25 de Mayo, muy campeón, el grandes piernas de acero de mi tío, el formidable tío Agustín. Eso fue en el 32, que batió todos los récords, aunque a él no le importaba eso sino tan sólo correr y correr.

Pero las otras veces torció a derecha o izquierda antes del Bragado, aturdido por el campo, y algunos lo vieron y avisaron que el tío iba a los saltos entre las doradas espigas o las oscuras hebras de pasto o las chalas que brillaban como vidrios y azotaban sus duras piernas, espantando liebres y pájaros y cuises, y un día o dos después lo hallaron dormido debajo del álamo Carolina, ése que se levanta solitario detrás del campo de Cirigliano y que desde el camino real parece todo un monte y que para el tío era su única meta reconocida y hasta ella corrió por premio o por mero gusto, acompañado o solo, el día de San Isidro Labrador o un día cualquiera mientras le duró, por muchos años, aquel berretín de caballo desbocado.

Yo era pibe entonces y veía al tío, joven, como desde una enorme distancia, a través de nieblas y velos, porque yo estaba por ser, no tenía sombra ni casi historia, era tan sólo presente, pequeño, mero estar y ver y sentir a la sombra de los grandes, mi abuelo, ciego por terquedad que un día prometió rezar un millón de padrenuestros porque dijo que se le había aparecido Jesús, carpintero como él, mi padre, que entonces correteaba para el frigorífico La Blanca montado en un fragoroso Ford A o la tía Juana, por siempre joven, que tenía un cuarto para ella sola y una cama muy alta que olía a jazmín y una escupidera de loza que parecía una sopera y un novio que venía todas las tardes a las cinco y se marchaba apenas caían las sombras en el patio de baldosas con la parra de uva chinche y la bomba pie de molino y por supuesto el tío, tío Agustín, ese ansioso caballo del verano.

A veces cuando pateo la calle cierro los ojos, y aun sin cerrarlos lo veo pasar entre la gente, al trote con su pantaloncito negro y la camisa de frisa y el número 14 en la espalda, que siempre me falló en la quiniela, lo veo, por ejemplo, trotar a las zancadas por el medio de Corrientes o trasponer de un salto Alem, en dirección al puerto. Yo me suspendo y pienso, casi grito, ¡Ahí va mi tío, hijos de puta! ¡Miren qué lindo loco! Pasa como entonces con la terca y dura mirada clavada en el horizonte, con las narices anchas de viento, cavando el aire con sus largas, muy largas piernas.

Después crecí, eché sombra como un árbol y hasta yo mismo participé en La Fondo de las 12 a Bragado, pero no pasé del cementerio. Cuando doblé por el hospital y vi a lo lejos los altos humos de los hornos de ladrillo, algo que, supongo, trastornaba al tío, el cual quería darle alcance a cuanto se ponía al fondo del camino, las sienes me empezaron a temblar y me dolían las encías como si fuese a echar un puñado de dientes.

Al llegar al cementerio rodé con un grito entre polvo, sudores y piernas que pasaron zumbando al lado de mi cabeza. El tío, por ese entonces, trabajaba en la carpintería del abuelo, sobre el pasaje Intendente Beltrán, frente a la plaza Gral. Necochea o la Plaza del Mercado donde está hoy la estación de colectivos.

Ahora cierro los ojos y me veo en la penumbra del taller con paredes de ladrillos a la vista y un espeso olor a polvo, sillas y elásticos que cuelgan de las vigas y al fondo la mesa de carpintero en la que trabaja el tío. A veces no recuerdo al tío sino que mi pensamiento se sujeta

de un objeto cualquiera y ese objeto cubre casi todo mi día. Hoy, por ejemplo, mientras cruzaba hasta el bar Falucho aguantando el viento que barría la Avenida Santa Fe, me acordé de buenas a primera de aquella sierra de ingleses o de falsa escuadra que había en una punta de la mesa. El día crece lentamente alrededor de ese objeto, lo rodea como la pulpa de un fruto y el día en todo caso vale nada más que por eso.

Aquella sierra que había sido construida en Inglaterra en 1895, que en consecuencia había atravesado el mar embalada cuidadosamente en un cajón de pinotea, me atraía misteriosamente. Era una sierra montada sobre un bastidor, con una empuñadura negra como la de una ametralladora y servía para cortar marcos, escuadras, ángulos, encastres y demás cortes de precisión. La veo ahora mismo en el aire, negra y pulida y, por fuerza, al rato veo en la punta de la empuñadura al tío Agustín.

Él se movía silenciosamente de un lado a otro del taller aporreando maderas, reparando vencidos elásticos de cama o reemplazándolos por otros nuevos que estiraba para encajarlos en el armazón en una prensa, especie de potro que giraba con bruscos chirridos metálicos. El tío era de una silenciosa precisión en todo. Yo me maravillaba de que hombre tan silencioso y preciso en sus movimientos produjese a ratos tanto ruido de una vez. Por ejemplo cuando se calzaba un pañuelo negro delante de su aguda nariz y echaba a andar aquella cardadora mecánica que era el supremo orgullo de la mueblería y carpintería El Mercurio.

El tío metía la lana apelmazada por un lado y ya mismo salía por el otro en blandos copos que caían lentamente dentro de un corralito de alambre de gallinero. La máquina rechinaba en la punta de las manos del tío. Por aquel tiempo había dejado de correr hasta el álamo Carolina, pero después del trabajo emprendía largas caminatas hasta el zanjón o el cementerio o el Prado Español o la quinta de Pastore, o la estación del Pacífico, donde esperaba ver pasar al "Cuyano" que hendía la noche como un carbón encendido aventando sombreros y papeles.

Los años lo habían enflaquecido aún más y un día que lo sorprendí inclinado sobre la fabulosa sierra de ingleses le vi brillar las blancas sienas y el emplumado mechón de pelos encanecidos que le caía sobre la frente. Y esa vez sentí verdadero amor por el tío, aquel ansioso caballo del verano que ahora descendía a la carrera la larga cuesta de sus días. Yo, en cambio, trepaba los míos.

Esos días me llevaron lejos del pueblo y cuando volví, algún verano después, y entré en el taller penumbroso, el tío levantó la cara por encima de la sierra y me observó con una mansa sonrisa por arriba del armazón de metal de unos lentes. La luz de la tarde penetraba por una claraboya y el tío flotaba, blando y casi transparente, en aquella luz polvorienta. Me preguntó qué tal estaba la ruta 7.

Por lo que recuerdo, fue la primera vez que habló conmigo demostrando cierto interés sobre algo concreto. Señal de que yo había crecido realmente y ahora era un hombre, al menos para él, que era la medida de mi tiempo. Siempre preguntaba sobre caminos. La ruta 7 terminaba de ser reparada entre San Andrés de Giles y Carmen de Areco.

Eso lo alegró al tío. Ese mismo año había ido a pie hasta Lujan portando el estandarte de la Congregación de San Luis Gonzaga. Me explicó que era cuestión de echarse a andar y no cambiar el paso, vendarse los pies y calzar botines bien armados. Volvió con el Expreso Rojas y recién entonces notó que la ruta estaba levantada en algunos tramos.

Fue toda una conversación. Por él me enteré de que el camino entre Chacabuco y Bragado seguía siendo de tierra, pero que ahora le habían puesto la electrificación rural y era probable que en un par de años le echaran encima el cemento. Ya no va a ser lo mismo, dijo el tío con tristeza.

Seguía haciendo sus largas caminatas, pero ahora se extraviaba cada dos por tres. Una vez lo trajo un vigilante que lo encontró perdido por el Agua Corriente, y otra el viejo Punta que lo cruzó en el camino a Salto, por el almacén de Cattaneo, y él le preguntó dónde quedaba el Tiro Federal y el viejo entendió el Estadio Municipal y como de todas maneras ambos quedaban para el otro lado, lo subió a la jardinera y lo trajo hasta la mueblería.

Un día el tío, esto lo supe dos veranos después, ya hombre entero y él más viejo y más flaco, y el camino a Bragado todavía sin asfaltar, fue hasta la farmacia de Marino, al otro lado de la plaza, pero cuando llegó a la Avenida Alsina, que fue asfaltada en el 32, bajo la

intendencia de don Esteban Cernuda, la encontró de tierra, como cuando era chico y después mozo y corría ya en la Vuelta del Salado. Los charrés y los sulkys iban y venían por la avenida de tierra y algunos jinetes trotaban entre espumosas nubes de tierra.

El tío, flaco y encorvado, vio con algo de sorpresa cómo avanzaba por el medio de la calle un lando descapotado como los de la cochería Grossi Hermanos con la señorita Lombardi en su interior. El coche se detuvo justo enfrente del tío y la señorita Lombardi asomó su cabeza cubierta con una capelina de raso y apuntándole con su sombrilla de seda estampada le preguntó por la abuela

Adela que había muerto, si mal no recordaba, seis años atrás. Él se quitó el sombrero, sonrió complacido a la tan señorita y se inclinó hasta que la sombra del carruaje desapareció de su vista. Naturalmente, no cruzó la avenida ni fue hasta la farmacia de Marino porque en aquel tiempo la farmacia no existía todavía. Volvió al taller y el resto del día, hasta que vino la luz de la tarde, se sentó en un rincón, detrás de la mesa de carpintero, entre cajas de herramientas y rollos de elásticos y tablones de pino que olían a resina y pensó en la muy dulce señorita Lombardi que para él, el tiempo le daba la razón, no iba a envejecer nunca. Quizá dentro de unos pocos días, pensó, si se entrenaba un poco, podía volver a correr en La Fondo de las 12 a Bragado.

Ya no quedaban campeones y en el tiempo que tardaba ahora cualquier buen fondista de la zona él podía llegar a Bragado saltando sobre un pie. Cuando entró aquel melancólico rayo de luz por la alta claraboya, el tío echó a andar hasta el Prado Español.

Días después, al cruzar la plaza, le dio un salto el corazón. Debajo de la pérgola que había sido echada abajo en tiempos de Fresco vio y hasta escuchó a la banda del maestro Marsiletti. La banda tocaba aquel número de fuerza que le hacía temblar las piernas al tío, "Tremi gli insani del mió furore", *Nabucco*, Acto I, y que el maestro Marsiletti tarareaba y por momentos aullaba tratando de imitar a Titta Ruffo.

No sólo estaba aquella pérgola, que semejaba una jaula florida, sino que hacia el lado del Palacio Municipal vio brillar entre los oscuros árboles al lago artificial que mandó rellenar el intendente Barcán y en el que el loco Garbarino se zambulló un 25 de mayo. La banda, con el maestro Marsiletti que blandía la batuta y un Avanti que sacudía en la boca al compás de la música, parecía flotar en el aire de la pérgola debajo de una luz amarilla como la que penetraba por la claraboya del taller.

Después de *Nabucco*, tocaron *Alegría de la hoguera*, una polca-mazurca de Strauss con la cual el maestro Marsiletti parecía remontar un vuelo y la plaza comenzó a poblarse de muchachas y muchachos que en dos hileras giraban por el centro, alrededor de la estatua de San Martín, que de golpe había reemplazado a la pérgola y que en aquel tiempo era pedestre, no ecuestre, según se acostumbra, por razones de economía, pues la partida que votó el Concejo Deliberante no alcanzó para el caballo, lo cual terminó por convertirse en una curiosidad y hasta en una atracción hasta que en tiempo del gobernador Aloe, que era de Chacabuco, le pusieron el caballo y es así como cabalga ahora en el alto cielo de mi pueblo entre las espléndidas copas de los árboles, en dirección a la confitería San Martín, hacia la que apunta un dedo.

En eso el tío vio pasar al Cholo Barrios que, según tenía entendido, porque estuvo en el velatorio, se voló la cabeza mientras probaba una escopeta de un caño, calibre 20, vio al Cholo con sus bigotes renegridos, rancho, polainas blancas y un bastoncito con el pomo de plata que lo saludó con el brazo en alto, muy en su contexto, lustroso caballero el Cholo, gran amigo de violentas farras y fuerte apostador en las cuadreras y reñideros, propietario de un gallo "Ají Seco", apodado Racoto, de origen peruano, que batió a todos los gallos de combate del 36 al 45.

Otra vez el tío iba para el Círculo Obrero donde estaba cambiando el esterillado de las sillas y no pudo seguir de la Avenida Alsina, pues se tropezó con la procesión de Nuestra Señora del Carmen, con el padre Doglia debajo del palio y los taños Minervino y Visiconti tocando la gaita a la cabeza, todos muy de solemnes sobre la calle de tierra mientras las campanas de la iglesia batían a fiesta bien pulsadas por el viejo Santiago, gordas palomas de bronce por el aire limpio de la mañana.

El último verano que estuve en el pueblo, éste que pasó, fui hasta la vieja casa del abuelo y, como siempre, después de los saludos y los mates penetré en el empolvado taller del fondo. Tardé un rato en acostumbrarme a la penumbra, cegado como entré por el sol del patio, y

en aquella momentánea ceguera sentí el tibio olor a maderas y a cola de carpintero y oí el escamoso crujir de las chapas del techo recalentadas por el sol. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a aquel velado y quieto paisaje de objetos sepultados por el polvo descubrí cada cosa en su exacto lugar, como si el tiempo no se hubiese movido y yo tornara de golpe a mi infancia. Allí estaba la tremenda cardadora a motor, la carcomida mesa de carpintero y sobre ella, en un extremo, mi querida sierra de ingleses que apuntaba hacia la puerta.

En la prensa había un elástico a medio tender. Aquella suave pero insistente permanencia de las cosas, luego de tantos años y tantos cambios y tanto y tanto, recuperó por un momento ese firme presente de mi infancia, sin sombras ni pesos, errante edad de mi pueblo. De repente sentí un leve raspón junto al tablero de las herramientas y achicando los ojos vi emerger por detrás de la mesa la blanca cabeza del tío que estaba sentado en un banquito. Parecía un viejo pájaro, uno de esos viejos cóndores que con las raídas alas abiertas toman el sol en la jaula del Zoológico.

El tío se caló los anteojos que extrajo lentamente de su estuche a presión y me observó en silencio con sus ojos legañosos, como de vidrio mellado. "¿De quién sos?", preguntó al cabo de un rato con una voz finita. Quería decir de quién era hijo yo, que es lo que se pregunta o como se pregunta a un muchacho cualquiera en los pueblos. Yo dije "El hijo de Pedro Isidro". Él cabeceó y repitió para sí, sin reconocermelo, posiblemente sin reconocer siquiera aquel nombre: "Pedro Isidro...". Pedro Isidro es mi padre, su hermano. Se levantó y caminó hasta mí, encorvado. Me echó una afilada mano encima del hombro y preguntó esta vez: "¿De dónde venís, muchacho...?" No preguntó qué tal estaba la ruta 7, ni tampoco supe si por fin habían asfaltado el fabuloso camino a Bragado.

Luego supe por la tía Teresa que en esos días se había encontrado en la esquina de la tienda Ciudad de Messina con Pepe Provenzano, que pateaba como siempre la calle vendiendo billetes de lotería y con Pancho Tonelli, ambos bien finados, lo mismo que la tienda, que cerró allá por el 58. Después, cuando trató de volver a la casa no dio con la calle y aunque pasó por enfrente de la puerta, al recorrer el pueblo por tercera vez, no acertó a reconocerla. Por suerte se tropezó en la esquina del Almacén Inglés con el gordo De Nigris, otro muertito, que lo condujo, siempre tan gentil caballero, hasta aquella salteada puerta y se lo devolvió a la tía cuando ya oscurecía.

Para Reyes vino la hija desde Buenos Aires y el tío se calzó los anteojos y le preguntó de quién era. A partir de ahí empezó a equivocarse con las puertas y los cuartos y a veces charlaba en los rincones del patio con personajes invisibles. No mucho después, como lo pronosticó la madre Benedicta, ni siquiera reconoció a la tía a la que confundió una vez con Martita Romero, su primer filo, y otra con Filomena Perrone, que fue reina del carnaval del Qub Porteño, en el año 38.

Acabo de volver del pueblo y por eso pienso tan fuerte en el tío en esta podrida noche de invierno mientras bebo un semillón en el bar Falucho, en Fitz Roy y Luis María Campos. Cuando fui a ver al tío lo encontré acostado en el medio de esa buena cama inglesa con cabezales de bronce y remaches de cobre y elástico de flejes que perteneció a la familia Mediavilla y compró en un remate de Warnes. Tenía puesto un camisón de frisa y un gorrito de lana y de tan flaquito y huesudo se perdía sobre la pila de almohadas. Hace meses que no sale de ahí. Fuera de los límites de esa cama no reconoce nada en el mundo.

A eso se ha reducido el suyo, a aquella buena cama inglesa de bronce bien lustrado. Sin embargo, no la pasa tan mal. Siempre tiene algún muertito con el que charlar y por detrás de las barras de bronce ve cosas de hermosa extravagancia, como el corso del año 23 o el Circo Sarrasani, e inclusive el día en que el loco Garbarino ganó de tarro La Fondo de las 12 a Bragado.

Mi madre andaba en la luz

Delante de mi casa, en un patio de tierra raída, gastada como el género de mi camisa Grata, en un cantero someramente cercado por ladrillos musgosos, hay una planta de azalea que plantó mi madre hace unos doce años. Sus flores de piel violeta tiemblan delicadamente con este ansioso viento de septiembre que levanta, en esta mañana, un fresco olor a terrones, a humo agrio, a pan casero, a húmedas maderas. A partir de esta plantita que ahora flamea en la clara mañana y que mi madre riega todas las tardes, apenas se pone el sol, yo reconstruyo, acaso invento, mi casa.

Detrás del patio está todavía, en la penumbra del corredor de chapas, la bomba de elevación y sobre las paredes encaladas las macetas que colgó mi madre hechas con latas de aceite: cinta argentina, malvones, filodendros y una plantita carnosa de ramitas nacaradas que trajo el Polo de un viaje al norte y que puntualmente para este tiempo echa en las puntas unos ramilletes de plumas rojas. Mi madre los llama *pepitos*, pero ese es más bien el nombre de un pájaro y la verdad que eso parecen. Del tirante que aguanta la armadura del techo cuelga una balanza de platillo y una jaula de alambre con un caburé ojos de gato, pajarito mago de tremenda fama que mi padre compró por doscientos pesos a un viajante que lo trajo de Apóstoles, en Misiones.

Mi padre, que veía flacos fantasmones por todas partes, que juntó cada peso arañando esta tierra con sus manos, que no conoció ni amó a otra mujer que mi madre, se pasó dos días con sus noches escarbando a esta lechucita para encontrar la mosca mágica que, según dicen, esconde debajo de sus alas. Sólo encontró piojos. Cada tanto volvía a la carga con un par de guantes de badana agujereados en las puntas pero el caburé lo miraba de tal manera, girando la cabeza como la tuerca de un bulón, que siempre terminaba mareado. El caburé, en definitiva, no le dio nada a mi padre pero, con todo, el viejo, más por ostentación que por otra cosa, llevó hasta el final de sus días una pluma de la lechucita en el fieltro del sombrero. Lo enterraron con ese sombrero y con la plumita del ala izquierda del caburé que no le trajo más salud de la que tenía al natural y menos todavía la más rasposa fortunita ya que el viejo se murió deseando un tractor Ferguson de segunda mano que lo ayudara con la tierra.

Ni para eso le dio el cuero. Cualquiera hoy día tiene un tractor y el viejo los debe oír desde abajo trajinando sobre la tierra. Tal vez le baste ahora con eso porque era hombre que se conformaba con poco. Le gustaba lo simple, sentarse debajo del corredor, por ejemplo, y oír el rumor de los pájaros que alborotaban entre los árboles, al caer la tarde, y el trueno lejano del tren que se atropellaba en el horizonte, y el trepidar de la cosechadora que, como un barco, navegaba majestuosamente los cuadros de trigo en diciembre o el golpe de la varilla del molino cuando, como ahora, sopla parejo el viento y la rueda gira a lo loco y, más que nada, el espumoso entrechocar de las hojas del álamo Carolina debajo del cual dormía la siesta en el verano, del otro lado del camino, ese viejo álamo que todavía está ahí, como un penacho de cenizas, y se parece en parte a mi padre. Bueno, todo esto a propósito de la jaula que cuelga del travesano.

La casa, mi casa en el pueblo, tiene por detrás un monte enredado con una huella parda cavada entre los árboles, que son: eucaliptos, álamos mussolini y sauce gigante, un sauce enmarañado de corteza rotosa que en invierno, este tiempo que termina, se pone gris, casi azulado, casi idea. Por ese caminito me internaba yo en mi infancia, iba que iba árbol y pajarito, piel de corteza, piernas de yuyo, buscando esas locas invenciones que duermen en la madera. Hasta el primer alambrado. Ahí estaba el camino de tierra y después, del otro lado, aunque alejado, el álamo Carolina que amó mi padre, muy solo, textual, alta madera de ensueños. La casa estaba rodeada de olmos, acacias y paraísos que se poblaban de torcazas y monteras con sus lustrosas levitas de cenizas, dulces pececitos de la tarde. A la caída del sol la punta de estos árboles se inflama con un color anaranjado y el monte se aquieta, se suspende. En medio de esta

maraña neblinosa que se dilata como una nube, que se consume como un lento fuego esparciendo el humo oloroso de septiembre, a esta hora, y a consecuencia de los calores prematuros que brotaron en agosto, se advierte y se fija en los ojos con lentitud un pelecho verde.

Es la primavera que empuja desde adentro de la madera, apenas una visión, poco más que un presentimiento, porque la noche ya sube desde la tierra y oscurece los árboles, borra los brotes, adormece el monte. El álamo Carolina, cuyo penacho anaranjado asoma a la derecha, por encima del techo de chapas, es el último en borrarse. Más bien parece que remontara vuelo y se hundiese en el cielo. El humo de la chimenea lo opaca, lo sacude, lo trae y lo lleva. Tal vez por eso parezca que se reanima. Mi madre, abajo, acaba de echar leña a la cocina económica que no se fatiga de arder y soplar todo el día.

Es una vieja cocina "Carelli", de tres hornallas, fabricada en Venado Tuerto y creo que la casa empezó por ahí, por esta cocina que mi padre trajo en un charret desde Bragado, donde la compró de segunda mano y la montó en medio de un claro, al reparo de un árbol, y después empezó la casa. Mientras siga encendida mi casa vivirá. Mi madre es esa sombra encorvada frente a la cocina. Ha pasado allí gran parte de su vida, desde que mi padre instaló la "Carelli" junto a aquel árbol cuyas raíces deben estar todavía debajo del piso de ladrillo.

Yo entro y salgo de mi casa, es decir, de esta cocina que es donde transcurren nuestras vidas, mil veces al día cuando en realidad lo que estoy haciendo es romperme el culo junto a la continua N^a 2 de la Papelera del Norte. Es mi forma de ir tirando. Yo sé que en este mismo momento que la continua ronca a todo pulmón arrastrando un blanco y humeante chorro de papel mi casa está ahí, en medio de los árboles. Y así vivo.

Mi madre abre la hornalla y echa una leña. Su cara se enciende con un color rojizo, como los árboles del atardecer, como el álamo que amó mi padre. Sus manos se iluminan hasta el blanco, de un lado, y se oscurecen del otro. Su piel está algo más arrugada, cubiertas de grandes pecas marrones. Mi madre ha envejecido otro poco este invierno. Yo lo veo en sus manos porque su cara sigue siendo la misma para mí. El fuego de la hornalla se la arrebata, inflama el borde de sus pelos y mi madre sonríe. Me sonrío a mí que en este momento, a 200 kilómetros de mi casa, pienso en ella al lado de la continua N^o 2. Su rostro se enciende y se apaga como una lámpara en el inmenso galpón, entre bobinas de papel y cilindros relucientes, contra la grúa puente que se desplaza con lentitud sobre nuestras cabezas, mi madre, alta lámpara perpetuamente encendida en mi noche, mi madre.

El fuego se reanima y su luz escapa por las rendijas de las hornallas agitando todo el cuarto como un viento secreto. La luz cruzada del sol que declina penetra por la puerta siempre abierta y borra las patas de la mesa de pino, tan vieja como la "Carelli", la misma mesa que nos junta tres veces al día, mi padre en la punta, mi madre del lado de la cocina y de este otro yo y el Polo, mi hermano que se quedó en el pueblo. Sobre esta misma mesa velaron a mi padre. No tiene hule ni mantel. Solamente la madera, blanca de tanto jabón y cepillo, carcomida y tajeada, con los chamuscos de los cigarrillos de mi padre en la punta. Mi madre los fregaba pero se ponían más oscuros.

Creo que quedarán ahí para siempre recordándome a mi padre que fumaba negros fuertes y a veces medio Avanti. Así son las cosas. Se vuelven más memoriosas que uno, se vuelven uno. Mi padre era su cuerpo flaco y viejo y unas pocas cosas. Quedan las cosas. La escopeta de un caño, calibre 16, que pende de un clavo en la pared junto a la puerta, al lado del cuero del gato montes que abatió en el monte. La romana con la escala de bronce. Hay otras cosas que están ahí desde mi infancia, que se confunden con mi historia.

El sol de noche que alumbraba nuestra oscuridad hasta que el viejo puso un Villa de dos caballos y medio, la bolsa de galletas que al partirlas inauguraban el día con un tibio olor a trigo y migas, el infaltable almanaque del Almacén de Ramos Generales de Montes y Cía., la fiambarrera con el alambre mil veces remendado y, suspendidas del techo, dos barras de cañas de las que colgaba la factura de cerdo. Chorizos criollos, codeguines, morcillas, jamones, bondiolas, lomo ahumado. En un estante, queso de chanco, una lata de grasa muy blanca y un frasco con el paté que preparaba mi madre en base al hígado, tocino, coñac y especias. En tiempos de mi padre se carneaban dos cerdos de doscientos kilos cada uno en la primera quincena de julio, cuando apretaba la escarcha, "donde se hace el menguante", y la casa era una

fiesta con grandes ollas hirvientes, bucheros de caña, jarros de café, mate amargo, chuletas bien tostadas y alguna guitarra. El Polo le daba a la máquina de picar y don Pancho Cejas prestaba mano para la morcilla. Su especialidad eran las morcillas y los cuentos de aparecidos.

Murió en el 59 y él mismo empezó a aparecerse ya en el invierno del 60, para julio justo que Américo Agustín Laval lo vio sobre el puente del Salado con el ponchito y la gorra, todo de cuerpo presente, bien verídico. Laval se persignó y don Pancho se hizo transparente, se vino lucecita y hasta chamuscó el pasto. Sobre el puente, del lado de Bragado, en la mano del campo de Cirigliano, ahí mismo. Consta. La última vez que se apareció, también en el puente, compareció ante don Ramón Cabral que venía a caballo desde el campo de Arbeleche con un gallo Calcuta debajo del brazo. Fue en marzo del 73. Le dijo a don Ramón que había que votar para intendente al ingeniero Dimarco. Le erró feo por más finado que fuese.

La luz que entra por la puerta se ha acortado, es una ceniza amarilla a ras del suelo. El motor del Fiat que remolca el disco de rastra en el campo de Acuña, detrás del alambrado, ha dejado de arañar el cielo. Es un Fiat 700 de 70 HP como jamás soñó mi padre y lo maneja el Polo que está haciendo barbecho para engordar la tierra antes de sembrar. El Polo trabaja para Omar Basilio Acuña que se hizo rico en una patada, tiene un cuarto en el hotel Coll de Bragado y no le cortan la cabeza por menos de 500 millones de pesos. Así son las cosas en esta tierra. Omar tiene la misma edad del Polo pero él, el Polo, mi hermano, nació como mi padre para padecer la tierra. Nada más.

Una bandada de pavos mamut bronceado cruzan por el patio en dirección a una acacia tumbada donde pasarán la noche. Mi madre sale al patio con una varita de mimbre pues los desgraciados no desaprovechan la ocasión para picotear la azalea.

Los ladridos de unos perros pelotean a lo lejos, por encima del alambrado. Son los perros del Polo que viene cruzando el campo.

Mi madre levanta la vista y todavía más lejos, por encima de los últimos alambrados, por arriba del monte de la estancia de Acuña, detrás inclusive del puente del Salado que desde el patio es apenas una loma pelada, ve una nubecita de polvo que avanza por el medio del camino. Es el Expreso 25 de Mayo que, como siempre, llega con retraso.

Mi madre piensa que acaso ahí llego yo. Yo estoy llegando siempre, madre.

La sirena anuncia el final del turno y me largo hacia las puertas entre los flotantes cascos de plástico que se desplazan como un río mientras atrás queda la continua roncando y silbando y el otro turno reemplaza puntualmente al que se marcha. El negro Prieto, que viene por la otra mano, me saluda con el brazo en alto.

Ahora voy hacia la villa en el tambaleante micro que suelta un tornillo a cada barquinazo. Algunos de los muchachos grita y canta todavía porque estos negros tienen un aguante bárbaro. Les pueden estar chupando la sangre con una bomba de diafragma y ellos siguen gritando y cantando. Cantando y gritando mientras corren ruidosamente hacia el montón de mugre en que viven. Los demás duermen debajo de los cascos. Yo pienso que voy llegando a mi casa, en mi pueblo, en una tarde así. Inclusive a través de la ventanilla veo a mi madre que espanta a los pavos, veo el victorioso color de la azalea en el patio de mi casa que flamea en la última luz de esta tarde.

Veo, por supuesto, al álamo Carolina que brilla por encima de las chapas y hasta veo sobre el techo a mi propio padre que mira para el lado de Irala. Un puñado de casitas y tapiales aparece y desaparece entre los árboles. Ese es mi pueblo.

Apareció el molino, a la derecha. Primero el horno de ladrillos, después el campamento de Vialidad y después el molino de La Silvina. En su memoria el campamento por lo general venía después del molino. Ahí estuvo una vez.

Aquí el cielo es ancho y profundo, no un miserable agujero en lo alto de la calle. Hacia el oeste, es decir, hacia Los Toldos más o menos el cielo se emblanquecía sobre un borde rojizo que abrazaba las puntas de los árboles. Por detrás del colectivo, que arrastraba una nube de polvo también rojiza en lo más alto, la noche remontaba velozmente como un gran pájaro azulado.

El expreso montó brevemente la loma del puente y desde esa altura, a través de la ventanilla que chorreaba polvo, vio de una ojeada las grandes praderas que se oscurecían, los montes que despedían azules humaredas de sombras, los palos del alumbrado de Warnes y, en el

momento que emprendía la bajada, las breves manchas amarillas de las señales en el paso a nivel. Sintió inclusive el vaho húmedo de los pastos y esa creciente vibración de la tierra cuando llega la noche, aunque esto fuese más bien un anticipo de su memoria.

El molino estaba quieto, el chorro de humo de la chimenea de La Silvina ascendía rectamente.

El ómnibus se tumbó a la izquierda y al final de la curva, después de Los Pumas, asomaron en línea las señales del paso. En su memoria todo era más lento y más grande. El ómnibus lo dejaba en la vía porque venía con retraso y no bajaba más que él y debía seguir hasta 25 de Mayo, si es que llegaba entero a Bragado y no perdía el motor en alguno de los barquinazos.

Se tanteó la porra con sus dedos machucados, luego se deslizó a lo largo del pasillo sosteniendo en alto la valija de cartón con el zuncho de lata que era lo único que volvía al pueblo, aparte de él mismo, se entiende.

El expreso se detuvo entre las vías, negro y tembloroso. "¡Uames!" gritó el gallego como quien dice mierda, pero nadie se dio por enterado, salvo un punto que se quitó el sombrero que le cubría la cara y miró hacia la derecha, donde sólo estaba el campo pelado. El pueblo quedaba a la izquierda, detrás de los árboles que bordean la vía, pero había que ir hasta ahí para comprobarlo.

Se volvió con un pie en el aire y sonrió por encima del hombro a los tipos que seguían viaje. Él nunca pasó de Bragado pero algunos de aquellos tipos iban hasta 25, o, desde allí, a Islas, Mosconi, Huetel, Monteverde, todos esos nombres. "¡El paquete!", gritó uno de los tipos. Le alcanzaron el paquete y saltó. Trató de agradecer y de saludar al mismo tiempo y levantó una mano hacia una fila de rostros que se embalaron a través de los vidrios.

Encendió un cigarrillo y embocó, liviano de piernas, el camino de acceso entre los altos y temblorosos eucaliptos que ahora brillaban con la húmeda claridad del atardecer y las vías del Sarmiento. El ruido que traía en la cabeza le fue saliendo despacio y a medida que le salía el ruido le entraba el pueblo. Ahora que oía verdaderamente el golpe de sus pasos sobre la tierra pelada se le hacía que estaba volviendo del Salado a donde había ido a cazar patos crestones o a pescar tarariras.

El ronquido del motor del expreso se fue apagando detrás de su cabeza en un amplio círculo que apuntaba a Bragado y en tanto se apagaba y por fin se perdió empezó a sentir entre paso y paso el rumor que brotaba de los pastos, ese punzante chirriar de la tierra cuando llega la noche, el cloqueo de sapos y ranitas y, a lo lejos, el ronquido de un tractor.

Las primeras casas aparecieron en un tajo de luz con las paredes de ladrillos que se borraban contra la claridad del ocaso. El galpón de la estación echaba gruesos resplandores como si ardiera por todos los lados. Por encima de los techos divisó el remate de los silos del almacén de Montes. Bueno, ahí estaba. "Este sorete es mi pueblo", pensó. ¿Qué dirían los muchachos de la Papelera si lo viesan? Pues casi todos ellos han salido de un agujero igual y cuando hablan del mundo más o menos piensan en él.

Atravesó la calle en dirección al almacén del viejo Pampín. Aparte de un letrero con una pareja de taraditos que se zampaban una botella de Coca-Cola nada había cambiado, por lo que recordaba. La vidriera seguía con la persiana bajada desde que el negro González le partió el vidrio con una bola de billar y las paredes de ladrillo parecían como que se fuesen consumiendo a la vista, deshaciéndose en blandos terrones de barro cocido.

El salón estaba vacío. Tampoco había cambiado gran cosa. La mesa de billar a la que el mismo negro le había roto el paño al pifiar una bola seguía cubierta por hojas de papel de diario. Sobre el mostrador oscuro estaban, de un lado, los botellones con caramelos y, del otro, la balanza de dos platos y la vitrina con velas, agujas, ovillos de hilo, broches, hebillas y cordones para zapatos, igual que en su infancia. La heladera de hielo con la puertas vencidas y grandes herrajes de bronce hacía tiempo que servía de armario.

En su época fue un motivo de orgullo para el viejo Pampín y un signo del progreso de Warnes. Ahora estaba cubierta por el mismo polvo marrón de la calle que coloreaba los bordes de los estantes, la repisa con las lámparas de querosene, las mesas quemadas y machucadas y su propia ropa. El alto techo con ladrillos de 30 y vigas de pinotea se perdía en la penumbra de la que colgaban como grandes arañas los faroles de mantilla sujetos a unos ganchos de alambre y

unas ramas secas para atrapar a las moscas. Debajo del reloj de péndulo seguían colgando los ovillos de hilo choricero, el estante con alpargatas y el cencerro que el viejo usaba para tocar a rebato cuando se armaba una podrida. Al lado de la heladera a querosene que había reemplazado a la de hielo el piso estaba sembrado de esqueletos de vino y botellas vacías. Había un almanaque de la acreditada casa de don Alfonso S.

Ferro e hijo, artículos rurales, mangas, tranqueras, reparación de máquinas agrícolas, colocación de aguadas en general con un paisaje de las sierras de Córdoba que no tenía un pito que ver con Wames ni con cosa alguna a trescientos kilómetros a la redonda y un molino de viento en negro proveniente de un viejo y carcomido clisé de la imprenta Castillo y López, de Chacabuco. De la pared opuesta a la puerta colgaba todavía un espejo de Cinzano salpicado de cagaditas de mosca que se había salvado milagrosamente de los bochazos y las broncas.

Un rostro blanco y pelusiento emergió lentamente por detrás del mostrador. Era el viejo Pampín en persona que subía del sótano al cual había caído en un descuido algunos años atrás porque la tapa estaba justo detrás del mostrador y a veces la dejaba abierta y así fue que yendo de la balanza a los botellones de caramelos desapareció como por arte de encantamiento y hubo que extraerlo con un aparejo. Tenía la cara más chupada y algo gris pero en resumen era el mismo Pampín de siempre. Apretó los ojos detrás de los vidrios de sus anteojos de metal y repasó cuidadosamente el salón porque no veía una breva más allá del largo de su brazo.

—¡Hola, don Ramón! —dijo él desde la mesa de billar, pero el viejo, que le apuntaba con una oreja, no reconoció su voz, de manera que sonrió vagamente a las sombras del salón y estiró aún más el cogote.

Él dio unos pasos hacia el mostrador y cuando entró en foco el viejo rió brevemente con su risita de ratón.

—Pedro... —dijo con cautela, y quedó con la boca abierta.

Él sacudió la cabeza despreocupadamente y se acercó otro poco.

—¡Pedrito!

Dejó la valija, se acomodó el saco de camero gamuzado, mil trescientos cincuenta pesos ley en cómodas cuotas a sola firma, y le alargó la mano de costado. El viejo, que no era un hombre de mundo, la tomó entre las suyas, flacas y duras como ramitas, y la estuvo sacudiendo un rato sin decir palabra.

La verdad que no se parecía del todo a don Ramón Pampín. La carne se le había corrido hacia abajo como si el viejo, el verdadero, se hubiese encogido por dentro de manera que la piel, salpicada de manchas, le colgaba de sus huesos. En su memoria este viejo de ahora se superponía al primer Pampín, que empezó repartiendo pan con una jardinera, e inclusive al don Ramón Pampín que no llegó a conocer sino que inventó a partir de su padre, el cual lo conoció cuando llegó de España en 1911 y se enterró en ese agujero, nació en cierto modo y creció con el pueblo.

Era de Santa Eugenia de Fao, ayuntamiento de Touro, partido judicial de Arzúa, provincia de la Coruña, lo cual repetía siempre cuando comenzaba a contar cualquier historia, como si todo, aun Warnes, el ferrocarril Sarmiento, el almacén de Montes y el Club Sportivo y Recreativo hubiesen empezado por ahí. Naturalmente, su época de esplendor coincidió con la del pueblo. Él ya recordaba ese tiempo como propio y a menudo aquel era su pueblo más que este de ahora, deshabitado y polvoriento.

Recordaba las calles, las únicas dos que había, una a cada lado de la vía, cruzadas por sulkis, charres, tractores y automóviles, sobre todo para el tiempo de las cosechas, las farras prolongadas en el boliche del viejo o en el Club Ferrocarril Oeste, cuando bajaban las mejores orquestas de Bragado y Chacabuco y aun de Junín y la plata saltaba de la tierra a los bolsillos y de los bolsillos a un lado y otro de la vía, por todos los ruidosos boliches, bailantas y quermeses. Todo eso terminó cuando Onganía suprimió la prórroga de arrendamientos y los chacareros se fueron por los caminos y la tierra volvió a manos de unos pocos estancieros y por aquellos caminos vino la tristeza, más polvo y el olvido.

De todo eso saben estas paredes que ahora callan y se desmoronan debajo del sol. Y el viejo Pampín que lo mira con sus ojos legañosos y posiblemente ve en él un testimonio de toda esa mufosa vejez. Porque él es su padre que murió y su madre que envejeció y él mismo que se

marchó pues aquí la tierra no daba para todos, el pueblo se había achicado y los que nacían era para irse tarde o temprano.

De golpe el viejo Pampín lo atrajo por encima del mostrador y lo besó en la cara, igual que su viejo o el Polo. Esto era muy de don Ramón Pampín. Olía a carne ahumada.

El ruido atrajo a la mujer, doña Rosa, que asomó la cabeza, blanca como una aparición, por la puerta debajo del cuadro con la foto desvanecida del padre y la hermana del viejo que desde aquella pared habían visto desfilar por el mostrador a todo Warnes sin haber salido de la Coruña.

—Es Pedro, el hijo de Seretti —dijo el viejo sin soltarlo.

Por lo general le decían "el loco Seretti", no a él sino a su padre. La mujer comenzó a sacudir la cabeza y a arrugar la cara porque era muy nerviosa y el viejo, cuando andaba repartiendo pan con la jardinera, la había sacado del medio del monte, como quien dice. Ella se parecía a lo que había sido en aquel tiempo, antes de irse, porque ya entonces estaba seca.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Pampín, como si no viera la valija.

—Acabo de bajar del expreso. Me dejó en el cruce.

—¿Te acordás, Rosa? Seretti.

La mujer sacudió más fuerte la cabeza.

—¿Qué vas a tomar, hijo?

—Un Séptimo Regimiento —dijo él con soltura.

El viejo casi se cae de culo.

—¿Qué es eso?

El Pedro no sabía muy bien lo que era pero le pareció distinguido. Lo había oído en la tele, en *Dos tipos audaces*. Roger Moore entraba con una rubia de la gran puta en un garito de la Jamaica y pedía un Séptimo Regimiento. En realidad, era una contraseña para hacer contacto con un conde italiano que en apariencia andaba en el negocio de la bauxita porque lo cierto es que era un agente de una central de espías norteamericanos que estaba metido en el balurdo de la yerba. ¡Esa sí que era vida!

Aprovechó que el viejo lo había soltado para sacar los cigarrillos con lo que a un mismo tiempo tuvo ocasión de mostrar el anillo de plata con una piedra de plástico, que parecía un transmisor secreto y le había costado casi una quincena, y la camisa estampada a rayas. Convidó un cigarrillo al viejo que alargó la zarpa con avidez. El cigarrillo saltó de la caja por sí solo y el viejo paró la mano a mitad de camino.

—¿Y eso? —preguntó excitado. Le había aparecido algo del antiguo don Ramón Pampín.

Pedro comenzó a disparar un cigarrillo tras otro. En resumen, era una caja de plástico con un resorte. La había cambiado por una corbata pintada a mano. La corbata, aunque norteamericana legítima, era vieja y bastante grasa y él la usó hasta aburrirse. En cualquier caso, aquel trasto daba para más.

—Las cosas que hacen hoy día —dijo el viejo realmente impresionado.

El Pedro le pasó la caja. Después de examinarla en detalle y de disparar unos cuantos cigarrillos, Pampín sirvió dos copitas de caña Legui, que era lo más distinguido que se le podía ocurrir.

El viejo preguntó cómo le iban las cosas por la capital y él dijo que si se lo proponía le iban bien en cualquier parte. Para ser franco, la capital lo aburría un poco. A la tercera copita el viejo se puso sentimental y comenzó a hablar del loco Seretti. La cara se le había oscurecido otro poco y la nariz, cruzada de venitas, se le empezó a enrojecer.

El Pedro miró de reojo la tapa del sótano, que había quedado abierta, y pensó que con otra copa el viejo se zampaba adentro otra vez. Aquella caña quemada era como tragar un puñado de azúcar. Una bebida para velorios.

Estaba esperando el momento de meter una frase y salir de allí cuando la puertita se hizo a un lado y por detrás de la vieja, que seguía sacudiendo la cabeza, apareció una hembrita blanca como la leche, los cachetes cubiertos de pecas, con dos bultitos debajo del vestido y una madeja de pelos colorados que lo miró a la cara y bajó los ojos, y de golpe se olvidó hasta del nombre.

—Carmen, este es Pedro Seretti. ¿Te acordás? —dijo el viejo.

La chica negó con la cabeza, sin levantar los ojos.

—Iban juntos al colegio —insistió el viejo en un tono lastimero.

El Pedro recordó borrosamente un camino polvoriento y una cabeza de pasto que trotaba a su lado.

La chica sonrió para el suelo y agachó la cabeza otro poco con lo que los bultitos aumentaron de tamaño.

Pampín mencionó unas cuantas cosas a propósito de la Escuela Bartolomé Mitre, que quedaba dos cuadras más allá, en la misma calle, que era la única, por otra parte, pero el Pedro apenas lo escuchaba. La chica lo volvió a mirar y entonces aprovechó el momento para disparar un cigarrillo. Ella bajó la cabeza rápidamente y se rió con todo el cuerpo. Después salió atropellando a la vieja que quiso pasar por la puerta al mismo tiempo.

Pedro dejó la copita y se apartó del mostrador. Ya que lo había hecho aprovechó para despedirse.

—¿Cuánto te vas a quedar?

—Un par de días.

El viejo Pampín lo acompañó hasta la puerta y antes de salir lo tomó por los hombros y lo miró largamente a los ojos con su cara de trapo echada a un lado.

—Pedrito Seretti, ¿quién iba a decir...?

Hacía mucho tiempo que no oía su nombre todo entero.

Siguió hasta el final de la calle, que era una canaleta de sombras, y un poco antes de la viuda Barrasa dobló a la izquierda por un caminito entre los yuyos que empezaba a humedecerse, silbando bajito *Melón amarillo*.

Al fondo de este caminito, contra el mero cielo que se hinchaba de sombras vio la casa y el corazón le dio un puñetazo. "Esta es mi casa—se dijo—. Dondequiera que viva." Y apuró el paso.

Por encima del techo de chapas vio brillar a lo lejos el penacho anaranjado del álamo Carolina que se hundía lentamente en el cielo como un barrilete. Era su claro punto de referencia mientras hubiese luz, esa limpia y perfumada claridad de los campos.

Antes de entrar se detuvo un rato junto a la cerca, que estaba medio tumbada sobre la zanja. Un chorro de humo brotaba derechamente por la boca de la chimenea y eso daba a la casa un poco de vida. La planta de azalea flotaba como un trapo violeta en medio del cantero de ladrillos. Su madre, por lo visto, le había removido la tierra alrededor ahora que se venía la primavera y probablemente le mezclase un poco de abono.

Debajo de la galería colgaba todavía la balanza de platillo pero no vio la jaula con el caburé. Grandes costras de cal desprendidas de las paredes dejaban al descubierto el barro reseco y agrietado. La casa en su conjunto más bien estaba hecha una ruina pero había un camino tendido en su corazón que apuntaba rectamente hacia ella y lo que él veía, con otros ojos, era bien distinto.

A decir verdad, ya era una ruina cuando vivía el viejo, que se pasaba la mitad del tiempo arreglando el techo, construido con chapas de segundo clavo, y al final se le dio por quedarse arriba porque desde allí se veía todo diferente y hasta una vez la obligó a subir a la pobre vieja. De ahí le vino en parte lo de loco Seretti. Uno pasaba por el camino y ya de lejos lo veía parado sobre la casa como un espantapájaros. La Angelita Tesorieri puso el grito en el cielo el día que el viejo vio desde arriba cómo se la culeaba el morocho Villafañe, el viajante de la tienda Galli, de Chacabuco, detrás del galpón de los Medina.

El viejo no vio nada de facto porque miraba simplemente para Irala, pero la Angelita empezó a jodercon que andaba de bombero metiéndose en lo ajeno. El viejo, cuando se enteró, dijo, por todo comentario, que él era tan dueño de andar por el techo de su casa como la Angelita de que le rompieran el ajeno cuantas veces quisiera.

El viejo era un demócrata en toda la línea. Lo cual no le sirvió de nada, pues se murió sin el Ferguson y sin un metro más de tierra que el lote que le dejó el abuelo, el cual fue demócrata conservador igual que él. Cuando Perón le dio la tierra a los colonos, y así algunos muertos de hambre de entonces son los bacanes de ahora, y, por lo que importaba al viejo entonces, los tamberos pasaron, en el 46, de tirar la teta a veinticinco el jornal a cuarenta y cinco pesos, su padre vio que la mano venía de otro lado pero igual siguió votando las boletas del

partido Demócrata Conservador, de puro terco. En una ocasión el intendente Francisco Ibarra, alias Pancho La Burra, le prometió un crédito para el Ferguson, antes de las elecciones, se entiende, pero después no vio nunca más al intendente, ni por supuesto al tractor, aunque las boletas seguían llegando por correo puntualmente cada vez que había que votar. Más o menos, fue la única correspondencia que recibió en su vida. En fin, siempre que pensaba en la casa la pensaba con el viejo encima.

En todo el tiempo que estuvo afuera la casa creció en su cabeza y era una casa fuerte y segura como un gran árbol plantado en medio del campo. Su padre estaba acurrucado encima, el Polo corría por el patio y su madre asomaba la cabeza por la puerta de la cocina atraída por los ladridos de los perros que se atropellaban hacia la entrada.

A veces no veía a su padre pero divisaba, igual que ahora, el penacho del álamo Carolina que sobresalía por detrás y era como verlo a él. Entonces el Polo ya era lo que es hoy, un hombre grande y silencioso. Estaba sentado debajo de la galería con los perros echados alrededor, en el mismo lugar donde se sentaba su padre cuando volvía del campo o del tambo de los Cirigliano.

El Polo tenía los mismos rasgos de su padre y su misma madera y posiblemente iba a terminar como él, sudando y escarbando para otro, contento con probar una sembradora combinada nueva de cinco surcos con adicionales para aporcar y escardillar, sistema semilister, no importa que no fuese suya. Él amaba a la tierra sin tomar en cuenta los alambrados. Era una sola y ancha y fecunda tierra y bastaba con subirse al techo de la casa para mirarla a la puesta del sol, por ejemplo, y darse cuenta que le pertenecía a uno hasta donde alcanzaba la vista, y aún más allá hasta donde daba el mundo, con un hambre y una propiedad distinta que no reconocían más cercos o alambrados que los que fijara uno en su corazón.

Sea como fuese, la casa de aquellos tiempos era lo que él veía realmente, no sólo en su memoria mientras sudaba como un caballo al lado de la continua N² 2 de la Papelera del Norte, que tampoco era de él, por supuesto, sino ahora mismo que la tenía delante.

Un perro viejo alzó la cabeza y trotó hacia él como si tirara de una piedra. Le olió una pierna y lo acompañó hasta la puerta de la cocina. Al pasar junto a la azalea, que era por donde empezaba todo, rozó con la punta áspera de sus dedos la piel violácea de una de las flores y sintió que el secreto temblor de la planta le entraba en todo el cuerpo.

La vieja estaba sentada frente a la cocina Carelli con un cacharro sobre las rodillas. Levantó la cabeza y miró hacia la sombra que le había tapado la luz de la puerta. El fuego de la homalla coloreaba la punta de sus cabellos como el sol el alto penacho del álamo Carolina. El resto de su cuerpo era un flaco hueco de sombras.

Se puso de pie en silencio, sin sobresalto, y se acercó despacio con los ojos muy abiertos.

Alargó una mano y le tocó la cara.

—Pedro —dijo por lo bajo.

El Pedro tragó saliva.

—Pedro, hijo.

El Pedro dejó la valija en el suelo y la abrazó con torpeza. Era un manojo de huesos que temblaba entre sus brazos como una rama. Sin embargo ese poquito de mujeríos había sostenido en alto, ella sola, porque no hubo golpe que la echara abajo cuando hacía rato que ellos rodaban por el suelo.

—No es para llorar —dijo él.

Ella se separó un poco.

—Estás más flaco.

—Estoy bien.

Se miraron en silencio un buen rato. Ninguno de los dos sabía qué decir.

Se miraban y sonreían y él estaba de pie en la puerta de su casa como un forastero cualquiera.

El Polo llegó cuando no había más luz. Lo saludó y lo besó en la oscuridad y después, como era corto de palabra, fue y arrancó el Villa y prendió la luz que llegó boqueando a través de la bombita oscurecida por el humo de la Carelli. También él estaba más flaco y algo canoso, lo que, por suerte, dio pie a un par de bromas. Se parecía cada vez más a su padre. Debajo de los

ojos tenía dos manchas de polvo. Llevaba, como siempre, una camisa raída, unas bombachas batarazas sujetas por una faja cubierta igualmente de polvo en los pliegues y un par de alpargatas desflecadas.

La última vez que lo vio fue desde la ventanilla del expreso, al pegar la curva. Corría y saltaba al costado del expreso. Los perros lo seguían de atropellada. Al fin quedó atrás y levantó una mano antes de que se lo tragara el camino. Por cierto que aquel camino se había llevado unas cuantas cosas. Si se ponía del lado de la casa, tenía que pensar que a él mismo se lo había llevado.

La vieja preparó el mate y el Polo trajo galleta de campo y unos chorizos. Don Pancho Cejas antes de finar les había enseñado a conservarlos frescos dentro de un cajón cubierto de maíz en grano. Él abrió la valija de cartón y sacó los regalos. Había pateado de un negocio a otro contando los mangos y comparando los precios. En cada vidriera veía colgadas entre los trapos esas mismas caras que ahora tenía delante, con ese gesto o marca de resignación que posiblemente el Polo y la vieja estarían viendo en ese momento sobre su propio rostro, mientras pensaban que las cosas le habían ido mejor que a ellos, no que le habían ido, simplemente. Sostuvo delante de su madre un batón pirineo con las solapas y los puños bordados con flores de crisantemo en hilo matelasé.

La vieja movió la cabeza en señal de reproche y él dijo, espionando su rostro flaco y descolorido por encima del batón:

—Para mi flor.

—¡Este hijo! —dijo ella juntando las manos.

Y volvió a tocarle la cara como si no terminara de reconocerlo.

El Pedro desvió la mirada, metió la mano en la valija y sacó una cajita de cuero con un par de botones relucientes que alcanzó al Polo.

—No se me ocurrió otra cosa —dijo con naturalidad.

La verdad que le había costado su buenos quince mil mangos. Por suerte era bastante impresionante. Una Super Chatarra Mod. 2700 TR 8, Alta Fidelidad, Gran Lujo, con audífono y todo. El audífono parecía un supositorio y la voz salía por allí puntiaguda, tan secreta, cordoncito milagrero que lo ataba a uno al mundo. Después de examinar la caja en detalle el Polo giró uno de los botones y desde su áspera mano salieron gritando Los Iracundos, que cantaban esa dulce chotera *Porque no vale la pena*.

El Pedro se puso a sacudir la cabeza y a patear el suelo con sus zapatos de plataforma y cuero repujado, a tres colores, que al Polo le hicieron abrir tamaños ojos. El Polo los señaló y rió con fuerza. En términos generales, para él, que había recorrido el equivalente del mundo en alpargatas, era calzado de puto. La vieja volvió a decir "Este hijo". A él le pareció que el viejo reía también desde el techo.

La vieja se puso el batón para darle el gusto. Le quedaba un poco grande pero los crisantemos, a pesar de la luz rasposa de la lamparita, brillaban como si estuviesen cubiertos por el rocío igual que una mañana de invierno. Su madre amaba a los pájaros y las flores y junto a la cerca tenía un cantero de crisantemos, esa flor que brota a fines del otoño y alegra el pálido tiempo de la espera, cuando la tierra se duerme, el monte se seca y el álamo Carolina es un alto manojito de ramas.

El Polo bajó la radio y mientras el Pedro picaba de aquel sabroso salame, que tenía mezclada carne de potranca a la de cerdo, se preguntaron y respondieron cosas sin que en ningún momento llegaran a conversar como se entiende por lo general. A ratos se miraban en silencio y reían de esa manera lastimosa. Entonces el Pedro preguntaba por alguien que se había ido o, lo que es lo mismo, se había muerto.

El Polo hizo un esfuerzo y le preguntó cómo le iban las cosas. Él dijo que bien, naturalmente. ¿De qué otra forma le podían ir? Hizo saltar un cigarrillo y al Polo se le torcieron los ojos. Hasta había tenido oportunidad de echar un párrafo con Néstor Leonel Scotta, el goleador de Racing, y como el Polo lo mirase como si fuese un aparecido, reprodujo como parte de aquella famosa conversación algo que leyó en la revista *Goles*. Por ejemplo, y a título ya de confianza después de un par de Séptimo Regimiento, Scotta le confesó que le hacía falta pensar un poco más dentro del área. No atorarse, fundamentalmente cuando el arquero salía a taparlo. Había malogrado una punta de oportunidades por el apuro en resolver, le dijo textual

Néstor Scotta, pasándole un brazo por los hombros como si fuese el propio Pizzuti. ¡Gran tipo el Néstor!

El Polo sacudía la cabeza y miraba el aire y de vez en cuando decía "¡La puta!".

—¿Y a vos cómo te va? —preguntó con fuerza el Pedro.

El Polo se encogió de hombros como un desgraciado.

—Y... siempre lo mismo. ¿Qué te parece? Se siembra trigo y a los veinte días sale trigo. Se siembra maíz y a los diez días sale maíz. Hasta ahora nunca salió otra cosa.

Rieron de arrastre.

El Polo contó que ese año habían sembrado un sorgo híbrido forrajero, de gran valor nutritivo y velocidad de crecimiento, tanto que a los cuarenta y cinco días de la siembra ya se podía iniciar el pastoreo, un rinde de cien toneladas de forraje verde por hectárea, alta calidad de rebrote, firme al pisoteo.

Del sorgo pasó, igual que si hablara de fútbol o de hembras, al maíz híbrido doble Continental Gigante, de granos grandes y colorados y un marlo blanco y fino, talludo, es decir, de gran resistencia al vuelco y fuerte arraigue. El Pedro conocía muy bien esa sanata. La partitura cambiaba en algún detalle pero era siempre la misma. Su padre hablaba todo el tiempo de las mismas cosas.

La boca y las orejas se le florecían de espigas y mazorcas sin que la bondad de los sembrados necesariamente los alcanzara a ellos, al Polo, a don Pancho Cejas, a Américo Laval, a su padre, que ahora era una semilla plantada en la tierra y que tal vez algún día, de puro obstinado, diese una planta de maíz, por ejemplo, con un tallo de 2,20 por lo menos y una espiga bien granada cubierta por un ponchito de chala muy abrigado, una planta que diese que hablar desde Chacabuco a Bragado y a la que la vieja le pusiese un nombre como *pepitos*.

El Polo, que se había dado manija para rato, hablaba ahora de un nuevo silo rodante, con la noria plegable, que Acuña había comprado en 25 de Mayo, con capacidad para arriba de las mil bolsas y 45 TT por hora. Hablaba como si fuese de él y como si el silo, a su vez, fuese un Chevrolet con dos carburadores, palanca al piso, llantas de magnesio y cubiertas Cinturato.

La vieja, que había salido un rato antes, volvió a entrar con una gallina colgando del brazo. La vieja hacía un puchero de gallina sobre la base del puchero a la española, esto es, con chorizos criollos, morcilla, porotos y garbanzos, dos patitas de cerdo lavadas y algunos trozos de panceta. La sola idea lo hacía a uno sentirse bien.

Al Pedro se le hizo que dentro de un rato su padre bajaría del techo y se sentaría en la punta de la mesa quemada por los cigarrillos. A partir de ese pucherito de la vieja, aquella casa recobraría su exacto lugar en el mundo y ya no sería necesario moverse más de ahí, podría quedarse pegado a aquella tierra para siempre, como la planta de azalea o el álamo carolina, y no decir otra vez adiós y volver a romperse el culo al lado de la continua N° 2, ¿para qué?

¿Para usar zapatos de taco alto y hablar con Néstor Scotta y morir de tristeza cada vez que se ve un árbol florecido?

A la mañana siguiente volvió al almacén y estuvo con los muchachos. Eran y no eran los mismos. El Cacho estaba completamente pelado, Campodónico usaba anteojos y el Tulio era un barrilito de grasa. Pero había otra cosa que los separaba, además de la facha. Algunos, por supuesto, se habían ido como él. Roque, Paco, Elorde.

—¿Cómo se llamaba el flaco aquel?

—Parodi, el flaco Parodi.

—¿Qué se hizo?

—Se fue.

—Era un buen medio campista.

—¿Un qué?

—Un coso... un patadura —explicó Campodónico driblando una pelota imaginaria.

—No, ese era Albello.

—¿Albello...? ¡Ah, sí!

—Se fue.

Así estuvieron un buen rato, recordando nombres, sucesos de la infancia, riendo exageradamente por nada hasta que les empezó a doler la cara. El Pedro volvió a contar lo de Néstor Lionel Scotta, primero en la tabla de "scorers" de su zona.

—Según me dijo, se le da mejor en los campeonatos nacionales que en el Metropolitano. No sé por qué, me dijo. Yo me pregunto lo mismo, le dije. En una palabra, estuvimos de acuerdo.

Campodónico revoleó los ojos detrás de los lentes y el Cacho sacudió la cabeza muy impresionado. El Pedro cada tanto flexionaba las piernas y subía o bajaba con ostentación el cierre de la McGregor de fibra poliéster que le había costado otra quincena. El viejo Pampín, que aprobaba todo con su risita de ratón, sirvió en una de las polvorientas mesitas unas copas de Amargo Serrano, a base de carqueja, vira-vira, zarzaparrilla, poleo, paico y tomillo que tenía gusto a remedio, con algunas rodajas de panceta arrollada, trozos de longaniza calabresa, aceitunas y maníes con cascara.

El Pedro, sintiéndose Charles Bronson, pidió un vaso de ginebra con un corte de bitter, algo francamente repulsivo pero que le pareció distinguido para aquellos grasas. Pampín puso cara de desconcierto pero lo sirvió de todas maneras.

El Pedro se acomodaba la porra a cada rato o miraba el reloj digital que compró en una casa de remates en San Fernando y de paso miraba para la puertita al costado del mostrador, debajo de la fotografía, pero la Carmen no se hizo ver en todo ese tiempo. Alguien preguntó si pensaba ir al baile en el Club Sportivo y Recreativo y él dijo que había venido a descansar, a menos que valiera realmente la pena, porque estaba un poco cansado con la vida loca de la ciudad.

—Ustedes saben...

Campodónico guiñó un ojo con picardía pero ellos, naturalmente, no sabían un corno. Bueno, se zampó la copa de golpe y sintió que una bola de fuego bajaba aullando por sus tripas y le borraba la mitad del cuerpo.

Vuelta a cambiarse. Esta vez se puso el saco de hilo blanco con bieses azules en el cuello solapa que había comprado de ocasión en una feria americana por una falla en la tela. Le quedaba uno o dos números más grande pero fue una suerte porque ahora justamente estaba de moda el estilo "el finado era más grande".

Cuando llegó al baile hacía un par de horas que había comenzado pero sólo a un grasa y a los Pavese, que todavía no pudieron casar a la menor, se les ocurre llegar al comienzo. Era un baile de rompe y raja. Habían traído de Chacabuco al Trío Real de Tangos con la voz de Obdulio Quiroga y la característica Los Caballeros del Trópico, esto es, Las Momias del Trópico, que hacían jazz, tropical, melódico y, sobre todo, ruido, con la voz de Pelusa Bonavetti, el hijo del taño Bonavetti, que se sacudía como una loca sobre todo cuando cantaba *Dame el fuego de ni amor* en el mismo estilo barriga de Sandro. La salvación estaba en las "selectas grabaciones", aunque no confiaba en el gusto de aquellos campesinos. En fin, lo importante eran las hembritas.

Antes de entrar se acomodó el envoltorio y se repasó los zapatos con una hoja de diario. Era una linda noche y allá a lo lejos, del otro lado de la vía, brillaba una luz en su casa. Percibió, como un gran cuerpo dormido en la oscuridad, el olor húmedo de los pastos y los árboles y esa gran respiración de la tierra. Y de pronto, vaya a saber por qué, les sintió a las cosas el mismo gusto de antes, a los blancos tapiales que colgaban en la claridad espectral que manaba de los altos faroles de mercurio, al galpón de la estación de la exacta medida de su infancia, al viejo Club Sportivo y Recreativo, a la ancha calle de tierra, inclusive al Trío Real de Tangos que en ese momento rascaba *Nube de Humo*, a toda esa vejez, y cuando encaró la entrada era como si no se hubiera marchado todavía y el mundo fuera del tamaño de su pueblo.

Hizo una entrada a lo Belmondo. Se paró en la puerta con las piernas abiertas, miró a la chusma con cara de agente secreto y se apretó la cintura con los brazos, ladeando el cuerpo como un peso welter. Un gesto muy fino, dentro de todo. Hasta el gallego Pinol, que dirigía el Trío Real y que, según las malas lenguas, era un trío por la sencilla razón de que dos lo sostenían y él tocaba *Desde el alma*, por ejemplo, se volvió para mirarlo. Porque seguramente era el gallego Pinol aquel carcamán con cara de reblandecido y tres pelos locos que iban y venían sobre su cabeza como un camino de cornisa, fuertemente adheridos a la pelada con una costra de tragacanto. Saludó en general con un brazo en alto pero casi se cae de culo cuando divisó a la Carmen en medio de la pista con un par de Lee que parecían más bien pintados sobre

sus poderosos cuartos traseros y una polera de punto morley que le hinchaba los paragolpes como si de un momento a otro fuesen a saltar ellos mismos a la pista. ¡Mamita!

Desde aquel preciso momento no vio más nada, solamente esos dos pichones que se caían del nido y estaban esperando un par de manos que los sostuvieran. Hacia allí apuntó resueltamente sus pasos aunque esto es sólo una frase porque aquellas criaturas lo arrastraron como un imán a través del salón y si Campodónico no se hace a un lado lo tira por el suelo.

Bailaron toda la noche y la verdad que estuvo inspirado. No sólo él, sino el gallego Pinol y Los Caballeros del Trópico que parecían haber resucitado de sus cenizas. El viejo Pampín y la mujer estaban sentados en un rincón. La mujer revoleaba los ojos como si el galpón se le fuera a caer encima de un momento a otro pero el viejo sonreía con cara de infeliz. Vaya uno a saber qué es lo que veía realmente a través de sus ojos legañosos y los lentes mellados. Mientras saltaba y se retorció como un gato en celo, el Pedro se decía para adentro "¡Qué se le va a hacer!".

Es que saltaba y se movía casi a su pesar, como un borracho, y cuando Los Caballeros tocaron *Dame el fuego de tu amor* y la loca Pelusa se retorció como si fuese a poner un huevo perdió la cabeza del todo. "Dame el fuego, dame, dame el fuego", mugía el Pelusa echando el culito para un lado y otro y la verdad que eso de que "soy un viento que no tiene rumbo" y "una ceniza que nadie recoge" era una idea profunda que tenía que ver con cierta desgracia del Pedro que no estaba muy clara y que, entre salto y salto, asociaba porfiadamente con la imagen de su viejo sobre el techo de chapas.

En el tutti final el Pedro se puso a aullar "Dame el fuego, dame, dame, dame el fuego", sin sacar los ojos de los dos pichones que saltaban al mismo ritmo y que sin duda eran un fuerte motivo de combustión. La Carmen se reía y bajaba los ojos pero no dejaba de mover el cuerpo, sólo que lo hacía de una manera subterránea moviendo lo justo cada parte. Cuando pasaron los discos, el Pedro se calmó un poco porque tocaron *Solitario*, por la orquesta de Lafayette, y eso lo ponía nostálgico, pero al rato Las Cuatro Estaciones cantaban a grito pelado *Vueltas y vueltas* y, aunque el disco ya estaba un poco pasado, se enloqueció por completo. El galpón, las luces y aquellos saludables organismos que saltaban y se sofocaban a su alrededor empezaron a girar cada vez más ligero y el aire se volvió de fuego.

La Carmen lo miraba ahora a los ojos todo el tiempo mientras empujaba con los dos bultitos y él saltaba cada vez más alto como si estuviera hecho enteramente de goma, golpeando las manos y haciendo sonar los deditos. ¡Qué noche!

Aprovechó una pausa y salió a respirar el aire húmedo de la madrugada. La alta marea de la noche lo envolvió con sus sombras empapadas por el relente. De los pastos y zanjones brotaban esas hipnóticas vibraciones que son como el pulso de la tierra y que él escuchaba desvelado en el catre que la vieja le armaba en la cocina junto al rescoldo de la Carelli. La cabeza le daba vueltas y no veía muy bien dónde ponía los pies pero, con todo, antes de entrar, pensó "El viejo debe estar volviendo del Salado", a donde iba a pescar en este tiempo a la encandilada con el sol de noche.

Cambió el agua, contó los pesos que le quedaban y entró.

Volvía silbando bajito *Yo quiero a Lola*, liviano como una pluma aunque con un ligero dolor entre las piernas provocado por aquel festival de belín duro, cuando vio una figura que se despegaba del tapial del almacén y sin dejar de caminar, apenas se desvió hacia el cordón de la vereda, bastante más alto que la calzada, hacia el copudo plátano que se hinchaba de sombras por encima de su cabeza, alargó las manos y avanzó derechamente en la oscuridad.

No se dijeron una palabra. Ella tan sólo reía por lo bajo y cada tanto se quejaba aunque no dejó de empujar, y cuando el Pedro levantó la cabeza desde su agitada tibieza las estrellas se habían corrido otro poco sobre el negro horizonte y sintió a un mismo tiempo el olor de su cuerpo y el viejo olor de la tierra.

Esperó a un costado de la calle de tierra en la mugrosa claridad del amanecer que venía del lado de Alberti. Atrás quedaba su casa con una lucecita que boqueaba en la cocina e iluminaba un rectángulo del patio sin alcanzar a alumbrar la planta de azalea que dentro de una hora se iluminaría con su carnosidad violeta para alumbrar el día de su madre pero no quiso volverse a mirar, como no quiso que lo acompañara nadie.

Un gallo cachaciento alborotó a sus espaldas y algo después sintió el trote de un caballo que se alejaba hacia las afueras. El viejo Pampín no abrió hasta las ocho. En eso vio aparecer al fondo de la calle las luces temblorosas del expreso que barrían la franja de tierra. Alzó la valija y ahora se volvió por esta sola vez. Allí estaba la luz.

El expreso se detuvo temblando debajo del plátano cuya piel moteada se desvanecía en la neblina. Un postigo se abrió en una punta del almacén y adivinó el rostro pegado a los vidrios. Saludó hacia las sombras, porque no se veía más que eso, y sonrió sin ganas. Empuñó con decisión la valija y el paquete de huevos, pan con chicharrones y chorizos criollos que le preparó su madre y se zambulló dentro del coche. Mientras tanteaba los asientos vio que la lucecita giraba bruscamente detrás de los vidrios, parpadeaba unos metros entre los bultos de las casas y luego se hundía en la tierra.

El paso a nivel, el molino de La Silvina, el puente del Salado, el campamento de Vialidad, el homo de ladrillos.

Acomodó la valija y el paquete y trató de dormir.

El Pedro saltó del puente y bajó por el terraplén en dirección a la villa Cartón arrastrando unas cuantas piedras.

Cuando vio los techos de chapa asfáltica desde el puente se detuvo un instante y pareció que iba a seguir de largo. Estuvo un rato allá arriba pensando alguna cosa y después bajó y mientras bajaba y el ruido y las voces de la villa crecían en su cabeza se iba diciendo, entíndase, sin bronca y al final casi con alegría, se iba diciendo que aquel agujero era su verdadero lugar en la tierra.

Al pasar las vías se cruzó con algunos tipos del segundo turno de la Papelera y algo más allá con el Negro Monte que tiraba alegremente del carrito cargado con recortes de hojalata y botellas vacías. El Negro levantó su cabezota de animal y lo saludó a los gritos.

Atravesó la villa saludando a un lado y otro con la valija en la mano y el paquete de la vieja debajo del brazo. El rengo Correa estaba remendando el techo de la casilla mientras la vieja, dentro, gritaba como una condenada, que era su modo de hablar. Se oían varios radios a la vez y, por encima de todo, la voz de queso de Carlitos "Pueblo" Rolan que cantaba ese *chiquichá Ahí viene la ambulancia*.

"Cascote" se puso a ladrar apenas dobló la esquina. Le quitó la cadena y casi lo voltea de puro contento. Le tiró una patada sin intención y saludó a la Beba que había sacado la cabeza llena de rulos por la ventana de al lado.

Dobló con cuidado la ropa y la metió en el cajón de embalar que usaba como ropero. Después se puso el mameluco y antes de salir contó el puñado de billetes ajados y grasientos que le quedaba encima. Tenía que tirar con eso toda la quincena. Bueno, por lo menos estaba al día con el crédito y ese fin de semana minga de joda. Tal vez podía conseguir una changa.

Volvió a cruzar las vías y trepó al terraplén. Apuró el paso, sin matarse, para alcanzar a los muchachos. Allí iban todos, el Aldo y el Beto y el Rulo, gritando y riendo en dirección a la mole oscura de la Papelera.

Perfumada noche

(A mi tía Haydée, para que
nunca se muera)

La vida de un hombre es un miserable borrador, un puñadito de tristezas que cabe en unas cuantas líneas. Pero a veces, así como hay años enteros de una larga y espesa oscuridad, un minuto de la vida de un hombre es una luz deslumbrante.

El señor Pelice tuvo ese minuto y esa luz. Pocos lo recuerdan en este pueblo. Algunos, los más concisos, piensan que murió realmente de vejeces. La muerte es según, como la vida. Es otra vida, justo, otra forma de consistir, no un *per saecula* definitivo, nada absoluto, ninguna cosa extravagante porque también es de ser, aunque en artículo mortis. De modo que el señor Pelice sigue siendo todavía. La muerte, ya que viene al caso, es suceso chiquito, desdibujo, entreluces. Este pueblo no fue así desde el comienzo, como uno imagina.

En su momento fue pueblo niño. Antes no estaba el molino de Rodríguez ni la fábrica de fideos de B asile era como es ahora con un alto letrero encendido en la punta, sino de madera bien seca y engrasada, es decir, lista para encenderse en cualquier momento como finalmente sucedió bien solemne y entonces, después, sobre las cenizas vino esta otra, de fuerte cemento y letrero penachudo, ni estaba siquiera esta estatua de San Martín que cabalga sereno entre las copas de los árboles, ni el blanco palacio de la Municipalidad tan gobernante, ni aun la avenida Alsina de cemento lisa embanderada de letreros a los costados.

Esto es, hay otro pueblo por debajo de este, y otro y otro más con tapialitos amarillos de sol y callecitas de tierra. Y por una de esas callecitas ahí viene el señor Pelice con sus botines de becerro, su traje de gabardina negra y su panamá copudo, a los pasitos, muy de cuerpo presente. Viene. Y ese fue el minuto y la luz del señor Pelice.

Porque no va que ve por primera vez a la señorita Haydée Lombardi en la puerta de su casa, en la calle Saavedra, al lado de la confitería Renacimiento, que está en la esquina de Pueyrredón y Saavedra, aquella opulenta casa con un tejado a la Mansard con espiga, tragaluces, cresta, veleta, buharda y chimenea, que se ennegrecía al atardecer y boyaba como un barco en el alto cielo y ella allí, en la puerta, para siempre desde ahora, blanca y frágil y perfumada, figurín, Haydée Lombardi, para sueño y música.

Al señor Pelice le hizo un ruido el corazón y la amó desde ese mismo momento. Jamás cruzaron palabra pero él desde entonces se quitaba puntualmente el panamá frente a aquella puerta a las seis de la tarde en invierno y a las ocho en verano, y ella inclinaba apenas la cabeza y casi sonreía. Para el señor Pelice fue el momento más brillante de su vida lo cual es bastante textual porque, como se sabe, el señor Pelice era el cohetero más reputado de la zona.

¿Quién no recuerda, eso sí, las cascadas, abanicos, glorias y soles fijos que hacía estallar para la fiesta de San Donato, por ejemplo, aparte de las consonantes bombas de estruendo que reventaba en procesiones y remates y que se oían hasta Irala o Cucha-Cucha, según soplase el viento, y era el propio mundo que saltaba en pedazos?

Aquel año del encuentro engendró para la fiesta de San Isidro Labrador, de este pueblo protector, sus famosas piezas pírricas de formidable combustión. Las piezas pírricas mediante fuegos fijos, esto es, que hacen su efecto sin dar vueltas, según se conocían hasta entonces, eran fáciles de prender mediante el simple recurso de mechas de comunicación.

El maestro Pelice, en cambio, que era un verdadero artista creativo, prosiguiendo y mejorando los fogosos estudios del maestro Ruggieri, perfeccionó in extenso los fuegos pínicos alternando piezas fijas con piezas giratorias, lo cual es de suma perfección si se tiene en cuenta que el movimiento de rotación se opone per se a que se establezca la comunicación entre las piezas. El sutil rebusque se basaba en una fuerte broca colocada horizontalmente sobre un sólido

poste de madera y que servía de eje a todas las piezas, de las más simples a las más complicadas, combinando en ajustada competencia de ingenio soles fijos, estrellas, glorias, patas de ganso, aspas de molino y las maravillosas espuelas de fuego de su exclusiva invención. Inspirado por la alada figura de la señorita Haydée, el señor Pelice llegó incluso a fabricar aquella atronadora pieza en espiral, compuesta de fuegos giratorios y de una hilera de lanzas que suben circularmente y forman, cuando la pieza gira, una espiral de fuego de enorme pasmo y majestuoso incendio, que disparó para la noche del 9 de Julio de 1935.

Esa misma noche, en la casita que habitaba en las afueras del pueblo sobre el camino de tierra a las Aguas Corrientes, después de encender cuantas velas y lámparas tenía y distribuir las por toda la casa y aun en el jardín, el señor Pelice se estableció frente a su escritorio de persiana y tras suspirar largamente mientras se rascaba la cabeza con una lapicera de pluma de pavo escribió con su hermosa letra bastarda de curvas rotundas y el sesgo conexivo de 30°, como se prescribe, la misma con la que copiaba las fórmulas del maestro Julio Rossignon, autor del *Nuevo Manual del Cohetero y Polvorista* editado por la librería de la Vda. de Ch. Bouret, su primera carta a la señorita Haydée, inspirada libremente en el *Corresponsal del Amor, Estilo Moderno de Cartas Emotivas y Pasionales*. Como, según las apariencias, sobrepasaba en varios años a la señorita le pareció atinente utilizar como modelo la carta de un viudo pidiendo relaciones a una soltera, aunque él, con propiedad, no fuese viudo de mujer sino más bien viudo de costumbre.

Releyó un par de veces la carta a la luz de la lámpara de aceite de tubo alto y luz espesa, que era su preferida y que cuando se adormecía lo despertaba con breves y susurrantes chisporroteos de la mecha, como si chamuyara. La plegó con cuidado, la besó ladeando sus bigotes de manubrio y la metió en un sobre perfumado. A esta carta nocturna siguieron otras muchas, puntualmente una por semana, pero el señor Pelice no llegó a despachar ninguna. Prefería rellenar con ellas las bombas de estruendo, que ahora sonaban un poco más apagadas o huecas, aunque sólo él lo notase, y desparramarlas en mil pedacitos sobre los techos del pueblo. Algunos de esos pedacitos cayeron en el patio de canteros elevados de la casa de la señorita Haydée Lombardi, aunque lamentablemente el día de la carrera de las Doce a Bragado, cuando disparó una bomba para la largada, un papel chamuscado que decía "Mi adorada Haydée" cayó con tan mala leche que fue a dar en el patio de la señora Haydée Bonsignore y más precisamente casi a los pies del señor Bonsignore, que tenía la sangre caliente, y se armó una podrida de calendario.

El señor Pelice seguía transcurriendo exacto, puntual todas las tardes por frente a la casa de la calle Saavedra y allí estaba siempre la señorita de visu, cada día más blanca y leve, casi transparente.

La señorita Haydée Lombardi murió de tabardillo el 8 de mayo de 1946. El señor Pelice redactó esa noche la única carta que en todos esos años remitió por correo. "Mi estimada señorita: en momentos tan especiales deseo expresarle a usted mi invariable afecto y la seguridad de mi perdurable compañía en esa otra vida de tránsito que ha iniciado usted y que me impongo yo en este mismo momento. Su leal servidor P." El señor Pelice echó la carta al día siguiente y no volvió a salir de la casa por el resto de sus días.

Solamente lo hacía cada 8 de mes, por la tardecita, para depositar un sobre perfumado en el nicho de la señorita que luego se llevaba el viento o algún curioso o bien lo chamuscaba y descoloría el tiempo. Coincidió que para entonces los festejos de estruendo fueron cayendo en desuso y se convocaba a remate por edicto judicial. Al tiempo, los vecinos lo dieron por muerto o simplemente lo olvidaron. Ya estaba el asfalto, se habían construido varios molinos, el Expreso Rojas llegaba hasta Buenos Aires y sobre el pueblo de tapiales amarillos había surgido otro pueblo. La casa de la calle Saavedra se convirtió en un local de compra y venta de propiedades.

A todo esto el señor Pelice envejecía suavemente detrás del último tapial como un fuego que se apaga con lentitud. Al caer la noche encendía todas las velas y las lámparas y daba de comer a unos pececitos de colores que criaba en un acuario y que eran su única y silenciosa compañía. Tenía una colisa labiosa, dos ángeles que parecían dos pajaritos rígidos, un betta splendens, un labeo bicolor, un telescopio renegrido de ojos saltones que semejava un gato, una ninfa, un cometa y dos besadores chatos y blancos que colgaban del agua como dos papelitos.

La luz del atardecer penetraba por la puerta-ventana que daba al jardín y revestía el cuarto de una claridad dorada que encendía pálidamente la pecera.

Los pececitos flotaban en el agua dorada como suaves pájaros de lento vuelo, desplazándose majestuosamente entre las ramitas de elodea o de helécho japonés. El señor Pelice inclinaba su cabeza encanecida sobre los vidrios y sus pensamientos se desplazaban tan lentos y suaves como aquellos pececitos ánimas. Detrás del tapial amarillo que con las sombras se cubría de caracoles, el señor Pelice se hinchaba y arrugaba un poco más cada año. Ahora podía salir y pasar entre los vecinos sin ser reconocido. El pueblo seguía progresivo, casi capital.

Altas luces de mercurio alumbraban las calles avenidas, el asfalto había llegado hasta la calle Magallanes, en las afueras, había dos semáforos en el centro que saltaban bonitamente del verde al rojo y a la viceversa y de los que don Pelice no entendió muy bien su significancia, aunque imaginó que eran tramoyas de estación. La iglesia de San Isidro, tan altiva, tan de lejos visible apuntando al cielo entre los árboles, sobre los buenos campos, había sido vaciada por dentro, ya no consistía en aquel brillante altar con columnas al pan de oro y la santa imagen, muy camal en su contexto, de Santa María bendita, todo color y vestes y brillos y ojos de vidrio y el niño desnudo, barrigoncito, sino que ahora era una especie de agudo galpón blanqueado, con una mesada en alto.

Quedan de los otros tiempos, y por allí la reconoció, los grandes ventanales con vidrios a franjas blancas y violáceas que según la disposición del sol azulaban a cierta hora el aire, las gentes, las imágenes de bulto, en cuya luz vio una mañana sobreandar, flotante, a la señorita Haydée con un tul que le velaba el rostro y de cuyos entrepaños florecían ambas manos como de cera. Nada de eso prevalecía ya. Él mismo no era el Pelice de entonces pues nadie se volvió a reconocerlo cuando avanzó por el medio de la nave con el panamá en la mano haciendo crujir los resecos botines de becerro.

De regreso pasó por la calle Saavedra y hundida entre dos vidrieras que resplandecían descubrió trabajosamente la negra silueta de la casa con un afrentoso letrero sobre la puerta. Haciendo visera con la mano, sus ojos repasaron el imbatible tejado a la Mansard que se recortaba contra el resplandor de las luces de mercurio. Esa noche escribió una larga carta a la señorita Haydée dándole cuenta de los adelantos habidos y de las altas y frías luces que hubiesen quitado brillo aun a las cascadas de cuatro brazos, de once metros de alto, con veinte, dieciséis, doce y ocho cartuchos detonantes respectivamente, más otros cuatro en el extremo superior del palo que construyó para el sesquicentenario y que fue su más colosal de facto.

Ahora es noviembre. En la profunda noche perfumada al señor Pelice, ya decididamente viejo y por lo tanto insomne, le cuesta una barbaridad conciliar el sueño. Casi no duerme. Se aquieta sobre el catre y hacia el amanecer se adormece un poco.

En esas largas horas divaga por el jardín con la lámpara de aceite en la mano o se echa en una mecedora e impulsada por el aire dulzón que despide el ligustro humedecido por el rocío, su cabeza se vuela como un globo o una pajarita de papel que planea sobre el viejo pueblo con los tapialitos amarillos y las calles de tierra y tanta cosa que se desapareció u ocultó, no visible a prima facie, que eso es la muerte, olvido, oscuridades, suma y suma, tiempo y tiempo, distancia inmóvil.

En la madrugada acercó la lámpara a la pecera y comprobó ya sin dolor que el pez telescopio, ese lento pajarito renegrido que lo observaba con sus grandes ojos saltones a través del cristal y con el que casi había llegado a entenderse, de un mundo a otro, pez-hombre, pez pez, flotaba inerte en uno de los rincones. Al principio, cuando instaló la pecera, eran doce movedizos pececitos pero, iletrado en aguas, el exceso de comida o alteraciones en la temperatura o defectos en la aireación y filtración redujeron el lote rápidamente. La primera muerte fue una catástrofe.

El señor Pelice extrajo el cuerpecito finado, una vez que comprobó en forma absoluta que no se movía ni aun empujándolo con un dedo, con la redcilla de tul y lo depositó sobre una hoja de hortensia en el medio del escritorio y lo veló algunas horas con la lámpara de aceite. Con una cuchara cavó un hoyo al pie de una magnolia foscata y enterró allí al pececito. No se había aún recuperado de aquella sensible pérdida cuando murió un *macropodus opercularis* que comenzó boqueando en la superficie y luego se acurrucó en un rincón con el vientre hinchado.

Lo sepultó al pie del ciruelo de jardín de aladas hojas marrones. Así fueron muriendo uno tras otro y el viejo enterrándolos al pie de esta planta, aquella.

Al telescopio lo plantó junto a su arbolito más querido, un jazmín japonés de flores carnosas que reventaban justamente para fines de noviembre y se removían en la noche como avechitas blancas bombeando intensas ondas perfumadas que traspasaban la oscuridad hasta el catre o la mecedora del señor Pelice, que ya prácticamente no duerme.

A ratos lee, a ratos escribe pero sobre todo piensa. Eso es la vejez seguramente, una desvelada memoria. Por lo general reconstruye el pueblo desde su infancia mezclando o, mejor dicho, combinando los tiempos, las personas.

Desfilan contra un mismo tapial o por la penumbra amarilla del cuarto el padre Doglia, previniéndolo en cocoliche sobre las tentaciones de este mundo mientras se pone y se quita el bonete francés, nervioso con la presencia del demonio a quien imagina una especie de comisario de la provincia con el uniforme colorado, el viejo Ponce, que habla solo, Bimbo Marsiletti que agita los brazos frente a una banda invisible, Oreste Provenzano que levanta una ristra de billetes de lotería o los taños Minervino, Visiconti y Ciminelli que pasan tocando la gaita en fila india igual que en la procesión de la Virgen del Carmen.

Desde que se marchó la señorita Haydée ha tomado por costumbre colgar un farol de viento en medio del jardín. El viento lo agita y remueve las densas sombras que cambian pesadamente de lugar. Su luz anaranjada semeja la lechosa claridad de la pecera. Y en esa luz submarina ve brotar en la punta de una ramita al *macropodus opercularis* o al labeo bicolor o al *scatophagus argus* o a los *puntius arulius* que murieron a dúo. Se agitan como flores o pajaritos o caireles, casi transparentes, muy navegantes. Esta noche de noviembre florecerá sin duda el telescopio, pez pajarito de negros velos, en la cresta del jazmín japonés.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada, el señor Pelice escuchó desde el catre el volteo de las campanas que convocaban a la misa solemne de primera comunión con la lámpara de aceite todavía encendida a un lado, sobre la silla. Pensó en la virgen de cemento que erigieron las Hijas de María en el atrio de la iglesia y que viera la última vez con el rostro y las manos pintadas de color carne y en las hileras de chicos con brazaletes y túnicas que atravesaban la plaza y estarían ingresando en este mismo momento por la puerta puntiaguda a través de la cual se alcanzaba a ver el altar colmado de luces. Pero su hinchado cuerpo no obedeció al impulso. Tenía los brazos adormecidos y las piernas envaradas. Recién ala tardecita, arrastrándose por el piso, pudo dar de comer a los pececitos. Angelita Alori, que venía dos veces por semana a asear la casa, lo encontró al día siguiente tumbado en el piso de ladrillos y lo acomodó en el catre para finales. Como por otro ítem padecía el mal de orina, Angelita le preparó un cocido a base de raíz de rábano con una mata de perejil y un puñado de hojas de berro, endulzado el conjunto con azúcar de cande.

Se abreva una copa para extraer la orina y los humores que vienen de acompañamiento, aconsejándose un Pater para refuerzo. El señor Pelice mejoró de la orina pero total que era casi lo mismo pues no podía transportarse para expulsarla, debiendo ayudar al efecto la Angelita con la vista vuelta hacia otra parte. El 8 de enero, puntual, el señor Pelice emprendió su tránsito con el traje de gabardina, el sombrero panamá y los botines de becerro a la hora justa en que los pececitos se brotaban en las ramas. Según la Angelita, que depuso para constancia, hizo una buena muerte, al natural, y fue enterrado de oficio, sin luto ni comparsa, en la mera tierra.

Ahora bien, y a propósito del señor Pelice que pasó, pregunto: ¿cuál es, cuál el verdadero pueblo de la ciudad de Chacabuco, cuál rige? Este de ahora encumbrado en adelantos o aquel otro de los tapialcitos amarillos y las calles de tierra, cuando el camión de riego asentaba el polvo al atardecer y todo era más viejo y simple pero más dulce, y bastaba con estirar el cogote para ver al fondo de la calle las primeras quintas y que por la calle Saavedra en este momento se acerca gravemente el señor Pelice, se detiene frente a la casa de los Lombardi, ya medio en sombras,, se quita el panamá y saluda a la señorita Haydée que dice por primera vez con su voz de pajarito:

—¿Habrà calor este año, no cree usted?

—El sol está fuerte para noviembre —responde *per oblicua* el señor Pelice.

—¡Hermoso atardecer!

—Sopla algo de viento, por suerte.

—¿Hacia dónde va usted tan incontinente?

—Al Prado —improvisa temerario el señor Pelice.

—Muy buena idea. ¡Me gustaría mucho ir hasta ahí! — canturrea la señorita.

El señor Pelice le ofrece el brazo y la señorita Haydée con una risita se aparta de la puerta y enlaza el brazo del maestro cohetero. Las dos figuras se alejan entre tapias amarillos y penachos de sombras rumbo al Prado Español mientras sobre el pueblo descende la perfumada noche.

Devociones

(A Lita y Fico Vogelius, que nada tienen que ver con esta historia)

Dentro de un rato sonará, a las cinco en punto de la mañana, ese puto despertador que el día que gane el Prode o asalte un Banco reventaré contra la pared de una patada, como reventaré a tantas otras cosas, y me levantaré en puntas de pie para no despertar a Margarita que duerme a mi lado a patas sueltas hace dieciocho años, me vestiré en el baño y saldré más o menos a las cinco y diez rumbo a la Primera de Saavedra chupando el primer cigarrillo de la mañana. La Primera de Saavedra es la fábrica de jaulas en la cual trabajo desde el día que mi padre decidió echarme a la calle de un puntapié.

En todos estos años he hecho miles de jaulas, tantas que me sorprende que todavía ande por el aire algún pajarito suelto. Un día, esto pienso mientras las hago, construiré una bien grande, la más grande de todas, con unos gruesos barrotes de hierro y meteré ahí dentro a Margarita y su desgraciada madre, esto es, mi puta suegra y las sumergiré a las dos, luego de alimentarlas con alpiste envenenado, en el Riachuelo, nada de un arroyo limpio y rumoroso ni siquiera del Río de la Plata, que por ser el más ancho del mundo con seguridad podría resumir tanta maldad, sino en el Riachuelo para que se chupen todo ese olor a podrido que viene de los mataderos y revienten en forma.

Me alegro y me consuelo pensando en esto aunque sé que nunca lo haré porque soy un pobre infeliz. En lugar de eso sé que me levantaré en puntas de pie dentro de un rato y de que en puntas de pie recorreré el resto de mi vida.

Pensé cuando murió mi abuela, que decían que tenía en el sótano una pila de valijas llenas de plata, que las cosas iban a ser distintas. Pero no. Todo lo que dejó mi abuela fue una estatuita de la Virgen de Lujan que preside mi casa y delante de la cual Margarita se persigna hasta cuando pasa revoleando la escoba detrás de mí. Yo me pregunto cómo tanta devoción en tantos años no le ha metido un poco de humildad, por no decir sencillamente bondad, en su abultado cuerpo. Pero no quiero pensar en esto porque es capaz de despertarse en este mismo momento y zamparme un puñetazo en medio de la cara. Yo no sé cómo mierda hace, pero me adivina hasta el último pensamiento. Con excepción del de la jaula, que lo tengo fuera de casa.

En lugar de pensar en todo esto, que sólo sirve para amargarme, debiera tratar de aprovechar hasta el último minuto antes de las cinco pero sucede que anoche tuvimos una pelea fenomenal y después un sueño cargado de pesadillas. La última acaba de despertarme y ya no puedo pegar un ojo.

Soñé precisamente que estaba haciendo la jaula esa, cantando y silbando, cuando de pronto me cayó encima la Margarita echando sapos y culebras, de las que se alimenta, supongo, mientras yo estoy afuera sudando como un penado al rayo del sol, y que me hacía una llave como las de *Titanes en el Ring* y por último, para rematarla, o más bien rematarme, me asfixiaba con una de sus enormes tetas. Ahí, por suerte, desperté con la cabeza debajo de la almohada y la impresión fue tanta que no pude volver a pegar los ojos. Y pensar que fueron justo esas tetas las que me perdieron. Ahora parecen dos bolsas rellenas de trapos pero antes cada una por separado era la piedra movediza de Tandil.

Bueno, aparte de la estatuita, que amarré bien alto en un nicho de madera en forma de jaula que construí yo mismo para que esté a salvo de las batallas que se suceden más abajo, mi abuela, a la que nada reprocho, me dejó sus santas devociones. Echando cuentas, eso ha sido lo más importante para mí pues me ayudó bastante a atravesar esta negra vida sin quejarme más de lo necesario ni echarme al paso del Mitre como me sugirió tantas veces Margarita y yo mismo lo pensé. Pero, según se mire, al propio tiempo fue esa devoción la que me perdió. Aunque yo creo hasta hoy que de todo eso saldrá algún provecho, que alguien en el mundo se debe haber favorecido, por lo menos el tipo que seguía en la lista y se salvó de Margarita.

La mano vino así. Creo que fue en el 45, un sábado 14 de septiembre, con la primavera adelantada, detalle que hay que tomar en cuenta. Yo acababa de llegar de mi pueblo, Chacabuco, con la virgen envuelta en un paquete y una valija de cartón. Fui a parar a una pensión de Plaza Italia.

La semana la tenía ocupada con la Primera de Saavedra pero los fines no sabía qué hacer. Daba vueltas por la plaza como un idiota, soñando con mi pueblo o minas en pelotas que caían a mis pies de los pocos árboles que hay allí y me pedían a gritos que las violara hasta que el olor a empanadas fritas que bombeaban los boliches de Santa Fe casi me hacía perder el conocimiento. Fue en uno de esos días que vi pegado a las paredes un letrero amarillo de la Sociedad de Peregrinos a Pie al Santuario Nacional de Nuestra Señora de Lujan que invitaba a la próxima peregrinación anual. En el letrero se daban todas las instrucciones, desde los botines a calzar hasta los pensamientos que había que poner en la cosa.

Ese año yo me había salvado de la colimba por número bajo y a raíz de eso, que tomé entonces por una suerte, prometí ir a pie a Lujan y de rodillas desde la puerta del santuario hasta el camarín de la virgen. Al día siguiente, después que volví de la Primera, me fui a anotar a la sede de la Sociedad, en Independencia al 900. Por esos días, y véase cómo maniobra el destino, debieron anotarse Margarita y Requena, para ingresar en mi vida el próximo 14 de septiembre, aunque, desde luego, no fuese ésa la intención que los llevó al mismo lugar que yo, como tampoco fue la mía.

En los días previos me entrené y preparé como si fuese a correr en las Doce a Bragado que se corren en mi pueblo más o menos para el mismo tiempo y en las que corría mi tío Agustín, que también la pateó a Lujan, pero desde Chacabuco, más de cien kilómetros a pata el muy animal y llevando un estandarte de la Congregación de San Luis Gonzaga que cuando soplaba una racha de viento lo arrancaba del pavimento.

Siguiendo las instrucciones del volante que me dieron y las que recordaba de mi tío Agustín, me armé de un par de botines patria, me vendé los pies sin tirar de las vendas, me puse un plástico debajo de la camisa para aguantar el frío y el 14 me largué temprano hasta la Basílica de San José de Flores, que era desde donde partía la peregrinación. Encabezaba la marcha un cura que hablaba como Balbín y más o menos decía las mismas choterías, aunque referidas a la Santa Iglesia y no a la Unión Cívica Radical, se entiende, y llevaba un bastón que revoleaba cada tanto para darnos aliento y que si no lo paran, pues para mí estaba como poseso, hubiese seguido lo menos hasta Mendoza. Era flaco y duro como un palo de madura y despedía un fuego por los ojos.

Bien, cantamos *Ven, sube a la montaña* y echamos a andar a un mismo paso. En ese momento no imaginé cómo esos sencillos pasos me podían llevar tan lejos. Desde entonces pongo algún cuidado siempre que echo el primero y no sé con seguridad a dónde voy. Qué iba a sospechar yo todo lo que vendría después cuando di aquel primer paso, el 14 de septiembre de 1945. Salimos a las 7 de la mañana y a las 9 estábamos cruzando Liniers. Cuando pasé por debajo del puente de la General Paz me puse melancólico pues pensé que iba para mi pueblo que queda en la misma dirección, sobre la misma ruta, es decir, la 7. Fue ahí donde reparé por primera vez en el tipo que traía al lado.

No fue que reparé sino que se me vino encima, me echó los brazos al cuello y me dijo, resollando, "Negro, aquí me muero". Yo le dije: "Viejo, recién estamos en Liniers". "Eso es lo que me mata —dijo él—. La idea." Dijo una gran verdad porque, por lo que sé, hasta hoy lo que lo mataron fueron las ideas. El tipo se llamaba Requena y no estaba lo que se dice en forma. Por empezar llevaba puesto un sobretodo, algo que expresamente no se recomienda. Para colmo llevaba un toco de libros, una pila, que era *El Nuevo Testamento en Salmos*, de las ediciones paulistas, más de 500 páginas en papel finito que si en Liniers cada uno pesaba ya como un ladrillo en Morón o Merlo pesarían lo que una pared entera.

El desgraciado, todavía colgado de mis hombros, me vendió un libro de esos que tenía marcado el precio de tres pesos, pero que Requena vendía a cuatro, como ayuda a no sé qué institución. Además hizo que cargara con el resto de la pila, aparte del sobretodo. Como yo era un pendejo que echaba fuego por todos los lados y a cada rato el mundo me quedaba chico cargué con todo sin chistar y aun hubiese cargado con el propio Requena, lo cual en cierta forma hice desde ese momento, aunque en otro sentido. Creo que de ahí le vino la idea de publicar

libros él mismo, desde la *Imitación de Cristo* hasta las *Verdaderas Memorias de una Princesa Rusa*, de Oberdan Rocamora, y, en combina con el turco Asís, *Breve manual del pedaleo y Karate y sexo*, con veinte llaves inéditas científicamente ilustradas, lo que dio luego pie a REQUENA EDITOR, que es el último oficio que le conocí.

Lo bueno de él, según se mire, es que siempre se le está ocurriendo una forma nueva de encarar esta miserable vida. Yo sé que un día mandará todo a pasear y se echará al medio del camino y entonces inventará al mundo de punta a punta en sociedad con el mismo Padre Todopoderoso. Bien, cargué el sobretodo y el paquete, el cura revoleó el bastón y comenzó a rezar los misterios dolorosos, con carácter penitencial. Fue ahí exactamente donde apareció en mi vida Margarita, este mismo pedazo de carne que ahora suspira al lado mío y sonríe en sueños vaya a saber pensando en qué maldad. Porque eso es lo que yo no entendí nunca, que las mujeres son un pozo de maldad.

Esta advertencia debiera ponerse en todos los caminos, como las señales de tránsito, y en los paquetes de cigarrillos y en los sobres de los preservativos. Qué otra vida hubiese sido la mía si yo hubiese visto esa señal a tiempo. Probablemente no le habría hecho caso y me hubiese ensartado en la misma forma porque estaba escrito y además Margarita en ese tiempo era un monumento capaz de ocultar cualquier señal, por grande que fuese, con cada uno de los sólidos detalles que lo componían.

Más o menos es lo que pienso cuando leo u oigo hablar del monumento a los caídos. De paso obsérvese nuevamente en qué forma procede el destino. En ese momento fue un detalle insignificante, pero a partir de ese detalle mi vida pegaba un giro de noventa grados y arrancaba para otro lado.

El detalle en cuestión fue que al lado, un poco a mi derecha y un poco atrás, empecé a escuchar una voz cantarína que arrancaba con cada Ave María adelantándose y comandando, diría excitando si no fuese que en esas circunstancias se entendería de otra forma, al lote de sonámbulos que marchaba arrastrando los pies por la calle Rivadavia, que aparte de ser la más larga del mundo el cansancio la estiraba a cada metro un poco más. Me volví y fue que vi por primera vez a Margarita. Requena me preguntó si me pasaba algo porque entré a caminar a paso de ganso y a rezar a los gritos. Requena iba y venía entre la gente vendiendo sus libritos y yo, cuando vi lo que vi, casi tiro el resto de la pila por encima de las cabezas de los peregrinos.

Él pensó que empezaba a ver visiones por el esfuerzo de la caminata. En cierta forma era verdad. Margarita en ese tiempo era una hembra colosal, sin el menor desperdicio, con un par de porrones que daban mareos, los mismos que ahora yacen como dos piñatas desinfladas o como mis pantalones de brin sanforizado con manchas de grasa que esperan ellos también a que suene el despertador sobre el respaldo de la silla. Por un instante me olvidé de lo que estaba haciendo allí y el demonio me entró en el cuerpo al rojo vivo. El cura en ese momento, como si adivinara la situación, levantó el bastón y pegó un brinco y yo me concentré en el tercer misterio.

Requena, que en Morón había terminado de vender los libritos y hasta vendió el mío, se puso a partir de ahí a hablar de comidas. Yo iba bien hasta entonces pero el desgraciado me tocó mi punto flaco por esa época, aparte de las hembritas, que lo siguen siendo. A cada rato me decía, entre misterio y misterio. "¿No te comerías un sanguiche de milanesa, flaco?" o "Ni siquiera se me ocurrió traer un par de huevos duros" o "¿Te imaginas un plato de ravioles de ricota con salsa mixta?" o, y ahí me mató, "Me comería un lechón entero, hecho con brasitas de marlo y bastante limón".

Cuando mencionó la palabra lechón me empezó a saltar espuma por la boca. Me acordé en el acto de los lechones que hace mi viejo en el Cicles Club de Chacabuco o en el fondo de mi casa, debajo de la parra de uva chinche, con el cuento tostado y duro que se raja y deja entrever la grasita y las costillas que se van soltando solas por el calor y los riñoncitos que largan una perfumada nubecita de vapor. Casi me desmayo. Por suerte Requena que cuando pasamos por Merlo ya deliraba empezó a pedir a los gritos un plato de buseca y cayó redondo en medio del pavimento. Lo metimos en una ambulancia, después que el cura lo roció con un hisopo, y se lo llevaron para Lujan soñando posiblemente con un plato de "fusiles" al pesto. Creo que ahí cambiamos las primeras palabras con Margarita que me preguntó si el señor, esto es, Requena era mi amigo y yo le dije que sí aunque acababa de conocerlo y ella exclamó "¡Pobre señor!", y

agitó los pechos y yo vi el cielo de color rojo. El resto del camino traté de concentrarme en motivos religiosos y a veces en mis pies que ya echaban un chorro de humo pero cada tanto mi mirada se desviaba hacia la derecha, un poco atrás.

Ella seguía rezando con las manos juntas como Santa Teresita, la de yeso que había en la iglesia de mi pueblo, sólo que no era de yeso para nada sino enteramente de carne y hueso, sobre todo de carne de la mejor calidad que se removía bajo sus ropas y al parecer enviaba como unas ondas o rayos eléctricos que me quemaban la piel.

Cuando llegamos a la basílica encontré a Requena al lado de la verja completamente fresco repartiendo otra pila de libritos. Me saludó y me abrazó como si yo acabase de ganar las Doce a Bragado. Le entregué el sobretodo que de Moreno en adelante pesaba como si arrastrase a un muerto. Compré una vela de cera de mi exacta altura, según se acostumbra, con velas y estampitas y que, por el precio, pensé que se pagaba a crédito y me dispuse a cumplir con mi promesa.

Comencé a subir de rodillas las escaleras con Requena de un lado y del otro Margarita, que al enterarse de mi promesa se había conmovido hasta las lágrimas, rumbo al camarín de la virgen. Cuando traspuse la puerta me pareció que ya estaba andando sobre los propios huesos. Recé un padrenuestro, un credo y cuanto me acordé en ese momento para ganar tiempo y recuperar el aire.

Requena me animó con un empujoncito en la espalda pero lo que me lanzó verdaderamente hacia adelante casi a la carrera fue el hecho de que Margarita extrajo un pañuelito perfumado de entre los pechos y me secó el sudor de la frente. Ahí sentí que podía correr sobre mis rodillas hasta la cordillera de los Andes, ida y vuelta. Con todo en mitad de la nave tuve la impresión de que las piernas se me reducían y que pronto iba a estar avanzando sobre mis caderas.

Sea como fuere llegué al pie de la escalera del camarín, cerré los ojos y comencé a trepar tanteando los escalones. Cada vez que despegaba una rodilla del duro mármol era como si me arrancasen las tripas y una vez me abracé de una pierna de Margarita y entonces piqué hasta la punta de la escalera de un tirón, creo que salteando inclusive algunos escalones.

Hubo una solemne misa concelebrada y el cura del bastón, después del evangelio, se echó un sermón sobre el pecado y la puta condición humana a propósito del sordomudo sanado por Jesucristo, o sea, el pecador consuetudinario curado por la gracia del Señor, que casi nos reduce a polvo.

Después de disparar toda la artillería sobre el rebaño de pecadores que, por descontado, éramos nosotros, el cura, cuando explicaba con lujo de detalles cómo el estado del sordomudo del Evangelio representa el estado del pecador empedernido, gritó sobre la punta de los pies, sacando medio cuerpo del pulpito como si fuese a caer literalmente sobre nosotros, "El sordomudo se encontraba en una condición bien lamentable puesto que se hallaba privado del oído y del habla; pero no lo es menos la del pecador consuetudinario que se halla espiritualmente privado del oído y de la palabra.

En efecto, este desgraciado pecador no da oídos a las voces de la conciencia, que le reprende los delitos cotidianos. No hace caso de los amorosos consejos de los amigos y parientes, que querrían verle fuera del camino de la perdición. No presta oídos a la voz de Dios, que ya indirectamente por medio de algún acontecimiento inesperado, ya directamente por medio de alguna inspiración interior, le dice: "¡Conviértete y ámame!".

Mientras el cura esto decía o gritaba, señalaba torvamente, en su intención a un pecador imaginario pero de hecho a una vieja que había en la primera fila y que empezó a temblar como una caña removida por el viento. Requena se golpeaba el pecho como si fuese a voltearse uno o dos pulmones, lo cual hacía más tétrico el asunto.

Total que la vieja saltó del banco y se puso a gritar: *Peccato! Peccato! Madonna mia abbi pietá di me...!* Al principio yo pensé que era una especie de claque pero cuando la vieja comenzó a arrancarse la ropa vi que iba en serio, tanto que el mismo cura escondió la mano y empezó a empalidecer. Por suerte la pararon unas señoras aunque después de todo si hubiese quedado en pelota la verdad es que le habríamos tomado verdadero asco al pecado. El cura terminó tirando la manga a todos los pecadores allí presentes. El único inocente resultó Requena que cuando pasaron el cepillo entró en éxtasis alzando los brazos al cielo de manera que hubiese

sido una irreverencia pretender que los bajase hacia el bolsillo. La misa terminó cuando la mitad de la vela me había chorreado sobre la mano y me sentía realmente como si el demonio en persona hubiese salido de mi cuerpo, liviano y finito como el de un ángel. Traté de levantarme y salir como los demás pero me vine en banda y sólo después de masajearme las rodillas y zamparme un par de aspirinas salí de allí sostenido de un lado por Requena y del otro por Margarita.

Donde se ve en esto y lo que sigue como el destino no para de tejer su tela un solo minuto. Margarita, que había venido con los viejos y el hermano, un taradito que sonreía a cada rato como si supiera algo que nosotros desconocíamos, por ejemplo, que iba a estallar una bomba y nos iba a pulverizar a todos, menos a él, nos invitó, siguiente paso del destino, a compartir el contenido de una canasta que el viejo fue a recoger del camión que traía los bultos y paquetes de los peregrinos.

Requena se apresuró a aceptar la invitación y así, en dulce conversa, nos fuimos a la orilla del río Lujan y alquilamos una de esas roñosas mesas bajo los sauces, entre papeles y mugre y alguna otra cosa. La vieja abrió el canasto y entró a sacar la comida para un regimiento. El viejo descorchó una damajuana de tinto riojano y, después de persignarnos devotamente, comenzamos a comer con elegante ferocidad, sobre todo Requena que mientras hablaba de grandes negocios se embuchó un matambre casero y medio pollo frío al limón. Yo comía y miraba a Margarita.

Comíamos y nos mirábamos, algo tan simple, y nos reíamos de nada. El vino nos soltó la lengua y empecé a hablar de mi pueblo. Mi pueblo es un montón de historias a poco más de cien kilómetros de Lujan, sobre la misma ruta, y cualquier cosa que uno cuenta de él se parece a la historia de cualquier tipo de cualquier polvoriento pueblo de la provincia.

De manera que nos pusimos un poco melancólicos y cada uno pensó en su propio pueblo, allá a sus espaldas, incluso el propio Requena que comenzó a hablar de gentes y caminos y otros pueblachos semejantes al mío. Después de la comida el viejo se echó al pie de un sauce y al rato estaba roncando.

Requena se fue a remojar los pies con el taradito, que a esta altura se llamaba Juan José, y yo me fui a dar una vuelta con Margarita, que con el vino y la comida se había puesto más encarnada y más eléctrica, por así decir. Primero recorrimos los juegos, como era inevitable. Luego de la Flor Azteca subimos a una calesita, por sugerencia de Margarita que se hacía, ahora comprendo, la nena, cosa que me enloqueció en ese momento como a un buen boludo.

Yo trepé a un caballo de madera y ella a un bote, yo subía y ella bajaba al compás del vals *Desde el alma*, de manera que sus tetas, a las que yo observaba de reojo, subían y bajaban en la misma forma, por supuesto, y cuando ellas subían, subían mis ojos y cuando ellas bajaba, bajaban, que era cuando tenía yo la mejor visión del asunto. Al rato más bien parecían algo que no tenía que ver con Margarita, que estaba detrás, naturalmente, y yo las miraba subiendo y bajando como subía y bajaba mi duro pajarito que golpeaba contra el lomo del caballo, con absoluta naturalidad, no sólo voluptuosas sino majestuosas como un barco con las velas hinchadas tirando victoriosamente para adelante.

Dimos cuatro vueltas. Después probé al tiro al blanco pero los rifles de aire comprimido estaban tan desviados que apunté a un pato de lata y por poco le doy al tipo que tenía al lado. Finalmente, decidí probar mi fuerza en ese puto aparatito con dos manijas posiblemente conectadas a una batería y que uno va separando y a medida que las separa marcan un número en un tablero y destilan una pequeña corriente eléctrica que al principio apenas se insinúa como un cosquilleo alentador.

Yo miraba a Margarita y sonreía de manera que no prestaba verdadera atención al aparato ese. Así que como, en apariencia, no pasaba nada sonreí nuevamente a Margarita, que me alentó con un cabeceo muy gentil, y separé las manijas de golpe. La máquina me disparó tal patada que se me arrugaron las pelotas, me temblaron los dientes y la lengua se me retorció dentro de la boca como a un ahorcado.

Creo que si en ese momento me ponen una bombita de ciento veinte en la oreja la enciendo por largo rato. Cerré los ojos y vi un puñado de locas estrellas que giraban sobre una noche inmensa y luego, debo haber abierto los ojos, vi en medio de las estrellas a Margarita que aplaudía no sé muy bien qué cosa.

Cuando pude volver a caminar, nos alejamos de allí rumbeando descuidadamente hacia los árboles del fondo, cerca de la ruta 7. De vez en cuando, entre las copas de los árboles entreveía las torres de la basílica pero yo desviaba enseguida la mirada.

Había algunas parejas por esos árboles rascando entre papeles y restos de comidas pero Margarita no parecía pisar en esta tierra y hablaba de asuntos más bien espirituales, como el amor cristiano, el efecto de las palomas y otras vaguedades en las cuales, ahora estoy bien seguro, no creía un solo centímetro. Confieso que, dentro de mi ignorancia, yo no podía entender cómo con ese cuerpo que incitaba por mera presencia a ejercer una verdadera carnicería y cuyo lugar natural era el Maipo, por lo menos, podía engendrar tales elevados pensamientos. Así son las cosas en este mundo. Yo tenía mucho que aprender.

Bueno, dale que va llegamos al fondo propiamente donde una mata de arbustos nos cerraba el paso. Nos sentamos más o menos a orillas del agua, un chorrito mugriento que arrastraba papeles y de vez en cuando algún preservativo, al reparo de la mezquina sombra que echaban esos desplumados yuyos y no sé muy bien por qué allí se me soltó la lengua y me puse a hablar otra vez de mi pueblo y de mi infancia. No sé por qué tampoco uno se compadece tanto en tales circunstancias.

Me sentí de pronto el más desgraciado de los hombres y, con perdón de los viejos, inventé una infancia tan miserable que yo mismo solté unas lágrimas cuando Margarita, revoleando los mismos ojos de yeso de Santa Teresita, me tomó las manos, que me patearon en la misma forma que el aparato ese de los juegos, y trató de reanimarme. Yo tuve un golpe de sangre. Vi todo rojo. Le besé y le mordí las manos y ella, pasando por alto este último detalle, reclinó mi cabeza entre sus pechos, es decir, tetas, cosa que me enloqueció del todo porque tragando aire, pues sentí que me ahogaba, estrujé, besé y mordí aquellas colosales tetas, cuyo mero recuerdo me excita todavía.

Ella, siempre serenamente, se bajó el corpino para que yo ejerciera mi ferocidad en estilo libre. Luego, sin perder esa maravillosa y extraña serenidad, se recostó en el pasto, se izó la pollera, se bajó los calzones y me acomodó encima de ella con sabia precisión, detalle al que naturalmente en ese momento no le presté demasiada atención, y yo la ensarté, empujé y removí mientras ella me ceñía con sus rotundas piernas que me introdujeron un poco más adentro todavía. Cuando terminé y ella me apartó suavemente, preocupada por sus medias, yo asomé la cabeza entre los yuyos y vi en una misma línea a la vieja que se puso a gritar en la misa concelebrada, acompañada por otras dos momias, que se santiguó rápidamente y, más atrás, contra el cielo fulgurante de aquella tarde del destino las dos torres de la basílica y ahí me sentí el más miserable de los hombres.

Volvimos al atardecer, después de rezar el último rosario, lo que hice entre sollozos y sacudones mientras Requena me palmeaba un hombro, en el expreso La Lujanera. Margarita iba a mi lado con cara de seducida y abandonada. Cuando el ómnibus dejó la avenida de acceso y enfiló por la ruta y, entre las copas de los árboles, vi por última vez las dos altas torres de la basílica, me dije, golpeándome el pecho: "Perdón, Nuestra Señora. Mañana mismo le hablo al viejo y antes de fin de año me caso. Lo juro". Margarita, que debió, según su costumbre, haber leído mi pensamiento me apretó una mano y fue ahí donde el destino me dio la última y definitiva patada de aquel día memorable.

Ahora, como tantas veces, me pregunto si no habría sido mucho mejor hacer la colimba y aun la guerra, inclusive las dos mundiales juntas. En fin, si me lo propusiera estoy seguro de recordar, a pesar de todo, muchas cosas buenas.

Acaba de sonar el despertador. Margarita se revuelve en la cama. Su día de chismes, rulos, cacerolas, televisión y *Antena* todavía no empieza.

Me levanto en puntas de pie, me calzo el pantalón saltando en una pierna y a través de la ventana del baño veo el pálido y ojeroso rostro de este nuevo día que debo atravesar de una punta a otra como un condenado a perpetua.

Bibliográfica

(A mí mismo)

Subí aquella roñosa escalera a los saltos atragantándome con el polvo que se levantó de las maderas. En ese momento lo tomé por un detalle pintoresco porque yo pensaba que estaba trepando a la misma gloria. Uno es así de imbécil. La roñosa oficina quedaba arriba de una casa de antigüedades. Ella misma era una melancólica antigüedad. Quedaba en la roñosa calle Golfarini a la que un cretino llamó pomposamente una calle de la vida. ¿De qué otra cosa puede ser? Lo que el desgraciado ese, que seguramente aspiraba al premio municipal, no dejó en claro es a qué vida se refería. Desde ya les digo, a la puta vida.

Bien, quedé en la escalera atravesando a los pedos, de dos en dos escalones, una nube de polvo. Otro que no fuera yo le dedicaría a esa escalera lo menos una página pero, aparte de que la estoy subiendo a la carrera, detesto ese cúmulo de vaguedades a propósito de cualquier cosa, un jarrón, una puerta o una roñosa escalera. Creo que a eso le llaman realismo o, en todo caso, si lo cargan demasiado de tales vaguedades, realismo mágico.

Llegué a lo alto tosiendo y transpirando como un tuberculoso después de haber golpeado contra una pared, supongo, porque no se veía más allá de la mano que iba tanteando la barra y la aludida escalera, para ahorrar espacio, estaba hecha casi a plomo. Me sostuve de la manija de la puerta echando fuego por la boca, debajo de una lamparita de 25 dentro de un armazón de alambre.

Había un miserable letrero de acrílico pegado al vidrio que decía REQUENA EDITOR. Eso me reanimó un poco. Por arriba del letrero asomaba mi propia cara, blanca como una aparición, guiñando el ojo derecho a toda velocidad, que es lo que me pasa siempre que me pongo nervioso. Me acomodé la corbata y esperé a que el ojo se calmara, para lo cual pensé en la carta que traía en el bolsillo y que recibí esa misma mañana de REQUENA EDITOR anunciándome que mi novela había sido seleccionada por unanimidad entre otras quinientas para ser publicada, con el auspicio del Club Amigos de las Letras, en la colección La Corneta de Alabastro.

Ahora que me acuerdo de esa carta se me hincha la vena del cuello pero hasta ese momento creía en los peces de colores. El ojo se me calmó y empujé la puerta, que al parecer estaba trancada. No estaba trancada sino desencajada, de manera que cuando empujé otro poco se abrió de golpe y, sintiendo que caía a un abismo, pegué un grito. Una fulana, que probablemente dormía detrás de un escritorio en forma de catafalco, se levantó como si la silla le hubiese mordido el culo.

Me miró a los ojos con expresión despavorida, especialmente al derecho que empezó a temblar a todo lo que daba. La fulana, que tenía el pelo a dos aguas, duro y ondeado como una chapa de cinc, me miró esta vez con cara de asco, se estiró la pollera, que se le había encajado en las carnes, se alisó el pullover y me apuntó con los pechos, gordos y tiesos como un mortero de 240. No hay lugar aquí para esos pechos, aunque merecen un párrafo aparte, y apenas si lo había en aquel asqueroso cuarto. Lo cierto es que el ojo dejó de temblar, si bien se desvió un poco, impresionado hasta la esclerótica por aquellos dos fenómenos.

—¿Señor? —preguntó la fulana frunciendo la nariz como si yo oliera mal, en un tono más bien indignado.

—Busco al señor Requena —dije con naturalidad.

Puso los ojos en blanco, antes de preguntar.

—¿De parte?

Me matan cuando son tan grasas. Algunos reblandecidos, con los que ajustaré cuentas en mi próximo ensayo sobre la literatura tilinga, se esfuerzan por escribir en esta misma forma.

Es abyecto. Y no me vengan con el colonialismo cultural y toda esa partitura con la que baten el parche últimamente, si tiene algo que ver con esto. ¡Manga de farsantes!

Hice un esfuerzo para no perder la naturalidad, ni tampoco el ojo, que había vuelto a temblar.

—Del señor Oreste Antonelli —respondí con un dedo sobre el ojo.

—¿Antonelli...? ¡Antonelli...! ¡Un momento, señor Antonelli!

Realmente, aun para mí fue una sorpresa y para ella probablemente una lección, aunque estas desgraciadas nunca terminan de aprender. Las apariencias engañan, esa fue la simple lección. Si desde un principio hubiese sabido que yo era Oreste Antonelli no habría puesto aquella cara de escupidera pero tampoco habría tenido que arrastrarse de rodillas, como lo estaba haciendo ahora, en sentido figurado, se entiende, porque en sentido propio ni siquiera se podía inclinar sin reventar las costuras.

Apartó el escritorio y se precipitó sobre una puertita de vidrio inglés en la que decía PRIVADO. La empujó con el cuerpo y entró un poco de costado.

Yo esperé saltando sobre la punta de los pies mientras detrás de la puerta se oían ruidos y cuchicheos. Me temblaban hasta los huesos, por más que el destino estaba esta vez de mi lado. A propósito del destino, véase lo que son las cosas. Una semana antes, apenas, el gallego de la pensión entró a mi cuarto con un soplete encendido y arrimándolo a la montaña de originales que acumulé durante todos estos años de trabajo y delirio gritó que les pegaba fuego si no le pagaba los tres meses que le debía.

La impresión fue tan grande que agarré el *Clarín* dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de calmar a aquel demente, ya fuese MOZO joven salón y mostrador o JUBILADO necesito para venta sanitarios.

El destino, como digo, puso delante de mis ojos este aviso de la sección Libros, Revistas, Cuadros, Estampillas ORIGINALES se reciben (total reserva) Club Amigos de las Letras Golfarini 194 P.A.

Una hora después estaba allí, es decir, aquí con un par de anteojos negros, un sombrero hundido hasta las cejas y mi último original debajo del brazo. Subí tanteando la escalera y después de llenar una ficha con los datos del señor Antonelli, a quien yo representaba en el país, entregué el original a un tipo con cara de identikit, que representaba a su vez al señor Requena. Debe haber sido por los anteojos que ahora no reconocía el lugar, aparte de que me meto en la piel de los personajes de tal forma que veo las cosas a su manera.

Apenas una semana después recibí la carta. Confieso que me sorprendió. Confieso también, y esa es la razón, que he participado en cuanto concurso fue tramado en lengua castellana para oprobio de las letras. Ni siquiera figuré como finalista en el que organizó el Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Turdera. ¡Allá ellos! Bien sé que se trata de una negra conspiración, como cualquiera lo advierte, y si con todo persisto es nada más para que quede constancia de tal oprobio.

Saqué una copia de la referida copia y se la mostré al gallego, el cual, sin que se le moviera un pelo, dijo que siempre había confiado en mí, que aquello era sólo el comienzo pues la vida me reservaba muchas y muy grandes satisfacciones y que la cuenta hasta ese momento ascendía a cuarenta y cinco mil pesos viejos. Para no ser menos, le dije que aparte de esa deuda tenía con él otra moral. Él me dijo que no me preocupara nada más que por la primera y que en todo lo demás yo era como un hijo para él. Me abrazó y me besó y el ojo se me puso a temblar, conmovido por aquella alma tan superior.

La fulana reapareció con el pelo alborotado y los pechos temblorosos.

—Señor Antonelli, pase usted por favor —gorjeó, acomodándose el pullover que traía fuera de la pollera.

Se hizo a un lado y pasé entre el marco y los pechos que, por lo que vi, eran auténticos, sin añadidos ni puntales.

La mitad de mi vida he pateado de una oficina a otra y así he visto las más tristes y miserables siendo como son todas ellas tristes y miserables, pero esta, la del señor Requena, al que llamo señor por razones de métrica, era la más triste y miserable de todas. Cualquier otro en mi lugar habría pegado la vuelta ahí mismo pero este desgraciado oficio lo lleva a uno a meterse donde los otros no ven la hora de salir. La oficina en cuestión, que carecía de ventanas, olía a

polvo, a papeles y al señor Requena que no era otro que el tipo con cara de identikit al cual dejé el original una semana atrás, sentado a un escritorio metálico con los bordes oxidados y una cubierta de vidrio rajada a lo ancho. Desde ya, estos escritorios me caen como una patada en el estómago y jamás podría escribir sobre ellos una sola letra.

De este lado había un sofá que por debajo perdía un par de resortes, una silla y una pila de originales que llegaba hasta el techo, el cual había que torcer muy bien el pescuezo para verlo pues se trataba de uno de esos cuartos antiguos que construía la gente cuando se preocupaba por tragar todo el aire posible y conservaba todavía algo del noble mono del cual descendemos.

Lo más deplorable era una araña de caireles con los portalámparas en forma de vela, la misma que se usa por lo general cuando uno decide colgarse de un metro de una buena sogá. Un estante atravesaba de lado a lado la pared detrás del escritorio soportando un rintero de libros polvorientos con los lomos desgarrados.

Un banderín de los Granjeros Unidos de Rivera colgaba de la punta del estante y en la pared opuesta a la puerta había un mapa de la República Argentina con la Red Caminera Principal. El mapa estaba lleno de cruces rojas o azules trazadas con tinta la cual, no sé muy bien por qué, me llenó de un humor vagabundo. Tales mapas debieran prohibirse porque le recuerdan a uno que vive en un miserable agujero. El miserable agujero es esta puta Babilonia que para completo escarnio se llama de los Buenos Aires.

Requena, que hablaba por teléfono con voz estrepitosa, me indicó por señas que me acomodara en la silla. Así lo hice, tanteando primero la silla, porque todo allí parecía juntado de la basura, y el muy degenerado, que tamborileaba con los dedos sobre el escritorio como para dar a entender que su tiempo era oro, me arrojó a la cara un chorro de humo de su apestoso cigarro, un Santos de media corona y no un Hoyo de Monterrey como aparentaba. "Bien, bien... óigame Corvalán. No doy un peso más por esta basura. Tres millones es mi última palabra... Y ahora discúlpeme, tengo otras cosas que hacer... De acuerdo... ¡Adiós...!" Cortó y se puso de pie de un salto. Abrió los brazos y así me contempló un rato, como si yo fuera el viejo que acababa de llegar del campo.

¡Antonelli...! —gritó.

Y atrepellando el escritorio se precipitó sobre mí, que me levanté a medias. Me abrazó y me estrujó. Luego me apartó, me miró a los ojos y volvió a estrujarme. Esta vez me pareció que incluso me palpaba.

—Realmente, y disculpe usted mi franqueza, en medio de toda la bosta que lo rodea a uno, para mí es una gran satisfacción conocer a un tipo como usted... ¿De acuerdo?

Me apuntó con un dedo entre los ojos y dije que sí aunque no le veía mucho sentido. Por supuesto que yo en su lugar habría estado de acuerdo, pero era algo exagerado que yo mismo lo reconociera.

—Bien... Vamos al grano. Por lo que veo ha recibido usted mi carta.

—Aquí la tengo.

—He leído su novela, señor Antonelli, y coincido plenamente con nuestro equipo de lectores. Es sencillamente formidable. ¿De acuerdo?

Tiró de un cajón y sacó un fajo de papeles del grueso de un ladrillo.

—¡Así me gusta! —dijo sopesándolo como si se tratara efectivamente de un ladrillo—. Nada de esas cagaditas de ciento veinte páginas a doble espacio en papel carta con una en blanco entre capítulo y capítulo, y todos esos recursos de estreñido para abultar una miseria. Una novela es, ante todo, un problema de espacio, ¿Eh, Antonelli?

—De acuerdo —respondí sin querer.

Requena me clavó los ojos un instante y se apretó la frente.

—Bien. Espero que usted soportará los elogios con la misma grandeza que soportó la adversidad... Antonelli, a mi leal entender esto es un hallazgo del principio al fin. Empezando por el propio título. *La Morsa Asesinada*...

—*La Rosa Asesinada*...

—La Rosa, eso quise decir... ¡*La Rosa Asesinada!*...

Empuñó el cortapapeles y de un golpe lo clavó en el *Novísimo Arte de Escribir Cartas*, del profesor Gery Willmans, que tenía sobre el escritorio.

—¡Sencillamente dramático...! ¿De acuerdo?

Dije que sí francamente alarmado.

—Aunque, como usted comprenderá, dispongo de poco tiempo, yo mismo me he tomado el trabajo de redactar la opinión que nos merece su novela.

Abrió otro cajón y luego de revolver unos papeles sacó una hoja arrugada que alisó a medias. Se puso de pie y tragando saliva leyó uno de esos engendros que aparecen en los suplementos dominicales y que, cambiándoles el título pueden aplicarse indistintamente a cualquier cosa que tenga forma de libro, bien sea la Santa Biblia o un Tratado sobre Máquinas de Vapor. A Requena, que gritaba cada vez más fuerte, casi se le saltan las lágrimas, mientras que a mí, si bien abundaba en elogios y profecías, me produjo un principio de asfixia. Yo recordaba perfectamente, porque para mi desgracia tengo una memoria de elefante, haber leído eso mismo en la página literaria de *La Nación* a propósito de otro libro. No sólo que lo recuerdo sino que lo puedo exhibir a quienquiera porque cada domingo me tomo el trabajo de recortar tales notas para conservar un testimonio de la infamia.

Requena terminó de leer tartamudeando las últimas palabras, saltó por encima del escritorio y volvió a abrazarme, realmente conmovido.

—¡Lo veo todo tan claro, Antonelli! Usted no para hasta el Premio Nacional.

Evidentemente, tenía un criterio envejecido de cuanto tuviese que ver con la literatura. Hubiese querido explicarle que el Premio Nacional a mí me interesaba un sorete, pero no me dio tiempo. Abrió el libro en cualquier parte y señalando por lo tanto una página cualquiera, dijo:

—En mi opinión, y espero que no sea usted uno de esos mierdas individualistas que no toleran que le corran una coma, hay que cambiar algunas cosas. La literatura, mi querido Antonelli, es un acto corporativo. ¿De acuerdo?

No sé a qué se refería, pero igual dije que sí porque golpeó el escritorio con un puño y me apuntó con el cortapapeles.

—Esto, esto y esto lo podemos condensar; ¡dije CONDENSAR!, en una sola página, inclusive en una sola palabra.

No sé a qué se refería, pero igual dije que sí al término condensar, detalle que recuerdo ahora porque en ese momento casi me salta el corazón por la boca pues el degenerado mientras gritaba esto, esto y esto iba arrancando una hoja tras otra. Me levanté de la silla temblándome el ojo de tal loca manera que veía un montón de Requenas y creo que alcancé a decir: "Un momento..." No me dio tiempo para más porque volvió a saltar y poniéndome una rodilla en el pecho me gritó a la cara:

—¡Soy el editor! ¿No es así?

Tenía un aliento a sótano que mataba.

Con la misma rapidez se calmó y volviendo al escritorio dijo con los ojos entrecerrados y voz de falsete:

—No se preocupe usted por nada, señor Antonelli. Confíe en mí, se lo ruego. Un editor es algo más que un simple hijo de puta. Es un amigo, un padre... ¿De acuerdo, señor Antonelli? Esta vez dije que sí con bronca. Uno se rompe el bocho para inventar un personaje, se encierra en el cuarto, mete la cabeza debajo de la almohada y piensa a toda máquina cuando en realidad los encuentra a puñados al alcance de la mano con sólo echar una mirada a esta podrida vida, inclusive en la figura de un maldito editor.

Requena apretó un timbre que sonó en el otro cuarto y entró la fulana.

—Por favor, señorita Maraca, tenga la bondad de rehacer estas hojas —dijo Requena muy natural, alcanzándole las hojas que había arrancado del original.

Francamente, en ese momento no supe qué se proponía, pero un rato después oía a la fulana teclear y cantar.

—Nuestro último éxito, *Enpe Vipi Dapa* salió de allí — dijo Requena señalando el cuartito de al lado—. El futuro de la literatura está en la escritura automática, mi querido Antonelli. ¿A qué matarse? Si la Sociedad Argentina de Escritores fuese, como debería ser, la Sociedad Argentina de Autómatas, a esta hora ya estaría todo resuelto.

—Quiero decir... —arriesgué yo.

—¡No quiere decir nada! —me cortó en seco—. Partamos de ahí. Usted es un asqueroso producto del expresionismo. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

La fulana volvió a entrar y le entregó a Requena una hoja.

—¡Magnífico! —gritó Requena sin mirarla siquiera.

Metió con rapidez una mano en el escote de la fulana y le estrujó un pecho. Luego se produjo un encarnizado forcejeo y casi rodaron hasta el otro cuarto. Requena volvió al rato alisándose el pelo.

—No quiero entretenerlo un minuto más, señor Antonelli. Terminemos con esto de una buena vez —dijo como si tal cosa, arrojando distraídamente al cesto el original de mi novela.

Como a esa altura podía ocurrir cualquier cosa, me limité a cambiar de posición en la silla. Requena, por su parte, abrió otro cajón y sacó un talonario.

—Bien. ¿Qué le parece una primera edición de tres mil ejemplares?

Por fin escuchaba algo con sentido. Quise decir que me parecía bien por lo menos, pero volvió a pararme con un gesto.

—Sé todo lo que usted puede decir, de manera que abreviemos. Dos mil ejemplares para los hospitales, asilos y bibliotecas populares y mil para que duerman en los estantes. ¿De acuerdo?

—Porqué...

—¿Sí o no?

—Sí...

—Esta primera edición, y por tratarse de usted, la puede solventar con tres pagarés de trescientos mil pesos cada uno, a treinta, sesenta y noventa días.

—No entiendo bien —alcancé a decir sintiendo que toda aquella mugre, incluyendo la lámpara de caireles, comenzaba a girar a un lado y otro.

—Creo que he sido suficientemente claro —dijo Requena con impaciencia.

Y mientras la mugre se embalaba y saltaba, por efecto del ojo, volvió a explicarme lo mismo con otras palabras.

Me levanté como pude, me tomé de los bordes del escritorio y mientras Requena seguía moviendo la asquerosa boca grité algo que no recuerdo, seguramente bien espantoso, porque el desgraciado saltó por encima del escritorio, me tomó del cuello y entre un desparramo de originales que levantaron espesas nubes de polvo rodamos por el suelo. Nos revolcamos a los golpes de un cuarto a otro y después rodamos hasta la calle por la roñosa escalera, aullando las más perversas obscenidades.

Yo le descargué un golpe que dio contra la pared, porque aquel rufián saltaba como el hombre de goma, aparte de que el ojo me impedía fijarme en él con precisión, y caí redondo en medio de la vereda sin una gota de aire en los pulmones.

Requena me plantó una rodilla en la barriga, me arrancó la billetera con notable velocidad y haciendo un gesto de repugnancia me quitó el último billete de cinco mil que me quedaba. Cinco mil doscientos, para ser exacto.

Los caminos

*"y aunque la línea está cortada señalando el fin
yo sólo digo adiós hasta que nos veamos de nuevo."*

BOB DYLAN

A veces pienso que los días de mi vida se parecen a las teclas de esta máquina. Son redondos y precisos y justamente porque no hacen otra cosa que escribir.

Paco Urondo me ha dicho quiero que escribas algo para el *Diario* de Mendoza. Y yo le he dicho que bueno, que sí a esa voz precipitada que se dispara desde algún rincón de esta madre Baires y atraviesa una milla de paredes, y antes de colgar la voz me ha dicho un día de estos tomamos un café y charlamos y yo he dicho que sí, que bueno y le he pedido a mi vieja que me sirva un café y bebo en honor de Paco este solitario café que de otra manera se enfriaría en el pocilio esperando el día porque aquí no hay tiempo realmente para las ceremonias del ocio y todo se reduce a voces y urgencias y paredes y señales.

Y ahora me siento a escribir y en el mismo momento, a seiscientos kilómetros de aquí, mi amigo Lirio Rocha se sienta en la puerta de su rancho, porque sus días son igualmente redondos, sólo que en otro sentido, y si el mar lo permite son también precisos, a su manera, se sienta, como digo, en la puerta de su rancho, en la Punta del Diablo, al norte de Cabo Polonio, entre el faro de Polonio y el de Chuy, y mira el mar después de cabalgar un día sobre el lomo de su chalana, porque es el tiempo de la zafra del tiburón, ese oscuro pez del invierno hecho a su imagen y semejanza, y se pregunta (es necesario que se pregunte para que yo siga vivo porque yo soy tan sólo su memoria), se pregunta, digo, qué hará el flaco, es decir, yo, seiscientos kilómetros más abajo en el mismo atardecer.

Y entonces yo me pregunto a mí vez qué es lo que hago realmente, o para decirlo de otra manera por qué escribo, que es lo que se pregunta todo el mundo cuando se le cruza por delante uno de nosotros, y entonces uno pone cara de atormentado y dice que está en la Gran Cosa, la misión y toda esa lata, pero yo sé que a mi amigo Lirio Rocha no puedo decirle nada de eso porque él sí que está en la Gran Cosa, esto es, en la vida y que yo hago lo que hago, si efectivamente es hacer algo, como una forma de contarme todas las vidas que no pude vivir, la de Lirio por ejemplo, que esta madrugada volverá al mar, de manera que se duerme y me olvida.

Y yo dejo de golpear esta máquina. Y ahora, que es noche cerrada y las voces y las paredes se han muerto hasta mañana y la Gran Noche de Baires se parece al mar, pongo un disco de Jobim para no morirme del todo y pienso en mi otro amigo, porque es el momento de los amigos y las ausencias, mi amigo Alfonso Domínguez, capitán, que vive también frente al mar, algunas millas más abajo sobre el lomo salado del Cabo de Santa María y que toca la flauta como Herbie Mann y talla mascarones como el Aleijandinho y aparte de eso calcula la derrota de cada barco que pasa en el horizonte y bebe una copa de vino a cada cambio de viento, siempre que no tarde demasiado, y entonces vuelvo a golpear otra tecla y otra porque me digo que, después de todo, nadie sabrá de ellos si no es por este viejo artificio, y que es igualmente urgente y necesario que mi amigo Antonio Di Benedetto y Mercedes del Carmen Thierry, que tiene los ojos más sabios del mundo, y don Florencio Giacobone que vive en Rivadavia y prepara las mejores conservas de este lado de la tierra y que todos los inviernos baja al Delta a faenar un par de cerdos en el almacén del Nene Bruzzone, que nació en las islas y tripuló aquel doble par de leyenda con el flaco Bataglia cuando todos los remeros eran campeones, y el resto generoso de los muchos y buenos amigos de Mendoza tengan noticias de estos otros amigos que viven frente al mar, y es así que por fin entiendo cuál es la Gran Cosa, porque yo los junto a todos ellos, salto sobre las distancias y el tiempo y los junto a todos ellos en esta mesa del recuerdo que tiendo y sirvo para mis amigos.

(septiembre de 1969)

Memoria y celebración

La isla Juncal es un barco verde encallado en la desembocadura del río Uruguay, entre el Guazucito, del lado argentino, y Carmelo, del lado uruguayo, frente mismo a donde naufragó en el 62 el Ciudad de Buenos Aires. Allí nació y vive hace unos 90 años doña Julia Lanfranconi que en 1915 comandó el barco El tiempo lo dirá, estableció en la isla un saladero y ahora sobrevive como guardabosque, título que heredó de su padre. Vive sola doña Julia, entre árboles y juncos y nutrias y carpinchos. Todos los 19 de junio los amigos de la vieja surcan el río y el invierno y desembarcan en la isla para festejar su cumpleaños. Y entonces se recuenta toda su historia y en un día de vino y mate ella se renace y transcurre histórica hasta los noventa. Jamás pasa de allí. Tal vez por eso se mantiene viva. Porque esos noventa jamás llegan exactos o si llegan los pasa de largo. Ella más bien ha empezado a descontar desde los noventa, de manera que, en lugar de envejecer, la vieja de la Juncal, como se la conoce, rejuvenece. Este último 19, frío y nuboso, los amigos de ambas bandas volvimos allí. A nadie se le ocurrió pensar que la vieja hubiese podido no estar. Estaba. Acaso estaba de memoria, nada más que para que nosotros pudiésemos seguir viviendo y celebrando. Del lado argentino llegamos a bordo del Windsbraut, barco forastero que capitanea mi amigo Marcelo Gianelli, gran trotarnos. "Windsbraut" quiere decir "novia de los vientos". Por lo tanto, supongo, de este amargo sudeste que acaba de levantarse y que enarbola río grueso y en unas horas, sin duda, cubrirá la isla. La casa de la vieja quedará sola, fundada sobre el agua, guardiana de este enorme territorio del silencio.

Mientras el barco se aleja, después de la última copa, el último abrazo, escribo en la rumorosa cabina que cruje como un mueble viejo estas simples líneas que, naturalmente, dedico a doña Julia Lanfranconi que ahí queda remontándose sobre el agua, sola, hasta el otro invierno.

Apenas es una mancha de un amarillo agenda dentro de un río de imprenta, al extremo de una fila de nombres que se curvan suavemente y te saltan un poco antes del borde, en aquella guía náutica que al fin se hizo vieja y tal vez valiosa, pero que entonces costaba cincuenta pesos en cualquier surtidor de nafta. La cubro con un dedo. Es una ceremonia. Porque entonces toda esa espesa soledad que ahora te rodea sube por mi brazo y la mancha se enciende en mi cabeza y tu rostro asoma entre los nombres y los trazos de esa vieja carta de Alejo Konopatov que un día, hace años, me llevó hasta tu casa con paredes de miel, muebles polvorientos, espejos engrasados, almanaques antiguos, aquella concertóla que enmudeció en el 45 y aquel Spencer de ocho tiros con tres muescas en la culata que me apuntó a la cabeza (yo venía de un mapa, vieja, a través de esos ríos ingenuos que inventó Alejo) y entonces, seguramente, viste mi sonrisa de muchacho (lo único que no ha envejecido de mi cuerpo) que se balanceaba sobre la mira y me tendiste la mano, porque tu ojo es rápido para la amistad, y así entré en tu historia y compartimos los mismos ríos, los mismos amigos, la casa árbol que plantó el viejo Lanfranconi, el sendero con huellas de carpincho a la izquierda de la casa, la timonera hembra de aquella balandra premonitoria que ahora navega entre el muelle y el gallinero, las noches de rompe y raja, el canto áspero, los muertos que me prestaste porque yo era nuevo, esas desgracias de calendario que se mencionan a tu espalda, estas ceremonias de la amistad que iniciamos entonces, y sobre todo, vieja, esas historias desmesuradas, nunca las mismas, que según parece son el somero resumen de tu vida, sagas y leyendas que cada año crecen en tamaño, en muertos y rufianes, con barcos de oscuro abolengo que sueltan amarras a la primera copa y navegan de memoria, malevos de respeto absolutamente fluviales, Regino Gamarra, el bien odiado, permanente, "siempre en malas", un par de presidentes constitucionales que llegaron alguna vez con obsequios y mandatos (por ahora falta un rey, pero estoy seguro de que cualquier día de estos se aparece en una balandra de plástico), unos amores más o menos desgraciados (así resultan siempre, de todos modos, también aquí, tal vez más pronto, el río es

pasajero por sustancia) y, en fin, las consabidas tristezas cuando el canto y el vino se terminan y dentro de un rato empieza el día.

Sólo te guardaste, y en esto no hay reproche, el hijo que nadie conoció. Hay un papel amarillo, envuelto en otros que atestiguan posesiones de barcos más precisos, que da competente testimonio del asunto. Trae una fecha y un nombre completo y, para seguridades, firma y sello de autoridad en el Carmelo, cosas de tierra firme. Hijo con naturalidad, cuando todavía no eras la vieja de la Juncal ni doña, sino puro sobresalto, desvelo y competencia en territorio de hombres.

Presumo una noche. Después vino aquel hijo que trajo la primera tristeza, la más nueva, porque es lo único que no envejeció hasta ahora.

Nosotros llegamos cuando ya eras leyenda. Empezaban los años viejos.

Quinqué Díaz, Leandro Di Como y Ratón Morales, por la banda oriental. Del lado nuestro, y en el mismo estilo, Vicente Segarra, el carpintero de ribera, ese famoso. Marcelo Gianelli, el de la otra orilla y barba de cultivo, Amadeo Lamota, que sobrevive de puro terco, por más datos el Cacique de la Juncal, bien florido.

Hay más nombres, por supuesto. Yo soy los que faltan.

Todos los años volvemos, puntuales y obsequiosos, para el 19 de junio exacto, cuando pelan los árboles y el río se pone forastero.

Quinqué se mama primero porque viene de Carmelo y llega más rápido. Ese es el cuento. ¡Quinqué Díaz, mi viejo! Hay canutos, esos simples, versos, los sencillos, que por lo general terminan con Artigas. Nosotros, los de la banda mufada, cantamos raramente. Pero traemos buena carne, tres porrones de ginebra, otras tentaciones. Se celebra.

Amadeo me pecha suavemente y entonces tomo el cuchillo más noble, ese del cabo de plata con tres virolas de oro, y te beso en la frente y te lo entrego por la hoja, la ceremonia, para que inaugures el banquete.

¡Que hable el Quinqué! Hablamos todos. Cada uno inaugura una cosa, otra historia.

Hasta que viene la noche, esta noche de invierno profunda como el río, cuando la tierra se hincha y seguramente respira y los árboles crecen en secreto y tal vez se mueven y los membrillos perfumados, que se han vuelto salvajes, caen pesadamente porque no aguantan siquiera el peso del rocío y la zanja que abriste a pala con el viejo se cubre otro poco porque hasta las sombras pesan demasiado para esta época, es todo el tiempo que empuja, monte arisco que reviene, la vejez de las cosas que quedaron, el Quinqué que se duerme, un carpincho que nos mira deslumbrado, el río que empuja interminable, y entonces encendemos un fuego y hablamos alto y contamos todo de nuevo, la vera historia de doña Julia Lanfranconi, la vieja de la Juncal, para perpetua memoria.

Tristezas de la otra banda

(A Mario Benedetti y Eduardo Galeano)
"Ahora todo es diferente "

Sucede más o menos así. La ONDA hiende la noche suavemente y yo avanzo sobre la ruta 9 en un hueco de sombras detrás de los chorros amarillos que van extrayendo la franja de cemento de la prieta oscuridad que más adelante nos cierra invariablemente el paso a la misma distancia. Hace media hora pasamos San Carlos donde, un poco antes del puente, a la salida, vive y pinta el Lucho para el invierno, que es este tiempo.

Él no sabe que le pasé tan cerca, apenas una pared y unas sombras de por medio, y tal vez en ese mismo momento me imaginaba a cuatrocientos kilómetros de oscuridad en línea recta hacia el oeste, que es de donde vengo, de donde partí en la mañana para otro ensayo de ese viaje que alguna vez emprenderé sin regreso.

Ahora la ONDA es un resplandor anaranjado y un zumbido en el corazón de la espesa noche en dirección a Rocha que, dentro de un rato, aparecerá a la izquierda, un relumbrón blanco en mitad de las tinieblas. De alguna manera presiento, a través de los campos y las lomas cubiertas de rocío, la proximidad de sus polvorientas paredes, la confitería Trocadero, la vieja, con el gallito de lata en lo alto, en la que alguna vez tocó el piano Felisberto Hernández y doña Paulina Terreno planeaba muy buenos casamientos, a Tono Rodríguez en lo alto de la loma, después del tanque de OSE, entre fierros viejos y extravagantes cachivaches, detrás de una calle de quilombos y farolitos rojos que en esta misma noche se agitan a un costado de la puerta, a Barboni Soba que envejece de dómine recordando alguna vieja película de Victor Fleming o Marcel Carné, a Heber Cardoso que en realidad a estas horas está pateando Buenos Aires o Quito del Ecuador pero que para mí está en permanencia aquí adelante, un poco a la izquierda, detrás de la curva esa que repasan los faroles, en la muy digna ciudad de Rocha, blanca y *conserva* hasta los huesos, la mitad de cuyos mis amigos pasaron a probarse su capucha por el cuartel de las gloriosas Fuerzas Conjuntas, camino del Chuy, por si acaso, por pensar nada más, por ser y consistir, por compartir el aire y el pan de sorgo con los que agachan el lomo y sueñan aún con el Wilson Ferreyra Aldunate y el Carlos Julio Pereyra. Pero no, todavía no llegué a esa noche, estoy varios inviernos más aquí, cuando el viejo Gestido gobernaba esta noche de mi memoria. Y de pronto, de acuerdo a lo previsto, ahí está, en mitad de la ventanilla, el resplandor de las luces de mercurio que blanquean el cielo en una curva leve, fantasmal capotito, y el corazón se me acelera, Rocha, casi finales, última posta antes del mar.

El ómnibus se configura, blanco y atropellado, porque entramos en la luz, con el lomo de la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios que se recorta contra el resplandor, al fondo, a la izquierda, en tanto las sombras se brotan de tapias y rejas y calles estrechas que remontan brevemente la oscuridad. Gente y bultos y otro café en la terminal, en el Trocadero nuevo, y Barboni Soba que surge de alguna parte en aquella luz pasajera, me tiende la mano y dice algo que no alcanzo a oír para que así lo recuerde siempre tratando de descifrar lo que pudo decirme en ese lugar de pasaje, yo transitorio, con la ciudad de Rocha sentida en la piel y que en verdad no es más que esa luz amarilla, esas pocas e incompletas paredes, toda esa gente de paso y Barboni Soba para siempre allí, señalero del mar, con credenciales ante mí de aquella ciudad dormida que jamás cambiará un ladrillo.

La ONDA recula, agito una mano y Rocha se esfuma hacia atrás, se borra, aunque yo siempre la imaginaré adelante, a la izquierda, esté donde esté, con Barboni Soba diciendo esa indescifrable cosa en la terminal, posiblemente preguntando por algún amigo o anunciándome su próximo viaje a Buenos Aires, sólo que yo ya conozco su futura soledad, su obstinada querencia y le atribuyo alguna grandeza, posiblemente una revelación. La ONDA se oscurece, volvemos a la noche los pocos que siguen a La Paloma, una noche colmada de visiones y presentimientos porque mientras el ómnibus se desliza sobre el trozo de cemento que iluminan

los faros yo imagino y hasta veo la vía del ferrocarril que nos escolta por un lado, las lomas tan suaves que ondean en dirección a la laguna, apenas entrevista en la neblinosa mañana, un trazo más azul debajo del azul removido del mar, a la derecha, para mí en lo alto de la ventanilla, sobre mi cabeza que la anticipa.

La ONDA se zambulle en un bajón y en la movediza claridad que colorea los bordes del camino saltan y se evaporan las sombras humosas de los árboles que preceden al puente sobre el arroyo Las Conchas. Y entonces, algo más allá, agazapado y tenso, veo el alado resplandor del faro de La Paloma que sobrevuela como una guadaña de hoja amarilla las copas de los árboles del parque Andresito. Después, aunque invisibles, siento el rumoroso cobijo de los pinos y entreabro la ventanilla y con el áspero olor del mar penetra el agrio perfume de la pinocha y yo me revisto pez, barca, el viejo peregrino de la costa que navega las profundas tierras para desembarcar en el mar. Los últimos árboles se incorporan velozmente sobre las luces del pueblo. El ómnibus, aminorando la marcha, resbala sobre la avenida Cruz del Sur, bien iluminada y silenciosa, entre casas clausuradas y a oscuras. Sólo hay una luz en el hotel Viola.

Me apeo en la terminal, en otra noche, y el ruido del mar me envuelve como si echara pie en la cubierta de un barco. Saludo al conductor, me calzo el bolso marinero en un hombro y sobre el ruido de mis pasos camino hacia el faro para mi primera ceremonia de recién venido.

El faro repasa la oscuridad con un chorro blanco, firme, perfectamente recortado, cada sesenta segundos, que ahueca la noche y cuando se aleja volando deja como una fosforescencia en el aire salado. Aquí la noche es alta y rumorosa. El mar escarba la arena y revienta contra las piedras, infatigable, y uno se mueve permanentemente en el centro mismo de ese mágico batifondo.

Las luces del puerto blanquean el aire a la izquierda, al fondo de la bahía surcada por unos brillos largos que se arrugan a un mismo tiempo, con el puntito rojo de la farola del muelle en mitad de la oscuridad que oculta a la escollera. El hotel Santa María está en sombras. Es un tremendo bulto con los penachos blancuzcos de las columnas por delante y parece mentira que en verano botase tanta luz y se moviese entre esas columnas tanta gente. Pero es así. El tiempo es así. Junta las cosas más distantes y separa las más próximas.

Yo estaba esta mañana en el puerto de Buenos Aires imaginando todo esto en la mañana ruidosa, dando adrede la espalda a la ciudad, mi ciudad con mi historia, esperando con impaciencia el momento de que se alejara y se empequeñeciera y al final, antes de hundirse en el río, donde está mi camino, me diese un poquito de tristeza, de lástima, ese Buenos Aires que no la tiene de nadie, ciudad de alma penosa.

Me detengo en la noche marina frente al hotel Santa María, que es un fantasmón de invierno y a propósito del cual pienso todo esto que pienso, y enciendo un cigarrillo en el hueco de mi mano. Mi mano se colorea temblorosamente, la recobro de las sombras y pienso es mi mano y siento por ella casi la misma lástima que sentí por Buenos Aires antes de hundirse en el río, aunque no tiene ningún sentido porque mi mano está amarrada al resto de mi cuerpo, que es el que contiene esa tristeza, y ella misma, que ahora sostiene un La Paz suave, escribirá esto que pienso, pero es que no sé si mi tristeza llega hasta mi mano, que la siento un poco extraña, ella anda por ahí en esas sombras, tan segura, haciendo cosas de memoria, mi mano.

Mi cuerpo se agranda con el redoble de mis pasos en el pueblo vacío. Por debajo del cemento percibo la tosca pelada, el negro lomo del Cabo de Santa María chorreando agua e historias y enseguida, en el rectángulo de luz de un farol que se bambolea, descubro una parte al vivo del cabo, el baldío donde juegan los chicos y pasta algún caballo en sus bordes, entre las últimas casas y el mar, allá abajo.

Entreveo en la niebla la silueta del faro que, contra la fosforescencia del mar y por la luz que gira en las alturas, se desvanece a pesar de su corpulencia. Yo lo conocí de civil, no militarizado como ahora, faro coronel o almirante, con una quintita a un costado y podía treparlo a cualquier hora del día, sin homenajes ni horarios, como si fuese mi propia casa, lo cual es un modo de decir porque mi casa son los pedazos sueltos de muchas casas que no me pertenecen, y en esa casa rejuntada hay un sobresaliente lugar para este faro. Sobre la claridad de las olas que rompen contra las piedras donde encallé en el 67 con un queche peregrino y así conocí el Cabo, de facto, alcanzo a ver al ángel enlutado que llora desde 1872 por voluntad de los hermanos Pini que lo mandaron erigir en memoria de las víctimas de la catástrofe del 17 de

mayo de ese año cuando se vino en banda un faro mal parido que se intentó dos años antes que este, que data de 1874 y se construyó bien aplomado, orondo y corpachón como para aguantar todos los vientos, embrujos y temporales de este cuarterón. Antes de ser faro milico, lo trepaba de llegada y desde el balcón de la torre, con el montaje acristalado de la cúpula parándome el viento a mis espaldas, saludaba a los buenos mundos que se veían desde allí. La isla de la Tuna, la bahía, el puerto de pescadores y, entre las barracas que huelen a bacalao, el boliche del Lucho con las dos sirenas tetonas que sostienen el techo de la galería, Costa Azul, el casco incrustado de mejillones del Suderoi IV, bien hundido a la altura del bajo Falkland. La Pedrera con la torre de Renata y hasta a la misma Renata transitando arenas, gritando al viento de manifiesto, izando un barrilete negro con la forma de una estrella de cinco puntas para amargarle la vida a la marinería del apostadero y al suprefecto, que se hacían los pachecatos y se prometían rebuscadas venganzas para la presidencia de Bordaberry, la Renata en Blue que al fin se encaminó también para la foránea.

Ahora, en esta noche, veo tan sólo la torre del faro oscurecida, liviana, sustancia de aparición, la luz que guadaña las tinieblas, la cúpula encendida como una nave del negro espacio y, a través de los cristales empañados por la niebla salada, la linterna de destellos que gira suavemente y parece tantas cosas con las que la comparé mientras la espía otras noches desde mis sombras en la tierra: un pájaro de plumas encendidas que se remueve lentamente en el frío, más cerca un racimo de uvas de cristal que gotea un espeso líquido luminoso, siempre algo animado, indestructible, risueño, cálido cuando yo sé muy bien que es una especie de canasto de gruesos cristales que gira minuciosamente alrededor de una lámpara de 100 de la que, por un trecho de mar bravio, penden las vidas de los invisibles marinos que remontan esa oscuridad tendida sobre el rumor de las olas que baten el peñón del cabo. "Buenas noches, faro miliquito", saludo y luego camino un trecho sobre la arena gruesa, las conchas trituradas de mejillones, las hilachas podridas de algas marinas y, embuste de pescador, imagino manadas de pargos blancos encallando entre las afiladas restingas que parten las espumas. Podría fijarme aquí, en esta noche, no pasar a otros tiempos ni proseguir mi propia historia donde en otra noche, prisionero nuevamente de Buenos Aires, recordaré a esta otra. ¿Podría? Dulce farito del Cabo de Santa María, obelisco suplente, ¡cuántas historias alumbrarás todavía cuando yo sólo persista en estas líneas!

Vuelvo a patear las calles vacías y dando un rodeo paso, en este orden, por frente a la casa de doña Miquina, que debe andar por el centenario, según ella gracias al vasito de agua de mar que bebe todas las mañanas y que yo he bebido también con el estruendoso resultado de una cursiadera que casi me mata antes de los cuarenta, frente a la casa de los Legido, trotadores de gigantescas distancias, mis amigos queridos, el Juanea y la Poppy que un día de soles me acompañó hasta el Cabo Polonio con un traje largo y un bolso de petit point nada más que para constatar la frase y firma que estampó su padre cuando gobernaba aquel otro faro montado sobre recias piedras con luz blanca a destello cada doce segundos y radiofaro circular con un alcance de trescientas ochenta millas, alumbrando memorables catástrofes y las fantasmales islas de Torres que, en la distancia, simulan una verdadera ciudad.

El Juanea con su penachuda cabeza bataraza escribe a los redobles de su máquina seguramente *La máquina de gorjear* en un recuadro de luz que entibia las paredes y que vierte sobre su cabeza la hermosa lámpara de contrapeso con la pantalla de opalina que se salvó de los tantos estragos que acometieron entre él y la Poppy. De repente suelta la máquina y abre la puerta y en el tibio tajo de luz que alumbra un trozo de la galería donde charlamos tantas veces de libros y melancolías lanza una especie de grito de guerra en alemán. Vuelve a la carrera a la máquina y sigue redoblando.

La Poppy habla interminablemente a la pared del hogar, que está encendido con una hinchada fogata que le arrebata el rostro. A ratos trepa a la mesa y baila suavemente como la Pavlova o la Ulánova pero el Juanea sigue dándole a la máquina gorjeadora, inalterable, mientras el Budinetto le ladra al faro, a falta de luna. Es todo armoniosamente caótico. Y yo me alegro de verlos, abismados en sus mundos, tan semejantes, los amo otro poco. La verdad es que la casa está a oscuras aunque distingo a un lado un asqueroso letrero de venta. Pero tampoco esto pertenece a esta noche porque todavía no me tropezaré con sus caras espantadas en Florida, lejos de este lugar que los tres amamos por igual. De manera que elijo su noche y Juanea sigue

tecleando y la Poppy tan bailanta de sueños. Y el Budinetto cantalandro muy de partitura. El casi mastín Budinetto que yo mismo ayudé a enterrar en el jardín del fondo en el verano del 72.

Y ahora repaso frente a la oscura casilla de Pose, con la torre rosada a un lado y el tiburón veleta que gira en lo alto acomodándose al viento. Allí en ese hueco renegrido está la parrilla donde asaremos el tremendo lenguado de doce kilos que sellará la despedida. Chocamos los vasos por encima de la mesa, bajo los brillantes transparentes, sin sospechar que ese es el último gesto que compartiremos por mucho tiempo. Pero todavía no han llegado esos adioses y Adolfo Pose duerme en lo alto de su torre, debajo de la veleta, esperando que *El puerto de la luz* amarre al muelle con su carga de tiburones sarda y pinta sin sospechar lo que trama el tiempo, lo que yo ya sé de este otro lado de los adioses.

Sigo de proa hacia el fondo de la calle que termina en el mar, pasando frente al hotel Trocadero y el bar de Feola, en sombras. Todo eso revivirá en el verano, en un verano sin nosotros, el próximo verano de las Conjuntas con el faro milico y sombrillas de colores con el mango de fusiles. ¡Adiós torrero dormilón! ¡Hermano!

Y llego, voy llegando, ahora mismo llego hasta el mismito mar en la hermosa y nocturna bahía de La Paloma con su cerco de espumas a un lado y otro de la isla de la Tuna y detrás el bajo Speedwell, muy adentro en la noche y el mar. Una lisa salta del agua y brilla igual que un colgante de plata como para afirmar que nada cambia. Para mí es siempre la misma lisa y creo que son mis pasos los que la hacen saltar. ¡Salta, salta jubiloso pececito de la playa para anunciar mi llegada!

Bajo a la playa y camino sobre la arena mojada, cruzada por grandes manchas oscuras, en dirección a una luz que alumbra hasta el agua. Es la luz de la ventana de esa casa barco, Las Marianas, de mi amigo el capitán Alfonso Domínguez, alias *Cojones*, una luz que no se apaga nunca, ni en esta noche ni en cualquier otra de mi memoria. Ella perdurará como la luz del faro y es a partir de ahí que yo recupero y aun revivo a todos mis amigos. En dirección a esta luz salí yo esta mañana del puerto de Buenos Aires y ahora, catorce horas después, por fin doy con ella. Subo en puntas de pie, aunque el mar apaga mis pasos, por los seis escalones de cemento que a menudo cubren las olas, que hasta llegan a golpear en la propia puerta, y, oculto bajo la sombra que proyecta el ángel de madera que preside la casa, el ángel con cabeza de latón y ojos de caracoles y cola de pez, espío hacia el interior del cuarto por la ventana que enmarca el mar y que, desde adentro, parece la ventana de una timonera.

El hogar está encendido, como siempre en este tiempo. El capitán Alonso Domínguez con una maza de madera y una gubia está tallando un mascarón de proa, otro ángel pero con el pelo de madera, pintado con cobre de fondo, porque él lo va coloreando a medida que se nace. El ángel va remontando lentamente desde la madera, despojándose de las astillas que aprietan sus formas, con cara de varón y cuerpo de hembra. Y dos alas con plumas pintadas de purpurina que irán atornilladas a su cuerpo pero que ahora reposan cerca del fuego. El capitán tiene el pelo blanco y las espaldas encorvadas y una chamarra mejicana de encarnados dibujos.

Sus manos blancas y pecosientas se mueven alrededor del ángel, convocándolo a estos días. Los ojos del capitán son tan dulces y tristes como siempre. En eso no ha cambiado. Cerca, sobre la mesa junto a la ventana, hay un cachamto de lata con vino tinto y la flauta de metal que toca el capitán cuando le pesa mucho la soledad, porque la Renata se ha marchado a su torre y él espera, espera a la que no vendrá y va hasta la ONDA una vez al día porque hoy viene mi Renata de aquí o de allá por tareas que inventa el capitán. No, no vendrá. ¿Acaso ya no lo sabes, capitán? ¿Lo sé yo y no lo sabes tú que eres capaz de inventar un ángel con pelos de cobre y mirada de caracoles?

Un paquete corta con sus luces temblorosas la oscuridad sobre las blancas espumas que se agitan como rotos trapos detrás de la isla. El capitán Alfonso Domínguez deja la gubia y el martillo sobre la mesa y arrima la cabeza al vidrio. Siempre mira a los barcos que pasan por el horizonte. Calcula el porte, la velocidad, la derrota, el posible puerto de arribada. Calcula quizá su propio destino, siente ese viejo llamado del mar al que ha trampeado hasta ahora con ángeles de madera. Sus ojos claros, cegatones, están contra el vidrio, como si me mirasen. Él no sabe que yo estoy apenas a un metro de su cabeza. El no sabe que dentro de un rato abriré la puerta y nos confundiremos en un abrazo y beberemos juntos el resto de la noche en los jarritos de lata. Él no sabe que ese ángel que está naciendo colgará para siempre de una pared de mis casas y

que dondequiera que yo vaya iré con él, abriendo camino. Él no sabe que en el paredón, afuera, hay un letrero de alquitrán que escribió una mano nocturna y dice: "Fuera tupas ratas. Adelante FF CC". Él no sabe eso, ni tantas cosas que vendrán con la patria a oscuras.

Tampoco sabe el siempre capitán que morirá lejos de aquí, en Panamá, el 13 de septiembre de 1972. ¿Por qué mierda lo habré recordado antes de abrir esta puerta? Quizá hubiera podido saltar ese día y esta noche no iría a terminar nunca.

1975, Año de la Orientalidad

A la diestra

Mi hermana Pocha, para quien el mundo termina en Morse o en todo caso en la laguna de Junín, ha vuelto del pueblo. Siempre que vuelve, y yo la pensaré mientras viva así, volviendo de Chacabuco, me trae las mismas noticias, los mismos saludos, dos kilos de galleta de campo de la panadería Delmenico, mejor dicho de Dobersán, antes fue de Delmenico y antes o después de Delmenico de Saner, cuando la vida era una torta negra de cinco centavos, algo tan dulce semejante, un trozo de queso de chanco y, cuando es el tiempo, algunos chorizos de potranca. Cada tanto me trae algún muertito.

Y así, a través de mi hermana que va y viene sobre el viejo ferrocarril Pacífico, el pueblo se me va muriendo de a poco. Hoy ha muerto la tía Teresa. Sí, la tía Teresa Marino. Me he quedado con la mano sobre el teléfono, que acabo de dejar enrollado y dormido sobre la repisa como un gato negro, temblando en la penumbra del cuarto. A través de los ojos humedecidos, como a través del vidrio de la puerta cancel de la casa de la tía en la calle Moreno, la veo caminar despacio en la luz amarilla del largo patio con piso de ladrillos, entre los canteros de calas y malvones, hacia la puerta, hacia mí que estoy detrás de la puerta y acabo de llegar en el expreso de las diez. Veo su cara de luna llena y sus cabellos ahora blancos, casi la misma tía de mi infancia, sólo que un poco encorvada, algo pasita, nada en sustancia que nos separe, apenas un leve polvo suspendido en el patio, esa veladura general que cubre las cosas del pueblo y al propio pueblo y que seguramente brota de mi corazón. Ese es el tiempo.

Mi tiempo. La historia. Lo que llevo de ausencia. Entre la tía y yo está el vidrio de la cancel y veinte años de tristezas en esta ciudad de forasteros que nunca llegué a amar, que amé con rencor, más bien, unas pocas veces. Mi Buenos Aires querido, ya me tenes bien podrido. Esta ciudad que, con todo, tiene sus amantes, como mi amigo Albertito Szpunberg que me sopla para esta ocasión y esta pena:

*Es abril y entramos al otoño
si ahora me preguntaran por este otoño diría tan sólo
que las hojas en buenos aires han comenzado lentamente
a caer muy lentamente sin grandes novedades*

Esa quizá sea su principal contra. Nunca sucede una verdadera novedad, pues todo se prevé y se dispone, aun las novedades, de manera que la vida se repite ocho millones de veces semejante cada día.

La tía se adelanta sobre el fondo esfumado de la parra de uva chinche y unos heléchos serrucho que le brotan de la cabeza. Ha visto seguramente, ha presentido el bulto tamaño detrás del vidrio que agrandan los paquetes y la valija, la misma valija con la que partí de aquí hace esos veinte años que están en alguna parte, desparramados, entre la puerta de calle de esa casa y la puerta de esta otra que cubre ahora mi maduro llanto. Ladea la cabeza blanqueada, estira el cuello y sonrío hacia el vidrio. Y entonces es la misma dulce tía de mi infancia. Y yo sonrío también. Sonrío y lloro al mismo tiempo. Y la puerta se abre en silencio y entro al patio vacío porque la tía ya no está. Ha muerto. Seguramente la velaron en la cochería Grossi y se la llevaron con ese redoble enlutado de las campanas hacia las quintas, entre los humeantes hornos de ladrillos hasta el cementerio de tapias grises detrás de los cuales están el abuelo y la abuela, el gordo De Nigris, Pepe Provenzano, el tío Leo y el alegre tío Ernesto, el tío Francisco que vino a morir desde Buenos Aires, Pancho Figueroa con su ancha cara furiosa, todas esas flojas sombras que me observan en silencio desde los tapias descascarados.

El patio tiene esa espesa luz amarilla del otoño que parece ser la estación de mi pueblo, la ansiosa estación de los viajes y las esperas, cuando a los Conti nos empiezan a picar las plantas de los pies y nos llama el camino, me llama ahora, el jubiloso camino del buen viaje entre maizales encorvados por las lluvias de abril, con las torres de Lujan que asoman a través de los eucaliptos y giran, sobrevuelan los árboles hacia el sudeste, y después Giles y Carmen de

Areco y Cucha-Cucha y después la curva de la alegría que empalma con la ruta a Chivilcoy y el penacho gris de la iglesia de Chacabuco que se incorpora detrás de un montecito de acacias negras y empieza a crecer en el marco de mis ojos y ahí está el pueblo, fiel a mi memoria, y la avenida Alsina con San Martín cabalgando en el aire, al fondo, en dirección a Junín y doblo por la inmutable calle Moreno y aquí estoy al final de otro de esos prolijos viajes de la memoria, frente a la puerta cancel que se cierra sobre mi sombra.

Atravieso el patio entre las calas y los malvones y mis manos y mi cuerpo se encienden con esa luz amarilla que entibia brevemente mis dedos. El clavel japonés está florecido y sus flores tienen el color vigoroso del otoño. Siempre lo he visto florecido, por lo que recuerdo, pero en verano las flores empalidecen y casi se borran al atardecer. Ahora tienen un firme color anaranjado con algunos pétalos marrones en los bordes.

Las campanas blancas de la dama de noche se evaporan sobre el tapial de la medianera y en el cantero que bordea la pared sobresale con una luz misteriosa la flor de papel. Mi tía la llamaba así. Es una flor breve de un palpitante color fucsia, ese complicado color que de alguna manera inventó mi hermano Cacho Paoletti en La Rioja en uno de sus delicadamente rabiosos cuentos que tituló justamente "Fucsia". Es razonable que me cruce en mitad de este patio de provincia con el Cacho porque él tiene la misma tristeza, la misma vaguedad y la misma altura que yo. En este momento nos separan unos mil kilómetros pero estoy seguro que me recordará en un patio más o menos como éste, porque él presente mis desgracias y a veces me las traspasa. Por eso sufrimos juntos esas agrias tristezas de los forasteros y él me dice ¡Flaco! y yo le digo ¡Pelota! y casi lloramos de puro boludos.

El sol se derrama como un chorro de miel sobre las baldosas melladas de la galena con techo de zinc y columnitas de hierro fundido, y lame, a través de las altas puertas entreabiertas, los cuartos cavernosos que se alinean a la antigua, escoltando aquella galería debajo de la cual celebrábamos la Nochebuena. La jaula de madera cuelga de un clavo junto a la puerta de la cocina. Deben ser los mismos canarios que saltan y se cruzan de un palito a otro como dos hojas de papel dorado hace una punta de años. Penetro en la cocina y deslumbrado por el sol percibo solamente el olor agrio del humo de madera pegado a las paredes y el soplido del fuego en la hornalla. Pero no necesito mirar para comprender que nada ha cambiado, que el aparador de nogal con sus patas rollizas sigue en la pared de la entrada, y la fiambarrera junto a la ventana y el ramo de laurel en el mismo clavo del almanaque, obsequio seguramente de la fábrica de fideos B asile o de la vinería Falasco o de Feroldi Hnos., fabricantes de bombas, motores y grupos electrógenos. Al centro está aún la misma mesa de pino y la mismas sillas de paja donde nos sentamos a lo largo de tantos años mientras engordábamos y crecíamos con aquellas buenas comidas de olla que hacía la tía.

En el momento que mi memoria ubica al tío Agustín en aquel melancólico paisaje de trastos y enseres mis ojos calzan con la verdadera figura del tío sentado en una silla baja junto a la cocina económica. No me ha visto entrar, no ha visto ni ve nada de este mundo concreto. Vive de memoria. Divagabundea por otros tiempos, finito. Quizás en este momento esté trotando rumbo a Warnes, cerca del puente del Salado, en las 12 a Bragado como cuando era realmente el mejor corredor de fondo de estos lados. Yo lo maté en un cuento. Jamás se me hubiera ocurrido entonces que la tía se iba a ir antes, abriendo camino, aunque debí pensar que como buena puntera era capaz de hacerlo para que cuando llegase el tío y después nosotros no habría más que decir ¡Hola! y colgar de un clavo la gorra como si volviésemos de las quintas o del zanjón y ponernos a matear en un rincón del cielo.

El tío está tan flaco, casi transparente, que parece que lo hubiesen chupado precisamente con una de esas buenas bombas Luiggi que fabrican los Feroldi Hnos. Tiene puesto un pullover agujereado sobre el mero cuero y unos pantalones de brin sanforizado con grandes parches de una tela más oscura y los botines sin medias con las puntas peladas. Yo le pregunto, más bien al tío de la memoria, quién le atará ahora los cordones de esos botines, quién le abrochará el último botón de la camisa sin cuello, quién le peinará los pocos pelos que como un chorlito de cenizas le caen sobre la frente, quién le encajará el negro chambergo de fieltro, quién lo palmeará en un hombro cuando con el chato lápiz de carpintero que siempre lleva en el bolsillo trasero haga los toscos números de largas cuentas sobre una madera para comprobar perplejo una y otra vez, como si la carrera a Bragado se interrumpiese de golpe en Warnes, que los pocos

mangos de la jubilación no alcanzan más que hasta el 15, estirándolos bien, y que a los ochenta tiene que calentarse los dedos para hacer un par de changas y tirar hasta fin de mes después de sudarla tantos años detrás del banco de carpintero. Quién, ¡por San Isidro!, quién, si él creció pegado a la tía y el mundo era del ancho de sus brazos y hasta ayer tenía la seguridad de su sonrisa.

En esto siento un canturreo de prima señora que proviene del patio, de aquella luz amarilla, y pienso si con los años el canario se habrá vuelto fenómeno. Pero no, ahora la reconozco.

La prima señora, que canturrea exactamente *Fascinación* con un incisivo fondo de cuerdas en el que sobresale el violín hembra de Stephane Grappelly (así viene la mano, este melancólico y bien templado destempe, esta previda, este corazón nada, este otoño del Santo Camino, esta participación y velorio de la memoria), la prima señora, en fin, es la prima Susana que flota como un frágil y entrañable barrilete blanco entre las calas y los malvones, debajo del limonero de las cuatro estaciones, canturreando esa vieja tonada que se me pegó en la última infancia, cuando la piel se me empezó a hinchar y arder y me enamoré en secreto de la fosforescente prima Su.

Vuelvo al patio, a la tarde perfumada de aquel jardín, y la prima Su, sobre cuyo rostro el tiempo ha calado con graciosa y meditada imprecisión los rasgos de la propia tía, me cuenta con su vocecita emplumada el precipitado final. La tía murió de golpe, en día de guardar. La velaron en la cochería Grossi, como predije.

Después del responso en la pelada iglesia parroquial de la que el padre Sacardi rajó a toda imagen de bulto, incluyendo al propio San Isidro Labrador, se la llevaron a pulso hasta el cementerio, al fondo de las quintas, entre los hornos de ladrillos con olor a torta quemada y a pan agrio, mientras sobre el pueblo redoblaban las campanas de la torre con ese exacto toque a difuntos que le arruga a uno el cuore porque lo expide con mano sabia el Gran Maestro Campanero Mingo Provenzano que rebate el badajo de manera que golpee con un saque blando sobre el alma, ni poco, ni mucho, lo justo, y entonces el sonido sale envuelto en paños negros y se alarga sobre el siguiente golpe hasta las mismas quintas y el pueblo se oscurece, lloran las altas araucarias de la plaza, San Martín enfrenta el galope del tremendo matungo de bronce, se suspende el ánimo, los viejos se descubren, las viejas se persignan y la breve vida se remansa en aquel último tránsito.

De manera que la tía murió a lo pajarito y antes de enviarse los mensajes ya estaba en el cielo, sentada en su sillita de paja a la diestra de Dios Padre. Llegué, pues, tarde a los adioses cuando la tía ya es fantasmón y anda rumbeando de noche sobre los alambrados del camino a Bragado. Me pregunto si tuvo tiempo de traspasarle a la prima Su la fórmula de la ojeadura que se transmite en Nochebuena con mano impósita y cura esos fuertes trastornos del mate en los chicos y adormece a los grandes cuando se les oscurece el alma. Quisiera preguntarle otras cosas a la prima Su, pero de golpe se enrosca en el limonero y se deshace, se deshilacha como si fuese de espuma aunque persiste un rato en el aire amarillo el canturreo finito y el violín puntiagudo de Stephane Grappelly.

Tampoco está el tío junto a la cocina económica. No estuvo nunca consistente, sino histórico, en prefigura, es decir, configurado por la disposición de las cosas, evocado e invocado, presupuesto.

Desde aquí, desde este cuarto oscuro, en esta ciudad oscura, yo lo pienso en otra parte y ahí ha de estar seguramente, como estaría yo que siempre seguí sus largos pasos, como voy estando ahora mismo que corro y corro detrás del tío por el polvoriento camino a Bragado. En realidad acaban de pasar la Champion y estas firmes lluvias de abril han empapado la tierra, pero todavía queda el recuerdo del verano, el ancho sol que calcina los pastos y el polvo esponjoso que levantan los camiones y empolva los girasoles. Por ahí voy, pata y pata. El olor a pasto mojado me hincha los pulmones y el áspero saber de la tierra me devuelve aquella alocada temeridad de la infancia cuando todavía no me había crecido esa quejosa sombra que remolco desde hace veinte años a través de la más larga y solitaria carrera de fondo, mi propia vida de sorette, porque para decir la verdad durante todo este tiempo no he hecho otra cosa que trotar y trotar sobre este mismo camino rumbo a la tierra que abandoné y que corre delante mío exactamente a la misma velocidad. El campo de Albanesse, donde se armaban las mejores riñas

de gallo de la zona, pasa corriendo para Chacabuco y después el montecito de sauces que creció y envejeció y ahora es un montón de ramas grises.

El puente del Salado se acerca a los troncos desde lo alto de esa lomita que raspa el cielo y desde ahí desciende por la pendiente donde se encajan después de una tormenta brava los coches que no traen cadena, y penetro en el partido de Bragado sin más aviso que el cartel sobre el puente porque la tierra es la misma y ni los árboles ni los terrones cambian de color como pensaba en otro tiempo. La Silvina, que antes era del padre Guida y ahora la compró el viejo Pérez, por lo que sé, viene al trotecito por la derecha, y apenas se me cruza con los oscuros y coposos árboles a la carrera, cuando ya estoy viendo a la izquierda la estancia Los Pumas, de Alfredo Cirigliano, con la avenida de eucaliptos que parece correr hacia el camino como para cerrarme el paso, diviso sobre una pequeña loma el alto y amarillo penacho del álamo Carolina, mi ya viejo y querido árbol. Paro en mitad del camino y mientras me alcanza la nubecita de polvo que levanté con mis tamangos nos saludamos con un sacudón de ramas porque apenas lo veo yo mismo me cubro de hojas y me encarno árbol.

Al pie del tronco hay una figurita encorvada. El tío. Salto el alambrado de púas y camino hacia el árbol con un tero hinchapelotas que chilla sobre mi cabeza. Por estos mismos campos patí en mi infancia detrás del viejo, el pelado Conti, que cazaba perdices y liebres con una escopeta Beretta, plegable, del 12 con la cimaza y la culata de nogal segrñadas. Todavía hoy, a los ochenta, tiene una puntería loca el pelado. Sembrábamos el aire de estampidos y derisas, y el morral de cuero con perdices tibiecitas a pesar de que para la caza vagante de pequeñas aves el viejo prefería el calibre 16. Así de científicos vagábamos por el verde mundo, antes que viniera el álamo y posiblemente la tristeza y este oficio de cazar hombres e historias con esta máquina de letras que gatilla como aquella liviana escopeta del 12.

Al tío no se le movió un pelo mientras yo me acercaba pateando los pastos. Debió haber visto cuando corría por el medio del camino y aun antes cuando trepé la loma del puente. A pesar de los años tiene una vista de gavilán y por otra parte ve más allá de los ojos, prevé y presiente como el propio álamo que sacude las hojas sobre su cabeza igual que una bataraza. La sombra del árbol se recuesta sobre el campo para el lado de Chacabuco pues el sol comienza a caer por detrás de Warnes. El tío está sentado contra el tronco, con las piernas recogidas y abrazadas y apoya la cabeza en las rodillas. Mira hacia el camino, en esa dirección, pero vaya uno a saber qué ve realmente, qué tiempos y persona recruzan por el fondo azulado de sus abiertos ojos. Fue siempre algo fantasmagórico cómo el abuelo al que dos por tres se le aparecía Jesús en persona, o la Virgen María o algún cliente difunto de la antigua mueblería y colchonería Conti. Así que estaba siempre de inaudible conversa y celestes vaguedades. Creo que de ahí me viene este mal de letras y la gente real se me remonta en fantasía.

Me senté y me plegué junto al tío sin decir ni pío. Nosotros siempre nos hemos entendido mejor así, por silencios y proximidades. El árbol, que seguramente me reconoció apenas asomé sobre el puente, zumbaba por dentro traspasando pequeñas luces y sombras sobre el filo de las ramas. Ahora ya no podía abarcar su tronco con mis brazos, y la corteza lucía partida y crostosa como el camino que aparecía y desaparecía a tramos entre los pastos. Aquel monte oscuro y alargado al frente y a la izquierda es Warnes. De noche asoma una espuma de luz por encima de las copas y a la distancia parece que hubiese allí una verdadera ciudad pero es probable que dentro de cien años siga exactamente igual, las dos hileras de calles separadas por la vía del Sarmiento, el almacén de Montes y la del viejo Pampín y hasta el propio Pampín, que si no es eterno le pasa cerca, y por supuesto el Club Sportivo y Recreativo con los mismos grasas apoyados en el mostrador y el mismo olor a sótano y los mismos maníes con cascara para el Cinzano.

Un rastrojera pasa a los piques por el camino y sin rebajar la velocidad se mete entre los árboles de Los Pumas. Debe ser el loco de Bachi que va de una desmesura a otra sin soltar el acelerador. He oído decir que se está preparando para correr en las 12 a Bragado y que con ese objeto se da baños de luna y friegas de querosene con un puñado de pimienta en grano. En la largada piensa engullir un ají putaparió y un chorro de ginebra y jabran cancha que allá voy! El loco Garbarino se untaba con un preparado de grasa de liebre y pólvora negra y dicen que por fin ganó el día que le arrimaron un fósforo.

El álamo tiene algunas ramas secas y otras quebradas, y no creo que ya estire más. Ha envejecido con el tío, y conmigo también, por supuesto. Ahí están los veinte años, vieja madera carcomida y hojarasca que arrebatara el viento. Ahora se dormirá para el invierno y cuando se entibie la tierra tratará de copiar la alegría de los otros veranos pero él ya sabe que han llegado los días viejos y que cualquier noche lo tumba el viento.

El sol se hunde detrás de los árboles de Warnes, y el cielo y los pastos se inflaman con una llamarada roja. El tío mira hacia lo alto. Allí debe estar la tía desde hace un par de días, a la diestra del Padre Eterno mirando quizá para lo bajo la blanca cabeza del tío. ¡Hola, Tía!

La tía se murió a lo pajarito en un plín y estoy seguro que sobre el pucho se fue de raje al cielo porque de puro económica jamás se anotó en la cuenta ni un pecado venial, de esos, supongo, que se hacen con la venia del Señor. Debió haber una gran fiesta el día que entró en la comparsa del Eterno y es posible que todavía dure porque, como se ve, a este Padre le sobra el tiempo. Ese resplandor proviene seguramente de las brasas del asado que ordenó el señor del cielo. Me parece estar leyéndolo en la crónica social del *Clarín* de Chacabuco que dirige la Tota de Nigris.

El señor don Dios ordenó, pues, un asado de cuerpo presente. Fue un asado fenomenal, como se comprende, porque en esa hacienda reina siempre la abundancia de manera que la peonada de ángeles armó el asado sobre una parrilla hecha con rejas de portón, como hacían en otros tiempos los conservadores para las elecciones, y cuando tuvieron una buena cama de brasas echaron varios costillares con vacío, algunos matambres arrollados y toda una reja de achuras con varias ristas de chorizos de a diez, como los misterios gozosos, que era mitad de potranca y mitad de cerdo. En un rincón chasqueaba un asado con cuero que lo atendía un ángel custodio de Irala y que se había empezado al alba cuando cacareó un ángel Asil Madras que tocaba diana cuando todavía abajo era noche cerrada.

El señor don Dios estaba sentado en medio de la comparsa en una sillita baja con esterillado de tiento. Tenía una cara parecida a la del viejo Ponce, un par de bombachas batarazas y unas alpargatas flecudas. Calzaba debajo de la faja una faca de arzobispo con la empuñadura en forma de pectoral. A la izquierda del Padre, estaban, por supuesto, los cumpas, con una florcita roja en los labios y a la diestra en primer lugar el señor don Jesús, flaco y apaleado como el Cristo de la parroquia, con unos costurones en la frente y una bruta cicatriz en cada mano, muy resumido y abstracto, bien de aparición. Al lado tenía al padre Doglia que le manguereaba alguna indulgencia plenaria para una Hija de María y al lado del padre, es decir al lado de la iglesia, al gordo De Nigris, flanqueado al otro lado por el sargento Duahalde, que todavía estaba medio chamuscado del purgatorio. Después venía una sillita vacía y enseguida la abuela Generosa que rumbeó para el cielo hace unos cuarenta años y a veces la veo regando los geranios en el primer patio de la casa madre de la avenida Alsina, el abuelo Luis Conti y la abuela Adela que siempre contaba cuentos con pajaritos y Pepe Provenzano y en fin todos los muertitos parientes amigos que subieron de Chacabuco.

Don Dios hablaba poco, muy de sentencia, y después de unas ruedas de mate entró a correr una damajuana de vino Falasco. Cuando la grasita levantaba llama el padre Doglia la apagaba con el hisopo. La tía llegó puntual cuando dieron vuelta el asado y las costillas empezaban a despegarse de la carne. Vino volando desde la calle Moreno por encima de las quintas, y los hornos de ladrillos y el camino a Bragado y el ilustre pueblo de Warnes con el mismo traje de novia que contrajo al tío, cortón, de raso y unos botines puntudos forrados con el mismo paño, muy bonita la tía, dulce brote de primavera, igual a la prima Su cuando estudiaba en la Normal No. 5.

El difunto maestro Bimbo Marsiletti arremetió con *El querido Tío Agustín*, por supuesto, ejecutado con instrumentos de viento, tan estridente y marcial que el sargento Duahalde se paró y se cuadró. Don Dios peló la faca y separó una costilla bien tostada que le pasó a la tía en la punta de la hoja, que era de acero Elkistuna. La tía la tomó con una reverencia y don Dios dijo para todos los invitados "Hagan boca". Hasta el mismo don Jesús, que parecía tan descarnado, le metió diente a un pedazo de vacío. El asado transcurrió muy monumental con *música de guitarra y bandoneón* que sonaba entre motete y guaracha. Don Dios hablaba con todos y tuvo un aparte con la tía, escoltada siempre por el padre Doglia que le decía Reverendísima. Después del asado hubo festejos de acuerdo al siguiente detalle expuesto en un cartel de la imprenta Castillo y López, por el estilo de los Cuatro Caminos.

—Jineteada de las crines.
—Match de fútbol entre casados y solteros vecinos del lugar.
—Jineteada con basto y encimera. Gran espectáculo.
—3 extraordinarias pollas programadas con la participación de los mejores perros galgos de la zona.
—Interesante carrera entre una moto Güera 200 cc. y yegua Torcasa (de Héctor Payóla), distancia 120 metros a largar de parado (moto en marcha y cambio).
—Fabulosa carrera de un jeep IKA modelo 58, de P. Bojanich y el caballo Foraster, de Carlos Gil, distancia 130 metros, a largar de parados (jeep en marcha y cambio).
—... Y como no podía faltar en esta magnífica fiesta a la entrada del sol, después de Ángelus, Gran Matineé gigante con orquesta... y hasta cualquier hora completo servicio de parrillada y cantina. (Nota: los dirigentes no se responsabilizan por accidentes que puedan ocurrir.)

Entre la jineteada con basto encimera y las tres pollas el finadito Yamandú Gutiérrez, que era vecino de otro cielo, recitó a pedido "Los payadores" y, por leal cortesía, un poema de Luis de Laudo, todavía anda vivo y poeta allá abajo, en Chacabuco.

Mientras la fiesta prosigue llegan de abajo unos largos campanazos y un tapialito amarillo se oscurece. En la polvorienta luz de otoño el pueblo parece solitario y vacío. El caballo de San Martín trota por el medio de la avenida Saavedra rumbo a Junín. Dentro de un rato encenderán la primera luz y la noche asomará como una neblina por la ruta 7.

Cuando prendieron la primera luz aunque todavía era día para el lado de Junín, detrás de Warnes, el cielo, este cielo, se encendía con esas luces de maravilla que cambian lentamente y revisten la tarde con neblinosas vaguedades, llegaron algunos payadores de la tierra que aunque no estaban muertos tenían el alma de fantasía. Llegó ese tal, Juan Gelman, que recitó medio desafinado mientras el Tata Cedrón punteaba la guitarra con esos versos de tristeza que dicen: Sentado al borde de una silla desfondada, (don Dios echó un ojo a la suya y se afirmó en las alpargatas) mareado, enfermo, casi vivo (es decir, casi muerto) escribo versos previamente llorados por la ciudad donde nací, (se refiere a Buenos Aires pero en este caso se aplica a cualquier imitación de provincia) Hay que atraparlos, también aquí (en cualquier parte, esto es en Chacabuco o en el propio Warnes que está ahí abajo) nacieron hijos dulces míos que entre tango castigo te endulzan bellamente (pucha, si no hay aquí también una larga historia de castigos) Hay que aprender a resistir.

Ni a irse ni a quedarse (o a estar yéndose que es la forma de consistir en estos pueblos) a resistir, aunque es seguro que habrá más penas y olvido (con estas penas y olvidos se fue haciendo el pueblo).

El Tata remachó la última frase con un temblor del cordaje y el gordo De Nigris que era medio letrado asintió con un golpe de cabeza.

El Juan se zampa un vaso de vino Falasco y antes de que se apaguen los aplausos arremete con "El árbol".

Es este momento. Las luces de mercurio de la avenida Alsina se encienden de golpe allá abajo y brumosas manchas de colores se derraman por la calzada y divagan de una punta a otra del pueblo. Sobre el campo, detrás del cementerio, todavía queda la claridad del día. A un costado del camino de tierra a Bragado el álamo Carolina se enciende con un fognazo amarillo. Don Dios mira de reojo por una grieta en la nube y ve, debajo del árbol, a esos dos tipos que miran hacia el cielo con cara de boludos.

"¡Pucha, si supieran esos dos la farra que se están perdiendo", piensa el buen Dios. Y lo palmea a don Jesús, que serio y abstraído anda planeando otras resurrecciones. El Juan dice, medio con bronca:

De la violenta madrugada
Un hombre entra a su casa y el olor de sus hijos
le golpea la cara, los olvidos, la furia,
ahora cierra la puerta con doble llave
y se saca la gente, la ropa con cuidado,
apaga los gritos de la camisa

o los ojos del camarada que brillan en la cárcel
y oye cómo se mueve la ternura en la pieza,
bajo sus ramas dormirá todavía una noche,
bajo sus ramas yacerá cuando caiga.

Y cuando terminan las ovaciones se oye desde abajo, desde la tierra pelada que ya invade la noche, por debajo del álamo Carolina, un aplauso remoto y solitario que se eleva a los cielos, hasta la sillita de la tía Teresa.

Rosas de picardía

Las siete de la noche. Lluve. El buen señor Marcos, sentado detrás del escritorio, contempla, a través de la vidriera, las siluetas encorvadas de los peatones ligeramente coloreadas por la claridad de los faroles. Dedicó una mirada lánguida a la figurita brincadora del diablo rojo que él mismo ha pintado sobre el vidrio. Hacía rato que estaba desconforme con la cola. Nunca se dio maña para orientar la cola de un diablo.

A punto de cerrar, un coche negro frena delante de "El Diablo" y un hombre brinca del interior. Abre la puerta. Entra. Rápidamente se desprende de una capa. Aspecto de un demonio negro. Es raro un tipo con capa.

—¿Es usted el señor Marcos? —Hizo la pregunta a quemarropa.

El señor Marcos contempló, con idéntica atención que la dedicada al rabo diabólico, el rostro demacrado. Descubrió dos ojitos vidriosos con pizca de exaltación. Respondió con una ligera inclinación de cabeza. Entonces, algo aliviado, el personaje, en lugar de hablar, comenzó a caminar por la oficina. Parecía nervioso. Emitió una especie de ronquido y dijo, con voz estrangulada, desfalleciente:

—Comprenderá usted. Estas no son horas para molestar a un ciudadano pacífico —no vaciló en la palabra pacífico que, por otra parte, produjo honda resonancia en el ánimo del discreto señor Marcos—. Me encuentro en una situación espantosa. Creo que me estoy volviendo loco. —Y después de un silencio:

—¿Cómo le diré?... No encuentro la manera. Es complicado... Es un caso extraño... Yo mismo nunca le hubiera prestado crédito, en su lugar, pero lo cierto es que, en la vida de uno, existen hechos... ciertos hechos... ¡Bah!

Se detuvo exhausto. De reojo, envió una mirada suplicante que removió los sentimientos más nobles y puros del agente.

Con un ademán amable Marcos indicó al hombre que tomara asiento.

—Es temprano —dijo—, estoy a su disposición hasta el amanecer. Hable cuanto quiera. Inmediatamente extrajo un paquete de cigarrillos y convidó. Una nubécula de humo veló momentáneamente el rostro del convidado que dejó oír su voz más tranquila.

—Mi nombre le resultará impresionante. Me llamo Judas Puga pero, como al hijo de Alfeo, me dicen Tadeo. Tadeo solo. Vivo en La Luna, con mi hermano o mi hermano vive conmigo. Como quiera. La Luna es el nombre de nuestra casa. Mi padre, con un raro sentido del humor, le puso ese nombre y gozaba diciéndole a medio mundo que él vivía en La Luna. Mi hermano se llama Ángel, Ángel Puga pero no tiene aspecto de espíritu celeste sino más bien de gracioso enano. Creo que esto no interesa. Se dedica a leer libros de viaje y de aventuras. Le gustan las aceitunas negras y el café. Bueno, nuestras vidas se deslizaron tranquilas, como quien dice, hasta el día tremendo. Entonces ese acontecimiento extraño vino a turbar la paz de Dios limpiamente montada sobre el techo de nuestra casa. ¡Ocurrió algo tan inusitado!

El señor Puga se detuvo, así como de puntillas, sobre la última frase y desde allí se precipitó en un repentino sueño. Aparentemente. Después aspiró un chorrillo de humo y, sin abrir los ojos, recobró el habla.

—Hace dos años largos decidimos pasar unos días en Buenos Aires. Yo no conocía la ciudad. Creo que mi hermano tampoco, si bien siempre resulta ducho para orientarse en cualquier parte. En seguida, trabamos relaciones con un señor muy simpático: Timoteo Doria. El bueno de Timoteo nos acompañaba constantemente haciendo las veces de cicerone. Todo marchó muy bien hasta la noche del 6 de marzo. Llovía como ahora, lo recuerdo. Subí a mi cuarto. Por lo general, me acuesto temprano. De pronto llaman a la puerta y un mensajero me alarga una esquela. ¡Qué novedad! El amable señor Doria, en términos claros, me suplicaba que acudiera, sin demora, a cierto lugar para mí desconocido. Calle Hank Bunker 55. ¿Conoce usted esa calle Bunker 55? Más tarde tuve noticias de Hank Bunker. Como es natural, vacilé unos instantes. ¡Qué diablos! Mi hermano no se encontraba en el hotel. Había salido no recuerdo exactamente por qué, pero creo que el motivo era de importancia. Me vestí apresuradamente.

Bajé. Un coche me aguardaba en la salida. El tiempo era pésimo. Abominable. Nuestro automóvil partió inmediatamente, casi de un brinco, el impulso me hundió en el asiento, perforando la oscuridad con los faroles.

Durante el trayecto no hice más que pensar en la invitación. Enfrascado en esta idea y tan aturrido, por otra parte, no me preocupé del recorrido. Cuando lo hice tuve una impresión: nos alejábamos del centro de la ciudad y hasta de la ciudad misma. Calles desiertas y oscuras sucedieron a calles más iluminadas y menos desiertas. Una que otra bola luminosa surgía de vez en cuando, en medio de la lobreguez. A ratos, veía brillar el capote mojado de un policía. El cochecito volador seguía avanzando sin ruido pero a toda máquina. Comencé a observar al automedonte, inmóvil en el asiento de adelante. Sus espaldas descomunales, forradas con un impermeable negro, invadían el interior de aquel vehículo que, al menor descuido, terminaría en pedazos contra una pared. No hablé palabra.

El mudito llevaba una gorra hundida hasta las orejas, de tiempo en tiempo saltaba en el asiento, igual que yo. Si seguíamos así, en uno de aquellos saltos esperaba verlo despedido capota, para terminar sus días incrustado en un montón de resortes, hierros retorcidos y escombros. La idea me heló el alma. Anduvimos bastante. Finalmente, tras una curva impecable, nos internamos en una larga y oscura avenida que, posiblemente, remataba en el infierno. Un momento después, frenos silenciosos me arrancaron del asiento. Bajé del coche, el cual se alejó inmediatamente dando saltos en la noche. Quedé solo sobre la acera desierta, sin remedio.

El señor Puga había terminado el cigarrillo. Aplastó la colilla sobre el cenicero. Su conversación era rápida, salvo ciertas vacilaciones, pero no provocaba fatiga. Con un movimiento también rápido se encogió en el asiento como para dar cabida a otra persona.

—Cuanto sobrevino luego lo recuerdo con una nitidez asombrosa. La calle larga y oscura. Una calle semejante al interior de un enorme tubo. La verja alta con barrotes de lanzas. Y el cerco de ligustros cuyas hojas brillaban de un modo siniestro. Llovía fuerte. Aquella lluvia no pararía nunca. En el primer momento, me arrinconé contra una de las pilastras. Después empujé la reja. No veía gran cosa pero la luz de los relámpagos permitió orientarme. A grandes pasos atravesé el jardín, cuyas plantas zamarreaba el viento con la intención no velada de arrancarlas de cuajo, y llegué a la casa. Me pareció ver, sobre la marquesina, el marco iluminado de una ventana. Esa luz me animó un poco. Francamente estaba desorientado. Con el puño del paraguas apliqué unos golpes a la puerta. Al cabo de un rato oí que alguien bajaba una escalera. Luego un resplandor se coló por las rendijas y abrieron el ventanillo. Un chorro de luz me dio en plena cara. Cerré los ojos al propio tiempo que una voz decía algo a lo cual no presté mayor atención. Quitaron la tranca y un instante después se abrió la puerta. Cierta hombre pelado y sonriente me tomó por un hombro atrayéndome con suavidad hacia el interior. Solté dos o tres palabras a modo de introducción pero, a juzgar por el procedimiento, el tipo se hallaba al corriente de todo. Meneó la cabeza. Después cerró la puerta y, con gran sorpresa de mi parte, volvió a trancar. Me despojé del impermeable y se lo alargué. ¡Qué cara especial la de aquel sujeto! ¡tan especial! No lo olvido nunca; la contraía como si fuese de pasta. Muy a menudo guiñaba el ojo izquierdo. Aparentemente se lo guiñaba a la nariz porque después de cada guiño aquella parte saliente del rostro, a modo de respuesta, se arrugaba con violencia. Tomó el impermeable y el sombrero; estuvo un segundito indeciso y por fin me dijo, guiñando el ojo: "Tendrá que aguardar un poco. Si no le incomoda, puede hacerlo aquí, en el vestíbulo." No pareció satisfecho y añadió: "Es cosa de un rato". Arrugó la nariz desapareciendo de inmediato detrás de una puerta ubicada en el extremo superior de la escalera. Pasando el primer momento de asombro, aunque bien pudiera decir que nunca dejé de asombrarme, dediqué una mirada al vestíbulo.

Puga pareció reflexionar. Se pasó la mano por la frente y miró a Marcos con distracción.

—Es necesario que yo le describa aquel cuarto. Una silla de respaldo alto forrada con cuero y no había otra cosa. A no ser un enorme cuadro, en las paredes. Ahora le hablaré de ese cuadro. Sobre fondo negro, figura delgada y flexible: un personaje alto. Levita negra, pantalones negros y ajustados y botinas también negras. La camisa de un color blanco purísimo; encima las alitas negras de un corbatín. El caballero tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Aquellas manos blancas y alargadas resaltaban sobre las mangas oscuras. Observé cierto parecido con las

manos de los cadáveres. Pero lo más impresionante era su rostro. También alargado, con la mandíbula inferior más bien burda. Frente amplia; dos prominencias como dos cuernos embrionarios. Un mechón de cabellos, en forma de punta, se introducía por la mitad. Los bigotes delgados. Los ojos...

Puga se revolvió en el asiento. Llegó a hablar con un poco de exaltación y ya no miraba al señor Marcos sino a un punto, en la pared, detrás del agente. Encendió un cigarrillo. Después repitió con sorna algo de un cuento de Hoffman.

—"¡Oh, lindos cocos!, ¡lindos cocos!" No puedo describírselos muy bien. No como quisiera. Eso es imposible.

Nueva pausa. El hombre se llevó una mano a la frente y cerró los ojos. Se abandonó en el asiento. Mientras se deslizaba, hundiéndose cada vez más, dejó escapar su voz como un susurro insignificante.

—Grandes, brillantes y negros. Intensamente negros. Hundidos, además. Sin mucha detención, a primera vista, aparecían como dos orificios en un rostro demacrado. Después, hubo un momento en el cual se me ocurrió que eran de vidrio. Pasó medio segundo y creí entonces que dos ojos verdaderamente humanos espían a través de las cavidades. Largo rato los contemplé con fijeza y, en lugar de disminuir, la impresión se acentuó de un modo alarmante. Sin reflexionar traté de espiar por atrás el cuadro pero estaba muy pegado a la pared. Luego, se me antojó golpear la tela. Alargué la mano con suavidad y le propiné unas palmaditas. Muy bien extendida; pero, para mi tranquilidad, cimbró lo suficiente como para cerciorarme de que los ojos realmente pertenecían al cuadro. Esto le resultará a usted aproximadamente estúpido. Le adelanto que no es todo.

Puga arrojó una bocanada de humo. Terminó de echarse para atrás en el asiento y respiró profundamente. Aún no había abierto los ojos. Marcos espío por sobre los hombros del individuo. Llovía a cántaros. Afuera, ni un alma.

La voz del hombre sonó de nuevo. Siempre susurrante.

—Tan absorto en esas cosas —musitó— no reparé en la tardanza del señor Doria. Repentinamente algún ruido me arrancó del ensimismamiento. Un ruidito. Quedé confuso. Comencé a moverme por la habitación. ¿Podía explicarme la actitud de mi amigo? Creo que no. A un punto de impacientarme, traté de restablecer la calma en mi espíritu pero, de inmediato, muchas ocurrencias desagradables invadieron, sin remedio, el recinto de mi alma. ¡Qué broma! "Quise distraerme. Necesitaba hacerlo con cierta urgencia.

No sé si le he dicho que soy un tipo impresionable. Pasé una mirada de desconfianza sobre todas las cosas que guardaba el cuarto. ¡Todas las cosas! ¡Si no había nada! Volví a detenerme en el cuadro. Y volví a examinarlo otro rato. De improviso, parece que todas las cosas desaparecen para concentrarse en aquella estirada figura y, más precisamente, en el rostro alargado. Exacto. El fondo del cuadro tiene un color que no es más que el color de la pared, en penumbras, un poco más subido.

A su vez, el negro de la ropa simplemente aumenta su intensidad hasta enmarcar en una línea de negro fuertísimo la palidez chocante del rostro. Así toda la pared resulta cuadro y hasta todo el vestíbulo. Una gradación en color negro que, partiendo de las proximidades de la bomba luminosa, en el techo, termina al borde del mechón de cabellos negríssimos. Rarito, ¿no? Primero consideré la cosa como simple juego de imaginación. Pura imaginación. Lo único cierto es esto: aquel rostro impresionaba. Traté de apartar los ojos. Sin darme cuenta, había llegado a impacientarme. No tenía motivos, motivos serios, pero me encontraba casi colérico. La cosa se estiraba desmesuradamente. Mi impaciencia se fue trocando en vago temor. De súbito, recordé que había creído oír el roce de un pestillo. En algún momento. Recién ahora reflexionaba, ahora que era imposible reflexionar. Cuando el criado desapareció detrás de la puerta, ¿no era así? No estaba muy seguro pero me inclinaba a creerlo. Dirigí una mirada a la puerta. Sin intención, por supuesto, me hallé otra vez frente al cuadro. Realmente todo desaparecía. Sólo quedaba el largo espectro suspendido de la pared. Me retiré lo más que pude, tratando de estudiar mucho mejor, desde lejos, aquella obra tan especial. Nuevo descubrimiento. ¡Sonreía! El personaje sonreía. Una leve sonrisa. Una inclinación apenas de los labios. Eso me fastidiaba. Eso, sin duda, era el origen del mal humor. Además, ¿por qué una mirada tan fija? Nuevo acceso de furor. ¡Inconcebible espera! ¿A qué diablos había venido? Noté, con infinito

desasosiego, que ya no podía amordazar al demonio de la sospecha. En realidad, creo que sentía pánico. No pude evitarlo. Bueno, ¡eso es! Subiría hasta el rellano y, en tal caso, hundiría la puerta a puntapiés. Convenido. Automáticamente eché un vistazo a las puntas de mis botinas. Corrí hasta la escalera pero me detuve en el primer escalón. ¿Qué iba a hacer? Tanta decisión fue para mí una sorpresa. Soy indeciso, además de impresionable. Con seguridad soportaba una excitación tremenda. Sin duda. Volví. Volví y topé con el cuadro. Esa figurita tenía la virtud de trastornarme. Si la seguía mirando terminaría loco. ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! A grandes saltos trepé los pocos escalones que me separaban de la puerta. ¡Un momento! Casi vuelvo a bajar pero, oportunamente, sentí sobre mis espaldas los ojos penetrantes. No recuerdo si, ante aquella idea, se me erizaron los cabellos. Es posible. Esos malditos ojos perseguían a uno por toda la sala. Lo acosaban. Hasta me pareció oír una risita. Aguda, penetrante. De un brinco caí sobre la puerta. Estaba mal. Quise remediarlo aplicando unos golpecitos discretos. Más fuerte. Más fuerte. Forcejeé con el picaporte. Por último, la emprendí a puñetazos y puntapiés, grité, aullé como un energúmeno. Oía bien claro el ruido de la barreta que se batía dentro de las horquetas de hierro, del otro lado. Fue en vano. ¡Todo fue en vano! ¡Qué horrible!

"¿Usted se da cuenta? Yo seguía sin comprender nada, nada de aquella pesadilla abominable. Mi mano se desprendió del picaporte y permanecí con los ojos clavados en el suelo, presa de un pavor insólito. Poco a poco se deslizaron escalera abajo, midieron el pavimento y treparon por la pared en busca de algo inevitable. Sí; allí estaba él, mirándome con fijeza, como un demonio, y sonriendo. Algo de siniestro en la comisura de los labios. La visión del hombre suspendido de la pared provocó un efecto lastimoso. Volví a arremeter contra la puerta.

Tenía miedo. Un miedo tremendo. Por fin, el acceso de pánico y furia se mitigó un tanto. Desgreñado, sudoroso, bajé la escalera. Muy despacio. Contaba los escalones. En ese momento (escalón séptimo), surgió un detalle particularmente raro. Un olorito especial invadía el salón y se fue acentuando, poco a poco. Olor agradable pero desconocido. Tuve la sensación de que algún perfume se había derramado en el vestíbulo o detrás de la puerta cerrada. Al poco tiempo me acostumbré a él. Una de tantas cosas inexplicables.

Por todos los medios traté de tranquilizar el espíritu, tarea un poco difícil en esas circunstancias, pero la incertidumbre se hinchaba minuto a minuto. No le veía ni pie ni cabeza a toda esa tortura. ¿En qué podía terminar? ¿Terminaría alguna vez? Las plantas del jardín gemían o aullaban y la lluvia golpeaba sobre el techo impidiéndome oír con claridad. Me consideré perdido en una trampa muy lejos. Lejísimos. De pronto, sin darme cuenta, como siempre, surgió otra vez delante de mí ese cuadro abominable. En verdad, el espectro aparentemente en el aire infundía miedo. Sobre todo la mirada... y la sonrisa... y la cara pálida... ¡tan pálida! ¡Genial suplicio! Si dejaba de mirarlo era lo mismo. Quizá más desagradable.

"En cualquier parte, en cualquier rincón era evidente la presencia de aquel ser fantástico. Yo no hubiera podido huir de los ojos diabólicos, no hubiera podido evitarlos. De hecho, nunca he podido huir de ellos, ni los he podido evitar. Como es natural, llegó un momento indecible. Mi frente empapada en sudor. Y comencé a balbucear algunas palabras sin sentido. La cosa iba mal. Una idea medio desesperada se irguió en mi cabeza: apagar la luz. No era una gran solución, por supuesto. De cualquier modo, él estaba ahí. Busqué la llave.

No lo vería al menos. Busqué la llave por todas partes pero no la encontré en ninguna. Muy bien pensado. De nada valía encaramarme sobre la silla. Ya tenía la sangre subida a la cabeza. Terminó de subir. Como un resorte que se abre lentamente pero que al fin va a causar algún estrago. Con mucha lentitud, ahora más bien enfurecido que atemorizado, me volví hacia el cuadro. Nos miramos fijamente. Él para mí era un ser animado. Su mirada penetró por mis dos ojos como un alfiler. Y tuve aquella sensación repentina: el espectro venía hacia mí. Agigantándose, moviéndose imperceptiblemente. ¡Qué diablos! ¡Si vivía! Esos ojos brillantes, esos ojos acerados, fríos y tan negros. El señor de los infiernos flotaba ya en la sala. Alto, delgado, flexible. No tenía prisa, por supuesto. Pero estaba acorralando al estúpido amiguito del amable señor Doria. La sonrisa duraba sobre los labios, siempre igual.

Puga se permitió un resuello. Respiraba con dificultad. Silencio. ¿Se había calmado? No. Continuó en seguida con una exaltación mayor.

—Usted lo ve; iba de cabeza a la locura. Retrocedí, retrocedí... Estuve contra la pared, acorralado. Después eché a correr por la sala. Cuando no pude más me detuve. Ahora oía perfectamente la risita. ¿Fue una ilusión? Sin duda; pero entonces la oía. Y, naturalmente, acabó por trastornarme del todo.

Mis manos se crisparon sobre la silla. Traté de descargarle un golpe a la tela pero me sentí impotente. ¿Qué poder infernal, qué influencia siniestra poseía mi querido espectro? ¡Pero qué diablos! Reduje a pedazos, contra el suelo, aquella silla que no osaba alzar contra el poder de las tinieblas. Arranqué una de las patas. La idea era original y hasta me regocijaba. Por tres veces arrojé el arma a la bomba de luz hasta acertarle, en la tercera. Saltó hecha añicos y quedé sumergido en la oscuridad más absoluta. A tientas busqué la escalera y me senté en el primer escalón. ¡Je! Lo de siempre: no ver, no ver nada pero sentir la presencia invisible. Él estaba allí y me miraba. Afuera gemía el viento. A ratos, aullaba.

A través de los resquicios de la puerta se colaban los resplandores muy blancos. Una luz rápida, intensa; las sombras pegaban un brinco y después, de nuevo las tinieblas. En ese segundo luminoso desaparecían las paredes, volaban silenciosamente en pedazos y yo me contemplaba envuelto en un torrente de luz. Principios de mareo. Y, en un momento dado: tap... tap... tap... ¿Qué era eso?... Muy despacio. Agucé el oído, tap... tap... tap... Ahora sí. No cabía duda. Sobre el piso, muy amortiguados, sonaban unos botines. Más bien crujían suavemente y a veces se arrastraban. Venían hacia donde yo estaba. Desde el cuadro, por supuesto. Me arrinconé en la escalera. Tap... tap... tap... Se acercaban, cada vez más, en las sombras. Ahora los tenía casi al lado. Me arrinconé más, más... como para no estorbarle el paso. Pero se había detenido. De un momento a otro sentiría el roce de sus manos blancas, primero sobre mi rostro y después, tal vez, alrededor del cuello. Quise evitar los puntitos brillantes de sus dos ojos que, sin duda, perforaban las tinieblas. Oculté el rostro entre las manos y esperé... Así esperé un buen rato. Después perdí la noción de las cosas. Mis nervios quedaron destrozados, como hilos podridos que no ofrecen resistencia.

Judas Puga acompañó las palabras últimas con un derrumbe momentáneo de toda su persona. Se había deshecho entre convulsiones y choquecitos eléctricos. Sí, impresionaba como un neurótico rematado. Marcos lo contemplaba con una atención delicada y finalmente compasiva. No sospechaba dónde iba a terminar el relato pero sospechaba dónde iba a terminar el señor Puga. El hombre volvió en sí.

—¿Cuánto tiempo habré permanecido en ese estado? No lo sé. Cuando desperté, rayos de sol se colaban por debajo de la puerta, como las cartas y los diarios que introducen los carteros todas las mañanas. ¡De nuevo la vida! Poco a poco, recordé todo. También el sueño que había tenido. Una pesadilla, mejor dicho. Yo era ciego. Por lo menos, veía todo negro. Después aparecieron unos puntitos blancos. Estos crecieron hasta tomar las proporciones de un jarrón o, más bien, muchos jarrones parecidos. A esa cara vacía le salieron dos ojitos negros, lo cuales crecieron, a su vez.

"Primero parecían dos ojitos estúpidos, después irónicos, luego macabros y, finalmente, horribles. De repente se multiplicaron. Observo, a mi alrededor, una infinidad de ojitos con las expresiones más terribles. Cuando se desvanecieron, volví a ver a los dos ojos primitivos, muy grandes. Miré bien y noté que eran dos cabezas de serpientes dentro de dos círculos brillantes. Los cambios se multiplicaban. Ahora los círculos despedían llamas que se transformaban en espiras luminosas girando vertiginosamente, como ciertos fuegos de artificio. Una risita muy apagada pero atormentadora golpeaba mis oídos. Poco a poco, unas espadas de fuego cortaron la última visión y desperté mirando los rayos del sol.

La luz que se arrastraba por el suelo sumía al cuarto en una penumbra agradable, más intensa hacia el techo. Entreví la cara larga ¡tan blanca!, la camisa y las manos cadavéricas pero el resto del cuadro desaparecía tras una luminosidad que, como una neblina, flotaba en el vestíbulo. Aún persistía el olor agradable. Dentro de mi cerebro se hizo un poco de luz. Permanecí unos segundos halagado por la claridad y después, del todo despierto, me alcé del escalón con gran ímpetu. También mi espíritu tenía su mañana. Trepé la escalera. Me precipité sobre la puerta cerrada. Se abrió con violencia y estuve a punto de estrellarme contra un armario. Por lo visto, ya no era una puerta cerrada. ¡Qué alegría! Alguien, mientras yo dormía, corrió la barreta. Salí a un cuarto abandonado, sucio, con un quinqué viejo, una butaca y una

jofaina. Todo sobre el piso. Una ventana y, más allá, el jardín inundado de luz. ¡Una ventana al cielo! El vientecillo traía olores agradables. Pasto húmedo, tierra húmeda. Hinché mis pulmones. Me deshacía de júbilo. Rápidamente alcé el quinqué viejo. Volví al vestíbulo y, desde lo alto de la escalera, lo arrojé contra el cuadro. Sentí el chasquido de la tela al rasgarse y el proyectil se hizo pedazos. Vi la cara blanca partida limpiamente en dos mitades. Con sinceridad, habría deseado teparle los ojos y desfigurarle la boca y hasta pintarle unos bigotes, como hacen los muchachos. Roto y todo no me abandonó la sensación de que me seguía mirando.

Temí detenerme más tiempo. Por otra parte, a ratos, sospechaba que mi actitud no era del todo normal. Eso fue cosa de locos desde un principio. Salté al jardín. Lo atravesé corriendo, sin volverme. La luz me hería a los ojos pero, para mí, era eso un motivo de alegría. La reja estaba abierta. Vi algunas personas, un poco lejos. En ese momento, un automóvil de alquiler avanzó desde el fondo de la calle. Llamé a gritos. Un segundo después saltaba dentro del vehículo que partió como una exhalación. Me abandoné sobre el asiento... Desde ese instante mis ideas se tornaron imprecisas y neblinosas. ¿O volaba? Yo caía en un abismo. Todo se desvaneció, como un mundo que se disuelve.

Un ademán indicando que algo se esfuma. Después de una pausa, que Judas Puga llenó con otros ademanes más rápidos y nerviosos, quedó inmóvil y abrumado como si una montaña invisible se le hubiese apoyado en las espaldas. Actitud repetida en el señor Judas Puga.

—Desperté en el hotel. Con la cabeza hundida en la almohada permanecí inmóvil un buen rato, saturándome con el olor de la ropa limpia, sin pensar en nada. ¿Me habían golpeado en la cabeza? Tenía esa sensación. Comencé a recordar. Recordaba todo con mucha vaguedad, como se recuerda un sueño. Pero, ¿acaso no había sido más que un sueño? Traté de pensar que aquél era el único y verdadero despertar. Yo despertaba, recién ahora, después de una ininterrumpida pesadilla.

Estaba claro. Sin embargo, en el fondo de mi alma, mentía piadosamente. No tengo ninguna conciencia clara de lo que hice durante el resto de la mañana. Lo debo haber pasado en mi cuarto y, tal vez, sentado en la misma cama, tal cual después de incorporarme, al rato de despertar. Ideas extrañas me perseguían y acosaban. Cada vez más. ¡Cómo deseaba evitarlas!... Resultó imposible; más y más imposible. Finalmente la cosa acabó de un modo misterioso, incomprensible; tanto que llegué a pensar, con sinceridad, si realmente no se trataba de un sueño.

Nada más que un sueñito desagradable. Estómago cargado. Al declinar la tarde, me vestí y salí a la calle. Caminé tres cuadras, doblé una esquina y llamé a un taxi. Había visto algunos estacionados frente al hotel pero no subí a ninguno de ellos. Es que, a pesar de mis ideas tan embarulladas, comenzaba a ver un poquito. Por ejemplo: el auto apostado a la salida del hotel y el auto que vino avanzando desde el fondo de la calle cuando huí de la casa. Bien pudo venir avanzando desde el confín del mundo, como desde la esquina de la cuadra. Esto último es menos improbable. ¿No le parece también a usted un poco raro, un poco sospechoso el juego de los cochecitos?

El señor Puga emitió una risita histérica y se revolvió en el asiento.

—Bueno; subí al taxi y no supe qué decirle al conductor. ¿Qué iba a pensar si le mencionaba una calle H. Bunker? Preferí pintarle el lugar que, según mis palabras, conocía yo a través de las descripciones de un amigo. Recién cuando me referí a un amigo, me pregunté por qué no había tratado de hablar con Doria. Pero, ¿acaso creía yo en el burdo cuento de Doria? ¡Por supuesto que no! Nos pusimos de acuerdo y el coche partió con rumbo desconocido.

El tipo del volante se mostraba dispuesto a ayudarme. Recorrimos algunos barrios apartados. ¡Cómo cambian las cosas y los lugares a la luz del día! O bien cambian de noche. Mejor así. A cada paso, creía descubrir la casa solitaria pero, inmediatamente, advertía que todas las casas solitarias son iguales: tristes, misteriosas y, a menudo, grandes.

El conductor hizo lo que pudo. Por fin, cuando naufragó toda esperanza, nos internamos en una calle... en una calle... ¡Sí!... ¡Caliente! El corazón brincó dentro del pecho como un músculo poderoso dentro de una manga estrecha. Encontraba algo familiar... Un recuerdo insignificante que se remueve, que se levanta apenas un poquito con la punta de un dedo. Casi un presentimiento y nada más. Después la curva impecable y la avenida larga... y mi

querida casita gris. A través de la ventanilla, descubrí los dos números sobre una de las pilastras: 55. La curvita del último cinco un poco deforme. H. Bunker 55. ¿Qué avenida es ésta?, pregunté al hombre del volante. Naturalmente, no era H. Bunker. Lo de H. Bunker era una bola. La casa se encontraba casi a mitad de cuadra y los letreros de la calle, cuando se encuentran, en las esquinas. La noche anterior yo había depositado mi confianza en el conductor. Un acto de fe muy natural. Cualquiera lo hubiera hecho. ¿No es así, señor? Ni me pasó por la cabeza ir hasta la esquina para comprobar la existencia de una chapa azul con la inscripción H. Bunker en letras blancas. Sin embargo, debí haber ido. ¡Psh!... Bueno; el hecho es que, a pesar de la falsa pista, había dado con la casa. Eso me ponía contento. Resueltamente me introduje en la finca seguido por el amable conductor que, además de amable, era robusto. Las cosas se pondrían en claro.

Comenzaría por no saludar al tipo que le guiñaba el ojo izquierdo a la nariz amigable, para terminar desnucando al inventor del asqueroso jueguito. Pese al ímpetu que traía, mi plan de acción se vio bruscamente interrumpido, cuando un criado de ojos azules abrió la puerta y se adelantó a saludarme con una sonrisa tan celestial que me quedé frío.

Mi reacción fue brusca. Sin decir una palabra, aparté al hombre y entré en el vestíbulo. Casi tropiezo con un jarrón de bronce, hermosa pieza de arte chino. Más allá, una pantalla bordada, Luis XIV. Contra la pared, donde busqué restos del cuadro, cómoda con cinceladuras de bronce, Luis XV; un sillón en el cual daba lástima sentarse y un confidente. A Carlos III lo representaba un reloj de porcelana sobre mesa estilo imperio. Una trompada en medio de la cara no me habría dejado más aturdido. Como en sueños oí hablar al criado, en tono severo pero delicado. Se abrió la puerta sobre la escalera y, detrás de una hermosa mujer, alcancé a meter los ojos en el cuarto de arriba. Todo en orden. ¿Habían cambiado los personajes y el decorado de la escena? ¿O nunca existió nada para cambiar?... Hablamos.

Mi lengua se tornó torpe. La señora me informó que, durante las noches de lluvia, tenía un sueño agradable. Las gotas de agua ametrallando el techo le producían un efecto delicioso. Tuvo ocasión de experimentarlo la noche a la cual me refería yo de un modo tan vago y misterioso. No tenía noticias de ningún cuadro así y así. Me recomendó una guía de museos y de exposiciones permanentes. Atiné a despedirme y, con toda sencillez, expresó que había tenido mucho gusto en conocerme.

Yo, por mi parte, estaba desconocido. Salí mareado. El buen hombre del taxi me llevó hasta el hotel y me acompañó hasta el cuarto. Ángel aguardaba con cara de demonio. Horas y horas preguntando por mí. Aproveché las últimas horas de ese día estúpido destrozándome empeñosamente los sesos. Trataba de poner las cosas en claro. Entre volverme loco y olvidar, opté por lo último. Con esfuerzo sobrehumano cerré las puertas de la imaginación, le eché siete llaves y yo me eché en la cama. Creo que fue lo más acertado después de tantos desaciertos. Pausa obligada. Y, de acuerdo a su costumbre en cada pausa, Puga se revolvió en la butaca. Ahora pensaba. Marcos, muy discreta y distraídamente, consultó el reloj.

—Terminaré —dijo Puga afectando una seriedad que podía pasar por decisión e incorporándose un poco, igual que los alumnos aburridos cuando sospechan el final de una conferencia aburrida—. Se lo prometo. Por lo demás no queda gran cosa para decir. Eso sí; esta segunda partecita es tanto o más diabólica que la primera, si bien nunca segundas partes fueron buenas. La noche aquella no cayó propiamente en el olvido. Un buen trozo quedó sepultado en la subconciencia, pero no todo desapareció tras el velo. Sin embargo, resultaba tan extraño, tan dislocado de la realidad, tan sin sentido que, insensiblemente, pasé a considerarlo como un sueño... Pero hace cosa de un mes él volvió.

Me aguardaba en la oscuridad. Saltó sorpresivamente sobre mi senda y se interpuso en mi vida. Yo no lo esperaba, señor, pero él vino, vino ese espectro maldito... Una pesada noche de enero. Había estado leyendo *Los Idus de Marzo*. Subí a mi cuarto algo tarde. Me agrada leer en el jardín, después del café, durante el verano. Es cuando mejor gusto le siento al cigarrillo. Una vez en la cama, apago la luz del velador y, según costumbre, sintonizo el concierto de la noche.

Esa noche: Stravinsky y, para la última media hora, compositores de la Nueva Escuela Norteamérica. Yo no sé si usted ha experimentado esa rara sensación que produce cierta música en la oscuridad. Traté de poner atención pero un malestar indescriptible comenzó a apoderarse

de mi persona. Como una angustia... como un enervamiento... ¡Oh! un mundo raro, un mundo enfermo, poblado de fantasmas, surgía dentro de mí. ¡Qué pavorosa resurrección! La música me hacía mal. Apagué la radio. Oscuridad absoluta, intensa pero, ¡qué raro!, tenía la fea impresión de que dos ojos me contemplaban desde algún punto del cuarto. El malestar iba en aumento. ¡De repente lo vi! Al pie de mi cama.

"Estaba allí, se lo juro, él estaba allí de vuelta... El caballero del cuadro, inmóvil, delgado, blanco dentro de sus ropas negras, impecable... sonriente. Loco de espanto me incorporé en la cama. Era verdad, señor. Y sonreía como entonces, exactamente igual. Un terror humillante se apoderó de mí. Le pregunté temblando: ¿Qué quiere usted aquí? Pero el espectro no respondió. Sonreía. Entonces comencé a gritar enloquecido. Me encontraron desfigurado, cubierto de sudor frío. Él se había marchado. Revisaron la habitación, la casa entera y hasta el jardín, provistos de linternas, pero no apareció ningún señor alto y delgado con levita. Sin duda, se había marchado. No estaba ya. La gente de La Luna opinó que Tadeo sufría alucinaciones. Tadeo llegó a opinar lo mismo. Sí; yo pensé lo mismo.

El señor Puga se detuvo y miró fijamente al señor Marcos. Poco a poco, se sumió en un estado de apatía y terminó por decir con cierta indiferencia:

—Pero él vuelve casi todas las noches. Se ha propuesto volverme loco.

Aquel pueblo es lo suficientemente grande como para no pasar inadvertido y lo suficientemente tranquilo como para no ser insoportable. En tal sentido es casi maravilloso. La doble cinta plateada del ferrocarril lo corta discretamente por el medio. Una mitad corresponde al pueblo industrial, con su bosquecito de chimeneas, y la otra mitad corresponde al pueblo villa, con su bosquecito de árboles que perforan techos de tejas rojas. Algún visitante podía tomarlas por dos ciudades distintas y hasta por dos repúblicas distintas que separa un río.

El señor alto y corpulento apareció detrás de la estacioncita y se dirigió, con pasos grandes, hacia la mitad pueblo villa. Una valijita, que ya conoce el lector, lo precedía y lo seguía sucesivamente, según proyectase el tremendo brazo hacia adelante o hacia atrás. Atravesó el camino brillantemente iluminado por el sol y se encaminó en derechura a una casa de aspecto señorial con un portón que ostentaba una luna en cuarto creciente, sobre una de las hojas, cuyos cuernos apuntaban a los de otra luna en cuarto menguante, sobre la hoja contraria.

Judas Puga saludó al señor Marcos, de "El Diablo", con un ademán algo inusitado. Puga tomó la valijita tipo fuelle y el chambergo del señor alto. Antes de entrar, exclamó sonriendo: "Esta, en cuestión, es La Luna. Bienvenido."

Con un pie empujó la puerta y con la cabeza hizo ademán al señor Marcos para que pasase adelante.

A decir toda la verdad, el interior de La Luna distaba mucho de cuanto imaginara aquel señor forastero. Marcos pensó hallar algo así como el interior de un observatorio astronómico. Por supuesto, no pretendía que le saliese al paso un tipo con un bonete tachonado de estrellas pero, al menos, esperaba descubrir un armario de luna. Entró en el vestíbulo, amplio, bien iluminado por cuatro grandes ventanas con cuatro grandes cortinas, recogidas. Un segundo acaparó su atención cierta panoplia descomunal, con armas descomunales, peligrosamente suspendida en una de las paredes, sobre la chimenea.

Precisamente, apoyado en la mesilla de esa chimenea, un tipito joven apuntaba con una pipa recta, ya a la panoplia ya a un cuadro, sobre la pared opuesta, que reproducía una pelazga de boliche donde, por lo visto, el pintor, en un exceso de patetismo, había prodigado las caras siniestras y barbudas. Justo debajo del cuadro, un hombre barbudo pero sin un ápice de siniestro, escuchaba al tipito tan demasiado atentamente que parecía absorto: estaba distraído. Gordo y pulcro. La barba, bien recortada, cuadrada, taheña, peinaba el pecho, y casi los hombros al girar la cabeza para cualquier parte. Anteojos montados al aire, y una peluca también pelirroja, cuidadosamente asentada sobre una calva subrepticia.

Otro señor sin nada de particular, aunque un poco desaliñado, caminaba desde un jarrón azul con dibujos dorados hasta una vitrina provista, en abundancia, de porcelanas de Sévres. Los tres hombres bebían brandy.

A una señal del barbitaheño, el joven interrumpió el discurso.

El señor Puga presentó al señor Marcos, brevemente.

Primero al gordo. La voz del personaje causó la impresión de subir desde el suelo puesto que aún no había terminado una reverencia, más o menos pronunciada, que ejecutó a modo de saludo.

—Godofredo Muro, para servir a usted. Sea usted bienvenido. Llámeme usted Godofredo, a secas.

Otra inclinación. La cadena de oro se balanceó dos segundos, despidiendo fulgores amarillos.

El joven, a su vez, saludó pero con mucha más naturalidad.

—Deseo que se encuentre a gusto entre nosotros. Yo soy Israel Sol. Puede llamarme Israel, si le place. Al señor —se refería a Godofredo— lo llamamos "barbudito". Nada de Godofredo. —Señaló al hombre tercero que posaba frente a la vitrina. —Un viejo amigo: Oliverio Arce. Lo prevengo sobre su carácter. Sufre de una congénita propensión a las broncas.

El aludido miró por segunda vez al señor recién llegado. Su mirada no tenía ninguna diferencia con un desafío. ¡Qué hombre jodido! Trató de improvisar una sonrisa pero con tan mala suerte que desistió en el acto.

—Me agrada conocerlo —dijo con una brusquedad mal velada, una brusquedad casi salvaje.

Algo turbó al señor Marcos pero, a pesar de todo, alcanzó a descubrir unos ojitos brillantes, acerados, fríos, que lo espían detrás de las arrugas del hombre. El joven Israel se encargaría de borrar aquella imagen.

—Lo he leído en sus ojos —dijo apuntando con un dedo—. Usted sospecha de lo que charlábamos hace un rato, cuando entró. Se percibe en el ambiente, ¿no es así? —aspiró con fruición—. Un temita no muy original pero bastante complicado: mujeres —proyectó la mano libre en un gesto amplio capaz de albergar a todas las hembras del mundo—. Supongo que, a la recíproca, las mujeres sostienen jugosas charlas acerca de los hombres.

—Es natural —musitó Godofredo con una sonrisa llena, semioculta entre los pelos de la barba.

Israel apuró el contenido de su vaso y dijo, cerrando los ojos con violencia:

—Para usted todo es natural.

Sin añadir una sola palabra, se encaminó hasta un piano sumergido en la penumbra de un rincón. Abandonó el vaso sobre los reflejos siniestros de la madera lustrosa. Madera negra, brillantes. ¿Qué bicho le había picado? Marcos clavó los ojos en las dos manos blancas, largas que, como dos arañas de yeso viejo, se posaron encima del teclado.

La música estalló despacito. Como una botella de perfume que se derrama en silencio. Tocaba *Tiempo tormentoso*. Tocaba muy bien. Bajo la influencia de la melodía el cuarto y los personajes cobraron un aspecto enteramente distinto. Otro aspecto. Cobraron relieve. ¡Qué sé yo! Algo.

Allí estaba Godofredo Muro, debajo de esa barba que era una media careta. Las manos juntas sobre la barriga. Los párpados caídos o entornados. Se desprendía de su persona una agradable sensación de bienestar. ¿Dormido? A uno le venían ganas de hacerle cosquillas detrás de la oreja con una ramita o una pluma. Mejor con una pluma. ¿Y quién podía jurar que dormía? Pero, ¿qué otra cosa iba a hacer aquel pachorrudo? Marcos descubrió gotitas de sudor que perlaban la frente del gordito. Una frente bien redonda, casi sin arrugas, brillante.

Arce venía a ser el reverso de la medalla, como se dice. Sólo un mechón de pelos rebelde, abierto como un penacho. Rostro impetuoso, bruto. La nariz avanza bruscamente sobre una boca torcida. Más bien pequeño pero fornido. Cuello robusto. Tiene algunos rasgos que lo hacen parecer a alguien. ¡ Ah, sí! El hombre de la nariz rota, Rodin. Solamente que él no tiene la nariz rota. No puede estarse quieto. Con los dedos de la mano derecha tamborilea sobre el vaso. A ratos, el brillo del líquido acapara el brillo de sus ojos. Entonces agita el contenido del vaso y apura un trago. De pronto dispara una mirada. Marcos siente hasta los huesos aquel dardo que lo atraviesa sin piedad, en un segundo. Fiereza, ¿o crueldad? No le da tiempo para aclararlo. Desvía los ojos hacia otra parte, hacia el tipo del piano. ¿Quién era Israel Sol? Trató de estudiar al muchacho. Resultaba un poco difícil penetrar dentro de aquella personita algo estrambótica. Bastante estrambótica. Por el momento, imposible. Marcos terminaba de descubrir, con

indecible estupor, que toda su atención se concentraba en el saco a cuadros. Era preciso todo el tiempo del mundo para estudiarlo a conciencia.

Quizás era precisa toda la eternidad. No estaba seguro. Aquellos grandes cuadros blancos, aquellas gruesas rayas negras... Adormecían. ¡Vaya un efecto! Se encontraba lleno de humo, liviano. Si no lo tomaban por los pies, a tiempo, iba a ascender hasta el techo, como un globo. ¡Y todo por el maldito saco! ¡Qué injusto! ¡Un saco a cuadros!...

En procura de un alivio, buscó la mirada del señor Puga. Pero la mirada del señor Puga permanecía lejana. No había abandonado la valija, ni el chambergo. ¡Qué diablos! ¿Todos locos? He aquí que el hombre del saco a cuadros se pone a tocar *Tiempo tormentoso* y todos se vuelven locos. ¡Ridículo!

Marcos tocó ligeramente a su vecino. Puga volvió en sí con un brinquito.

—¡Diablos! ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué estoy esperando? ¡Pero fíjese usted! Me he quedado como una marmota.

Echó una mirada a la valija y al chambergo para cerciorarse de que estaban allí.

—Sígame, por favor.

Marcos saludó a los tres hombres. Los tres hombres saludaron a Marcos.

Tales eran, pues, los tipos de La Luna. Cuatro lunáticos. Faltaba el hombre de las aceitunas negras. Pero Ángel era un hermanito inobjetablemente correcto. Antes de penetrar en su cuarto, oyó las protestas del dinamitero y la música del muchacho y la risa sorda del gordo. ¿O era el de saco a cuadros el que se burlaba?

Esto aconteció dos días después de la llegada de nuestro hombre. Dos días que se deslizaron tranquilos y apacibles. Era como vivir en la luna. Así, en la paz del Señor, llegó el tercer día. Los hechos extraordinarios que voy a relatar sobrevinieron en la noche que siguió al tercer día.

Los seis hombres cenaron en el gran comedor. "¡Un cubierto para el señor Marcos! ¿Quién era este señor Marcos? Pues un amigo. ¿Se lo tragaron? Parece que no. Pero es así: un amigo... y nada más. Ustedes creen que un... investigador, digamos. ¡Qué esperanza! No hay tal cosa."

Arce llegó un poco tarde, leyendo un libro con tapas moradas. Sólo un sujeto de su especie podía leer libros con tapas moradas. Fue el primero en retirarse. No bebió café. Luis y Godofredo jugaron al tute. Israel, como de costumbre, se dedicó al piano. Marcos charló muy afablemente con Ángel Puga, un hombre pequeñito y simpático y con "los anteojos negros" en una mano. Por ahora la única persona tratable. Cuando le pareció bien, subió a su cuarto. No era muy tarde.

Noche pesada, calurosa. Se echó en la cama poco menos que *inpuribus* o en pelota. Haría un cuarto de hora, aproximadamente, que se encontraba boca arriba, oprimiendo el lecho con sus espaldas descomunales, cuando una melodía bastante confusa, triste, lastimera, a ratos dulzona, perforó la noche envolviendo a toda la casa, como si la penetrase hasta los huesos. Marcos la siguió medio adormecido. Entre sueños, casi. La música nocturna, la música alargada fue suscitando en la cabeza del hombre vuelto de espaldas, como un gigante desmoronado, una multitud de ideas tan tenues que casi resultaban deformes, monstruosas. Un humito o una niebla que se alza. Primero, notas graves, opacas. Repetidas, repetidas hasta adormecer.

Quedan en el aire, en la oscuridad, suspendidas, y vibran como abejorros. TUUUuummm... TUUUuummm... Después se insinúa una notita aguda, vibrante, siempre sobre el fondo ronco. Suena, suena... que rompe los oídos. Ya no es el piano sino más bien un violín. Casi un violín. Vagamente recordó toda la historia del violín de Cremona. Después otras historias de violines y, por fin, una historia de violines cuya creación le pertenecía enteramente. La melodía, de puro aguda, se había transformado en un zumbido melodioso. A las ideas se mezclaron imágenes, puras imágenes, imágenes todas agudas, buidas: floretes, agujas, espinas, agujones, clavitos...

De pronto, la melodía zumbido se agudizó brutalmente y resultó un aullido. Marcos pegó un brinco. Alguien terminaba de gritar. Eso no era ni piano, ni violín. ¡Caray, no! Para más seguridad, el grito estridente se repitió. Sensación fría en la sangre y el hombre salta de la cama.

De la cama al corredor. Para frente a la puerta de su vecino. Ángel Puga atraviesa el gran vestíbulo hecho un bólido e irrumpe en el cuarto del señor Luis.

La puerta abierta. Naturalmente, Israel Sol ha llegado antes. Allí estaba con el horrible saco a cuadros. Terminaba de abrir la ventana y un vientecillo capaz de reanimar a un muerto se colaba por la gran abertura, estremeciendo las cortinas. Parecían vivas.

Luis Puga tenía el aspecto de haber tragado carbones encendidos. Sentado en el lecho, un poco inclinado hacia adelante, los ojos muy fijos en un punto como si el punto formase parte de los ojos. En aquel preciso momento entró Arce. Embistió una mesita. Con el ímpetu que traía iba a perforar la pared de enfrente. También traía unos mocasines que le otorgaban cierto aspecto selvático. Novedoso. Entre los tres lograron calmar un poquito al señor Puga. El hombre profería medias palabras y contraía la cara. Entonces llegaron Ángel y Godofredo. El primero en pijama, con cara de dormido. El "barbudito" cobijaba su abundante naturaleza debajo de una bata de dormir con un color de helado de frutilla. Gorro también de dormir, encajado hasta las orejas, que prolongaba la cabeza hacia arriba, del mismo modo que la barba la prolongaba hacia abajo. Todo un espectáculo.

—¿Este hombrecito terminará loco! —dijo. Un gesto. ¿A qué actor se parecía con aquel gesto? Un actor norteamericano cuyo nombre Marcos no recordaba.

—De nuevo el fantasma —explicó Ángel.

—Sí; de nuevo —dijo Arce.

Marcos echó un ojo a la pieza y después al pasillo. Los demás atendieron al hombre medio muerto de susto. Después contempló el jardín sepultado en la noche, las siluetas de los árboles. Las siluetas de los macetones, las siluetas de las estatuas. Ninguna se movió un solo dedo. Ni medio. Ángel se le acercó, al rato, con aspecto derrumbado. El enfermo se había vestido y descansaba en un sillón.

—¿Busca usted algo?

—Nada.

—Bueno; si necesita ayuda... Creo que estará al tanto.

—Sí. No se preocupe.

Ángel le aplicó varios golpecitos en la frente, con el dedo índice de la mano derecha. Eso quería decir: "Algo anda mal en la cabeza".

En ese momento, se oyó la voz de Luis que atravesaba el cuarto.

—No, no crea. No crea eso, por favor. Todos creen eso y están equivocados. Yo lo he visto tan perfectamente como lo veo a usted ahora... algo más sonriente.

—¿Qué vio usted, en resumidas cuentas? —preguntó Marcos. Tono brusco.

—Al séptimo huésped... al caballero impalpable. Yo le digo a usted que lo vi. Israel tocaba... ¿cómo era la música? ¡Ah; ya recuerdo!... TUUUuummm... después un agudo intenso... muy largo. Sentí el malestar de siempre; ya lo venía sintiendo. Me fue ahogando poco a poco. Repentinamente me vuelvo y lo veo allí, al pie de la cama, un poco arrimado a la ventana.

Calló un rato. Las palabras le salían con dificultad. No tenía ganas de discutir. Añadió por lo bajo:

—Lamentaría mucho, señor, que usted no me creyera. Para mí es algo así como perder la confianza en Dios.

Dos noches después se repite la escena. Tal cual. La tercera vez tarda un poquito, entonces Marcos descubre un hecho insólito. Pero tiene que esperar a que se repita por cuarta vez. El hombre quiere pisar sobre seguro.

Esa noche, Marcos aguardó al visitante dentro de la misma habitación del señor Puga. Puga el loquito. Oyó al endiablado piano de Israel en un endiablado fox-trot. Todo era endiablado en aquel tipo. Tocaba y silbaba. Las dos cosas las hacía bien. Ahora era *Paso del caimán*. ¿Era o no era *Paso del caimán*? Sí era. También oyó cómo el señor Puga se revolvía en la cama. Ahora había que esperar tranquilo. Nada de nervios. Sin morderse las uñas. Un minuto... dos... y... ¡Sí, señor! ¡No se había equivocado! ¡Por fin! ¡Ahí estaba!

Con poquísima intensidad, apenas, casi nada, casi una carambola. Marcos percibió un olor, un olorcito insignificante. A él le había parecido olerlo la vez anterior, nada más que parecido. Entonces alguien abrió la ventana y ¡adiós olorcito! Ahora, en cambio, él se encontraba adentro, puerta y ventana cerradas. A pesar de todo, se necesitaba un buen olfato.

Nariz no le faltaba. Pero, sin desconocerle méritos a aquella nariz macanuda, Marcos atribuyó poco menos que a la casualidad haber reparado en aquella insignificancia. Esto es: haber percibido conscientemente ese olorcito.

Momento después, Puga se incorporaba violentamente en su lecho y aullaba como un demonio.

Toda la casa acudió, como de costumbre. Más o menos en el mismo orden. La actitud de los habitantes de La Luna frente a la actitud del maniático se había tornado trágicamente rutinaria. Impasibles asistían al derrumbe de la razón de aquel pobre muchacho. No tenía remedio. Marcos hizo como que recién llegaba. Diez minutos después se retiraron todos. Marcos se retiró.

Un cuarto de hora después estaba de vuelta. Oscuridad absoluta. Encendió una linterna. Luis Puga dormía profundamente, sentado en el sillón. Ventana cerrada. Cuando penetró en el cuarto, detrás de todos, estaba abierta. Podía jurarlo. Él la había cerrado antes de salir. Sin embargo, del olor ¡ni el más leve rastro! Se lo llevó el viento. Un golpe de aire cualquiera. Bastaba un golpecito.

¿Por qué había vuelto Marcos al cuarto de Puga? Un impulso, un palpito. Era cosa de registrar aquel cuarto. Lo registraría y después se iría a dormir en paz. Dicho y hecho. La linterna comenzó a regar todos los rincones con chorros cortos de luz. De Marcos se descubrían tan sólo la punta de los botines. Dos graciosas puntas de botines. Por un momento, causó la impresión de que se metía o trataba de meterse debajo del ropero. Se limitó a estirar una mano. Algo sacó de allí. Un objeto pequeñito. ¿Qué es eso, señor Marcos? Mire bien. Eso es una capsulita de gelatina de las que se emplean en las farmacias, para polvos. ¡Aja! Dos puntitos de fuego brillaron en los ojos del hombre que aplicó aquella portentosa nariz a la capsulita de gelatina. O a los restos de la capsulita, más bien. Sí, olía. ¿A qué olía?... Como embobado contempló la espada de luz que proyectaba su linterna. ¿Por qué olía? Era ésta una pregunta más avanzada, más profunda.

Una idea vaga, muy imprecisa, pero muy imprecisa, fue cobrando formas algo más nítidas, más claras, con gran esfuerzo, como extraídas de lo más recóndito de la conciencia. Marcos había soportado la tremenda tentación de elaborar una hipótesis, cierta hipótesis, la primera vez que olió aquello. Ahora, bruscamente aquella hipótesis vedada casi pasaba a ser teoría. Una teoría con todas las de la ley. O con casi todas. Por lo menos, allí estaba la punta del hilo. Todo era cuestión de tirar.

Puga se agitó en el sillón y preguntó con voz ahogada:

—¿Está usted rezando, señor?

El señor de "El Diablo" se incorporó, abrió la ventana de par en par y dijo:

—Haría usted muy bien en dormir con la ventana abierta. Buenas noches.

Un atardecer. Después de la tarde cargada de luz, llegaba el ocaso cargado de misterios. El jardín respira quietud. La luz no es tan brillante. A través de los árboles oscuros, sobre el horizonte, el cielo es de un color amarillo muy suave, más arriba tiene reflejos verdes y después, en las alturas, todo es azul, un azul cada vez más intenso. Esta hora es irreal, fantástica, misteriosa. Este cuadro es fugitivo. Las sombras se deslizan, los colores se deslizan, las siluetas se deslizan. Ningún contorno brusco. Parece el fondo de un cuadro de Correggio o un paisaje de Turner. Algo se disuelve. Tal vez el universo entero. Un perfume agradable se desprende del bosquecillo, de las plantas.

Marcos abrió la puerta. Tenía un pañuelo en la mano. Lo olió y lo guardó en el bolsillo. Después, abierto de piernas y las manos tomadas atrás, contempló la derrota de la tarde y el advenimiento pacífico de las sombras. ¿Por qué los atardeceres le producían una sensación de ahogo? Era preciso respirar hondo, era preciso alargarse sobre el jardín, sobre el horizonte amarillo. Era cuestión de aprisionar el último vestigio de luz, de hundirse detrás del sol. O bien morir. Morir envuelto en el mensaje trágico del último crepúsculo. Una muerte tranquila. Algo así como abrirse una vena y dejar correr la sangre. Sin importársele un bledo.

Paseó la vista por el escenario de su muerte. Allí estaba Godofredo, el Barbudo, ya muerto. Indiscutiblemente. Le había ganado de mano. Su cuerpo se había derrumbado sobre un banco y su cabeza sobre el pecho. No se agitaba un solo pelo de aquella barba noble. Sin embargo, el tipo simplemente dormía.

Más allá, descubrió a Ángel Puga. El hombrecito fumaba, en cuclillas, junto a los malvones del color de la sangre espesa. No tenía una idea de la tragedia de aquel ocase. Saludó al señor Marcos con una pirueta de la mano derecha y una sonrisa plácida, algo inexpresiva. Marcos contestó al saludo, casi al mismo tiempo que la flaca silueta de Luis Puga emergía silenciosamente detrás de algunos árboles. "Aquí está mi hombrecito", pensó. Desde la sala llegaban los sonidos del piano, *Un muchacho con un paraguas*.

Marcos alcanzó a Luis.

—Tiene usted el aspecto más deprimido del mundo —dijo a modo de introducción.

Puga suspiró largamente.

—¡Hum!, creo que sí.

—Bueno, ¿qué cuenta?

—Nada. ¿Qué quiere que le cuente?

—Piense algo.

—Pienso que me volveré loco. ¿Y usted?

—Yo pienso lo mismo.

—Ah... Estamos de acuerdo. Es un consuelo. Debe de ser triste.

—¿Qué cosa?

—Volverse loco. Chiflado.

Marcos indicó al joven uno de los bancos, debajo de un pino pingorotudo. La oscuridad entre los árboles era casi definitiva.

—Voy a decirle algo de importancia. ¿Me escucha usted?

—¡Oh! ¡Ciertamente!

—Bien. Usted debió solicitar los servicios de una alienista y no los de un tipo como yo.

—¿Le parece?

—Sí. Afortunadamente siempre me interesó la psicología anormal.

Una luna redonda y brillante asomó entre los conos negros.

—¿A que no sabe qué voy a hacer? Voy a convencerlo a usted de sus alucinaciones.

—¡No diga!

Marcos tosió dos veces y extrajo el pañuelo immaculado que aplicó a sus narices.

—Pero tiene que prometerme hacer caso a todo cuanto yo le ordene, bajo pena de perjurio.

El joven permaneció un rato inclinado, con los codos apoyados en ambas piernas.

—Sí, se lo prometo a usted. Total no pierdo nada.

—Sobre todo que no ha de perder la cabeza —completó Marcos que con el pañuelo se estrujaba sin piedad aquella nariz ambiciosa. Con la boca imitó ese ruido característico que acompañaba a la sonadera.

La luna, momentáneamente, quedó oculta tras una nube en forma de tiburón pero, apenas un minuto después, la tenue claridad blanca se filtró entre los árboles. Como una lluvia. Marcos abandonó el pañuelo sobre el banco y extrajo un cigarro.

—Debe ser aterrador descubrir, en medio de la noche, un largo espectro —mordió una punta del cigarro—. ¡Cómo para no volverse loco!

Luis lo midió con la mirada, girando apenas la cabeza, un poco de reojo.

—¡Oh!, ¡sí!

Los dos hombres permanecieron callados. Todavía sonaba el piano.

¡Y cómo penetraba su música en la quietud del jardín! Marcos pareció olvidarse del cigarro y abrió la boca para decir algo que, en apariencia, no le traía apuro.

Luis lo atajó, sin mirarlo.

—Por favor, deje usted en paz a los espectros. Hable de cosas más alegres.

—¿Tiene miedo?

—¡Bah!... Dígame qué quiere que yo haga. ¿No hablaba de curarme? Es mejor que no se ande con vueltas.

Marcos, sin hacer caso, pregunta con toda atención.

—¿Nunca ha tropezado usted con su espectro en alguna parte, es decir fuera de su pieza? Por ejemplo, en el jardín...

—No. Ni tengo interés.

—Imagínese entre los árboles —insiste Marcos—; o bien caminando sobre el césped, debajo de la lluvia de luz blanca. Allí —señala—, bañado de la cabeza a los pies.

—¡Cállese, por favor! ¿Está loco? —rugió el joven.

Callaron. Un minuto después, Puga brincó en el asiento. Se crispó como un gato. Algo despedía un olorcito... No era del bosque, no eran las plantas. Flotaba alrededor. ¿Puga no lo había notado? No; no lo había notado. Esa era la impresión. Pero continuó crispado. Ahora temblaba. Con rapidez, aprisionó un brazo del señor Marcos. Este se volvió, en silencio, y lo miró al rostro.

—¿Qué le ocurre a usted?

—¡Oh!; nada... ¿Por qué diablos me trajo aquí? —Y luego: —No estoy loco todavía, ¿no es verdad? ¡No! Usted prometió curarme, de todos modos. ¿Por qué me trajo aquí, entonces?

La mano apretaba más y más. Quería arrancar el brazo, quebrarlo.

—No entiendo nada. Dígame qué le pasa, viejo.

—¡Oh!... ¿Es que piensa usted todavía que es una alucinación? ¿No lo ve?... ¡Mírelo ahí!...

Aullaba. Espiando la luna. ¿O a quién espiaba? Con el dedo índice apuntó hacia un lugar totalmente sepultado en la luz del planeta.

—¿Qué diablos ve usted? —gritó Marcos desprendiéndose del hombre.

—¡Un diablo!

—¿Qué dice?

—¿Por qué me lo pregunta?... ¿A que no adivina? ¿No? ¡Ahí está ese maldito y sonrío! ¡Ahí!... Pero mírelo, hombre. ¡Ahí! ¡Ahí!... Présteme su revólver que lo voy a liquidar. ¿Qué espera? ¡Ah! ¿No lo tiene encima?

Un rugido de desesperación y de miedo hinchó el pecho del joven. Marcos se irguió y caminó hacia el lugar que señalaba Puga.

—Mire, usted. Aquí no hay nada —exclamó con una voz fuerte y tranquilizadora. Y encendió el cigarro. —Venga aquí, se lo ruego.

El joven no se movió. Marcos fue hasta él y lo tomó de un brazo.

Proyectó un chorro de humo, bien cargado, sobre la cara de Judas, que comenzó a toser. El humo lo sofocaba. No opuso resistencia y se dejó arrastrar.

—¡Fíjese bien! ¿Ve ahora algo? ¡Mire, le digo!

Puga paseó la vista con mucho recelo.

—No... Se ha marchado.

—¡Qué diablos se va a marchar! Yo mismo lo he traído aquí y yo mismo lo he sacado de aquí —bramó el señor de la nariz respetable. —Óigame usted. La noche que nos conocimos, ¿no mencionó usted, muy de pasada, algún olorcito, algún perfume que, en determinado momento, invadió el vestíbulo de los tormentos?

—Sí, señor —no vaciló Puga—. He sido minucioso.

Marcos aplicó el pañuelo a las narices del joven.

—Oía a esto, ¿no es verdad?

—Sí... ¡exactamente!

Una ola de triunfo bañó el rostro de Marcos.

—Venga usted conmigo. Estoy en condiciones de explicarle todo. Pero esto merece un trago.

Judas Puga siguió al hombre. Estaba perplejo. Sin embargo, cierta lucecita de esperanza le bailaba en los ojitos.

Marcos volvió con una botella de cuello largo y dos vasos altos.

El jardín respiraba paz: una paz eterna que no podía corromper ningún espectro. Volvió a sonar el piano.

Había luz en el cuarto de Ángel y el bulto de Godofredo resoplaba en el vestíbulo, debajo del cuadro.

—¿Se siente más calmado? —preguntó Marcos.

—Sí, algo.

—Bien; bebamos a la salud de su espectro.

Bebieron.

—Ahora le ruego que me escuche con calma. Necesito un tiempito.

Puga hizo un gesto afirmativo. Y entonces, Marcos preguntó con toda seriedad:

—¿Nunca ha oído hablar acerca de los efectos microsomáticos?

El otro hombre reflexiona un poco.

—Espere... Sí, una vez, a Israel Sol, creo. ¿A qué viene eso?

—Cállese. Permítame que le recuerde la teoría. —Marcos buscó en uno de los bolsillos.

Puso sobre la mesa varias hojas de papel escritas con letra menuda. —Estas notas —comenzó— las he extraído de una obra tal vez poco conocida, tal vez un poco latosa. Como usted puede apreciar, soy un tipo estudioso y, hasta cierto punto, serio. La obra pertenece a C. M. de Heredia.

El hombre sorbió un poquito.

—Capítulo XXII. Se trata de probar la eficacia de los olores como agentes provocadores del fenómeno metapsíquico. Textualmente: "Largos e infructuosos fueron nuestros experimentos, usando en ellos de olores fuertes", recordando a la Sibila de Delfos que aspiraba los gases salidos de la sima, para inspirarse, y a la tiburtina, la cual, para profetizar aspiraba el humo producido al quemar las hojas secas del laurel. Los casos que a continuación referimos nos dieron —así lo creemos—, la clave del secreto. Se debía usar de olores casi imperceptibles para producir debidamente el fenómeno telepático. Es cosa muy conocida la íntima relación entre la memoria y el olfato. Los olores, sobre todo fuertes, producen en muchos casos amnesia, esto es, pérdida de la memoria, por lo menos transitoriamente; en cambio en otros casos fortifican la memoria.

Sea de esto lo que fuere, una cosa que nos enseña nuestra propia experiencia y no se puede negar es la influencia tremenda de los olores para revivir recuerdos olvidados. Los olores tiene fuerza especial, muy superior a las sensaciones auditivas o visuales, para excitar nuestra memoria. Y es cosa curiosa que los recuerdos que más generalmente parecen ser revividos por los olores "son los primeros" que dichos olores excitaron en nuestra mente, o aquellos en que dicho olor está conectado con algún hecho más impresionante de nuestra vida. Refiere casos. Tres casos interesantes. Yo me voy a concretar en el cuarto caso, extraído del libro *Aromáticos*, del cirujano Dan Mokienzie. En él, la rememoración llega a cobrar tal intensidad que provoca la imagen.

Marcos apuró el contenido del vaso. Un cigarrillo. Después leyó:

—"Acababa la señora Jane de venir del teatro donde había visto un drama relacionado con la influencia de los difuntos sobre los vivos. La señora Jane había perdido a su esposo James el año anterior, habiendo sido los dos muy felices durante su matrimonio. Con motivo del drama a que acababa de asistir, le vino a Jane un deseo inusitado de volver a ver a su difunto esposo, de oírlo hablar... Durante la vida de su esposo había ido con él a una o dos sesiones espiritistas en las que aprendió una tonada monótona que inconscientemente empezó entonces a musitar. No bien había empezado, cuando el reloj dio las doce de la noche. Al mismo punto oye que alguien trata de abrir con una llave la puerta del hall. Esta se abre y oye unos pasos... una tos... la de su esposo difunto. Luego... se abre la puerta de la habitación donde ella estaba sola... y aparece James guardando sus llaves en la bolsa. "Por Dios, Jane", dice una voz tan conocida como querida, "ve a cambiarte ese vestido tan ridículo con el que pareces una aldeana en día de fiesta. Ve a cambiártelo luego." Reconociéndolo le tendió los brazos, pero solamente pudo decirle: "James, ¿por qué hueles tanto a cebolla?" "No es cebolla", respondió la voz, "es ajo"... y todo desapareció quedando únicamente en la estancia un fuerte olor a ajo... En la dependencia había un plato con *alioli* que había preparado la cocinera, que era catalana.

—Por lo visto, el difunto era afecto al ajo —comentó Puga brevemente.

—En este caso, no tanto; en casi todos los otros el olor es imperceptible, pequeñísimo —siguió Marcos—. Antes y después. Un olor infinitesimal provoca un recuerdo, un sueño... y hasta provoca una alucinación.

Hubo un silencio. Muy breve. Después se oyó la voz de Puga que decía, con toda tranquilidad:

—En el mío provoca una alucinación, ¿no es así?... ¿Quiere usted llegar a eso?

—A eso. Creo que es así, no más. Una alucinación provocada. Se trata de una alucinación provocada. El proceso que me llevó a la conclusión definitiva no fue fácil. No. ¡Qué esperanza!... Después de uno de sus ataques o visiones, percibí ese olorcito. Apenas un capullo que revienta en la oscuridad. Necesitaba hacerme de paciencia para confirmar mi sospecha. Resultado: ¡el gran hallazgo, chico! Una capsulita de gelatina que había contenido algunas gotas del perfume del asesino. La encontré debajo del ropero, en su cuarto.

En ese momento, la gran sombra de Godofredo fue arrojada del vestíbulo y cayó sobre el jardín. Marcos miró por arriba de un hombro. El tipo de la barba se había arrimado a la ventana y sacaba afuera casi medio cuerpo. Parecía dispuesto a saltar en persecución de su sombra. Parecía algo sórdido.

—He aquí el *modus operandi* con cápsulas de gelatina, para polvos —dijo Marcos estudiando la sombra de Godofredo—. Con un gotero instila un poco de esencia en una de esas capsulitas. Luego la coloca en cualquier lugar, preferentemente cerrado. Después de un tiempo, que se puede determinar en base a la consistencia de la cápsula, el líquido disuelve la gelatina, trazumándose, y es entonces cuando, consciente o inconscientemente, de acuerdo a su intensidad, se percibe el olorcito.

La sombra de Godofredo se agitó un segundo. Ahora, de perfil, la sombra de la barba estiraba monstruosamente la sombra de la cabeza.

—Es probable que el provocador de estos fenómenos haya aprendido el recurso en el mismo libro. Yo aprendí a encender una pipa, en día de viento, en un libro de Verne. Supongo que las cápsulas no han llovido del cielo. ¿O las introdujo en su cuarto el espíritu descarnado de Conan Doyle?

Godofredo se había retirado de la ventana. Marcos llenó el vaso. Un vaso lleno lo ponía alegre. Estiró las piernas como para dar salida a su alegría por la punta de los pies.

—Yo recuerdo claramente que usted se refirió a un olor. ¡Vaya un detallecito inexplicable! ¿A qué venía eso? Toda cosa tiene su razón suficiente; ¿no es así? En aquella ocasión, usted percibió ese olor, concientemente y por primera vez. ¿Qué pasa, entonces? Asocia el olor, el perfume con la imagen horrenda del hombre alto y flaco, eternamente sonriente. Sin duda. Lo demás es fácil. Cada vez que usted percibía inconscientemente el olorcito, métase bien el adverbio en la cabeza, veía a su querido fantasma. Un efecto microsmático. Ni más ni menos. De un trago apuró medio vaso y recogió las piernas. Puga miraba el suelo. A ratos el jardín apoyado en las sombras. La luz, al escapar por la ventana del vestíbulo, dibujaba otra ventana en el suelo. Una ventana luminosa, pero deforme y sin sentido. Una ventana caída del cielo.

—Con la primera parte de mi lección hemos puesto en claro el origen de su espectro. El olor provocaba la imagen, como en el caso que narra Dan Mokienzie. De suerte que yo puedo presentarle su fantasma cuantas veces quiera, valiéndome del perfume misterioso. Con tal que usted no caiga en la cuenta. Cuando se producía el silencioso estallido de la cápsula, usted veía al espectro. Cuando se desvanecía el olor, se desvanecía el espectro. Una ventana que se abre o una bocanada de humo de mi cigarro puede desvanecer a un olorcito.

Marcos se puso de pie y observó una pausa. Tenía un gran sentido de la pausa. Sabía ubicarla. Judas Puga permaneció sentado. Sin apoyarse en el respaldo, las manos en los bolsillos del pantalón, las piernas estiradas y el busto inclinado un poco hacia adelante, hacia el suelo. No bebió más que un sorbito. Allí quedaba aplastado. ¿Cómo no iba a aplastarlo una verdad tan complicada? ¡Morir a manos de un olorcito!... Olorcitos... microsmáticos... alucinaciones... espectros... ¡Je! ¿Qué diablos se había metido?... ¿Qué loco asesino se entretenía con la bromita macabra?

Alzó los ojos de bestia que marcha al matadero y dijo:

—¿Cuál es la segunda parte?

Marcos se frotó las manos y proyectó una sonrisa capaz de rejuvenecer a la humanidad.

—Ahora escúcheme usted y termino —se sentó sobre la mesa—. El provocador de estas alucinaciones es un portento. No cabe duda. Pero el hombre se ha puesto a jugar con un arma de doble filo. El monstruo diabólico albergado en esas gotas de perfume bien puede volverse y devorarle los sesos. ¡Porque ese mismo microsmático, que provocó en usted un fenómeno alucinatorio, bien puede provocar en él un fenómeno telepático! ¡No me mire así! Ya sé que no entiende nada. Pero me explico; voy a explicarme. ¡Eso es!

Cerró la mano derecha con gran violencia, como si tratara de estrangular a un fantasma. Lo invadía el gozo del hombre que llega al fin. Después de dar muchas vueltas.

—Como primera medida —dijo con un aplomo demoledor— tenemos que adoptar una explicación científica del fenómeno telepático. —Carraspeó. —Myers define a la telepatía como "La transmisión extra normal de información de una mente a otra". Esta transmisión puede ser espontánea o bien provocada. El hecho mismo de la transmisión está aceptado. Pero ahora viene la gran pregunta: ¿Cómo se produce esta transmisión? Aquí no hay nada aceptado. Se trata de explicar el hecho. De formular una hipótesis exploradora.

Pausa.

—Nuestro autor, a base de experiencias, termina por explicarlo más o menos así. La transmisión es inconsciente. Un estímulo cualquiera remueve las profundidades de mi subconsciente. Allá en el fondo brinca una impresión. Despierta algo dormido. Se desentierra a un muerto. Esta impresión yo la envío inconscientemente a un perceptor mental. La otra mente. Se suponen dos mentes: la que transmite y la que recibe. Nuestro perceptor mental intercepta la transmisión inconsciente y la retransmite de modo consciente.

Pausa.

—Pongo un ejemplo. Yo percibo un olorcito. Insignificante. Ese es el estímulo. Allá, en lo más profundo, en el limo de la conciencia, ese olorcito provoca la imagen de un personaje siniestro. El olorcito y el personaje siniestro mantienen cierta relación. La imagen, aprisionada en el barro del fondo, se suelta como una burbuja porque algo ha removido el barrito quieto. Yo, conscientemente, me mantengo ajeno al proceso que se desarrolla en el subsuelo de mi alma. Pero, de pronto, ahí no más, el perceptor, la otra mente, me sale describiendo el personaje siniestro, a esa imagen horrenda que yo guardaba debajo del olvido, que reposaba como una momia dentro de un sarcófago cerrado con siete llaves. Así se produce el hecho, la transmisión extra normal de una mente a otra. ¿Lo ve usted? Al margen, debo decirle que no se excluye la transmisión entre una mente consciente y otra subconsciente. J. B. Rhine, director del Laboratorio Parapsicológico de la Universidad de Duke, se refiere a experimentos de este tipo. Lo que pasa es que la transmisión telepática se verifica "por lo menos más fácilmente entre dos subconscientes"... como pasa en los casos espontáneos.

Pausa.

—Ahora bien, ¿no cree usted que esta transmisión se puede provocar?... ¡Es claro! Vea usted la pregunta que se hace Heredia: "¿Habrán algún modo de producir artificialmente este desequilibrio —desequilibrio de las impresiones que se encuentran en los substratos de la mente subconsciente en estado de cóimesis (sueño)— con el objeto de facilitar el fenómeno? A esta pregunta que nos hicimos nosotros repetidas veces y por largo tiempo, respondemos ahora con el resultado que nos dieron nuestras experiencias por medio de excitantes microaromáticos". Bueno ¿y a dónde voy yo con todo esto?

Pausa.

—El microsmático provocó en usted una rememoración de tal intensidad que cobró fuerza en imagen. Porque, en su conciencia, ese determinado olor se encuentra asociado con esa determinada imagen. La imagen del amiguito con una sonrisa capaz de romper al mundo. Pero no es usted solo quien asocia el perfume asesino con el hombre del cuadro. Alguien más experimenta esta asociación. ¿Quién? Cae por su propio peso, ¿no? ¿Quién ha de ser sino el propio asesino, el propio provocador? Si usó ese perfume ha tenido que percibir ese perfume. No tiene vuelta de hoja. Casi no tiene. El ideal consiste en echar mano del olorcito pero sin olerlo. De suerte que no pueda trocarse en arma de doble filo. Pero estoy seguro de que la sombra que acecha en las sombras no ha extremado los detalles hasta ese punto. Imprevisión. Y otra vez se viene abajo el crimen perfecto.

Pausita.

—¿Qué pasa ahora? El olorcito también remueve el subconsciente de su querido asesino y salta la burbuja. Salta la imagen o salta el vestíbulo, o salta la calle Bunker, o salta la casa que cambia o salta el hombre que guiñaba el ojo izquierdo... cualquier cosa, cualquier dato. Ese olor infinitesimal atraviesa las narices del provocador, así como atraviesa las suyas, y escarba en el fondo. También escarba en "su" fondo. Y entonces, esté seguro de que soltará prenda. Está seguro.

Pausa para un cigarro que se enciende.

—Ahora se trata de buscar un perceptor que recoja esa impresión inconsciente y la retransmita. La vuelva consciente. Tenemos el perceptor. Tenemos una lista de sospechosos. Sometemos a cada uno de ellos a los golpes del estímulo microaromático. Y aquel que está oculto en las sombras ha de vender su alma sin darse cuenta del negocio. En cierto modo, el muy vivo hablará por boca de ganso.

Puga despegó los labios con dificultad.

—Pero no veo cómo diablos se las ha de arreglar usted. ¿Quién le asegura de que tal o cual perceptor ha de interceptar ese mensaje inconsciente que supone casi inevitable?

—Los investigadores, en estos casos, se valen de percipientes. "Por experiencia sabemos que el perceptor es mucho más sensible a influencias externas, provengan éstas de un espíritu no encarnado, descarnado, o encarnado, cuando se encuentra en un estado anormal o semianormal debido a la hipnosis o al trance (completo o incompleto)". Un percipiente. Este tipo es algo así como un aparato de radio. Muy bien. Soltamos el estímulo. Una cápsula que revienta. Podemos adelantar el proceso con otros estímulos pero tenemos que cuidarnos para no levantar sospechas. Ese estímulo corta las ataduras de la impresión inconsciente. Y el transmisor mental, sin poder evitarlo, en ayunas del trabajito, irradia esa impresión. El aparatito de radio capta la onda y desembucha, ya sea por medio de la palabra o la escritura automática o cualquier otro medio sensible.

Pausa.

—¿Qué puede ocurrir? —habla Puga.

—¿Qué puede ocurrir? O bien puede comenzar a relatar el hecho mismo, todo lo que aconteció aquella noche en Buenos Aires, un caso semejante nos trae Heredia; o bien puede ocurrir que el percipiente reproduzca, por medio del dibujo automático, la figurita del espectro sonriente; o bien... ¡o bien cualquier cosa! Las posibilidades son múltiples pero, en cualquiera de los casos, estoy seguro de hallar algún indicio transmitido de una manera perceptible por el percipiente, después de haber vuelto consciente esa impresión inconsciente del transmisor mental, nuestro provocador de marras... ¿Comprende?

Ahora la pausa un poco más larga.

Marcos respiró hondo y estiró las piernas. Presentía que la cosa había terminado. El jardín estaba muy oscuro y muy quieto, como si la quietud fuese patrimonio de las sombras. Apenas un vientecillo sentía sobre las cejas y sobre la punta de la nariz. Agradable.

Puga preguntó:

—¿Tiene ya su lista de sospechosos?

Marcos se puso de pie y respondió caminando hacia la luz.

—Por supuesto. Es corta.

Puga echó a andar detrás del hombre.

—Una última pregunta —insistió—. ¿Con qué excusa va a promover un interrogatorio tan original?

Marcos se dio vuelta y puso una mano sobre el hombro izquierdo de Judas.

—No se preocupe. No se preocupe por nada. Yo soy el que hago y deshago. Creo que he llegado a tiempo para evitar que usted se deslice por el tubo de la locura. Con todo, dentro de esa cabeza se ha desencadenado una tormenta. Quiero decir que ya tenía medio cuerpo adentro del tubo. Lo tomé por las piernas. Ahora quédese quieto.

La puerta se encontraba abierta. La luz de adentro saltó sobre los dos hombres. Puga tenía otro aspecto, otra cara. Miraba con una mirada nueva. Eso es.

—Al descubrir el *modus operandi* de su espectro, ya hemos dado un gran paso —continuó Marcos, dispuesto a terminar—, un gran paso. Porque esta clase de revelaciones comportan una casi automática desaparición del fenómeno. Es un juguete que pierde el interés. El chico ha descubierto el mecanismo. Así y todo, el árbol está medio enfermo, está medio podrido. Hay que andar con cuidado. Es natural.

Adentro se notaba animación. Los lunáticos se disponían a cenar. Ya se notaba en las voces esa sonoridad alegre que anuncia las comidas.

La voz de Marcos participó de esa sonoridad.

—Por si acaso, permítame obsequiarle con este cigarro. No hay espectro que lo resista. Ahora tengo hambre.

Entraron.

Fue una mañana encantadora y, más precisamente, un amanecer. El vientito fresco henchía las camisas de los dos hombres. Y de este modo terminó la cosa. La voz de Marcos sonó en el jardín, mientras el sol le pegaba fuego al mundo por las cuatro puntas.

—He tenido el placer de comprobar que concordamos en todo. O en casi todo. Usted, a su vez, ha comprobado la seriedad de "El Diablo". Me halaga. Trabajamos con método. Por lo visto, usted también trabaja con método. Eso es bueno.

Apareció el sol detrás de un álamo lejano.

—Ahora le suplico que me perdone haber recurrido a esa trampa telepática, urdida para delatarlo o, hablando con propiedad, urdida para que usted mismo se delate. ¿No es así? *La mise en scène*, montada más o menos admirablemente con la colaboración de un percipiente, no médium, supuesto amigo de Israel Sol, no fue, como usted cree, una sesión espiritista ocasionada por la discusión que sostuvieron Sol y Arce. Nada de eso. También esa discusión, que encaminó los acontecimientos, fue fingida. ¡Qué hipócritas somos! El procedimiento no es leal pero, ¿quedaba otro recurso?

Marcos hizo la pregunta con una sinceridad sombrosa, alzando la voz. Su cara resplandecía como resplandecía aquel sol deforme que se esta elevando por encima de los techos, por encima de los árboles. E otro hombre parecía muerto o, por lo menos, indiferente. Por que acaso no estaba muerto?

Durante el experimento —dijo Marcos— observé que nuestro percipiente escribía algo, algo acerca de cuya importancia puede juzgar usted."—Metió una mano en un bolsillo y sacó una hojita de papel. —Vea lo que dice.

Y leyó esto: "El viejo Hank Bunker miró a la luna nueva por encima del hombro izquierdo pero se cayó desde la torre del fuerte."

—¿Tiene esto algún sentido?... ¡Sí! ¡Caray si lo tiene!

¡Allí estaba el asesino! ¡Aquí entre nosotros! ¡Eso quiere decir! ¿No decía yo que iba a soltar cualquier dato? ¡Y lo soltó!

Silbó un pájaro, calle los árboles. Después silbó todo el universo.

—El olorcito flotaba en la sala. Flotaba y no se advertía.

Conscientemente, claro está. Para uno de los presentes significaba algo. Para los otros no significaba nada. Absolutamente nada. Y aquel aroma insignificante despertó la sombra del viejo Bunker que dormitaba acurrucada en el fondo de su alma. Es natural. Aquel olor, aquel perfume estaba asociado a la figura del viejo que miró a la luna por encima del hombro izquierdo. Aquel olor, aquel perfume en el último cajón de su conciencia, estaba asociado a aquel viejito burlón de las *Aventuras de Huok Finn*. ¡Sí que estaba asociado!... ¡Vaya si lo estaba!

¡Hank Bunker 55!

Un sol rojo, una bola de fuego, un ojo tremendo allí aparecía y desde allí lo espiaba todo y pasaba del rojo anaranjado al amarillo intenso, al oro resplandeciente, pronto dominaría al mundo y entonces sería imposible mirarlo a la cara.

—Queda por ver una cosa— ¿Por que diablos sospeché de usted y no de Godofredo y no de Arce y no de Israel?

El hombre calló por un segundo que dedicó a una dalia blanca.

—No sospeché de Godofredo por esto: el "barbudito" es un tipo incapaz de armarse complicaciones. Y su crimen es complicado. Si el hombre tuviera que matar a alguien, sufriría un serio contratiempo. Un terrible contratiempo. No lo soportaría. No sabría qué hacer. Juntando las manos sobre la barriga, se preguntaría, con cara de chico contrariado: ¿por qué me toca a mí esto? ¿Por qué?... Como si el mundo se hubiese jurado hacerlo perecer. Es tranquilo y simple e inofensivo como una vaca. Nada más que tiene barba. Una hermosa barba cuadrada.

A lo lejos, pasó Luis Puga con una casaca amarilla, una boina y un cigarro.

—No sospeché de Arce por esto: es demasiado franco. Tal vez demasiado noble. Los convencionalismos todos le importan tanto como un bledo. Y si ese hombre estuviese

convencido de que debe matar a usted, no vacilaría un segundo. ¡Un solo segundo! Le cortaría la cabeza en medio de la plaza pública o lo perseguiría hasta el pie del altar y lo acuchillaría en medio de una misa.

Paseó una mirada y guardó silencio. Un silencio premeditado.

Entonces el otro hombre preguntó sin ansiedad:

—¿Y por qué no sospechó de Israel Sol?

Como ahora miraba al suelo, no pudo advertir la amplia sonrisa que surcó el rostro de Marcos. Este dijo:

—Por una razón muy sencilla: Israel Sol es otro agente de "El Diablo" —después añadió—: Un poco extravagante pero nada más.

Sobre el jardín cayó un silencio definitivo. Ya no quedaba nada por decir. La naturaleza misma parecía estar de acuerdo., con todo, el señor Marcos dejó escapar esta preguntita:

—¿Por qué hizo usted eso, Ángel?

Entonces el hombrecito aquel, el hombrecito que permanecía silencioso e inmóvil como quien oye llover, volvió hacia Marcos una cara espantosa y, con una sonrisa tremenda, dijo:

—¿Me lo pregunta a mí? ¡Je! —Después se puso de pie, con un brinco, y aproximándole aquella cara de diablo, chilló: —¡Nada tengo que decirle!... Pero, con todo, óigame bien: ¡la próxima vez andaré con más cuidado!... Y, para que no me moleste usted, voy a despacharlo. ¡Je!... ¡Voy a despacharlo sin la ayuda del viejito Bunker!...

Ahora reía. Cada vez más fuerte. Una risa estúpida le arrugaba la cara. Aquella cara parecía agrandarse y cubrir el cielo. Pero sus ojos no tenían vida. Estaba loco.

Después retornó la paz. Como una capa de aceite sobre el agua. El día se presentaba espléndido. Alguien tocaba un piano. Con una gracia canallesca. Alguien tocaba y silbaba *Los blues del hombre malo*.